

DEBORAH MOGGACH

EL EXÓTICO
✿ **HOTEL** ✿
MARIGOLD



Cuando Ravi Kapoor, un estresado médico londinense, se encuentra al borde del ataque de nervios conviviendo día y noche con su suegro, al que han expulsado del geriátrico por comportamiento poco decoroso, decide tomar una drástica decisión. ¿Y si le envía lejos, muy lejos, lo más lejos posible? Sus deseos parecen convertirse en realidad cuando su primo, el empresario hind Sonny, le anuncia que tiene pensado abrir una casa de retiro al más puro estilo británico en Bangalore. No será ni muy cara ni muy lujosa, pero los jubilados ingleses podrán disfrutar del cálido clima de la India y de un buen zumo de mango aderezado con unas gotas de ginebra. Ravi ve el cielo abierto y Norman, su suegro, parece dispuesto a vivir intensamente en el exótico hotel Marigold. Una comedia hilarante narrada con sensibilidad y una aguda capacidad para bucear en el alma humana, en la que las escenas más divertidas esconden un profundo mensaje sobre las infinitas posibilidades de reinventarse, incluso en la etapa final de nuestras vidas.

Lectulandia

Deborah Moggach

El exótico hotel Marigold

These Foolish Things

ePUB v1.0

1.8.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *These Foolish Things*
Deborah Moggach, 2004.
Traducción: José C. Vales, 2012.

ePub base v2.1

Este es para Simón Booker.

Agradecimientos

Gracias a Sathnam Sanghera, Razia Hamid, Ian Robertson, Alan Hayling, Patricia Brent, Geraldine Willson-Fraser, Alexandra Hough y Tom y Lottie por su ayuda. Aquellos que conozcan Bangalore tal vez adviertan que algunos sitios no se encuentran correctamente situados, pero los recuerdos siempre nos juegan estas malas pasadas.

www.deborahmoggach.com

CRÉDITOS

Anne Cushman y Jerry Jones, *From Here to Nirvana*, Rider Books, 1999; Tim Dowling, «And now for the Good News», en *The Guardian* (13 de febrero de 2003), © Tim Dowling, con permiso del editor; Dorothy Forster (letra y música), «Rose in the Bud», © Chappell Music Ltd., London W6 8BS, 1907, con permiso de International Music Publications Ltd., todos los derechos reservados; Peter Holt, *In Clive's Footsteps*, Hutchinson, 1990, con permiso del autor; Swami Purna, *The Truth Will Set You Free*, Vega Books, 2002; Leo Robin y Ralph Rainger, «Thanks for the Memory», Famous Music Publishing, administración de Music Sales Ltd.; Jack Strachey y Eric Maschwitz, «These Foolish Things», Lafleur Music Ltd., © 1936, con permiso de Boosey & Hawkes Music Publishers Ltd.; William Shakespeare, «¿Quién es Sylvia?», en *Los dos caballeros de Verona* (1594-1595).

Se han realizado todos los esfuerzos posibles para encontrar o contactar con los propietarios de los derechos. Los editores con sumo gusto rectificarán en cuanto les sea posible cualquier error u omisión que se les comunique.

Primera parte

Muriel Donnelly, una señora mayor que ya pasaba de los setenta, fue abandonada en el cubículo de un hospital durante cuarenta y ocho horas. Se había caído en Peckham High Street e ingresó con cortes, magulladuras y una posible conmoción cerebral. Estuvo dos días en urgencias, desatendida, con la sangre secándose en la ropa.

Salía en primera plana. «¡Dos días!», vociferaban los tabloides. Dos días en una camilla, vieja, abandonada, sola. El St Jude fue asediado por los periodistas, que abordaron a las enfermeras y gritaban por los móviles... ¿Es que no sabían que eso estaba prohibido? Las fotos mostraban la cabeza encanecida de la mujer, medio descolgada y con los ojos amoratados. Una heroica pensionista: ¿para eso había sobrevivido a los bombardeos alemanes? Su imagen recorrió en breves horas todo el país: Muriel Donnelly, la última víctima del Sistema Nacional de Salud, el último y conmovedor ejemplo que demostraba que el sistema de salud británico, uno de los mejores del mundo, se estaba desintegrando como consecuencia de los recortes presupuestarios, de la escasez de personal y de la quiebra moral del país.

En el *Daily Mail* apareció un artículo desesperado, estilo «¿Por qué, Dios mío, por qué?», y en el hospital se ordenó una investigación interna. Se entrevistó al doctor Ravi Kapoor. Parecía agotado, pero muy amable. Dijo que la señora Donnelly había recibido la atención adecuada y que estaba en lista de espera para ocupar una cama. No mencionó que mataría por poder dormir una hora. No mencionó que desde el cierre de las urgencias del hospital vecino, el suyo, St Jude, tenía que vérselas con el doble de borrachos, casos de sobredosis y víctimas de violencia gratuita, y tampoco dijo que el hospital de St Jude no tardaría en cerrarse porque el solar, en el centro de Lewisham, se había considerado demasiado valioso como para dedicarlo a los enfermos, y que el consorcio privado que lo regentaba había vendido el terreno a la cadena Safeways, que estaba pensando levantar allí unos grandes almacenes.

Exhausto, Ravi regresó con el coche a su casa en Dulwich. Al avanzar por el camino de la entrada, se detuvo para inspirar profundamente. Eran las siete de la tarde; en algún lugar había un pájaro cantando. Junto al sendero, los narcisos se

habían marchitado, convirtiéndose en papel tisú. La primavera había venido y se había largado sin que él se diera cuenta.

En la cocina, Pauline estaba leyendo el *Evening Standard*. La historia de la anciana abandonada había estallado sin remedio: se revelaban nuevos casos, y los indignados familiares contaban los pormenores.

Ravi abrió un cartón de zumo de manzana.

—La verdad es que no mencioné la verdadera razón por la que no atendimos a esa vieja bruja.

Pauline le tendió un vaso.

—¿Por qué?

—No quería que la tocaran los negros.

Pauline estalló en carcajadas. En otro momento —en otra vida, le pareció— Ravi también se habría reído. Pero ahora ese mundo le resultaba inalcanzable: era como una tierra de promisión en la que, descansado y recuperado, podría tener la energía para encontrar las cosas divertidas.

En el piso superior se oyó la cisterna del baño.

—¿Quién está ahí arriba? —preguntó Ravi levantando la mirada.

Se produjo un silencio.

—Iba a decírtelo ahora... —dijo Pauline.

—¿Quién es?

Se oyeron pisadas por encima de sus cabezas.

—No se quedará mucho tiempo, de verdad, esta vez no... —farfulló Pauline—. Le he dicho que tiene que comportarse...

—¿Quién es?

Lo sabía, desde luego.

Pauline lo miró a los ojos.

—Es mi padre.

Ravi era un hombre compasivo. Era médico; curaba a los enfermos, consolaba a los tullidos. Aquellos que habían sufrido un accidente, o violencias, o incluso automutilaciones, encontraban en él a una persona que les proporcionaba consuelo y amabilidad. Vendaba las heridas de aquellos que vivían en el fango, apestosos y apestados; les restañaba las heridas. No se rechazaba a nadie, nunca. Cumplir con el trabajo, desde luego, requería cierto distanciamiento. Durante mucho tiempo había desarrollado una especie de empatía sonámbula. Los cuerpos eran problemas que había que resolver. Para curarlos tenía que violarlos mediante el procedimiento de invadir su privacidad, hurgando en su interior con sus hábiles dedos. Aquellas gentes llegaban aterrorizadas. Estaban absolutamente solas, porque la enfermedad es el lugar más solitario del mundo.

El trabajo lo vacunaba frente a un mundo que le entregaba a sus heridos, con las puertas abriéndose entre gemidos, y los ponía abatidos en sus manos. En el trabajo quedaba en suspenso la vida a la que regresaría al concluir su turno. Una vez en casa, en fin, se desprendía con una ducha de aquel olor a hospital y se convertía en una persona normal. Voluble, quisquilloso, amante de la música coral y de los juegos de ordenador, bastante comprensivo, pero un tanto apático. Por supuesto, era compasivo, pero ni más ni menos que cualquier otra persona. Después de todo, el juramento hipocrático no tiene por qué aplicarse en el territorio doméstico. Y menos aún con un viejo cabrón y asqueroso como Norman.

Apenas había transcurrido una semana y Ravi ya quería asesinar a su suegro. Norman era un ingeniero de caminos y puentes jubilado, un pelmazo monumental y un hombre de costumbres repulsivas. Lo habían expulsado de la última residencia en la que había estado por meterle mano a una enfermera por debajo de la falda. «Conducta sexual inapropiada», lo llamaron, aunque Ravi no se podía imaginar cuál podría ser una conducta apropiada, tratándose de Norman. Su anecdotario *amoroso*, como un bucle de música de ascensor, se repetía con monótona regularidad. Ravi ya había escuchado, dos veces esa semana, la anécdota de cuando cogió una gonorrea en Bulawayo. Al ser médico, Norman compartía con Ravi algunos recuerdos más subidos de tono, para los que utilizaba un susurro enronquecido.

—Dame una viagra, colega —decía, cuando Pauline salía del salón—. Apuesto a que las tienes ahí arriba.

¡El tío se cortaba las uñas de los pies en el comedor! Unos espantosos fragmentos de mejillones amarillentos. A Ravi jamás le había caído bien y el paso del tiempo solo había convertido aquel sentimiento en odio hacia el viejo cabrón de corbata militar falsa y pantalones llenos de lamparones. Implacablemente egoísta, Norman había ignorado a su hija toda su vida; diez años antes, en fin, un cáncer de páncreas había librado de un largo sufrimiento a su mujer y él se había aprovechado de Pauline. Una vez, durante un safari en Kenia, Ravi había visto a un facóquero abriéndose paso hasta una charca, apartando a empujones a todos los animales que encontraba en su camino. Por alguna razón, retuvo una imagen muy viva de su culo embarrado.

—No creo que pueda soportarlo mucho tiempo —susurró. Dadas las circunstancias, Pauline y él tenían que hablar a hurtadillas, como crios. A pesar de su decrepitud general, el oído de Norman seguía siendo sorprendentemente agudo.

—Hago todo lo que puedo, Ravi... Mañana le buscaré un sitio, pero es difícil encontrar alguno que lo acepte. Se corre la voz, ya sabes...

—¿No podemos enviarlo a algún lugar lejos...?

—Sí, pero ¿adonde? —preguntó Pauline.

—A algún sitio lejos, muy muy lejos...

—Ravi, no seas desagradable. Es mi padre.

Ravi miró a su mujer. Cambiaba cuando su padre andaba por allí. Se tornaba más dócil; de hecho, se ponía beatífica, la típica hija desesperada por que los dos hombres de su vida se llevaran bien. Se reía de un modo estridente con los espantosos chistes de su padre, con la intención de que Ravi se uniera a la fiesta. Había una falsa artificiosidad en todo aquello.

Aún peor: con su padre en la casa, se había dado cuenta de las similitudes entre ambos. Pauline tenía la mandíbula cuadrada y robusta de su padre, y los mismos ojillos pequeños. En él adquirirían un matiz porcino, pero cualquiera podía constatar el parecido.

Norman se había quedado con ellos varias veces a lo largo del año anterior... Siempre que lo expulsaban de algún asilo, en realidad. Las estancias se alargaban a medida que resultaba cada vez más difícil encontrar residencias que no hubieran oído hablar de él. «Ese hombre es un peligro —dijo el director de la última—, es como si hubiera salido directamente de un capítulo de Benny Hill. Hemos perdido a una chica encantadora de Nueva Escocia».

—Lo que pasa es que le dan miedo las mujeres —dijo Ravi—. Por eso las anda acosando todo el rato.

Pauline lo miró.

—Al menos le da miedo *algo*.

Se hizo un silencio. Estaban preparando la comida del domingo. Ravi abrió la puerta del horno y sacó la bandeja de asar.

—Estoy muy cansado.

Era verdad. Siempre estaba cansado. Necesitaba tiempo para recuperarse, para recobrarse. Necesitaba dormir durante toda una noche. Necesitaba tumbarse en el sofá y escuchar el *Réquiem* de Mozart. Solo entonces podría volver a ser un marido..., incluso un ser humano.

Con su padre en casa, el hogar se hacía muy pequeño. Los músculos de Ravi se encontraban en un estado de tensión permanente. Siempre que entraba en una estancia, allí estaba Norman. Justo cuando empezaba la *Lacrimosa*, aparecía él, con el transistor colgando de una cuerda alrededor del cuello, farfullando la retransmisión de un partido de *cricket* en Sri Lanka.

—Utiliza mi ordenador.

—No cambies de tema —dijo Pauline.

La casa apestaba al tabaco de Norman. Cuando lo obligaban a salir fuera, el patio quedaba hecho una porquería con colillas, como la entrada de pacientes no hospitalizados en St Jude.

—Se descarga pornografía.

Cuando Ravi entraba en su estudio, la silla estaba apartada de la mesa, parecía

que habían asaltado la habitación. Las colillas flotaban en el plato bajo la maceta del helecho culantrillo.

Pauline rasgó un paquete de judías. Ambos sabían de lo que estaban hablando.

—Lo siento. —Ravi le acarició el pelo—. Me gustaría, de verdad... Es solo que las paredes son tan delgadas...

Era verdad. Por la noche, cuando estaban tumbados en la cama, Ravi casi podía sentir al padre de Pauline a muy pocas pulgadas de allí, tumbado en la pocilga en que había convertido la que antaño fuera la habitación de invitados.

—Pero si él está dormido... —dijo Pauline.

—Sí, ya lo oigo, y demasiado claramente.

—Es increíble —contestó ella—. Jamás he sabido de nadie que pueda roncar y tirarse pedos al mismo tiempo.

Ravi se echó a reír. De repente se sentían como dos conspiradores. Pauline puso las judías en la encimera y se volvió hacia su marido. Ravi la rodeó con los brazos y la besó..., la besó de verdad, por vez primera después de muchas semanas. Ella abrió la boca, buscando la lengua de su marido, y él sintió una sacudida eléctrica.

Ravi empujó a su esposa contra la cocina. Ella estaba ardiendo tras el ejercicio culinario. Metió la mano por su sudoroso escote, por debajo de su blusa y por debajo de su delantal de carnicero. Sintió sus pechos. Ella cerró las piernas.

—Cariño... —dijo Ravi. Ella apretó su cuerpo contra el de su marido. Él deslizó su mano por su espalda para protegerla de los picaportes de los armarios.

—Vamos arriba... —susurró Pauline.

Se oyó un ruido. Ambos se giraron. Norman entró subiéndose la cremallera de los pantalones.

—Acabo de plantar un pino monumental. Debieron de ser esos garbanzos de la otra noche. —Norman se frotó las manos—. Qué bien huele por aquí...

Norman Purse era un hombre muy vital. Ningún problema en ese negociado. Su trabajo, construir puentes, lo había llevado a muchos lugares del mundo: Malaisia, Nigeria... Había visitado los antros de Bangkok e Ibadan, y estaba orgulloso de su don de lenguas; podía decir «Enséñame el conejo» en seis idiomas africanos. Oh, sí, sus habilidades sexuales eran prodigiosas...

Su mujer, Rosemary, nunca había dicho esta boca es mía. Había sido una chica bonita, de preciosas pantorrillas torneadas, un verdadero capullito en flor. Ese era el problema: era asquerosamente agradable. Había ciertas cosas que un tío no podía soportar de una bien educada rosita inglesa. Además, era su mujer. Después de unos cuantos años, como todas las rosas, se echó a perder. Se había convertido en una persona asustadiza, de mediana edad, que le hacía las comidas y zascandileaba por la casa haciendo lo que quiera que hagan las mujeres, sin decir ni pío. Para ser

absolutamente sinceros, la mujer no era la alegría de la huerta. La única vez que oyó aquella risita tonta fue detrás de una puerta cerrada, con su hija Pauline. «¿Qué es eso tan divertido?», preguntó, abriendo la puerta. Ambas se sobresaltaron como conejos. Luego, cuando se fue, empezaron otra vez. Las mujeres eran unas criaturas muy raras.

Pero hacía ya mucho tiempo que Rosemary había muerto y su propia hija se había convertido ya en una matrona de mediana edad. Rondaría los cincuenta, si no recordaba mal. Una de esas chicas con carrera, agente de viajes, incapaz de darle un nieto. Pero una cocinera jodidamente buena, como su madre, mejor que aquella basura de The Beeches. Ravi también podía improvisar algún papeo medio decente, decía que le ayudaba a relajarse. A Norman le gustaba vacilarle a su yerno. «¿Alguna cosilla para picar? —le preguntaba, deambulando por la cocina y rascándose la barriga—. Podría zamparme a un indio».

Norman llevaba viviendo con ellos un mes ya y, por supuesto, le resultaba muy cómodo. No podía regresar a su casa, desde luego, porque se había quemado. Toda la culpa fue de aquel maldito electricista, menudo chorizo. Le echaron la culpa a Norman, dijeron que debió de quedarse dormido con una colilla entre los dedos, pero eso era mentira y una calumnia. ¿Qué estaban sugiriendo, que estaba perdiendo la chaveta? Puede que tuviera un poco jodido el corazón y algún problema de vez en cuando con las cañerías, pero desde luego había conservado la sesera, y no como alguna gente de esas abundantes instituciones carcelarias, también conocidas como «residencias», en las cuales había estado preso. Absolutamente pirados y tarados, la mayoría de ellos, los viejos andaban deambulando por allí en camisón farfullando bobadas para sí mismos. Su hija había demostrado que tenía el corazón como un pedernal, al enviarlo a uno de esos sitios. Los pasillos apestando a desinfectante, los traqueteos de los andadores, las filas de sillas delante de una ventana donde siempre está lloviendo a mares, aquellos espantosos carceleros, incapaces de arreglárselas con un tío de verdad, aquellas viejas brujas miserables... Lesbianas, la mayoría.

Y llamaban a esos sitios *residencias*. Alguien con sentido del humor habría sido. Su residencia era la casa de su hija en Plender Street. Su obligación era cuidar de su viejo papi. Y no era en absoluto un detalle no correspondido. Él resultaba muy útil cuidando de la casa cuando ellos estaban trabajando. Estaba todo infestado de ladrones, incluso en Dulwich.

Era una fantástica y soleada mañana de mayo. Norman llenó con agua una cazuela, echó un poco de Fairy y metió sus pañuelos dentro a hervir. Estaba de buen humor. Se había hecho una paja matutina, había descargado las tripas y había desatascado absolutamente las vías nasales. Y entre una cosa y otra, había agotado su reserva de pañuelos. Se había metido un abundante desayuno —unos All Bran y tres rebanadas de pan tostado con mermelada tradicional Cooper's, y esa mierda de

mantequilla baja en colesterol que le compraba Pauline—. El transistor que le colgaba alrededor del cuello —se lo colgaba así para poder tener las manos libres— farfullaba las noticias matutinas. «La bomba de relojería de las pensiones —decían— provocará un desastre inminente». El agua comenzó a hervir; una espumilla grisácea se reunió en la superficie. «A lo largo de los próximos treinta años la población de ancianos crecerá hasta alcanzar los dos tercios». Norman bajó un poco el gas y salió de casa.

Plender Street era una agradable calle de mansiones victorianas: tranquila; ajardinada; con carteles de vigilancia privada en las ventanas. Ravi se lo había montado bien y Pauline también debía de pillar su buena pasta. Los llaman *twinkies*: parejas que meten en casa dos sueldos y no sé qué más bobadas.

Una linda ama de casa venía empujando un cochecito de niño por la acera; Norman se quitó el sombrero cuando la mujer se cruzó con él. Pareció sorprenderse la mujer; la buena educación es una cosa bastante rara en la actualidad, desde luego. El se quedó mirándola mientras ella apuraba el paso; bonito culo. Probablemente no tendría mucho ñaka-ñaka, con un crío dando vueltas por ahí. Silbó alegremente; otra cosa que no se oye en la actualidad, los silbidos. Aquel sitio le venía genial, era su *residencia*, por el amor de Dios. Una buena habitación, a mesa y mantel. No, esta vez no se librarían de él. Sabía que Pauline estaba buscando otra penitenciaría, lo andaba haciendo en internet, pero no había habido suerte hasta el momento.

Norman se lo estaba pasando en grande. Ravi era un tiquismiquis de cuidado; y empeoraba con el paso de los años. Norman sabía exactamente cómo incordiarlo: encendiendo las colillas en el calentador, removiendo la dentadura postiza cuando estaba viendo la tele. Disfrutaba mucho cuando su yerno resoplaba. Solo hasta ahí, no iba más allá. Norman tenía un sentido de la supervivencia bien desarrollado.

Y el tío era un gazmoño de cuidado. Curioso, eso, teniendo en cuenta que era médico y Dios sabe dónde metería las manos. Norman le había contado aquel chiste suyo sobre la mujer del ginecólogo: «¿Qué tal te ha ido el día en ese agujero?». Ni una risilla tonta. Un ratillo antes le había pedido que le diera alguna viagra. «Me temo que es imposible», le había dicho Ravi. ¡Menudo santurrón de la porra! Una vez, en un tren, Norman había visto a su yerno leyendo el folleto de instrucciones de seguridad. ¡*En un tren! ¡El folleto de instrucciones de seguridad!* Desde luego, él se había ocupado de que Ravi no olvidara aquello jamás.

Norman empujó la puerta del Casablanca (vinos y comidas). Había una camarera morenilla detrás del mostrador. No la había visto nunca por allí.

—Buenos días, querida —dijo quitándose el sombrero—. ¿Qué hace una chica tan mona como tú en un lugar como este?

—Mi padre es el dueño —contestó.

—Ah. ¿Y cómo te llamas?

—Sultana.

Norman farfulló:

—¡Sultana! ¿Entonces quedamos o qué?

La muchacha lo miró con gesto gélido. «Oh, vale, vale —pensó Norman—, no importa». Compró su paquete de cigarrillos y dos latas de cerveza Tennants. Sultana estaba escribiendo cualquier cosa en su móvil, moviendo a toda pastilla sus pulgares. Aun así, podía verlo. Norman le echó un vistazo despreocupadamente al revistero. Solo por un momento sintió aquella cosa rara: embarazo. No podía, no con aquella encantadora criatura allí, tan joven e ingenua.

No tenía ninguna razón para hacerlo, pero caminó calle abajo hasta la calle principal. Eso le llevó sus buenos diez minutos; su espalda le comenzaba a dar guerra. Al final, sin embargo, alcanzó su agradable anonimato, los coches pasando a toda pastilla, y entró en un quiosco de prensa.

—Qué hay —le dijo al hombre que había tras el mostrador. Escrutó la estantería superior de las revistas. Levantando su bastón, hizo caer un ejemplar de *Nenas asiáticas*. La revista cayó al suelo.

Norman se inclinó para recogerla. Un espasmo sacudió su columna vertebral. Se quedó petrificado. Allí doblado, esperó a que el dolor se le pasara.

—Aquí la tiene, abuelo. —El tío de la tienda se había acercado y le había recogido la revista.

—Es para mi yerno —murmuró Norman al suelo—. Es hindú.

—Seguro que sí —se burló el tío—. Supongo que él la querrá en una bolsa, ¿no?

Aferrado a la bolsa, Norman regresó cojeando calle arriba. Una sirena lloriqueó. Él se sobresaltó. Un camión de bomberos pasó a toda velocidad. De repente, deseó estar ya en casa, cómodamente instalado en el sofá. Aquel día el mundo parecía más hostil que de costumbre: el tráfico, los desaprensivos peatones, el quiosquero con su insolencia. Alguien dejó caer una caja de botellas. Norman volvió a sobresaltarse. Ojalá su hija estuviera en casa, en vez de a mil kilómetros, en una oficina o en algún sitio así. Le podría preparar una taza de té. Podría frotarle un poco de gel de ibuprofeno Ibuleve en la espalda y decirle que no era muy viejo, que todo iba bien y que no se iba a morir. Que todo iba a ir bien.

Norman se detuvo, apoyándose en su bastón. De repente se vio como debían de verlo los demás. Solo durante un instante, como cuando las nubes se apartan. Luego volvieron a cerrarse de nuevo.

Pensó: «Echo de menos a mi mujer. Ella me entendería».

Aquello le sorprendió tanto que no se percató de lo que estaba ocurriendo al final de la calle. Algo pasaba. Parecía que un camión de bomberos estaba aparcado a la puerta de la casa de su hija. Un montón de gente estaba allí mirando.

Norman se acercó cojeando. Se detuvo y miró atónito. Del 18 de Plender Street

salía una humareda negra por la ventana lateral.

Meditemos en la Luz Divina que habita en nosotros, y que ella desvanezca toda Ignorancia y Oscuridad.
Mantra gayatri

Ravi no había visto a su primo Sonny desde hacía años. Una de las razones era que vivía en Bangalore; habían crecido separados por más de seis mil kilómetros. Además, no tenían nada en común. Cuando se encontraron, se observaron uno al otro con incompreensión recíproca. Pero Sonny iba a pasar en Londres un par de días, *de paso* hacia no se sabía dónde, y no había ningún otro miembro de la familia disponible para ir a recoger no sé qué historia que había llevado.

Habían acordado que se encontrarían en el vestíbulo del hotel Royal Thistle, en Bayswater. Ravi localizó a su primo inmediatamente: un hombre corpulento, en mangas de camisa, caminando de un lado a otro y dando voces por el móvil. El tipo había engordado en abundancia. Resultaba difícil imaginar que antaño había sido un ligón, y que se pasaba las noches moviendo el culo en el Lotus Room, del hotel Oberoi, en Bangalore, en compañía de unas coristas de Bollywood. Mientras hablaba, le chasqueó los dedos a un camarero.

—¡Bacardi con Coca-Cola, y mucho hielo!

Ravi se sintió abatido. Sonny era un chanchullero, un negociante incansable. Ravi había olvidado hasta qué punto eso resultaba agotador para una persona que se encontraba en un cierto estado de fragilidad. Deseó irse a casa.

Sonny se giró.

—¡Ravi, viejo amigo! —Luego le ladró algo a su móvil y colgó—. ¡Ven aquí! Tienes un aspecto terrible, pobre hombre... ¿Trabajando demasiado, como siempre?

—No...

—No sé cómo lo aguantas, te están saliendo canas. Deberías probar una historia que utilizo yo, el tinte Tru-Tone, ya te daré un frasco, te sentirás como un tío nuevo.

Sonny chasqueó de nuevo los dedos y pidió para Ravi algo de beber.

—Y tú deberías perder algo de peso —dijo Ravi—. Te estás buscando problemas para el futuro.

—Vale, vale, tío... —La cara de su primo brillaba con el sudor; siempre había sido un tío sudoroso.

—Vigila tu corazón.

Sonny se dio unos golpecitos en el pecho.

—Suenan como un tambor. —Levantó con gran esfuerzo una bolsa y la tiró a los pies de Ravi. Ponía «Surinama Silk House». Mangos, para ti y para tu señora esposa. Los compré en la granja de Lalit... ¿Te acuerdas de Lalit, el primo de tu tío? Los mejores mangos de Karnataka.

Ravi miró a dos hombres que cruzaban el vestíbulo del hotel. Cogieron las llaves en recepción. De repente, la idea de registrarse en un hotel y gozar de una habitación limpia y vacía le resultó tan seductora que estuvo a punto de desmayarse de gusto.

—Vuelo a Frankfurt mañana —dijo Sonny—. ¿Conoces Meyer Systems? Se están relocalizando en Bangalore, en nuestro propio Silicon Valley... Esos frikis informáticos saben lo que quieren, todos quieren una parte del pastel. No reconocerías el sitio, macho, ¿sabes la cantidad de programas que estamos exportando? Tenemos las conexiones vía satélite, los conocimientos técnicos... —Contaba lo que tenían con los dedos—. Motorola, Texas Instruments... El mundo es un pañuelo, amigo mío...

A Ravi le palpitaban las sienes. En el exterior, una ambulancia pasó a toda velocidad, con los aullidos de la sirena a todo volumen. Aquel día había fracasado a la hora de revivir a un paciente con paro cardíaco. Un ataque de asma, un joven con dos gemelos recién nacidos.

Llegaron las bebidas. Sonny aún seguía diciendo bobadas. Ravi tomó un sorbo de su zumo de naranja y volvió a dejar el vaso.

—Sonny... —dijo—. Estoy pasando una mala época.

El hecho de que, entre todas las personas del mundo, hubiera decidido confiarle eso a su primo, un tipo que en absoluto estaba interesado en nadie más que en sí mismo, casi le cogió por sorpresa. Sin embargo, una vez que empezó, las palabras brotaron como un torrente.

—El padre de Pauline ha venido a vivir con nosotros, no podemos librarnos de él, y me voy a volver loco. La semana pasada prendió fuego a la cocina. Estaba hirviendo sus asquerosos y viejos pañuelos en mi cazuela Le Creuset, y a punto estuvo de quemarse toda la casa. No te imaginas lo asqueroso que es. El baño lleno de meados, problemas de próstata, lo pone todo perdido, no hace más que farfullar cuando estoy intentando concentrarme en algo, hace espantosos ruidos con la boca a propósito, cuenta los chistes más deleznable, se tira pedos, eructa... —La voz de Ravi se elevó—. Se cuele el té en el matamoscas, no mueve un dedo para ayudar, va dejando migas de galletas por todas partes, no puedo soportarlo, no puedo dormir, Pauline y yo estamos peleándonos todo el tiempo, y tarde o temprano voy a tener que largarme, no puedo soportarlo más, creo que voy a sufrir una crisis nerviosa...

Ravi se detuvo para coger aire. Pensó: «Hace falta estar desesperado, contarle todo esto a este burro tragabacardís, un pobre desgraciado al que apenas conozco. Y ni siquiera me cae bien».

—Dios bendito... —dijo Sonny, resoplando.

Al volver a casa en coche, Ravi se sintió vulnerable. Solo podía culparse a sí mismo. Aquello, claro, solo empeoraba las cosas.

Ravi era un hombre muy reservado. «Toe, toe, ¿hay alguien ahí?», solía preguntarle Pauline. Después del aborto, Ravi nunca había hablado de su dolor. Eso ocurrió veinte años atrás; el niño, si hubiera vivido, sería ya un adulto. Durante los años de los hippies y el Flower Power nunca se había desmelenado, siempre estaba ocupado estudiando. Las confidencias le incomodaban; era como dejar que alguien deshiciera su maleta y sacara a relucir los calzoncillos.

Ahora lo había soltado todo de buenas a primeras y la historia correría como la pólvora por toda la familia. Su tía Preethy, en Chowdri Road, en Delhi, telefonaría a su hermana, su madre, que en ese momento estaba visitando a su hermano en Toronto («El mundo es un pañuelo, amigo mío»). Ya estarían discutiendo sus problemas, meneando la cabeza con gestos de lástima, susurrando a sus nietos que apagaran la tele...

Ravi aparcó el coche en la calle, frente a su casa, y se quedó allí sentado, en la oscuridad. Había traicionado a su mujer y, por mucho que lo odiara, también había traicionado al viejo. En términos generales se consideraba un hombre íntegro. Si Norman estuviera tendido en una cama de hospital, él sería todo compasión. Por otra parte, el trabajo era fácil. Era espantosa, agotadoramente complejo, pero sencillo.

Ravi levantó la mirada para ver la casa. Era deprimente aquella reticencia a entrar en su propia casa. La ventana del piso superior estaba empañada. Pauline debía de estar dándose un baño. En el piso de abajo, para qué decirlo, Norman ni siquiera había echado las cortinas. El salón estaba a la vista de toda la calle.

Ninguna de las lámparas estaba encendida, solo la bombilla del techo que derramaba un deprimente resplandor, como el de un quirófano, por la estancia. Norman, el cuco en nido ajeno, estaba allí sentado, en medio de un halo de humo de tabaco, viendo la tele.

Ravi se animó a entrar. Había tomado una decisión: llamaría a Sonny y le diría que no le contara nada a su madre sobre la conversación que habían tenido aquella noche. La puerta del salón estaba entornada; divisó un par de pantorrillas venosas con zapatillas de andar por casa. Pasó por allí de puntillas, y dejó la bolsa de mangos en la cocina. Aún olía a quemado allí.

Con el aire furtivo de un quinceañero, Ravi subió a hurtadillas las escaleras. Incluso su estudio apestaba; estaba seguro de que Norman se masturbaba allí. El dormitorio era su único refugio.

Ravi se sentó en la cama. Hotel Royal Thistle. No se sabía el número. La guía de teléfonos estaba abajo, en el salón.

«Lo odio —pensó Ravi—. ¿Por qué, simplemente, no se pierde discretamente esta noche? ¿Por qué simplemente no podemos dejar que se ocupe de él la comunidad, como hacemos con los esquizofrénicos y los psicópatas? ¿Por qué no podemos dejarlo vagabundear por las calles de Londres, y que robe las bragas de las señoras colgadas en las cuerdas de tender? Puede que lo arrestaran por comportamiento indecente. ¿Por qué el viejo no sabe cuándo parar sus mierdas y estarse quieto? “Espero morirme antes de llegar a viejo”. ¿Quién cantaba aquello? ¿The Kinks? ¿Por qué no desperdiciaría mi juventud?».

Ravi se inclinó para coger el auricular y marcar el teléfono de información. Y cuando iba a cogerlo, sonó el teléfono.

Era la voz de Sonny, temblando de emoción.

—Escucha, tío —dijo—. He tenido una idea de la hostia.

El trabajo de Pauline como agente de viajes había dado forma a su teoría acerca del amor. Lo desconocido es lo que dispara la atracción sexual. Un destino desconocido acelera el pulso. Incluso la anticipación de esto conseguía excitar a sus clientes, que la miraban con ojos brillantes mientras ella descargaba las características del hotel en su ordenador. Ella los imaginaba adentrándose en una ciudad desconocida, tan atentos como zorros olisqueando el aire.

En el transcurso de una semana, en todo caso, los sentidos se debilitaban y las rutinas se restablecían. («¿Por qué no hay uvas? Ayer sí que había»); lo que había sido emocionante se tornaba vulgar. («Oh, no... más ruinas...»). Ella lo había experimentado por sí misma, muy a menudo. Era una versión acelerada de la excitación amorosa, que se tornaba mortecina con la vida doméstica.

De hecho, Ravi era el domesticado. Era él quien segaba el jardín y hacía la mayoría de las comidas, era su modo de desconectar del trabajo. Le gustaban las cosas de una determinada manera: luces suaves, servilletas de verdad, un sentido de la elegancia que se había puesto a prueba violentamente en las últimas semanas. Cualquier indicio de sofisticación, Pauline lo había aprendido de él. Si hubiera dependido de ella, habría sido tan desastrada como su padre.

El problema era que Ravi había dejado de sorprenderla. Sin duda aquello era recíproco, aunque él era demasiado educado como para decirlo. La playa en la que antaño había corrido, dando gritos de alegría, se había convertido en medio metro de arena. No era que se aburriera exactamente; Ravi era un hombre inteligente y su belleza todavía tenía el poder de dejarla atónita: un carácter un poco quisquilloso, y encanecimiento del pelo. Era simplemente que, en un largo matrimonio, era difícil mantener una mentalidad permanentemente festiva.

Ravi no era un aventurero. Pauline lo atribuía a su trabajo. En el trabajo Ravi tenía que vérselas con las víctimas de la casualidad y su aleatoria brutalidad. Muchos

años atrás había intentado acercarse a él leyendo libros sobre el hinduismo. «Así que todo es predestinación, ¿no? —había preguntado Pauline—. Si alguien va a ser atropellado por un camión, es por su karma». Ravi la había mirado, confuso, como si estuviera hablando en una lengua extraña. El no era un indio-indio en absoluto. Era médico.

De ahí su asombro la noche siguiente. Pauline fue directamente del trabajo al restaurante. Aquello la hizo sentirse incómoda, no pasar primero por casa; su padre, como un perro, no debería quedarse en casa solo todo el día. Pero Ravi se puso pesado —a las siete y media, y puntual— y las cosas estaban tirantes entre ellos; se sintió obligada a obedecer.

Sonny se encontraba junto a un burbujeante acuario. Estaba hablando por su teléfono móvil. Llevaba la camisa muy tensa en el pecho. («Todos los botones tienen que cumplir su función», le habría dicho su madre). Algunos pelos negros se salían por los resquicios.

—¡Siéntate, siéntate...! —le dijo, dando palmaditas en una silla.

Ravi estaba leyendo un fax. Levantó la mirada brevemente y sonrió a su mujer como si ella fuera la camarera. ¿Qué pasaba? Los dos se habían desprendido de sus corbatas, y había un aire de confabulación entre ellos. Había más papeles sobre la mesa, sujetos con un salero. Los bordes se levantaban y se agitaban con el aire del ventilador que había en el techo.

Sonny apagó su teléfono.

—Es mi contable —dijo—. Un tío de primera.

—¿Te acuerdas de Sonny, mi primo? —dijo Ravi—. Os conocisteis en la boda de Samina.

Pauline asintió.

—Unos mangos muy ricos. Gracias.

Sonny hizo un gesto de desinterés con la mano.

—Esta noche, Pauline, será una noche memorable. Tu marido y yo estamos cocinando un plan. —Miró a Ravi—. ¿Quién empieza?

Ravi abrió la boca para hablar, pero Sonny se inclinó sobre la mesa.

—Tengo una propuesta de negocio —dijo, cogiéndole la mano a Pauline—. Un montón de pasta y grandes beneficios para la humanidad. Hasta ahí suena bien, ¿eh? Ravi es un buen tío, él y yo, los dos, vamos a ser socios.

Pauline miró a su marido.

—Pero si tú no sabes nada de negocios...

—Escucha a Sonny, cariño. Es una idea cojonuda.

¿Cojonuda? Ravi nunca decía «cojonuda».

—Estoy hablando del negocio de los viejos —dijo Sonny—. En mi país cuidamos de nuestros mayores y nuestros ancestros... ¿Sabes cómo se llama nuestro plan de

pensiones? ¡Se llama «la familia»! Aquí, en Inglaterra, ¿qué pasa con ellos? No hay nadie que cuide de los pobres viejos vagabundos, sus familias están desperdigadas por aquí y por allá. La gente como tú, ¿qué hace por sus ancianos *papas* y sus *mamásl*.

—Yo cuido de mi padre —contestó Pauline.

—¿De dónde sale el dinero para ocuparse de ellos? —preguntó Sonny—. Vuestro Sistema Nacional de Salud está en la quiebra por la presión...

—Si lo sabré yo... —murmuró Ravi.

—... como esa pobre señora, Muriel, que la he visto yo en la BBC Internacional, ahí tirada en una camilla, abandonada como si fuera basura...

—Eso es porque ella no quiso que... —empezó a decir Pauline.

—Esa no es la cuestión... —dijo Ravi—. Ya sé que era una vieja bruja racista. La cuestión es que nos enfrentamos a un enorme incremento del número de ancianos...

—¿Y cuál es su futuro? —interrumpió Sonny—. ¡La pobreza! La gente cada vez vive más, querida, y no hay dinero para cuidarlos.

—Tú y yo no tardaremos en enfrentarnos a esa situación —dijo Ravi.

—¡Aún falta mucho! —protestó Pauline. No le gustaba que la sermonearan. Y no era tan vieja.

—¡La bomba de relojería de las pensiones! —Sonny extendió sus manos—. Es un desastre de proporciones épicas, querida, ya está ocurriendo y cada vez va a ser peor. Primero ha sido vuestra aseguradora Equitable Life, luego serán las otras, mutua tras mutua están cerrando el grifo de los planes de pensiones con el último salario...

—... los bajos intereses y la caída de la bolsa... —murmuró Ravi.

—¡... todo ese dinero que tanto os ha costado ganar se está desvaneciendo en el aire! —Sonny chasqueó los dedos—. Y año tras año la cosa está empeorando cada vez más.

Junto a ellos, un camarero carraspeó.

—¿Ya están listos para pedir, señor?

—¡No! —ladró Sonny.

—¡Hay que hacer algo! —Los ojos de Ravi estaban vidriosos; tenía una mirada nerviosa que Pauline nunca le había visto antes. Sintió una sorprendente pulsión de deseo. Detrás de su marido los peces nadaban de un lado para otro, muy animados en sus asuntos particulares.

—He estado todo el día colgado del teléfono —dijo Sonny—. Ahora mismo debería estar en Frankfurt, pero he aplazado el viaje. Estas ideas geniales solo se le ocurren a uno una vez en la vida: ¡es un momento eureka!

—Vamos a montar una residencia de ancianos —dijo Ravi.

—¡Una cadena de residencias de ancianos!

—Poco a poco, poco a poco... —dijo Ravi.

—Vale, vale... —Sonny se inclinó hacia Pauline—. El bueno de tu marido y yo vamos a montar un asilo de ancianos.

—En la India —dijo Ravi.

Entonces, Pauline se percató de que uno de los peces había muerto; flotaba en la superficie, zarandeado por las burbujas de la bomba de oxigenación.

Verdaderamente Ravi era un hombre nuevo. No sorprendió solo a su mujer, sino a sí mismo. El plan era tan audaz que parecía como un chute de adrenalina. Su habitual precaución había desaparecido, pues el plan, bien pensado, resultaba enorme y maravillosamente lógico. Solo una persona con visión podría haberlo visto. Sonny había reconocido aquella habilidad en Ravi y lo había elegido.

Ravi salió por la puerta lateral para tomar un poco el aire. Las colillas de los cigarros emponzoñaban la acera. La basura se había acumulado en las alcantarillas: el chupete sucio de un crío, un guante de exploración arrugado... La subcontrata de mantenimiento había quebrado y el hospital de St Jude no tenía fondos para contratar otra.

Condiciones tercermundistas, pensó Ravi. Les daré condiciones tercermundistas. Como decía Sonny: «Si no podemos llevar a Mahoma a la montaña, traeremos la montaña a Mahoma».

Todo tenía sentido, un sentido tan asombrosamente obvio que se sorprendía de que nadie más hubiera pensado en ello. A lo mejor sí lo habían pensado. Tal vez, en ese mismo momento, se estaban construyendo residencias de ancianos en países en desarrollo. Sol, mano de obra barata y eficiente, bajos costes. Los viejos podrían estar atendidos por un precio ridículo, lo cual liberaría a los servicios sociales de una carga tremenda. El y Sonny constituirían una empresa y negociarían con las autoridades locales. Sonny ya le tenía echado el ojo a un edificio, una casa de huéspedes ruinosa cerca de su oficina, en Bangalore.

—No está muy lejos —dijo—. Mírame, Stuttgart un día, Houston, el siguiente, los tíos se suben a un avión como se suben a un carromato hindú, ¡está chupado! —Chasqueó los dedos—. Ahora somos viajeros globales, muchacho, vuelos baratos a Dios sabe dónde, Maldivas, Seychelles, nuestro hermoso estado de Kerala, más barato que ese puto tren de Connex que va a Worthing y probablemente más rápido también, yo mismo estuve allí el lunes y perdí todo el jodido día. ¿Quién quiere estar metido en una asquerosa habitacioncilla oliendo a repollo? ¿Quién va a querer irse pudriendo en la lluviosa y sucia Inglaterra cuando podrían estar sentados bajo una palmera, bronceándose las arrugas y enjuagando sus dentaduras postizas en un agradable zumo de mango? ¿Qué harías tú, eh?

—La verdad, me quedaría aquí —dijo Ravi, que odiaba la India.

Pero él no tenía que ir; él sería el corresponsal londinense de la operación,

utilizando sus contactos médicos, colaborando con el sector de las residencias de ancianos. Sonny estaba en lo cierto; en la actualidad incluso los ancianos son viajeros sofisticados, visitan a sus nietos en Johannesburgo y juegan al golf en Florida. Y ahí era donde entraba Pauline: la agencia de viajes Blenheim Travel, donde ella trabajaba, podía fijar unas tarifas *low-cost* para viajar a Bangalore. Sonny, que ya estaba de regreso en el subcontinente, ya había empezado a trabajar en ese tema.

—El gerifalte de Air India es un colega mío. Una vez que nos hayamos instalado y estemos funcionando, pondremos vuelos especiales, descuentos para familiares, paquetes turísticos... Apúntate esto, primo, estarán mucho más contentos de venir a Bangalore que al puto Worthing un jueves lluvioso por la tarde. —Al otro lado de la línea telefónica, su voz crepitaba de emoción—. El año que viene vamos a tener un montón de clientes muy satisfechos.

—No son clientes, Sonny. Son personas.

—Ah, Ravi, tío, eres un tiquismiquis...

Ya de vuelta en casa, Pauline parecía un poco dubitativa respecto a todo aquel negocio.

—Es un riesgo tremendo. ¿De dónde vais a sacar el dinero?

—Sonny está buscando financiación.

—¿Te fías de él?

—Por supuesto —dijo Ravi—. Es un pez gordo en Bangalore, está siempre metido en todas las salsas.

—¿Qué tipo de salsas?

Su mujer lo ponía enfermo con esos supuestos malentendidos. No era típico de Pauline ser tan reacia y poco animosa.

—Nunca conseguiréis que vaya la gente —dijo Pauline—. Quiero decir, una cosa es un país cálido... pero la *India*... Piensa en las enfermedades.

—No todos viven en chozas de barro, ¿sabes? —Ravi sintió un extraño ataque de patriotismo—. Si hubieras estado, lo sabrías.

—Pero si tú mismo no has vuelto por allí más que un par de veces.

—Eso es porque no me gusta —contestó él.

—Bueno, puede que a los demás tampoco.

—En ese caso, pueden volver a casa —replicó Ravi—. No es una condena perpetua. Pueden ir durante el invierno y ver si les conviene.

—A la gente mayor le gusta lo que conocen.

—¿Y qué conocen del mundo en el que viven ahora? Inglaterra es un país extraño para la mayoría de ellos en la actualidad, es aterrador, es desconcertante...

—... y lleno de negros.

Ravi la miró con aspereza. ¿Le estaba vacilando?

—Bueno, en ese caso se sentirán como en casa.

Touché. Estaban tumbados en la cama, susurrando. Los ronquidos de Norman se oían a través de la pared.

—Yo sé por qué quieres hacer esto —musitó Pauline.

—¿Por qué?

—Porque así puedes librarte de mi padre —y se dio la vuelta, llevándose todo el edredón—. Quieres mandarlo allí, ¿no?

Como Brahma, no vas a ser querido.
No estés apenado por el olvido de lo pasado.

SWAMI PURNA

El Dunroamin, en Brigade Road, era una espaciosa casona construida en 1865 por un comerciante ambulante llamado Henry Fowler. Había conseguido hacerse un hueco en el comercio del algodón, tenía una amplia familia y, tal y como sugería el nombre de la residencia, encontró en la India un hogar tan agradable como si fuera su propio hogar. Efectivamente, Dunroamin era un lugar encantador, con un porche corrido por tres de sus lados y un jardín sombrío con árboles de flores rojas que llaman flamboyanes. Uno se podía imaginar las fiestas y los té al aire libre con sombrillas que debieron de celebrarse allí. En aquellos días Bangalore era una ciudad que albergaba una guarnición militar, y favorecida por los británicos, gracias a su clima benigno, contaba con amplias calles y parques. La ciudad vieja, con su laberinto de bazares, estuvo ocupada con frecuencia; los ingleses vivían en las avenidas arboladas del recinto militar, de Cunningham Street y Defence Lines. Lo llamaban la Ciudad Jardín; sus sólidos edificios Victorianos le conferían un aire de permanencia y autoridad, aunque sus propietarios, al estar contruidos con materiales más frágiles, acabaron por morirse y fueron enterrados en el cementerio de la iglesia anglicana de St Patrick.

Fowler murió, sus herederos murieron, el caserón fue ocupado durante un tiempo por el inspector de Canales, y luego unas monjas lo utilizaron como escuela de primaria. Tras la independencia y la partida de los británicos fue convertido en una casa de huéspedes y así se había mantenido desde entonces. En los años sesenta se añadió un edificio anejo; con el paso de los años se instaló el aire acondicionado en algunas de las habitaciones más caras, y se añadieron baños particulares, con una fontanería peculiar. Pero durante muchos años había permanecido inalterado: veinte habitaciones con colchas de flores y un mobiliario desigual, pintado en color crema. Había un salón atiborrado de sillones de cretona y una sólida librería de teca llena de novelas baratas que habían dejado allí antiguos clientes; había un gran comedor oscuro. Como en muchos lugares de ese estilo, el mobiliario parecía demasiado recargado o demasiado pobre para las habitaciones, y parecía como si los objetos se hubieran puesto allí de modo temporal, hasta que se pudiera encontrar algo mejor. Había un aire de somnolencia en todo el caserón: relojes que no dejaban de hacer

tictac, chirriantes ventiladores de techo y el lejano traqueteo de las cazuelas que llegaba desde la cocina. Fuera, en el jardín, los periquitos parloteaban en el aviario y los parterres estaban adornados con claveles de la India^[1] y rosas, realmente podías estar en los barrios residenciales y floridos de Tunbridge Wells, en Kent.

«Un pequeño rinconcito de Inglaterra —escribió Sonny—. Un oasis con el pintoresco encanto de antaño, en medio del bullicioso y moderno Bangalore». Estaba redactando el guión para el vídeo promocional.

El hotel Dunroamin Retirement combina la tranquilidad de antaño con la moderna emoción de las compras y las visitas turísticas. Disfrute del entorno de una época olvidada con los avances de la vida moderna: todas las habitaciones, tanto las de lujo como las estándar, están equipadas con teléfono personal y televisión Star. La cocina de primera clase ofrece especialidades tanto británicas como de la India septentrional. ¡Vengay dese un capricho! ¡Usted se lo merece!

Ciertamente, Dunroamin era un oasis. Alrededor de la casona había crecido una nueva ciudad. Los precios de las casas se habían disparado. Uno tras otro, todos los palacetes antiguos habían sido demolidos y reemplazados por bloques de oficinas. A lo largo de los últimos veinte años, con el advenimiento de la revolución tecnológica, las empresas habían hecho su agosto. La antigua Ciudad Jardín se había transformado en la Ciudad Empresarial y Dunroamin había perdido todos sus clientes en favor de los grandes y nuevos hoteles que se levantaban a lo largo de Brigade Road: el Oberoi, el Taj Balmoral, el Ramanashree Comfort Inn. Estos hoteles ofrecían centros de convenciones y salas de reuniones; ofrecían servicio de habitaciones las veinticuatro horas del día y gimnasios donde los ejecutivos sudaban sus curris. De ningún modo el Dunroamin hubiera sido capaz de competir con eso. Aunque contaba con una pequeña clientela de viajeros económicos, ninguno se quedaba mucho tiempo, pues, a pesar de las palabras de Sonny, Bangalore tenía poco que ofrecer al turista y principalmente los viajeros utilizaban la ciudad a modo de escala, *en route* hacia algún otro lugar: Mysore o, para los más aventureros, las ruinas de la ciudad de Hampi. Incluso en estos casos, la mayoría de los turistas contaban con un paquete que les permitía quedarse en uno de esos hoteles de cinco estrellas.

De modo que poco a poco Dunroamin había iniciado su decadencia. Su propietario era un parsi acomodado llamado Minoo. Con una mezcla de inercia y sentimentalismo había resistido las ofertas de compra que le habían hecho los promotores inmobiliarios, pues había heredado el hotel de sus padres y no estaba dispuesto a ver cómo la casa de su infancia sucumbía a la demolición y en su lugar se levantaba un bloque de oficinas. Por el contrario, la oferta de Sonny Rahim le resultó más atractiva.

—Tú piénsatelo, amigo mío —le había dicho Sonny—. Un cien por cien de ocupación garantizado, sin habitaciones vacías, sin reservas canceladas, ¡es el sueño de un hotelero!

Estaban sentados en el comedor vacío. Minoo conocía a Sonny porque este era el propietario del edificio de enfrente: el Karishma Plaza, un edificio de cemento espantoso incluso para el nivel estético habitual de Bangalore, con tiendas en la planta baja y sitio para oficinas arriba. Sonny parecía un hombre ambicioso y enérgico, de eso no cabía duda.

—Necesita una pequeña renovación —añadió Sonny—, algunos cambios menores, pero no estamos hablando de llenarlo de viejos carcamales, esta gente no estará en las últimas, incontinentes y seniles...

—¿Y qué pasa cuando lleguen a ese estado? —preguntó Minoo—. Todos acabaremos así.

—Entonces realizaremos las negociaciones oportunas para que sean transferidos al hospital Victoria o para que los devuelvan a Inglaterra; esas son las condiciones con las que operan los establecimientos británicos de este tipo. Por supuesto, contaremos con un médico cualificado siempre de guardia, ya he contactado con el doctor Sajit Rama, es un buen colega mío, y lleva la clínica Meerhar en Elphinstone Chambers, y por supuesto en las instalaciones contaríamos con una experta enfermera interna: tu señora esposa.

Eso era verdad. La mujer de Minoo había sido enfermera antes de casarse. Bueno, una especie de enfermera o así.

—Mi primo, el doctor Ravi Kapoor, vive en Londres —explicó Sonny—. Él dirigirá la parte británica de las operaciones; hemos montado una empresa juntos, Ravison Residential Homes. Su propia mujer será nuestra socia, y se ocupará de todas las cuestiones relacionadas con los viajes. Estamos hablando de un negocio grande, mi buen amigo. —Sonny extendió los brazos, golpeando una botella de soda que estuvo a punto de caerse—. ¡Unete a nosotros ya, amigo, y te llevarás un buen pellizco! Ya estoy viendo crecer un imperio, residencias de jubilados en climas cálidos..., ¡Sudáfrica!, ¡Chipre...!, alejados de la lluvia y de la criminalidad, donde la vida es más barata y el servicio excelente, ya estoy viendo una cadena de residencias, para que nuestros clientes puedan viajar de una a otra con total libertad si ese es su deseo, una especie de multipropiedad para mayores activos: este es el futuro del mundo. De pequeñas bellotas nacen las grandes encinas, ¿no te parece?

El tío era una dinamo humana. A cada poco se veían interrumpidos por el graznido del móvil de Sonny. Entonces empezaba a pasear de un lado a otro, dando gritos al auricular. Una mancha de humedad se extendía por la parte de atrás de su camisa.

Minoo observó su comedor. Las cortinas estaban echadas. Rayos de sol se colaban resplandecientes por las aberturas, tan brillantes que le molestaban en los ojos. ¿Qué pasa cuando nos morimos?, se preguntó. ¿Cómo podemos saberlo a ciencia cierta? De repente la sala se le había llenado de residentes, con sus cabezas

encanecidas temblando mientras hablaban unos con otros. Eran más viejos que él, y se habían ido arrimando a aquellas franjas de sol deslumbrante que se colaba entre las cortinas.

—¿Y qué pasará cuando se mueran? —preguntó.

—Pues lo mismo que en Inglaterra —replicó Sonny—. Incineración, enterramiento... Nosotros nos ocuparemos de todo, déjame a mí.

«¿Qué será de todos nosotros?», se preguntó Minoo. Los buitres me sacarán los ojos, porque a mí me despacharán a nuestra manera parsi, ¿y luego qué?

La silla crujió cuando Sonny se volvió a sentar. El tío estaba esperando una respuesta, pero Minoo se encontraba perdido en una especie de complaciente y violento terror. Seguramente no habría nada que temer..., solo sería un dulce abandono.

—¿Quieres hablarlo con tu mujer? —preguntó Sonny.

—Está en el salón de belleza... —La imagen de Razia devolvió a Minoo a su estado normal—. Debo ser franco contigo, amigo mío. La experiencia de mi mujer como enfermera es un tanto limitada. Trabajó en la clínica de un podólogo.

—Eso no tiene importancia.

—Es ayudante de callista.

Sonny se encogió de hombros y añadió vagamente:

—Si se es enfermera, se es enfermera para siempre.

De repente, Minoo resplandeció con un ataque de rebeldía. Por una vez, él tomaría una decisión. Se imaginó a Razia llegando a casa, con las uñas pintadas de rojo sangriento y quedándose boquiabierta. Se imaginó a su propia madre mirándolo, atónita, con la taza de té paralizada a medio camino entre el plato y sus labios.

—Hablemos de números —dijo, sorprendiéndose a sí mismo. Nunca había utilizado esa expresión en su vida. Desde la cocina llegaba el estruendo de la loza. Fernández, el cocinero, había estado dándole a la botella otra vez.

Sonny abrió su maletín y sacó un fajo de papeles. Y así fue como se llegó a un acuerdo. Corría el mes de junio. Había transcurrido solo un mes desde que Sonny tuviera aquel momento de luminosa revelación en el hotel Royal Thistle, en Bayswater.

Una vez conseguido el edificio y las instalaciones, el paso siguiente era el marketing. Sonny pensó abrir una página en internet. Además de encargar un folleto a todo color y un vídeo promocional, que se distribuiría por las agencias adecuadas en Inglaterra. Con esto en mente, acordó una reunión con el cuñado de su primo, Vinod.

Cuando era joven, Vinod había soñado con ser director de cine. Se había imaginado a sí mismo rodeado de coristas de Bollywood como Sonny, sobre cuyas hazañas de playboy había leído en la revista *Calling Bangalore*. El destino, sin

embargo, le había escrito un guión distinto y, después de varios desastres económicos, Vinod se había encontrado, a su edad, regentando un estudio de fotografía en la carretera del aeropuerto. Las bodas eran su especialidad, y fue mientras estaba rodando un vídeo de la boda de un sobrino de Sonny cuando este se lo llevó a la sombra de unas buganvillas y le contó su plan.

A la semana siguiente Sonny subió con estrépito las escaleras del estudio de Vinod y le puso una carpeta en la mano. Ya tenía todo el plan de rodaje del vídeo.

—Abrimos con la intemporal belleza de nuestro país. —Sonny señaló un póster que había en la pared—. Un plano del Taj Mahal al atardecer.

—A lo mejor el atardecer no es una buena idea... —dijo Vinod.

—¿Por qué? Ah, ¿porque es como si uno se muere...? —preguntó Sonny encogiéndose de hombros—. Vale, colega: entonces al amanecer. Alguna música tradicional hindú sonando por detrás...

—Demasiado extraño... —dijo Vinod.

—... y luego un recorrido por los lugares turísticos de Bangalore.

—¿Qué lugares turísticos?

—¡Pues el palacio de Tipu, muchacho! ¡Cubbon Park y nuestro espléndido jardín botánico! Hay un montón de cosas que ver aquí, para el turista inteligente. Si te parece bien, concéntrate en los motivos del Imperio británico: la torre del reloj, la estatua de la reina Victoria... Mi lema será: «Siempre habrá un pequeño rinconcito que recuerde a Inglaterra».

En el exterior, el tráfico era ensordecedor en su camino hacia el aeropuerto. Debido a un corte de luz el aire acondicionado no funcionaba, así que Vinod había tenido la mala idea de abrir la ventana. El estudio apestaba a humos contaminantes y había que gritar para hacerse entender por encima del ruido.

Vinod tenía que admitirlo: su vida había sido un fracaso. La conciencia de esa verdad se había ido acercando paulatinamente, pero solo ahora, al cumplir la cincuentena, había podido expresarlo con palabras. Su creatividad había quedado destruida por mil bodas y sus aburridas exigencias. Cualquier intento de dar salida a alguna licencia artística —un corte hacia un gato callejero o un montaje de una secuencia de baile— solo recibía incompreensión y, en una ocasión, una negativa a pagarle la factura. Vinod también tenía que cargar con una mujer irritable y unos hijos vagos y despreciables. Resultaba un tormento ser el notario de las alegrías de otra gente cuando él mismo tenía tan poca cosa que celebrar. De modo que su pulso se aceleró ante la perspectiva de aquel trabajo, a pesar de las tiranías mandonas de Sonny y su insistencia en que la sección dedicada al bullicio del centro de Bangalore incluyera imágenes de las empresas pertenecientes a sus socios en otros negocios.

—¿Kiddy Korner? ¿El centro comercial de los niños? —preguntó Vinod—. Pero a esa gente, ¿no se le ha pasado ya la época de tener hijos?

—¿Y no pueden tener nietos?

—¿Cortinas Galore? —se extrañó Vinod—. ¿Para qué van a comprar cortinas? ¿No hay cortinas en las habitaciones de su hotel?

Sonny dijo que bah-bah-bah. Encendido con su fervor empresarial, todo lo creía posible. Poseía una participación en la tienda de telas Surinama Silk House.

—Un sari siempre proporciona una elegancia intemporal, sobre todo a las señoras de cierta edad.

—Pero si son inglesas... —dijo Vinod—. No van a empezar ahora a vestir saris.

—No te pongas asquerosamente negativo —le cortó Sonny—. Ah, mira, eso me ha dado una idea. ¡Desfiles de moda! Me concentraré en los entretenimientos. ¡Una vez que estén viviendo aquí, nuestros clientes tendrán dinero a espuestas! Se llama «la libra esterlina con canas». O «la libra esterlina blanca».

De repente, Vinod comenzó a disfrutarlo. La mayoría de los trabajos eran una sencilla cuestión de embutir a todos los familiares en el encuadre y asegurarse de que la joyería estaba a la vista. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un trabajo creativo.

La filmación en Dunroamin incluiría una toma general acompañada por un rollo de Sonny vendiendo la residencia.

—Y música inglesa —dijo Vinod—. Las *Variaciones Enigma* de Edward Elgar es justo lo que necesitamos. Tengo el CD en mi casa.

—Una panorámica en movimiento del jardín —propuso Sonny—. Los árboles, las flores, la tranquilidad. Un colibrí chupando néctar.

—¿Quién va a hacer la película? —dijo Vinod—. Tú déjame las tomas a mí.

Sonny era inasequible al desaliento.

—Y un bufet en el comedor, amigo. Platos de arroz, *biryanis*, y pasteles de crema.

«Nacer, crecer, reproducirse y morir», pensó Vinod. Cuando era joven había querido hacer documentales de naturaleza. Tenías que captar esos cuatro elementos esenciales, o, si no, los espectadores desconectaban. En este caso, las dos últimas cuestiones resultaban inapropiadas. Pero la cuestión de la comida resultaba esencial. Después de todo, cuando uno es viejo eso es lo único para lo que vives.

Sonny caminaba a grandes zancadas de un lado a otro, por delante de la tela para fondos. Vinod confió en que no le diera por pisotear los pliegues. Una vez, años atrás, Vinod había sentado a sus hijos allí, con sus uniformes escolares, y les había hecho las fotos. Subidos a las sillas, habían irradiado esperanza en el futuro. Veinte años después, allí estaba él; nada había cambiado, excepto que era más viejo, sus hijos lo habían abandonado y el tráfico había aumentado hasta convertirse en un estruendo insoportable.

—Y no te olvides del médico —dijo Sonny. Vinod volvió a prestar atención—. Es de primera división. Yo mismo he estado en su casa para una consulta. Hazle una

toma en su clínica.

El doctor Sajit Rama dirigía una clínica para enfermedades de transmisión sexual. Al día siguiente Vinod cargó su equipo en un *rickshaw* y le dio al conductor la dirección de Elphinstone Chambers.

La sala de espera apestaba al tabaco barato *bidi*. Había una hilera de hombres sentados allí, mirándose los pies. «Yo en realidad no estoy aquí», decían con su lenguaje corporal. Vinod reconoció al hombre que vendía CD en la calle, a la salida de las oficinas de Air India. ¿Un placer pasajero lo había conducido allí?, se preguntó Vinod. ¿Valía la pena el precio que había que pagar?

Se le hizo pasar al consultorio del doctor. El doctor Rama se adelantó desde detrás de la mesa y le dio la mano a Vinod.

—Los amigos de Sonny son mis amigos. —Era un hombre agraciado, con una hermosa cabellera—. Para ser totalmente sinceros, yo no soy geriatra.

—Y yo no soy Alfred Hitchcock —dijo Vinod—, pero de algo tenemos que vivir, ¿no le parece?

Instaló su cámara. La idea era filmar una consulta. Como era una clínica gonorreica, filmaría una secuencia muda. Vinod había pensado grabar sesenta segundos del doctor escuchando a un paciente, y poner música por encima.

Colocó al médico delante del diploma enmarcado que colgaba de la pared. El hombre era injustamente agraciado; con aspecto de estrella de cine, de hecho. Vinod se representó a las damas inglesas fingiendo todo tipo de achaques y dolencias solo para poder ir a visitarlo. Se pirrarían por aquel tío.

«¿Quién cuidará de mí cuando sea viejo?», se preguntó Vinod. Desde luego, sus hijos no, eso seguro. Era vergonzoso cómo se habían portado con él. ¿Es que no tenían ningún sentido de la responsabilidad familiar? ¿O del respeto?

La enfermera hizo pasar a un paciente. Era un hombre delgado, de aire esquivo. Se sentó en el borde de la silla y se alisó el pelo con la mano.

—A ver entonces cuál es ese problemilla... —sugirió el doctor Rama.

—He tenido un encuentro por mi cuenta... —dijo el hombre. Miró a la cámara.

—Le aseguro que esto es confidencial —dijo el médico—. Mi amigo está rodando por otros motivos completamente distintos.

—Solo me ha ocurrido esa vez, señor doctor —dijo el paciente. El médico asintió comprensivo. Todos decían lo mismo—. Y ahora estoy penando por ello. —El hombre se encendió uno de aquellos cigarros baratos. Su mano temblaba—. ¡Por favor, no quiero que mi mujer se entere de esto! ¡Me echaría de casa!

—Pase detrás del biombo, señor —dijo el doctor Rama—, y bájese los pantalones.

Antaño Vinod había disfrutado de los placeres de la carne. Durante años había

estado visitando a Chula, una jovencita encantadora que trabajaba en un local cerca del mercado Gandhi. Incluso su propia esposa había mostrado algún entusiasmo durante los primeros años, antes de que empezara a confabular con sus hijos y a despreciarlo como a un fracasado.

Un quejido lastimero se oyó detrás del biombo. Mientras Vinod guardaba la cámara, pensó: «Ya me siento acabado y solo tengo cincuenta años. ¿Cómo se sentirá uno con setenta? ¿Y con ochenta?». La única respuesta era soportar aquella existencia, intentar hacer el bien —mira, él estaba ayudando a su amigo, y por un precio ridículo—, y rezar para que en la próxima vida las cosas fueran mejor. Iría al templo aquella misma tarde y haría una ofrenda, una *puja*; aquello nunca fallaba, y siempre lo animaba un poco.

Por el sendero del bien condúcenos a la dicha final,
oh, llama divina, tú, Dios, que conoces todos los caminos.

ISA UPANISHAD

A finales de agosto ya estaba todo preparado. Dunroamin había cerrado para hacer el cambio de negocio y se había colocado un cartel nuevo: DUNROAMIN - HOTEL PRIVADO - SOLO RESIDENTES. Las tarifas se habían fijado: y eran notablemente bajas comparadas con sus equivalentes británicos. Con Sonny haciendo restallar el látigo, la fuerza laboral del hotel, que tendía naturalmente al aletargamiento, había sido espoleada para que entrara en acción: las habitaciones estaban listas, el vestíbulo de la entrada se había repintado totalmente y se había instalado una rampa para las sillas de ruedas. Se había organizado toda la burocracia de los visados y se habían negociado precios reducidos a través de Blenheim Travel, la agencia de viajes donde trabajaba Pauline. Tal y como decía el folleto que se imprimió, India era un país de contrastes. Aunque resultaba desconcertante y frustrante, empantanado por la burocracia y la corrupción, también era un lugar en el que, si uno contactaba con la persona adecuada, las cosas se solucionaban de una forma mágica. Eso era lo que afirmaba Sonny. «Te acostumbrarás enseguida, querida —le dijo a Pauline por teléfono—. No se dice “untar”, sino “agradecer”».

Y, hasta ese momento, los dos primos no se habían peleado. Hasta que emprendieron aquella aventura, apenas se habían tratado. Separados desde la infancia, el médico tiquismiquis y el impetuoso emprendedor habían tenido muy poco en común hasta el momento. Había habido algún quítame allá esas pajas con el nombre de la empresa: en opinión de Sonny, el nombre de «Ravison» le confería a su primo demasiado peso... cuando, después de todo, ¿quién estaba llevando el mayor peso de la operación? Pero «Sonnyrav» sonaba muy burdo y tenía que admitir que su verdadero nombre, Sunil, no sonaba bien en ninguna combinación. Aparte de esto, ambos estaban unidos en su objetivo común.

En la casa de Dulwich, sin embargo, las tensiones iban en aumento. Ravi se había convertido en un obsesivo. Se encerraba en su estudio —una estancia de la que ya había sido expulsado Norman— y pasaba las noches encorvado frente al ordenador. Había adelgazado aún más, si es que esto era posible, y había un brillo maniaco en su mirada. Y había empezado a proferir algunas palabras poco frecuentes en su vocabulario —‘priorizar’, ‘mínimo aceptable’—. En todo caso, Pauline sospechaba

que «el mínimo aceptable» no era parte de su nuevo vocabulario comercial, sino una forma odiosa de llamar a su padre.

Por supuesto las cosas eran difíciles, teniendo al viejo en la casa. De hecho, tras un largo verano las cosas llegaron a un punto crítico. Por supuesto, la propia Pauline tenía sentimientos encontrados sobre su padre. Pero prefería dejarlo pasar.

—¿Por qué eres tan agradable con tus pacientes —le preguntó a Ravi—, y te portas tan mal con él?

—Son trabajo.

—Pues imagínate que también es un paciente.

—No lo es —dijo Ravi—. Es un viejo asqueroso, egoísta y bruto.

—¡No digas eso!

—Tú también lo dices.

—Pero yo soy su hija —dijo Pauline mirándolo—. Para ti es muy fácil ser un buen hijo, como tus padres viven en la India...

—Exactamente. Por eso es por lo que tu padre debería irse para allá.

Norman se negó a irse.

—Estáis intentando libraros de mí —gimoteó—. He estado viajando toda mi vida. ¿Acaso un tipo como yo no merece algún descanso? —Se le humedecieron los ojos—. Tengo setenta y seis años, muchacho. Lo único que quiero es acabar mis días cerca de mi única hija.

—Pero si ella está trabajando todo el día —dijo Ravi—. Piensa en el buen tiempo y en la gente que conocerás...

—No te preocupes. No duraré mucho —dijo Norman—. Entonces ya no te crearé ningún problema.

«Bobadas —pensó Ravi—, nos enterrarás a nosotros dos. A este paso, seguro que será así». Ravi sintió que le faltaba el aliento. Probablemente un principio de enfisema, como consecuencia de su estado de fumador pasivo.

—Además, si en la India todo es tan jodidamente maravilloso —dijo Norman—, ¿por qué te fuiste de allí?

—Porque los servicios médicos son mejores aquí.

—¡Ah! —Norman resopló con una carcajada—. ¡Menudo gol en propia puerta!

—Quería decir *eran* —dijo Ravi—. Todo ha mejorado tanto allí que está irreconocible.

Pauline miró a su marido. Su padre conseguía sacar lo peor de Ravi; se convertía en un hombre más remilgado, más engreído. Tenía la sospecha de que Ravi estaba empezando a encontrarla menos atractiva últimamente. Algunas veces la miraba de un modo raro, escudriñando su cara, fijando la mirada en su barbilla.

De repente, Pauline se dio cuenta: «Mi matrimonio está en juego». Vio a Ravi

caminando hacia la puerta de otra casa, sentándose en un sillón extraño. Lo vio perfectamente claro. En cuestión de meses encontraría a otra mujer; estaba más necesitado de lo que parecía. Dejó el folleto en la rodilla de su padre.

—Échale otro vistazo, papá. Yo iré en avión contigo y te dejaré bien instalado. — Le sonrió—. Serás nuestro pionero.

—Ni loco —dijo Norman—. Lo que quieres decir es que me tendré que buscar la vida yo solo.

—¡Por supuesto que no! Apenas hemos empezado a anunciarlo y tenemos ya un montón de llamadas. —Dos, en realidad, pero ya era un comienzo—. Y luego yo iré y te visitaré un montón de veces. Mira —señaló una parte del folleto—. Tenemos un paquete para familiares. Pueden combinarlo con una semana en la playa, Bangalore está solo a doscientos kilómetros de Kerala. Y Goa tampoco está lejos. Toby y Eunice pasan todos los inviernos en Goa... ¿Te acuerdas de ellos? Eran tus antiguos vecinos...

—Claro que me acuerdo. No estoy completamente gagá, ¿sabes?

—Y no hay ningún problema con el idioma —dijo Ravi—. Allí todo el mundo habla inglés; al fin y al cabo, vosotros gobernabais aquello. Descubrirás que todavía se respeta mucho todo lo británico..., los buenos modales de antaño.

Los ojos de Norman se entrecerraron.

—Vale ya de darme coba. Enviadme a algún sitio de aquí, de Inglaterra, y me iré sin chistar...

—No te aceptan en ninguna parte...

—¡Pues no me voy a largar a la India! Eso me mataría. Si esta operación no me mata antes.

El lunes hubo que ingresar a Norman en el hospital de St Jude para operarlo de próstata. Ravi ya no podía soportar más el olor en el baño, ni la alfombrilla llena de gotitas de orina. Había hecho algunas llamadas de teléfono y coló a su suegro en las listas de espera. Además, aquello sacaría a aquel hombre de casa durante un par de días.

Ravi lo llevó en coche el lunes por la mañana. Sentado a su lado, Norman estaba extrañamente silencioso. Por un instante, Ravi casi lo sintió por el pobre desgraciado.

—Es una cosa rutinaria —dijo—. No hay nada que temer.

—Ahora que estamos solos... —dijo Norman en voz baja—. De hombre a hombre...

—Todo saldrá bien.

—Mi viejo amigo... —Norman suspiró profundamente—. Entre tú y yo, ya no es lo que era. Otro clavo en el ataúd y todo eso, ya sabes...

—Nada va a cambiar, salvo que eyacularás más en el interior que hacia fuera.

—¿Cómo dices?

—El semen regresará al saco vascular. Pero podrás tener erecciones, como siempre. —Ravi dijo aquello con amargura, porque acababa de recibir la factura de teléfono: prueba de que el viejo cabrón había estado aprovechándose de su ordenador.

Fue aquella conversación lo que le dio a Ravi una idea.

A la hora de comer cogió el ascensor para subir a la unidad genitourinaria. Tenía un voraz deseo de que Norman firmara su ingreso en Dunroamin... no solo por las razones obvias, sino como un presagio para el futuro. Si Norman iba, otros lo seguirían. Por detrás de su exterior racional, Ravi tenía una vena supersticiosa, profunda y regresiva. En la antigua India, en otra vida, puede que hubiera tenido más relación con los dioses: una visita al templo en un día favorable, un presente de dulces...

Aquí recurrió a la intervención humana. Fue a la oficina y buscó a su colega especialista, Amir Hussain.

Norman no tenía nada contra los indios per se. Su hija se había casado con uno, por el amor de Dios, aunque en ese caso su horror inicial había sido sustituido por cierto alivio cuando supo que Ravi era más británico que los británicos.

No, él era un tío de mentalidad abierta. En sus viajes se había topado con un montón de indios. En Africa dirigían el cotarro: tiendas, negocios, trabajaban duro, querían prosperar. Y lo mismo pasaba en Inglaterra, claro: desde las tiendas esquineras de los *pakis* a las grandes empresas, los indios estaban por todas partes, como un sarpullido. Nadie podía acusarlo de ser un intolerante.

Sin embargo, el alma se le cayó a los pies cuando el médico especialista entró en la sala. Nada personal, desde luego. Solo era que en tiempos de crisis, especialmente en crisis de aquella naturaleza, resultaba tranquilizador ver una cara blanca.

El colega se sentó en su cama. Venía acompañado de una enfermera muy mona, probablemente filipina.

—¿Alguna pregunta, señor Purse? —le preguntó el especialista. La identificación decía «Amir Hussain».

—Nadie me dijo lo del asunto de la eyaculación. Un poco raro, ¿no? —Norman le hizo una mueca a la enfermera—. No sabré si me estoy yendo o viniendo.

—Ja. Me alegro de que tenga sentido del humor. —El especialista le dijo a la enfermera que se largara y bajó la voz—: En Bangalore, de donde soy yo, a esta operación la llaman «La Gran Rejuvenecedora».

—¿Bangalore, dice?

El médico asintió.

—De hecho, muchos hombres piden que se les haga esta operación antes de que realmente la necesiten. El efecto sobre las mujeres es muy poderoso. —El doctor Hussain le guiñó el ojo—. ¿Sabe lo que le quiero decir? Los hombres se las tienen

que quitar de encima, Dios mío, son muy populares, les van como moscas a la miel. El hecho de que se evite el riesgo de embarazo es una experiencia muy liberadora para la mujer, y las mujeres de Bangalore son las más voluptuosas de la India.

—¿De verdad?

—Y tienen fama de ser muy imaginativas. En la India, ¿sabe?, el sexo es el fundamento de nuestra cultura. Estoy seguro de que ha oído usted hablar del *Kama Sutra*.

Norman asintió con entusiasmo.

—El *lingam* es sagrado, desde luego..., especialmente en el sur de la India, y sobre todo en la zona de Bangalore. De hecho, contamos con algunas de las esculturas más eróticas del mundo. —El doctor Hussain se inclinó hacia delante—. Mi querido amigo, se le saltarían a usted los ojos de las órbitas con ellas...

Norman lo miró con los ojos como platos. El tío era un especialista, debía de saber de lo que hablaba.

—Créame. Si tuviera usted la suerte de ir allí, le garantizo que jamás querría volverse a Inglaterra. —El tipo se inclinó hacia Norman aún más y más cerca; Norman pudo oler el caramelo de menta en su aliento. El doctor Hussain le guiñó un ojo y le susurró—: Hay tanto conejo allí que vomitará bolas de pelo, como los gatos.

El día posterior a la operación, Ravi volvió a coger el ascensor para subir a la unidad genitourinaria. Norman, en pijama, estaba sentado en la sala de la televisión. Junto a él se encontraba un anciano paciente jamaicano. Estaban viendo *Gilda*. Al lado, ambos tenían sus bolsas de cateterismo, llenas de orina, tiradas en el suelo como bolsos.

Norman señaló a Rita Hayworth.

—¡Qué mujer! ¡Ya no hacen chicas así!

El jamaicano asintió.

—¡Qué mujer! —dijo.

—¿Cómo te encuentras hoy? —le preguntó Ravi.

—Bien, lo tengo chupado... —dijo Norman riéndose entre dientes—. ¿Lo pillas? ¡Chupado...! —Le hizo una seña de complicidad a su vecino—. Solo le estaba comentando aquí a mi amigo la historia de esa residencia que estás montando.

El otro hombre asintió. Ravi sintió una repentina ternura hacia ellos, sentados uno al lado del otro como viejas solteronas, con los bolsos en el suelo. Porque supo, cuando Norman habló de nuevo, que su plan había funcionado.

—¿Me puedes dejar echarle otro vistazo a ese folleto, muchacho?

Habla o actúa con corazón impuro
y los problemas te seguirán los pasos,
como la rueda sigue al buey que del carro tira...
Habla o actúa con un corazón puro
y la felicidad te seguirá los pasos,
como tu sombra, irremisiblemente.

Enseñanzas de BUDA

Evelyn Greenslade era un encanto, una de las más queridas de Leaside. Era un poco despistada, desde luego, y tendía a vivir en el pasado, pero eso era bastante común allí. El pasado se podía palpar entre los residentes de Leaside: los recuerdos de la juventud les eran tan cercanos que podían sentir el aliento en sus rostros. Aquellos lejanos años permanecían intactos; las tardes doradas revisitadas cuando los ancianos residentes se sentaban en el porche o veían la televisión en sus habitaciones, con las manos aferradas a una reconfortante taza de té. Evelyn vagaba por allí, sin rumbo... ¿Por qué iba a resistirse? La corriente la empujaba por la espalda. Ellos esperaban, sus hermanos y sus amigos de la escuela; esperaban como muñecos de feria, aguardando únicamente a que ella encendiera el interruptor y los pusiera en movimiento. Los días de su infancia regresaban a su mente, nítidos como el cristal, como si todo aquello hubiera ocurrido el día anterior.

Evelyn siempre había sido una mujer dócil y soñadora, ni un problema para nadie. Por eso le caía tan bien al personal de la residencia. Por eso había ido a vivir a Leaside, aceptando la sugerencia de sus hijos de que ya no se podía valer por sí misma. «No quiero ser una carga», había dicho.

Su hijo y su hija tenían que ocuparse de sus propias vidas. Además, estaban muy lejos. Christopher se había instalado con su mujer en Nueva York; tenía un trabajo incomprensible y unos niños pequeños. En su última visita le había traído a Evelyn un ordenador para poder intercambiar correos electrónicos, pero solo habían dispuesto de media hora para aprender a utilizarlo. Ella había hecho como que lo entendía —sabía el escándalo que podía montar su hijo si no lo hacía—, pero durante los últimos seis meses el ordenador se había quedado allí, reprochándole su ineptitud. Al principio estaba en su tocador, ocupando un espacio considerable, pero luego lo degradó y lo puso en el suelo.

La idea de su hijo era que Evelyn vendiera la casa. Christopher tenía razón, desde luego. Desde la muerte de Hugh, ella simplemente no podía arreglárselas sola allí;

parecía que todo se estropeaba al mismo tiempo, todas las cosas que su marido había colocado normalmente. ¡Qué débil se había vuelto! Parecía que todo había ocurrido de la noche a la mañana, que las escaleras se habían tornado más empinadas y los tapones de las botellas se habían apretado incomprensiblemente; de repente, sin ninguna razón, Evelyn estallaba en llanto. Y los campos que la rodeaban parecían más amenazadores ahora que ella se encontraba sola en la casa. Se despertaba repentinamente por la noche, con el corazón palpitando. ¿Había echado el pestillo a la puerta? Algunas veces se levantaba, todavía medio dormida... Durante un instante todo era perfecto: Hugh estaba abajo, en la cocina, comprobando los corchos de su asqueroso vino casero. Una hora un poco rara para comprobar, pero en fin... Y entonces se daba cuenta.

Cuando Christopher le dijo lo mucho que valía la casa, Evelyn se quedó patidifusa. En aquella parte de Sussex, al parecer, los precios de las casas se habían puesto por las nubes. ¡Y pensar en lo que Hugh y ella habían pagado por la casa! Aquello, unido a su fractura de cadera, lo convirtió todo en un asunto inevitable. Se puso en manos de su hijo. Era un gran alivio dejar que un hombre se ocupara de todo otra vez, y Christopher era mucho más eficiente con el dinero que su padre. Sugirió un lugar donde se ocuparían de ella pero donde aún conservaría un poco de independencia..., su propio mobiliario, y tal vez un pequeño jardín. Con el dinero procedente de la venta de la casa se pagaría la residencia, dijo Christopher, y añadió una apostilla inquietante: «Hasta que, como es previsible, se necesiten cuidados intensivos».

Incluso después de aquella transacción le quedó una suma sustancial de dinero. Evelyn insistió en dárselo a sus hijos. Por supuesto, ellos protestaron, pero ella argumentó que ellos lo disfrutarían más cuando realmente lo necesitaran. Al final, aceptaron. Después de todo, mejor emplearlo ya, antes de que el gobierno les diera el palo. El impuesto de sucesión era una vergüenza. ¿Qué derecho tenía Hacienda a quedarse con el cuarenta por ciento de aquellas personas que habían tenido la suficiente prudencia para ahorrar y prosperar? Christopher podía ser bastante emocional en este tema. ¿No se había sometido aquel dinero ya a impuestos? ¿Qué mensaje se le enviaba al honrado ciudadano con aquel palo doble?

Así eran las cosas.

—Las mortajas no tienen bolsillos —decía Evelyn.

—Ay, mamá, no te pongas siniestra —replicó Theresa. La gratitud convirtió momentáneamente a su hija en una persona más delicada. Theresa siempre había sido una mujer turbulenta.

Theresa vivía en el norte, en Durham. En los últimos tiempos ejercía al parecer como de consejera o algo así, aunque Evelyn no podía ni imaginarse qué tipo de persona podría necesitar el consejo de su hija. Theresa bajaba a visitarla, por

supuesto, habitualmente cuando iba de camino a algún fin de semana holístico. A Evelyn aquellos entretenimientos le resultaban curiosamente agotadores. Theresa se lo tomaba todo muy a pecho. Interrogaba de mala manera al personal sobre el comportamiento para con su madre en la residencia; cuando Evelyn expresaba alguna leve queja sobre la comida, Theresa se iba directa a la cocina y exigía hablar con el cocinero.

Peor todavía eran sus *tête-à-tête*. Theresa estaba procesando el pasado, decía; estaba trabajando con sus sentimientos de rechazo. ¿Se había mostrado Evelyn tibia o ambivalente respecto a la hostilidad de su marido hacia su hija, cuando era pequeña? Y como esposa y madre, ¿había decidido escoger entre sus obligaciones? Este tipo de conversaciones dejaba perpleja a Evelyn. El pasado que ella recordaba apenas tenía nada que ver con la versión de Theresa; los acontecimientos podían ser los mismos, pero era como ver una película extranjera —serbocroata o algo así— que se basaba vagamente en su vida, pero era toda en blanco y negro, y un tanto deprimente. Luego Theresa se largaba a participar en alguna Fiesta del Abrazo en Arundel. «¿Por qué abrazará a gente desconocida —pensaba Evelyn—, y a mí nunca me abraza?».

Evelyn echaba de menos que la tocaran. Echaba de menos los brazos de Hugh en torno a ella. Sin el contacto de vez en cuando de la piel sobre la piel, se sentía frágil y no querida; se sentía como un viejo libro escolar, lleno de lecciones irrelevantes, que alguien ha abandonado en un armario. Las únicas manos que la tocaban pertenecían a profesionales: la enfermera que la visitaba para tomarle la tensión o darle friegas en los cardenales que le salían después del más ligero golpe en su piel apergaminada. Ella nunca se había considerado una mujer sensual, esa palabra no se encontraba en su vocabulario, y no había sospechado que pudiera sentir aquella necesidad. Ni la necesidad de ser necesitada. Ni la soledad en un edificio lleno de gente. Solo tenía setenta y tres años, pero, gradualmente, aquellos conocidos estaban abandonándola al morir —sus dos hermanos, varios amigos suyos—. Gente que entendía lo que quería decir. Ahora tenía que empezar otra vez con gente extraña..., compañeros residentes cuyos arrugados rostros le reflejaban su propia mortalidad, y tenía que explicarles las cosas. Es decir, si es que en algún momento les importaba. A la mayoría de ellos les traía sin cuidado, claro; la vejez había ahondado sus comportamientos ensimismados. Después de vivir allí un año, aquello parecía como un nuevo internado, aunque ya sin ninguna posibilidad de regresar a casa.

Evelyn no se había imaginado aquello. Había esperado los achaques y los dolores, la pérdida de visión, la dependencia de otros. Sabía que a veces andaba un poco despistada. Pero no había imaginado aquella soledad. Recordaba a Hugh, entubado, volviéndose hacia ella y sonriendo. «La vejez no es para los gallinas», había dicho. Y luego se había muerto, y la había dejado allí plantada.

Por eso era por lo que le encantaba Beverley. Una vez a la semana Beverley

visitaba Leaside para hacer yoga y manicura. Era una muchacha parlanchína y muy cariñosa, y le había cogido cariño a Evelyn. La besaba y la llamaba «querida», le traía una ráfaga de aire fresco. La vida de Beverley era todo un venga-venga-venga; recorría a toda mecha Sussex en su cochecillo, dando clases en un asombroso número de lugares: pilates en el hotel Chichester Meridian los lunes; aeróbic y bailes regionales en el Summerleaze Health Club los martes; bronceado St Tropez en el Copthorne los miércoles por la tarde; y decoración de mesas para ocasiones especiales una vez al mes en el centro social de Billingshurst. Luego estaba lo de la acupuntura, que estaba aprendiendo por vídeos, y su negocio de peluquería a domicilio. En medio de todo aquello, aún encontraba tiempo para entregarse a una abundante y desastrosa vida amorosa. No era extraño que la llegada del Honda amarillo de Beverley, con la radio a todo volumen, animara a Evelyn.

Después del grupo de yoga —solo las posturas más sencillas, ya que realmente era una excusa para que los abuelos se echaran una siestecilla—, Beverley se plantaba en la habitación de Evelyn y le arreglaba las uñas, sujetando amorosamente su mano mientras su cigarrillo se quemaba lentamente en el cenicero y ella le hablaba sin cesar sobre el último canalla con el que se había liado.

—¿Cómo pudo hacerte eso? —le decía Evelyn cuando Beverley se detenía para tomar aliento—. ¡Vaya, vaya!

—Y luego Maureen lo vio en la gasolinera, llenando el coche... Tres crios en la parte de atrás, ¡y el cabrón de él no me lo había dicho!

—¿Quién es Maureen, querida?

—Aquella de las alergias, ¿no te acuerdas? —contestaba Beverley—. Se le puso la cara como un farol cuando cogió aquel gato.

A Evelyn le resultaba doloroso que esperara con más emoción las visitas de Beverley que las de su propia hija. Desde luego, se veían más.

Fue Beverley quien dio la sorprendente noticia, un día de agosto.

—¡Van a cerrar este sitio! —susurró—. Se lo he oído a esa vieja bruja en el despacho, hablando por teléfono. No pueden permitirse el lujo de mantenerlo, los cabrones avariciosos. Van a darle cerrojazo y a construir casas.

—¿Estás segura?

—Es lo mismo en todas partes, cariño, lo dicen los periódicos. Vaya, hay nuevas leyes y más recortes, nadie quiere hacerse cargo de las residencias. Lo mejor es vender el solar y largarse a las Barbados. —Humedeció el cepillo en el pequeño botecillo.

—No pueden hacer eso sin avisarnos.

—Ya verás como sí, cariño mío. —La mano de Evelyn estaba temblando. Beverley la sujetó con firmeza y aplicó el esmalte de uñas—. ¿Qué va a ser de todos vosotros, criaturitas mías?

Era verdad. Leaside, un gran edificio eduardiano ubicado en un lugar excepcional a tres millas de Chichester, se iba a vender. En ese punto, Evelyn no sintió pánico. Se iría a cualquier otro lugar. A lo largo de toda su vida, alguien se había ocupado de ella.

Llamó a su hijo a Nueva York. Christopher no sabía qué hacer.

—Son un poco malas noticias, mamá —dijo Christopher. Evelyn reconoció en aquella voz su tono infantil, cuando llegaba con las notas del colegio.

Christopher continuó hablando de la bolsa y del 11 de septiembre, algo sobre morosidad. Todo aquello iba más allá de lo que Evelyn podía comprender. Por detrás, de fondo, en algún lugar en el Upper East Side, uno de sus crios gritó: «¡Papá, esto no funciona!».

El caso, en resumen, era que Evelyn tenía menos dinero del que pensaba. Podía oír la televisión, y un niño llorando.

—Lo siento, mamá. Marcia está en el gimnasio y me he quedado solo vigilando el fuerte. Tengo que dejarte. Ya pensaremos en algo.

Luego telefoneó a su hija. Theresa estaba furiosa; nunca había mantenido una relación fluida con su hermano y era incluso más hostil respecto a su mujer.

—Esa bruja le está chupando la sangre hasta dejarlo seco. ¿Sabes que contrató a un diseñador para que le amueblara el piso? ¿Sabes lo que le costó? Y escuelas privadas para los chicos, esquí y todo lo que te puedas imaginar.

Christopher le envió a Evelyn una hoja con una cantidad de números indescifrables. ¡Oh, Hugh, ayúdame! Al parecer, su pensión había menguado de un modo alarmante. Todo se debía a una misma cosa, dijo Christopher: una crisis repentina en los mercados mundiales.

Theresa sugirió que su madre se fuera a vivir cerca de ella a Durham, una oferta que se planteó con una palpable falta de entusiasmo.

—El problema es que yo estoy fuera casi siempre..., cursos y eso. Me voy a la isla griega de Skyros el mes que viene.

—¿Y tu trabajo en la asesoría? —preguntó Evelyn.

—Ah..., es muy flexible. Habitualmente solo son un par de días a la semana, y puedo reubicar a mis clientes en otras fechas.

«¿Cómo puedes vivir de eso?». Evelyn abrió la boca para formular aquella pregunta, pero volvió a cerrarla. Por supuesto, sabía cómo.

—En todas partes hay un concejal de asuntos sociales... —dijo Theresa—. Si te pones en sus manos..., me refiero a que tendrán que ayudarte, ¿no? Deben de tener asilos, o refugios o algo de eso. Puedo preguntar si quieres.

Evelyn no se consideraba una finolis, no totalmente. De todos modos, aquella conversación le resultó deprimente. ¿Es que su hija no entendía nada?

Sin duda Theresa pretendía ser amable, pero el mensaje era claro: su madre estaba de más. Ya no era un ser humano, era un problema que tenían que resolver las autoridades locales, como un drogadicto o uno de aquellos sin techo. Ella era *efectivamente* una sin techo. Tenía que ser apartada de la vista. Después de la muerte de Hugh, ¡qué rápidamente habían conseguido que se sintiera como una persona que estaba de más!

—Tú no puedes ir a uno de esos sitios —le dijo Beverley a la semana siguiente—. Una persona como tú no puede ir a uno de esos sitios. —Beverley sí que lo entendía.

—De todos modos, no soy tan vieja... —Cuando pensaba en ello, su edad le soiprendía. Aquellos setenta y tres no se referían a ella..., flotaban en el aire, allí, a su lado, como un número irrelevante en un encerado. No relacionaba aquel número consigo misma—. No estoy tan enferma, tampoco. Una tiene que tener algo malo para que la manden a uno de esos sitios.

—He estado husmeando por ahí... —Beverley sacó un ejemplar de *The Lady*—. Se la he birlado a una de mis dientas... No la toques, que todavía tienes las uñas húmedas. —Lo abrió, mirando con los ojos entrecerrados a través del humo, y señaló uno de los anuncios—. ¿Qué te parece este sitio?

Evelyn miró a través de sus gafas.

—Dunroamin. Mi tío Edward vivió en una casa que se llamaba Dunroamin. Estaba a las afueras de Pontefract.

—Bueno, esta está en la India.

La idea era ridícula, por supuesto. *La India*. Ya fue un lío tremendo trasladarse a Chichester. Evelyn se había hecho más miedosa con la edad. Los periódicos traían unas historias terroríficas: ataques con armas biológicas, violaciones, atracos. Aquella misma semana, según el *Sussex Mercury*, alguien había prendido fuego en una papelería en los alrededores de la catedral.

De todos modos, Beverley decía que todo eso eran bobadas y solicitó un folleto informativo. A la semana siguiente estaban sentadas en la habitación de Evelyn y lo abrieron.

—Mira esta casa... Estarías en Inglaterra. Solo que con sol. —En el exterior llovía a mares contra los cristales de la ventana. Había sido el agosto más húmedo que se recordaba..., con galernas y tormentas. El personal había tenido que encender la calefacción central—. ¿Qué atractivo tiene pudrirse en este asqueroso país? ¿Durante cuánto tiempo has vivido en Sussex?

—Toda mi vida —dijo Evelyn.

—Eso no es muy emocionante. ¿No es hora de un cambio? Después de todo, ¿qué vas a hacer aquí?

¿Cómo lo había averiguado Beverley? Evelyn nunca le había hablado mucho

acerca de sus hijos y sus nietos, era muy doloroso. Aparte de que casi nunca podía meter baza.

—Esto te sentaría de maravilla, cariño —dijo Beverley—. Nunca es demasiado tarde, y estás fenomenal, ahora que ya tienes la cadera mejor. Si no te gusta, siempre te puedes volver a Inglaterra.

Toda mi vida. Dicho así, la cosa sonaba bastante aburrida. Pero habían sido años plenos y felices, Evelyn estaba segura de ello, a pesar de la confusa versión de los hechos que tenía Theresa. Con el paso del tiempo, sin embargo, y la pérdida de sus personajes principales, el tapiz de su vida había ido palideciendo y perdiendo los colores; había pensado mucho en ello, era como la carne, que pierde sus bondades cuando se pasa.

—Yo hacía antes unos guisos de carne estupendos.

—¿Perdón...?

—Aunque solo me lo digo yo. El secreto era echarle el vino de Hugh. —Evelyn hizo una pausa—. El nunca lo supo. Yo también utilizaba su cerveza para matar babosas. Echas un poco en un plato y lo dejas en el jardín toda la noche. Las babosas se suben y se ahogan. Una muerte feliz. La mejor que una puede imaginar, desde luego. —Y volvió a sumirse en el silencio.

—Bueno, va, dejémonos de charlas y prueba esto. —Beverley la roció con un perfume—. Se llama Arpége. —Siempre tenía muestras gratuitas. Lo valoraron juntas.

Evelyn despertó de su ensoñación. No, la idea era una locura. Le devolvió el folleto.

—No pienso morir en tierras extrañas.

—Los hindúes no se mueren.

—Claro que se mueren, querida. Y continuamente.

—Lo que quiero decir es que la muerte no es importante. —Beverley había aprendido aquello de su amiga Maureen, que sabía más de yoga que ella—. Cuando una se muere, vuelve a vivir convertida en otra cosa. Un pájaro carpintero o cualquier cosa.

—¿Por qué un pájaro carpintero? —preguntó Evelyn.

—Yo qué sé.

Hasta hacía poco tiempo Evelyn había creído en el cielo. Ahora que se estaba acercando a él ya no estaba tan segura; era como cuando alguien te acerca demasiado un libro a la cara: cuanto más cerca está, más borrosas parecen las letras. Había tanto sufrimiento sin sentido en el mundo... ¿Qué había hecho Hugh para merecer aquellos últimos meses de su vida? Para creer en el cielo una tenía que creer en Dios, y durante aquellos últimos y terribles meses en el hospital, había perdido la fe.

Beverley señaló una fotografía.

—Este es el médico del hotel. El doctor Sajit Rama, se llama. ¿No te parece monísimo?

—Se parece a Ornar Sharif.

—¿Ornar Sharif no tiene cerca de cien años?

—Pero no los tuvo siempre, querida —dijo Evelyn.

—Y, además, ¿no se murió ya?

Evelyn, de repente, pensó: «Esta vida que llevo ahora... es como si ya estuviera muerta».

Beverley miró la foto.

—¿Tú en qué crees que se reencarnaría Ornar Sharif?

—En él mismo, pero más joven —dijo Evelyn—. Y sería nuestro vecino.

Ambas estallaron en carcajadas.

—Todavía te queda mucha vida ahí dentro —dijo Beverley—, pillina.

Evelyn estaba sorprendida de sí misma.

—Es por esos grandes ojos negros. Nosotros teníamos un *spaniel* con unos ojos así... —¿Cómo se llamaba el perro...?

El nombre se había desvanecido, junto con otros muchos. Solo que aquella mañana —¿había ocurrido aquella mañana?— también había olvidado el nombre de la mujer de Christopher.

Ay, Dios mío, ¿qué estaba pasando? Si intentaba recordar, solo conseguía que la situación fuera más frustrante. Algunas veces funcionaba si pensaba en ello por casualidad, como engañándose pensando que el nombre no tenía importancia. A veces era como intentar agarrar un banco de arenques; escapaban a toda velocidad en el agua, diminutas agujas plateadas, y era imposible cogerlas.

—Los hombres indios parecen muy saludables, en comparación con los pálidos ingleses —dijo Beverley como en un ensueño—. De verdad, te sentirías diez años más joven.

¡Marcia! Eso era, no estaba completamente senil.

Aquello animó a Evelyn. Cogió el folleto y miró una fotografía. Mostraba el jardín de un hotel. El lugar parecía bañado por una luz dorada, la luz de las largas tardes en el jardín de su infancia, ahora alquitranado para convertirse en la terminal de mercancías del aeropuerto de Gatwick. «La intemporal belleza de la India», decía. El tiempo realmente no existía, no para las cosas importantes. Evelyn hablaba con Hugh en su cabeza; su voz continuaba resonando en su cabeza aunque él ya se hubiera callado. Evelyn podía recordar cada palmo de aquel jardín: el camino de ladrillo, desgastado en el medio; el musgullo bajo el aljibe del agua, donde se había encontrado un tritón.

—Ah, ya me acuerdo... —dijo Beverley—. En el hinduismo, tienes que hacer buenas obras. Y entonces, cuando vuelves, regresas como algo mejor.

¿Qué habría sido aquel tritón para acabar siendo un tritón? A lo mejor había sido un padre cruel que le pegaba a sus hijos.

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Beverley.

—Nada, querida.

A Evelyn aquella conversación le resultaba revitalizante; en Leaside nadie hablaba de cosas como aquellas. La mismísima palabra ‘India’ excitaba sus sentidos, como limón exprimido. Aunque no llegara a ir nunca, lo cual era muy probable, resultaba vigorizante pensar en ello. Hugh se habría quedado asombrado de que ella se hubiera parado a pensar en ello siquiera.

Pensó en sus hijos y sonrió. Valdría la pena hacerlo, aunque solo fuera para ver la cara que ponían.

Pero, por supuesto, no podía... ¿Y toda aquella suciedad de la India y las enfermedades?

—¿Y los terroristas musulmanes? —preguntó Evelyn. Se criaban y salían de allí, donde incubaban sus misiones suicidas. Siempre temía por sus nietos, que vivían en Nueva York. Temía por ella misma.

—Los indios son hinduistas, tonta —dijo Beverley—. Los musulmanes están en Pakistán, y por eso lo hacen. Para poner a los musulmanes allí. Eso lo sé hasta yo.

—Yo es que no sé nada... —dijo Evelyn.

—Nunca es tarde para empezar.

Christopher, al que le gustaba leer, había intentado que su madre se interesara por asuntos más complejos. En su última visita, cuando le había dado a su madre un ordenador, le había dicho que ahora todo era como una aldea global.

—Se llama globalización, mamá. Verás, puedo poner a los niños en el ordenador para que puedas hablar con ellos.

—Casi no se ven.

—Sí se ven. Es como si estuvieran aquí mismo. Las distancias ya carecen de sentido. Yo puedo trabajar donde me dé la gana, lo único que necesito es mi portátil. El espacio y el tiempo se han transformado... Mira, las lechugas vienen de Kenia, nuestras bicicletas Raleigh se fabrican en Corea, nuestras zapatillas, en Taiwan...

—Yo nunca he utilizado zapatillas... —dijo Evelyn.

—Es la nueva economía global...

—A lo mejor debería comprarme unas, dicen que son muy cómodas...

—Recuerdo haber estado hablando con un tío que estaba cosechando en el campo de al lado... ¿Te acuerdas de aquel campo tan grande al final del jardín? Una cosechadora cojonuda. Decía que tenía un piso en Eilat, para practicar submarinismo, y cosechaba en Sussex, en Israel y en Arabia Saudí, viajaba por todo el mundo. El tío conducía un tractor de Polonia...

—¿De qué estás hablando, cariño?

Christopher se había detenido, con un pequeño suspiro. Mientras ella estaba podando la forsitia, eso parecía, el mundo había cambiado por completo.

Beverley miró la foto del médico.

—De verdad, yo me iría allí si fuera vieja.

Se marchó. Evelyn se quedó junto a la ventana y vio a su manicura alejándose en medio de la lluvia. Beverley abrió la puerta del coche. Unos débiles ladridos se oyeron en su interior; era su West Highland terrier, *Mischief*. Beverley arrojó su maletín al asiento de atrás. Luego se fue en el coche, petardeando por el tubo de escape.

Evelyn se quedó allí, mirando cómo la lluvia empapaba los rododendros. Qué extraño, pensó; si me fuera a la India, lo cual ni siquiera puedo plantearme, a quien más echaría de menos sería a Beverley.

Somos lo que pensamos, todo lo que somos nace de nuestros pensamientos, con nuestros pensamientos forjamos el mundo.

Enseñanzas de BUDA

Dorothy Miller vivía en un bloque de pisos junto al museo de cera de Madame Tussaud. En el exterior, día y noche, el tráfico rugía en Marylebone Road. Dorothy siempre había tenido un mal dormir. Tumbada en la cama, escuchaba cómo pasaban los coches como en oleadas, elevando el ruido y luego difuminándose.

Al otro lado de la pared, de todos modos, solo había silencio. Las figuras de cera no se movían, mudas en su celebridad. Dorothy no había pasado por allí desde hacía lustros, pero sentía su presencia, como si la estuvieran vigilando durante toda la noche. Reinas y asesinos, cortesanas y presidentes, todos ellos hacía siglos que habían muerto pero sus réplicas aún seguían ahí, posando para siempre: una mano levantada, los ojos mirando a ninguna parte... Durante la guerra habían estado almacenados en el edificio adyacente. Una noche, durante un bombardeo aéreo, el tejado se vino abajo; cuando los equipos de rescate llegaron, se habían quedado atónitos, mirando aquel montón de brazos y piernas.

Dorothy vivía sola. Pensaba: «Si estos pisos sufrieran un bombardeo, la gente rescataría sus álbumes de fotos antes de rescatarme a mí». Solía tener aquella sensación. A veces, de hecho, disfrutaba de una cierta satisfacción al respecto. Después de todo, había tenido una vida interesante, tan interesante como la que habían llevado las efigies del edificio de al lado. En ocasiones, medio dormida, se las imaginaba mirándose emocionadas y abrazándose; las imaginaba envejeciendo.

A algunos de aquellos personajes, efectivamente, los había conocido durante su carrera; a algunos de ellos los había presentado en la televisión. Dorothy había trabajado en la BBC, en temas de actualidad. Había viajado por todas partes y había estado involucrada en algunas de las historias que se escenificaban al otro lado de la pared. Hacía muchos años ya, de todos modos, que se había jubilado. La artritis la había confinado en el piso, en ocasiones durante varios días seguidos. Era el piso de la planta baja. Todos los días, frente a la ventana de la cocina, se formaba una cola para ver las figuras de cera..., estudiantes, turistas japoneses. Mientras ella se preparaba el café, la gente miraba a través de la ventana. Miraban y escudriñaban el interior con curiosidad, desconcertándola, hasta que un día se dio cuenta: «Pues claro,

no me están mirando a mí. Están mirando sus propios reflejos en el cristal».

Naturalmente, la acumulación de años nos vuelve invisibles, como si se nos estuviera preparando para nuestra desaparición final. Dorothy nunca había sido una mujer por la que la gente volviera la cabeza, pero siempre había ido bien vestida..., una mujer sofisticada que nunca se había casado, aunque hubo rumores de un idilio con un actor, casado, y que ya había muerto hacía mucho tiempo. Las indagaciones sobre su vida privada no eran bien recibidas; de hecho, nadie se atrevió siquiera a tener la intención de hacerlas.

En los últimos años el dolor crónico la había convertido en una mujer irritable. ¿Qué demonios le estaba pasando al mundo? ¿Acaso se había perdido algo? La gente parecía haber levantado el puente levadizo de sus castillos y haberse encerrado en sus miserables vidas egocéntricas. A la mitad de ellos ni siquiera les importaba votar. En cierto sentido, Dorothy no podía culparlos. La podredumbre había comenzado con la señora Thatcher: «Eso que llaman la sociedad no existe», pero su propio partido había cometido una traición aún peor, pues se había convertido en algo tan repelente que Dorothy estuvo tentada de levantar el campamento y largarse del país. Incluso la BBC, antaño tan familiar, se había convertido en algo irreconocible. La expresión «tendencias del mercado» se había comido, como el cáncer, el organismo que tanto había amado. La suposición de que era muy mayor para pensar de aquel modo solo conseguía irritarla aún más. Los periódicos estaban llenos de entrevistas con gente de la que nunca había oído hablar, famosos por ser famosos, famosos por ser famosillos; ¿qué habían hecho?, ¿de qué iba todo aquello? Seguro que el museo de Madame Tussaud estaba repleto de aquella gente ahora. En un momento concreto había ocurrido un cambio de marea..., más o menos cuando los pasajeros de los trenes empezaron a llamarse clientes, cuando los perros normales desaparecieron de la noche a la mañana, para ser reemplazados por *pitbulls*. Era como si estuviera actuando en una obra de teatro y se percatara, absolutamente de repente, de que el elenco había sido reemplazado por actores a los que no había visto jamás.

Dorothy empezó a prepararse el desayuno. Nada de naranjas. El día anterior se había acercado renqueando a la frutería del barrio solo para descubrir que se había convertido en una tienda de fotografía digital: SnappySnaps. Su propio rostro, en el espejo, había sido reemplazado por el de una mujer anciana.

Era la hora punta. En la calle, el tráfico estaba en un atasco; incluso allí, en la cocina, podía oler la contaminación de los tubos de escape. Sabía que estaba luchando contra su propia irrelevancia. Agosto había sido una cosa asquerosa; la cola de la acera había sido una hilera encorvada de anoraks. En Radio 4 estaban programando una pieza sobre el cierre de asilos y residencias de ancianos: «...estrangulados por las imposiciones normativas y los miserables fondos de los servicios sociales...».

Dorothy intentó desenroscar el filtro de la cafetera. «¿Qué será de mí —se preguntó— cuando llegue el momento?». La pensión de la BBC apenas le daría para una residencia privada, y solo para unos cuantos años, y el alquiler del piso estaba a punto de expirar; una empresa de Hong Kong había comprado todo el bloque de pisos y pensaba remodelar el lugar y venderlo, sin duda, con unos beneficios desproporcionados.

«Un portavoz ha dicho que a menos que el gobierno proporcione un billón y medio de libras inmediatamente, el sector se colapsará y el Sistema Nacional de Salud podría quedarse con una factura de quince billones de libras».

Dorothy tenía diecisiete años cuando se creó el Sistema Nacional de Salud. Ahora era más barato enviar a la gente a Francia para que les pusieran implantes de cadera. Cuando regresaban, regresaban radiantes de felicidad y con la costumbre de tomar vino tinto a la hora de comer.

Sonó el teléfono. Era Adam Ainslie, uno de sus *proteges* en la BBC.

—¿Estás bien? —preguntó.

—No. Necesito a alguien que me desenrosque el filtro de la cafetera. Puede que no sirva para muchas cosas, pero no soporto no poder hacerme el café. —A Dorothy le dolían las articulaciones. Pensó: «Necesito unas manos nuevas. A lo mejor podría volar a Francia para que me pusieran otras».

—¿Quieres que me pase por ahí? —preguntó, entusiasmado.

—No seas tonto. ¿Estás de camino a la BBC en Fulham?

Pensó: «Necesito un criado. Al fin y al cabo, mis padres los tenían. Puto socialismo».

—¿Puedo enviarte un vídeo? —preguntó Adam—. Es solo un bruto, pero me encantaría conocer tu opinión.

—¿De qué se trata?

—Es un documental que he hecho sobre lo que le pasa a la gente después de haber estado en un programa de testimonios. Ya sabes, los quince minutos de fama y todo eso.

A Dorothy se le cayó el alma a los pies. En el exterior, la fila avanzaba lentamente.

—Demasiado gordos para limpiarse el culo —dijo.

—¿Qué?

Parecía estar pensando en voz alta. La última vez que estuvo en Nueva York —hacía una eternidad, ¿cuándo fue?—, había puesto el programa de testimonios estrafalarios de Jerry Springer. Allí estaban sus invitados: demasiado gordos para limpiarse el culo.

—De verdad agradecería tu opinión —dijo Adam—. Te lo debo todo a ti. Muchos de nosotros te lo debemos todo a ti.

Estaba dándole caba, por supuesto. Pero Dorothy le había proporcionado a Adam su primer trabajo y él le seguía siendo fiel. Así que vería aquel vídeo espantoso y procuraría ser amable.

A Dorothy le llevó media hora abrir aquel maldito sobre acolchado. Adam lo había precintado con aquella clase de cinta adhesiva que utilizan, en las películas, para amordazar a los prisioneros. Acabó destrozándolo con las uñas. En el programa vespertino de Radio 4 estaban dando una información sobre los bosques. Al parecer eran demasiado espesos y oscuros. El gobierno había decidido que el campo era una «instalación de recreo» y que los bosques eran demasiado peligrosos para los ciudadanos..., perdón, clientes, especialmente para las minorías étnicas que no estaban acostumbradas a ellos, y después de ciertas consultas con las comunidades, estaban poniendo en marcha un plan para hacerlos más accesibles a los usuarios. Se talarían zonas arboladas para crear claros en el bosque, con asientos, accesos para discapacitados e instalaciones recreativas.

—Tengo setenta y cuatro años, Laszlo —dijo Dorothy—. Ya no me sorprende nada. A lo mejor los que han sufrido trastornos de estrés causados por el exceso de vegetación han estado reclamando asesoramiento psicológico. A lo mejor, una vez que esos árboles tan desordenados y desconsiderados se hayan talado para hacer claros en el bosque, los que son demasiado gordos como para poderse limpiar el culo presentarán una demanda al organismo competente por hacer los asientos demasiado pequeños y discriminatorios para sus enormes culos.

A menudo hablaba en alto con su amante muerto. Era uno de los consuelos de vivir sola. La relación había estado condenada al fracaso, pero en su imaginación Laszlo siempre fue suyo, dispuesto a ayudarla a su educado modo húngaro.

—Ayúdame a romper esta condenada cinta adhesiva... —dijo Dorothy—. Ayúdame a sobrevivir.

La vida estaba plagada de instrucciones incomprensibles. El manual del vídeo tenía veinte páginas, en una letra diminuta que solo podría leer una hormiga. Seguramente proporcionaría posibilidades inimaginables a aquellos que, hasta entonces, habían sido perfectamente felices con su existencia. Lo gracioso era que cuantas más opciones había, más impotente se sentía uno.

—¿Es que solo soy una vieja cascarrabias, Laszlo? Si se hubiera dado el caso, ¿ya te habrías cansado de mí a estas alturas?

Al final Dorothy pudo extraer el vídeo del sobre acolchado. Lo introdujo en el aparato, se sirvió un whisky y se sentó frente a la tele. Adam, su hijo de alquiler, era un joven encantador. Le merecía una muy buena opinión.

Apareció una imagen en la pantalla. Era el Taj Mahal.

Dorothy miró con ojos incrédulos a la pantalla. No veía la relación que tenía

aquello con los programas de testimonios, pero lo cierto era que últimamente se le escapaban muchas relaciones entre las cosas. A veces veía anuncios en el cine y no tenía ni idea de lo que iban, ni una pista siquiera.

El sol se estaba poniendo..., no, estaba saliendo. Aquella luz húmeda y rosada... era el amanecer. El mausoleo de mármol deslumbraba, radiante. La cámara recorría una panorámica del río Yamuna; en las aguas, hundido hasta media pata, había uno de aquellos búfalos de la India. Sonaba música de sitar.

«Bienvenidos a la India... —decía una voz—. La tierra de la belleza intemporal».

—¿Es una broma o qué? —dijo Dorothy al teléfono—. Si es una broma, es de muy mal gusto.

—Lo siento —dijo Adam—. Te envié el vídeo equivocado. Ese quería enviárselo a mis padres...

Dorothy parecía extraordinariamente ofendida. Adam comprendió que podía interpretarse como una falta de tacto enviarle a una señora mayor un anuncio de un asilo, pero ¿dónde estaba su sentido del humor? Dorothy nunca había sido tan susceptible, pero la edad le estaba agriando el carácter, claramente.

Adam se encontraba de pie frente a la ventana, preparado para actuar de inmediato si se daba el caso. En su calle había un grave problema de aparcamiento. Su propio coche, como muchos otros, estaba en doble fila. En cualquier momento alguno de sus vecinos podía salir de su casa y querer utilizar el coche, en cuyo caso Adam tenía que andarse listo para salir a toda velocidad y coger el aparcamiento antes de que otro lo ocupara. Algunas personas, para evitar perder el sitio, nunca movían el coche en absoluto y algunos habían vuelto a utilizar el transporte público.

—Devuélveme esa cinta, Dorothy —dijo Adam—, y te enviaré la otra.

—¿Por qué no te vienes a cenar? —preguntó Dorothy—. Hace un montón que no te veo. Así te la daré en persona.

—Me encantaría algún día de estos... ¡Oh, maldita sea, tengo que darme prisa...!
—En el exterior, un coche estaba saliendo. Adam colgó de golpe el auricular y salió corriendo de la casa.

Tenía pensado volver a telefonear a Dorothy, en serio. Pero entonces llegó a casa Sergio con unos calamares que había comprado para la cena y luego habían empezado a buscar la receta que habían recortado del *Independen*í...

Adam quería mucho a Dorothy; había algo intransigente en aquel rostro duro y seco y en su voz áspera. Durante su estancia en la BBC, había sido una jefa competente y él le debía muchas cosas. En general, de todos modos, Dorothy no había gozado de excesiva popularidad entre sus colegas: era demasiado autoritaria; demasiado exigente, en otras palabras, a la hora de cumplir con el nivel de competencia que se había impuesto para ella misma. Siempre la habían tratado con

más respeto que cariño, y cuando Adam le había dicho a un compañero becario «Soy amigo de Dorothy», el tío había sospechado que era gay y le había propuesto ir a tomar una copa. Adam *era* gay, claro, pero no había querido decir aquello en absoluto. Dorothy se portaba bien con los homosexuales... tal vez porque, en común con muchas mariliendres, su vida personal parecía haber sido un fracaso. Había ahogado aquel fracaso en su trabajo.

Adam todavía valoraba la opinión de Dorothy. Por eso le había enviado la cinta. Pero también lo hacía por pura amabilidad, para hacerla sentirse necesaria. A lo largo de los años se había producido un sutil cambio en su relación. Antaño aquella mujer había sido su mentora; se había sentido halagado cuando lo invitaba a cenar en su apartamento atestado de libros y con su cuadro de Howard Hodgkin sobre la chimenea. En cierta ocasión se había encontrado allí con un ministro del gobierno laborista. Pero ahora ya estaba jubilada; hacía mucho tiempo que ya no daba cenas y cuando él la visitaba ya no había en aquel gesto nada que se pareciera a una obligación. Adam incluso estaba empezando a ser condescendiente con ella, porque su perspicacia de antaño se había tornado un tanto confusa... ¿Qué era lo que le había soltado? ¿Algo sobre ser demasiado gordo como para limpiarse el culo? No debería vivir sola; sin nadie que escuchara sus pensamientos, estos se iban a tornar confusos. La edad había variado el equilibrio entre ellos. Dorothy era una mujer orgullosa: si hubiera sospechado que él se estaba *ocupando* de ella, se habría sentido hoiTorizada.

A su cena con invitados acudirían amigos brasileños de Sergio: aburridos, pero guapos, como la mayoría de los colegas de Sergio. Imprescindible la presencia de Adam.

De repente, se acordó del vídeo. Había prometido telefonear a Dorothy. ¡*Mierda!* También había prometido enviar la cinta a sus padres, que estaban pensando en la posibilidad de retirarse a una residencia.

Su padre y su madre vivían en Devon. Era una pareja de viejos curiosos, siempre de parranda, de excursión en excursión, con sus cazadoras beis, a la caza fotográfica de pájaros en las Hébridas o rulando por Portugal en su furgoneta caravana. Recientemente, sin embargo, la vida les había deparado una serie de reveses. La tienda de su pueblo había cerrado, lo cual significaba que tenían que ir en coche hasta Okehampton para hacer la compra —ni un maldito autobús, naturalmente—, y recientemente su padre se había estrellado con la furgoneta. «La vista, que ya no es lo que era», dijo. Ninguno de los dos, para ser sinceros, estaba ya para conducir y esto los había dejado maniatados en medio de ninguna parte, repentinamente sumidos en la dependencia. Su vecino, un granjero, había perdido todo el rebaño con la crisis de fiebre aftosa y había decidido vender y largarse. La gente estaba desprendiéndose de todas sus responsabilidades y levantando el campamento para largarse a climas más cálidos donde la vida fuera más fácil. ¡Se acabaron las goteras en los tejados! ¡Al

diablo la rutina! Adam se había enterado de la existencia de aquella residencia en la India, un país que le traía felices recuerdos a sus padres. Así que había solicitado más detalles a la empresa.

Adam estaba pensando en aquello mientras masticaba el calamar (un tanto gomoso). También se estaba preguntando cuánto iba a durar su relación con Sergio. Pensaba: «Esas mejillas cada vez me gustan menos». Es gracioso cómo los amigos de tu amante de repente te hacen ver esas cosas claramente. La hermana de Adam, una impenitente viajera por la bacheada carretera del amor, decía que las relaciones amorosas basadas únicamente en el sexo duraban exactamente dos años.

También pensó: «Ese sitio de la India podría servir para un buen documental...». Mientras rumiaba aquellas ideas, Adam bebió un montón de merlot chileno. Se olvidó del documental e iban a transcurrir más de tres años antes de que reuniera el valor para dejar a su amante. Pero recordó que tenía que recuperar el vídeo y enviárselo a sus padres.

Y ellos pusieron su casa en venta y se dispusieron a abandonar sus raíces y largarse, porque eran de ese tipo de personas.

Dorothy había vuelto a tener aquel sueño. Estaba sumergida en la vaguada que había detrás de su casa. Esta vez se topaba contra la mole de un búfalo hindú; se aferraba a él y conseguía levantarse con gran esfuerzo. Luego parecía que se había sentado a horcajadas sobre su cuello. La bestia salía del agua, llevándola a cuestras, con el agua cayendo de ella a torrentes. Y entonces el animal se sacudía, y ella caía y se empezaba a ahogar.

Se despertó, empapada en sudor. Eran las tres. Esperó que las imágenes se difuminaran y la dejaran tranquila. «Todo lo malo se va lavándose la cara», eso decía su madre, aunque no era verdad, ¿no? Su madre le había mentido. Dorothy se esforzó en pensar en cosas anodinas: un té en la Patisserie Valerie, en Marylebone High Street; el programa *Today* con los gritos escoceses de Jim Naughtie... Aquello tranquilizó su corazón agitado.

Tenía la garganta seca. Se quitó de encima el edredón y cuidadosa, dolorosamente, salió de la cama. Sus huesos parecían como de tiza, secos y quebradizos cuando entrechocaban; un día acabarían por romperse. Solo caminar hasta la cocina conseguía dejarla sin aliento. Se apoyó en la nevera. En la calle cruzó un taxi, con la señal encendida. Dorothy pensó: «Debería preguntarle a Adam lo de la India. Es la persona más cercana que tengo».

Aquella idea acabó por deprimirla. Adam era un joven muy ocupado; pasaban semanas enteras sin que la telefonara. Ah, claro, a veces se dejaba caer por allí para tomar un té cuando estaba editando en el Soho, pero Dorothy sabía, en el fondo de su corazón, que ella no era importante para nadie.

La cocina estaba a oscuras. Dorothy no había dado el interruptor de la luz, sería demasiado molesto. Se quedó allí, bebiendo un vaso de agua. Al otro lado de Marylebone Road se levantaba un bloque de oficinas. El vestíbulo estaba iluminado. Un guardia de seguridad se pasaba allí sentado toda la noche, un joven indio. Hablaba durante horas por teléfono, dando vueltas en su silla giratoria. Cuando se ponía las gafas, Dorothy podía verlo bastante nítidamente. Todas las noches estaba allí sentado, su involuntario compañero durante las primeras horas de la noche. Pero ella, en la oscuridad, permanecía invisible.

Pauline había estado sufriendo los agobios del período. Se dirigía hacia la menopausia, un viaje que ninguno de los hombres de su vida podría entender. Era un viaje tumultuoso. Sangraba, mucho y erráticamente. Los calambres eran espantosos, como si la naturaleza le estuviera dando patadas en el estómago como un castigo final: «Incluso *aunque pudieras haber tenido hijos*, ahora ya sí que no puedes...». Tenía sofocos, se le ponía la cara colorada como un tomate, como la de su padre. En el trabajo, la gente la miraba con extrañeza, cuando se abría el cuello de la blusa y se abanicaba. Lo de las noches era peor. Se levantaba, empapada en sudor, con el corazón latiendo con un indescriptible terror. Le aterrorizaba su propia mortalidad. «Abróchense los cinturones de seguridad: va a ser un viaje movidito...». Porque aquel vuelo iba a llevarla a un destino que la llenaba de amargos presentimientos: la vejez, un país extraño del que nadie regresaba jamás.

No podía confiarse a Ravi. Como muchos médicos, era despreocupadamente desdeñoso con las dolencias de aquellos que aman, a menos que corran peligro de muerte. Se estaban distanciando poco a poco..., literalmente, de hecho, cuando sus sudores nocturnos lo obligaban a abandonar la cama e irse a dormir a su estudio. Pauline sospechaba que él se ponía a trabajar; a veces, cuando se levantaba para ir a beber un vaso de agua, veía una franja de luz por debajo de la puerta. Pauline era una intocable, ella y su palpitante corazón, estaba sola entre los insomnes de la gran ciudad.

Era a principios de septiembre. El estudio de Ravi estaba tomado por la empresa Ravison: un nuevo archivador, montones de carpetas, notas de *post-it* pegadas a la foto enmarcada de su orla de la escuela de chicos de St Ignatius, en Delhi. Se habían llevado a cabo un montón de estudios, no solo sobre Dunroamin, sino sobre las posibilidades de otras residencias por todo el mundo —Sudáfrica, Chipre...—, prospecciones que se mencionaban en el material publicitario.

Ravi decía:

—Mira: la gente quiere la mierda fuera de su país.

—¡No digas eso!

Inglaterra era como su padre; solo *ella* tenía derecho a ponerla a caldo. Al fin y al

cabo, Ravi seguía siendo un extranjero.

Ravi estaba revisando los certificados de los médicos que garantizaban la «aptitud para viajar en avión» de sus clientes. Hasta el momento habían solicitado la entrada en Dunroamin dieciocho personas. Las habitaciones estaban prácticamente completas. Pauline conocía sus nombres porque era ella la que estaba organizando todos los preparativos del viaje: la señora Evelyn Greenslade, una señora de Chichester, que escribió su solicitud a mano; el señor y la señora Ainslie, de Beaworthy, Devon. Parecían encantadores y, a juzgar por la dirección, unos ricachones. La idea de contar con subvenciones estatales se había abandonado por imposible; aquello era estrictamente una empresa privada. Uno de los clientes había incluso preguntado sobre la posibilidad de enviar su antiguo mobiliario; esa era la clase de persona que deseaban atraer al negocio. Algunos de ellos ya se habrían instalado para cuando Pauline volara con su padre a finales de mes.

¿Por qué había cambiado de idea su padre? Pauline nunca pudo averiguarlo. Completamente recuperado de su operación, parecía estar deseando entregarse a su nueva vida en Bangalore. «Estoy deseando ir», decía. Se había puesto todas las vacunas; incluso había recuperado alguna ropa ligera de sus viajes por los trópicos y se había jactado de que todavía le quedaba bien. La partida inminente de Norman había cambiado la actitud de Ravi hacia su suegro; se había tornado más tolerante con el viejo, casi amable. El día anterior incluso había intentado hacer un chiste afable, algo sobre comprar una nueva cazuela o algo...

Los sentimientos de Pauline eran encontrados. En su estado actual, el vuelo en sí mismo la aterraba. ¿Qué pasaría si se desataba uno de sus períodos copiosos? Se imaginaba el matadero en el que se convertiría el baño del avión de British Airways. ¿Habría támpax en la India?

Siempre había tenido curiosidad por conocer el país natal de Ravi, pero aquel viaje de regreso a las raíces de su marido no era el que había imaginado. Iba a dejar a su padre en un país extraño, en compañía de gente a la que no conocía. Era como llevar a un crío a un internado..., en este caso, en medio de ninguna parte, y dejarlo allí, el niño nuevo de la clase. Ella se daría la vuelta para alejarse, con los ojos anegados en lágrimas. Ella se imaginaba a su padre a sus espaldas, agitando su bastón en señal de despedida... una pequeña figura que cada vez se hacía más pequeña.

Pauline bajó las escaleras. Se había encajado un tampón Kotex entre las piernas; el plástico se movía. Su padre estaba sentado en el comedor, leyendo las necrológicas en el *Daily Telegraph*. Le gustaba sentarse allí con el café matutino, repasando los «falleció repentinamente» y los «falleció de muerte natural».

Se detuvo un instante, mirando las manchas en la calva de su padre.

—¿Qué, tenemos buen día hoy? —preguntó, señalando el periódico.

—Bastante bueno —señaló su padre con el bolígrafo—. Ocho de ellos eran más

viejos que yo. Setenta y nueve..., ochenta y dos... Solo un par de ellos eran más jóvenes, y son del tipo «repentinamente». Serían unos maricones sidosos.

—¡Papá! —Norman solo contaba hombres. Cuando se trataba de mortalidad, las mujeres no contaban—. A lo mejor fueron accidentes de tráfico —le dijo—. Podría tratarse de cualquier cosa.

Era sábado. Pauline debería ir al supermercado, pero no le apetecía nada. Se hizo un silencio. Quería decirle muchas cosas a su padre, pero no sabía por dónde empezar. Y él no iba a empezar, no después de cincuenta y un años.

—Mira lo que me sale en el crucigrama: *punkawallah* —dijo—. Los tíos que abanican a la gente en la India.

—No me importaría contar con uno de esos... —No acabó diciendo «para aliviar mis sofocos». Aunque era muy directo respecto al sexo, Norman se sentía incómodo cuando se trataba de las cuestiones íntimas femeninas. Pauline añadió—: Recuerda que siempre puedes volver a casa.

—Ni hablar.

—La otra gente parece muy agradable —dijo Pauline—. Hay un funcionario y una persona que ha trabajado en la BBC. Una tal Dorothy Miller. La mayoría son mujeres, claro —y pensó: «Ellas viven más que los hombres».

De repente, los ojos se le llenaron de lágrimas. Aquellos malditos cambios de humor. Ahora que su padre estaba a punto de marcharse, todo lo que le pertenecía tenía el poder de conmovérlo: sus zapatillas, sobre todo. Tendría que arrancar y tirar el trozo de papel que había pegado en la puerta de entrada: «NO OLVIDAR: DENTADURA, BRAGUETA, BONOBU, LLAVES».

—Otra viejecita tirada en urgencias —dijo Norman, mostrándole el periódico—. Aquí, en la primera página—. Empezó a darle la risa—. ¿Te acuerdas de aquella nosequién, la que puso en un aprieto a tu maridito?

—Muriel Donnelly.

—Que no le gustaba que la tocaran los negros. —Empezó a toser con la tos de fumador—. ¡Ja, ja...! ¡Píllala para ir a la India!

Pauline se rio.

—Creo que podemos decir con toda seguridad que no se va a unir a vosotros.

Ravi entró en la estancia.

—¿Qué es tan divertido?

Pauline se lo contó.

—El racismo no tiene nada de divertido —contestó Ravi.

—Oh, vaya, no seas tan mojigato —contestó—. Tienes que admitir que sería divertido que una vieja bruja como ella, que no puede soportar a los negros, de repente se encontrara rodeada de mil millones de ellos...

Cuando la Ignorancia se quiebra en mil pedazos, fluye la Luz, amanece la Sabiduría, el Mediador se siente desatado y liberado de las ataduras de los ciclos del Nacimiento, Renacimiento, Decadencia y Muerte [...]. En esto reside el único objetivo y el verdadero propósito de la Meditación.

Venerable DR. RATRAPAL MAHATHERA

Cuando murió la Reina Madre^[2], Muriel puso tres banderas en un florero, en la ventana. Las había cogido del altar de Diana que tenía en su salón. Diana era una princesa de cuento, desde luego: bonita, con un destino funesto, una cervatilla huyendo de los sabuesos, tal y como había dicho aquel conde Spencer. Sin embargo, la Reina Madre era una cosa real: real hasta el tuétano de los huesos y no un seductor traicionero. Era especial, la mamá más especial del mundo. Keith, el hijo de Muriel, la había hecho sentirse así. La hizo sentirse como de la realeza.

La última vez que Keith la visitó había observado con admiración las Union Jacks.

—Para dar buen ejemplo —había dicho Muriel, señalando los pisos de enfrente—. A todos esos.

Muriel había vivido en Peckham toda su vida, salvo durante un pequeño y traumático período, durante la guerra. En cualquier caso, mientras ella permanecía inmóvil, todo a su alrededor había cambiado. Al *blitz*, los bombardeos alemanes, le había seguido la destrucción igualmente salvaje de los años sesenta, cuando las calles habían sido arrasadas por los bulldozers para levantar grandes edificios de pisos. Ahora los camellos de crack conducían descapotables, con la música a toda pastilla, con los bajos haciendo temblar los adornos de su casa. Chicas gordas irrumpían en el kiosco con su cartel de «Solo dos niños de cada vez».^[3] La empujaban al pasar junto a ella, gritando con sus móviles, mientras ella intentaba comprar una lata de Whiskas. Más recientemente, los inmigrantes ilegales se habían trasladado a la zona, caras negras de Dios sabe dónde. Se plantaban allí, a la entrada de la estación del metro, esperando que los fuera a coger el capataz de una obra. Las estadísticas de delincuencia alcanzaban cotas altísimas; y el sonido de cristales rompiéndose contra el suelo era la música habitual de todas sus noches.

Keith la había apremiado para que saliera de allí.

—Eso es un vertedero, mamá. Vente a Chigwell.

El vivía allí en una casa elegante, y se lo había montado bien. Muriel, sin embargo, era muy tozuda. Le dejó comprarle un piso en la planta baja de un bloque

de pisos muy agradable, a la vuelta de la esquina de donde había vivido siempre. Le dejó que se lo arreglara, con lavadora y televisión digital. Incluso le cogía el dinero que Keith sacaba de su cartera —tan gorda que casi no cerraba— cuando la visitaba. Pero se quedó en el barrio. Era una mujer independiente, no quería deberle nada a nadie. Y no quería vivir en ningún sitio que estuviera cerca de aquella sarcástica mujer de su hijo.

El odio era mutuo. Cuando Muriel había ingresado en urgencias, el mayo anterior, Sandra ni siquiera se había molestado en telefonarla. Fue solo cuando Keith regresó de España cuando se preparó todo aquel escándalo: periódicos, televisión, a Muriel le gustó aquello. Los vecinos le dieron todos los caprichos, los que sabían hablar inglés, de repente se había convertido en famosa.

Muriel adoraba a su hijo. Siempre había estado a su lado y pendiente de él. Las mujeres y las novias iban y venían... —«Aquí estamos, reunidos... otra vez», dijo el testigo principal de Keith en su última boda—, pero eran como troncos a la deriva por un río, en su camino hacia el mar, mientras que Muriel siempre permanecía: era la roca. Así eran las madres. Keith era todo lo que tenía Muriel; Keith y su gato *Leonard*. De hecho, tenían un montón de cosas en común. Ambos eran zalameros, guapos y predadores del sexo opuesto; ambos desaparecían durante muchos días seguidos para dedicarse a sus asuntos personales... En el caso del gato, solía regresar con un zarpazo en una oreja.

¿De dónde procedía el dinero de Keith? Muriel no lo preguntaba. El decía que andaba en cosas de inmobiliarias y que con que supiera eso ya era suficiente. Desde luego aquello le permitía financiar un fastuoso ritmo de vida: la casa en Chigwell, la casa en España, el enorme 4x4 plateado en el que llegaba para llevarla el domingo a comer a sitios donde le quitaban el abrigo con tantas florituras como si acabara de llegar del palacio de Buckingham. En presencia de Keith, Muriel parecía introducirse en un mundo diferente. Su padre habría estado orgulloso de él. Después de todo, para eso se tienen los hijos: para que lleguen más allá de lo que uno ha podido llegar. De otro modo, nada tendría sentido.

La vida tenía que tener sentido. Muriel era una mujer supersticiosa. Leía las hojas de té..., una mancia que se había perdido desde la implantación de las bolsitas de té. Escrutaba los cielos de la jungla urbana en busca de augurios sobrenaturales y leía su horóscopo en el *Daily Express*. La vida le había deparado algunos reveses, y aunque su marido, y la numerosa estirpe de los Donnelly a la cual pertenecía, habían encontrado consuelo en la Iglesia católica, ella se mostraba reticente a cualquier religión organizada y seguía sus propios senderos espirituales. Los gatos sí que entendían aquello. *Leonard* intuía cosas, por eso estaban tan unidos. El gato era un espíritu independiente, como ella misma, aunque a su modo felino.

Le había puesto aquel nombre, *Leonard*, por uno de los hermanos de su marido,

que había muerto. Leonard había muerto durante un bombardeo aéreo; volvía a casa de permiso, con una bolsa de hojaldre con salchichas. Por aquella época Muriel era una cría. Los Donnelly vivían en la puerta de al lado, y era a Leonard al que ella había amado, más que a cualquiera de los otros hermanos. «Cuando sea mayor, me casaré con Lenny», había pensado Muriel. Su espíritu vivía en el gato. Le hablaba al gato de un modo que nunca había empleado para hablarle a su marido, Patrick, con quien había compartido la cama durante cuarenta y dos años, hasta que el tabaco se lo llevó a la tumba.

En aquel momento Muriel le estaba hablando a *Leonard*, el mismo día en que se iba a convertir en una cifra de las estadísticas del crimen. Las hojas de té no se lo advirtieron.

—Tengo antojo de una pizca de pescado —dijo—. Es viernes, ¿sabes?, aunque a ti lo mismo te da. —Comprobó el contenido de su bolso: monedero, llaves—. Menuda cara de bobo que tiene el príncipe Carlos en esta foto del periódico. ¿Recuerdas cómo lo llamaba Paddy? El Orejas. En eso estábamos de acuerdo, Paddy y yo, teníamos eso en común.

Leonard estaba tumbado en el respaldo del sillón. La tela estaba desgastada, en la parte donde la cabeza de Patrick descansaba cuando veía la tele. Había conservado el asiento de su marido; solo el gato lo utilizaba. Acarició el pelo de *Lenny*; él se incorporó para disfrutar de la mano. Eso era lo que le gustaba de los gatos. Se contentan con poco: una silla, una estufa de gas, una caricia amable. Los humanos, en cambio, necesitan un montón de cosas para conseguir que sean felices.

Muriel salió del piso. Tirando de su carrito de la compra, pasó junto a la escuela, el griterío del patio se oía al otro lado del muro. Hace unos años había habido dos pescaderías en la calle principal. Una la regentaba Ron Whiting. Ella le había contado el chiste a Keith, cuando era pequeño, cuando lo llevaba de la mano.^[4] Ahora se veía obligada a ir al supermercado que se encontraba mucho más lejos: al otro lado de la carretera principal, bajando una callejuela —su atajo—, y pasando junto a lo que antaño había sido una hilera de *cottages* donde vivía su amiga Maisie. Le habían dado terrones de azúcar al caballo del lechero.

Un hombre entró en el establo una vez y les enseñó el pito. Cuando cumplió los dieciséis años, Maisie se había fugado con un soldado yanqui.

Salió el sol. Centelleaba en los cristales rotos. Su vecina Winnie iba dando un rodeo, por Cressy Road, pero Muriel pensaba que bah-bah-bah. Winnie era una cosita muy tímida, siempre acobardada tras los visillos, sin salir nunca después del atardecer.

Muriel avanzó junto a la zona de carga y descarga de Dixon. No había nadie por allí. ¿Por qué no habría telefoneado Keith? Habían pasado ya tres días, no era normal en su hijo. Él le había dado un teléfono móvil. Cuando iba sentada en el autobús, su

bolso vibraba en su regazo. Pero ella era incapaz de ver aquellos números tan pequeños y nunca se acordaba de cargarlo. Ya le resultaba suficientemente difícil encontrar los botones en el mando a distancia de la tele.

Muriel no oyó los pasos a su espalda. Iba pensando en su hijo cuando una mano le agarró el brazo y la tiró hacia atrás.

No sintió dolor, no hasta más tarde. Ocurrió todo tan deprisa... El tirón, el golpe.

—¡Sinvergüenza...! —gritó, aferrándose al bolso.

Una mano le cerró la boca. Pudo olerle la piel; olía a sudor y miedo. Algo volvió a golpearla otra vez, fuerte.

Muriel se desvaneció. Se golpeó fuerte con el pavimento. Vislumbró un rostro negro, con una capucha por encima. Le arrancó el bolso y se tropezó con el carrito de la compra.

—¡Joder...!

Luego se largaron. Tendida en el pavimento, los vio bajar corriendo por el callejón, dos crios, y luego desaparecieron.

La habían dejado sin respiración. Muriel yacía despatarrada, con las bragas a la vista de todo el mundo. Durante unos instantes, estuvo demasiado conmocionada como para moverse.

Tal vez se desmayó porque en ese momento un hombre se estaba inclinando sobre ella, tapándole el sol.

—¿Estás bien, encanto?

Metió la mano por debajo de su brazo y la ayudó a ponerse en pie. Muriel se tambaleó, tropezando contra él. Las piernas le flaqueaban. Más tarde, no recordaba cómo había llegado allí, pero parecía estar esperando en una tienda, apoyándose en su carrito, como si fuera un náufrago y se estuviera ahogando.

—Me han atracado... —boqueó, pero las palabras parecían provenir de otra persona distinta. Sus piernas temblaban. Y luego estaba en un trastero, con aquel *paki* ayudándola, y ella sentada en una silla. Una mujer la miraba. Llevaba un pegote rojo en la frente. Muriel sintió que su propio rostro estaba pegajoso; cuando se miró los dedos, tenía sangre.

—Se han llevado mi bolso —dijo Muriel.

El quiosquero le dio un vaso de agua, pero la mano de Muriel estaba temblando; el agua se derramó por su barbilla. Nunca había estado en aquella tienda; al único quiosco al que iba estaba al lado de casa.

—Eran negros —explicó—. No como ustedes. Negros negros.

—Llamaré a la policía —dijo el hombre.

Le habló a su mujer en un idioma extranjero. Ella vestía un sari, y lo sujetaba contra su boca como si no respirara bien. Muriel se acordó de una niña de la escuela, que se llamaba Annie Jones. Annie tenía labio leporino. Cuando hablaba, siempre se

ponía la mano delante de la boca. Nadie había querido ser su amiga.

La cabeza de Muriel le daba vueltas. El quiosquero debió de haber llamado ya a la policía porque ahora estaba volviendo a descolgar el teléfono.

—Llamaré a la ambulancia —dijo.

—¡No! ¡No voy a ir a ningún hospital!

—Es que tiene un golpe muy feo...

—¡A urgencias no! —El rostro de Muriel palpitaba. Le dolía la pierna y cuando bajó la mirada vio que tenía las medias rotas—. ¿Qué será de mi gato...? —dijo—. Tienen mis llaves... ¿Quién le pondrá la comida?

—A nosotros nos han robado quince veces —dijo el hombre—. Quince veces en dos años. Esos muchachos me han destrozado el negocio...

—Tienen mi bolso —dijo Muriel—. Solo llevaba veinte libras...

—Yo ya no aguanto más —dijo el hombre—. Estoy haciendo las maletas y me vuelvo a casa con mi familia.

—¡No se vaya! —gritó Muriel, aferrándose a su brazo.

—Ahora no, señora. Cuando venda la tienda. Quiero decir que me los llevo a casa..., a la India. Allí se está a salvo.

—¿A salvo?

—La India tiene un índice de criminalidad bajísimo. Puede usted recorrer las calles de Hyderabad, mi ciudad natal, sin ningún temor de ningún tipo. Yo vine a buscar una vida mejor para mi familia en Inglaterra, pero ¿qué clase de vida es esta?

—No voy a ir a ningún hospital... —dijo Muriel, pero ya podía oír las sirenas acercándose.

—¿Dónde está Keith? —gimió Muriel calladamente—. ¿Dónde está mi chico? —En su trastorno, había olvidado el número de teléfono de su hijo. Estaba en su bolso, claro, pero su bolso había desaparecido. Sin él, sentía que sus manos no tenían ninguna utilidad, que eran como aletas.

El policía se parecía a Keith cuando era joven. Había intentado acariciarle la mejilla. Luego se había ido y ella se había quedado en una camilla como la última vez, puede que fuera incluso la misma camilla, con la gente corriendo a su alrededor y alguien quejándose al otro lado de la cortina. En el cubo de basura ponía: «Solo material contaminado».

Muriel habría matado por una taza de té, pero, aunque lo pidió dos veces, nadie le había traído uno. La habían llevado a Coventry, por lo de la última vez. La gordísima enfermera negra que le había tomado la tensión parecía la misma, aunque una no podía asegurarlo. Había apretado tan fuerte la banda que le dolía.

«¡Me han atracado!», quería gritar Muriel. ¿Cómo se atrevían? ¿Por qué la habían elegido a ella...? Aquel golpe que la había dejado tambaleante, que podría haberle

roto el cráneo... ¿Qué había hecho para merecer aquello? ¡Y la humillación! Las bragas mojadas, porque se había hecho pis encima; el agujero de sus medias que dejaba a la vista sus venas varicosas y convertida en una indigente, salvo por el hecho de que no tenía ni un maldito carrito de supermercado.

Se había sentido amenazada por ellos antes, desde luego..., las bandas de negros dando empujones en la cola del autobús; la vieja loca del poncho que la escupió en la calle principal. Los había visto destrozando las ventanillas de los coches, y cuando los perseguía la policía. Y luego, en el hospital, todo el mundo era también extranjero, pinchándote con jeringuillas y gritándose por encima de tu cabeza. Era como si te estuvieran atacando otra vez. ¿Es que nadie se daba cuenta de que cuando una está aterrorizada lo único que quiere a su alrededor es amabilidad?

Muriel odiaba los hospitales. Fue en aquel sitio, en St Jude, donde se había consumido su marido. Paddy había entrado en una camilla y ya no volvió a salir. Ella había vuelto a casa para encontrarse con un sillón vacío y una botella de oxígeno.

Oía voces.

—Es esa señora Donnelly otra vez —dijo una enfermera.

—¿La señora Donnelly? —Muriel reconoció la voz del doctor—. Ah, bueno, aquí tenemos que lidiar con todo tipo de gente.

Muriel se puso de uñas. ¿Cómo se atrevía ese médico...?

Abrieron la cortina y se acercaron. Era aquel doctor alto y canoso de la India.

—Vaya, vaya, señora Donnelly... —dijo—. Así que nos volvemos a encontrar...

Enviaron a Muriel a casa en una ambulancia común para varios pacientes. Ya era de noche.

¿Había sido aquella misma mañana cuando había salido de casa para ir a Safeways? Comparado con la última vez, el doctor la había visto rápidamente. Probablemente quería librarse de ella. Cortes y abrasiones, eso era todo, y un ojo morado bastante feo. Nada de rayos X, nada de noche en observación. Una enfermera nueva le había vendado la pierna: una encantadora chica australiana.

—Yo no soy racista —le dijo Muriel—. La última vez, la enfermera fue una acémila total. Tienen distintos modales a nosotros. La gente finge que no es cierto, pero es que no conviven con ellos. No saben cómo es vivir con esa gente, como ellos viven en sus bonitas casas de Wembley y todo eso...

Solo quedaba un pasajero en la ambulancia, un pobre viejo con un andador. Lo apearon en la residencia y lo dejaron con sus compañeros, en Peckham Rye. Muriel los miró a través de la ventanilla. Allí estaban los ancianos. Había una tele encendida pero ninguno estaba viéndola. Algunos de ellos se habían quedado dormidos, balanceándose en sus sillas. Las sillas estaban alineadas alrededor, junto a las paredes, dejando el centro de la sala vacía, como si estuvieran esperando a que se

representara un espectáculo importante.

Muriel apoyó la mejilla en el cristal. Aquello refrescó su piel. «Keith no tardará en llegar», pensó. Cuando sepa lo que ha ocurrido, lo dejará todo y se presentará en casa. Sabrá que estoy temblando como un flan. Vendrá en su enorme 4x4 plateado al que todos los vecinos se quedan mirando embobados, y me arropará en la cama. Es un buen chico.

El olor de la orina ascendió desde su ropa a su nariz. Aquel día se sintió vieja; aquellos bestias habían hecho de ella una anciana. Pensó: «Necesito a alguien que me cuide». Eso le había dicho el médico. Ella se había estremecido bajo sus dedos morenos, que la presionaban, que le ponían inyecciones, abriéndole los párpados y metiéndole una linterna en los ojos. Pero había sido amable con ella..., sorprendentemente amable, teniendo en cuenta... A lo mejor había olvidado lo que había ocurrido la última vez; se había preparado un escándalo de mil demonios sobre las condiciones de aquel sitio.

La verdad es que el médico se había sentado a su lado..., él, un hombre tan ocupado.

—No debería usted vivir sola a su edad —le había dicho. Su acreditación decía «Dr. Ravi Kapoor»—. ¿Ha considerado usted la posibilidad de acudir a algún tipo de residencia o...?

—Mi hijo se ocupará de mí.

—Conozco un sitio estupendo —y le había dedicado una amplia sonrisa, como si estuviera compartiendo con ella un secreto.

—Va usted listo si piensa que me va a pillar ahí plantada, delante de la tele, con un montón de viejos.

—Ya veo que es usted una mujer con coraje, señora Donnelly. —Cuando el doctor sonreía, su rostro se transformaba. Como la mayoría de aquellos indios, era un hombre agraciado—. De todos modos, si cambia usted de idea... Cogeré su dirección del registro de ingresos y le enviaré un folleto.

Había habido algo desconcertante en aquella conversación, pero la verdad era que todo el día había sido perturbador. Muriel pensó: «No me van a hundir. Dos crios no me van a dejar para el arrastre. *Ya veo que es usted una mujer con coraje...*». Muriel no había vivido una guerra para esto.

La guerra. Algún día le diría a su hijo lo que había ocurrido..., la historia completa, no los fragmentos que le había contado hasta entonces. Siempre lo había diferido: mañana, la próxima semana. Nunca parecía el momento adecuado. De repente, ya podía ser demasiado tarde; los acontecimientos de aquel día lo habían demostrado.

La furgoneta dio un frenazo y se detuvo enfrente de su casa. Las ventanas estaban a oscuras, naturalmente. Y lo mismo pasaba en las de su vecina Winnie; estaba fuera,

con su hermana, en Bromley.

—¿Seguro que se encuentra bien? —le preguntó el conductor.

Muriel asintió con la cabeza.

—Ya entro yo sola... —No quería que el conductor viera dónde escondía las llaves de repuesto.

Se sentía rara: medio mareada, entumecida. Más tarde se dio cuenta de que era un milagro. Cruzó el patio delantero para llegar a la puerta de su casa. Las llaves estaban allí, en su bolsa de plástico, tras la jardinera de geranios. Pensó en el verdadero Leonard, el humano. Como el médico indio, también tenía una sonrisa que transformaba su rostro. Pon que hubiera perdido su tren y hubiera cogido uno más tarde; pon que la bomba hubiera caído sobre otra persona. En ese caso, Lenny habría estado esperando en el piso, con un té y unas galletitas de mantequilla, dispuesto a darle un beso.

Pero en ese caso, claro, su hijo no habría nacido. La idea la hizo sentirse ingrátida.

La puerta se abrió lentamente. No había metido la llave. Solo pasó eso: la puerta se abrió lentamente.

Muriel entró despacio y encendió la luz.

Algo iba mal. ¿Es que no había cerrado con llave la puerta cuando salió a comprar, hacía cien años?

Muriel permaneció quieta. Notó una comente..., un viento frío procedente de la cocina. En su jarrón, las plumas de pavo real temblaron.

La puerta trasera estaba abierta, esa era la razón. Alguien había estado en su piso; a lo mejor incluso seguían allí dentro. Muriel permaneció en el pasillo, con el corazón latiendo con fuerza contra sus costillas. «Keith, ¿dónde estás?».

Sabía que debía salir inmediatamente del piso, pero permaneció allí quieta, clavada. Pensó: «Aquellos chicos... tenían mis llaves. Saben dónde vivo».

Luego creyó estar en el salón. Encendió la luz. Habían tirado la estantería de los libros. Los adornos estaban desparramados por el suelo: sus tazas con la familia real, sus animales de cristal. El sofá estaba movido hacia un lado. A pesar del desorden, había un vacío en el salón. Le costó un momento darse cuenta de que la televisión había desaparecido..., la gran televisión de pantalla plana que le había regalado Keith.

—¿Leonard? —susurró Muriel.

No había ni rastro del gato. Debía de estar aterrorizado. Muriel entró en su dormitorio y abrió el armario. No estaba allí. Se inclinó, con un crujido, y sacó la caja de zapatos. El dinero en efectivo aún estaba allí..., doscientas libras, su dinero para imprevistos.

Muriel sintió una breve euforia triunfal, y luego estalló en llanto.

Ravi regresó a una casa vacía. Su mujer y su suegro se habían ido aquella misma mañana. En aquel momento debían de estar a treinta mil pies sobre Bahrein.

Mientras iba de habitación en habitación, se sintió aliviado. La invasión había concluido; su casa había vuelto a ser completamente suya. No había señal alguna de la estancia de Norman, excepto algunas sábanas en la lavadora, que Pauline había puesto antes de marchar. Había una nota a tal efecto en la cocina. Ravi sacó las sábanas húmedas, las embutió en la secadora y dio un portazo para cerrarla. Era como si Norman nunca hubiera existido. Ravi puso el CD de *Cosí fan tutte*. «Qué leve es nuestra huella sobre este mundo», pensó. Apenas una pisada en la arena, y enseguida el viento sopla sobre ella y la hace desaparecer. La voz de Ferrando cantaba arrebatada: «*Un 'aura amorosa...*», una amorosa brisa calma mi espíritu.

Ravi corrió las cortinas. Se hundió en el sofá y miró el sillón, el que Norman había ocupado durante los últimos cuatro meses. Pronto volvería a ser simplemente un sillón. «Qué poco dejamos atrás», pensó. Se representó las bolsas de plástico de pertenencias que se utilizan en Accidentes y Emergencias: unas gafas, un reloj. El había perdido a un paciente aquel día..., un accidente de moto. Había habido dos atracos (incluyendo el de la señora Donnelly), un dedo machacado, un quemado de primer grado de una freidora. Había tantos peligros —cuchillos deslizándose en tablas de cortar, camiones patinando— que era un milagro que hubiera gente que sobreviviera hasta la edad madura. «Y nuestro karma, ¿qué?», le había preguntado Pauline. Como muchos ingleses, ella se sentía atraída por aquel galimatías hindú. A él le dolía que ella hablara en esos términos; era una traición a lo que su marido se había dedicado toda su vida: a sanar a las víctimas de los accidentes, a reparar los platos rotos. ¿Es que no entendía lo más elemental?

Resultaba raro enviar a Pauline a su propio país natal sin ir con ella. Le habría interesado ver sus reacciones; en su estado actual de mal humor podría tirar en cualquier dirección. Además, la India causaba unos efectos insospechados en la gente: uno nunca podía predecir quién se rendiría a sus encantos o quién se sentiría desconcertado y agobiado. El mismo había regresado en un par de ocasiones para visitar a su familia, pero ambas veces sin su mujer. La primera ocasión fue cuando estaban atravesando aquel bache y Pauline se había ido de casa; la segunda vez fue cuando la madre de Pauline se estaba muriendo y se tuvo que quedar en Inglaterra. Por razones que Ravi no estaba muy inclinado a investigar, no sintió que no lo acompañara.

En esta ocasión, desde luego, él sencillamente estaba demasiado ocupado como para viajar a la India. No podía tomarse unas vacaciones, y luego estaba lo de la empresa Ravison Ltd. Era emocionante descubrir en sí mismo aquella aptitud para los negocios. La misma palabra «negocio» conseguía que su corazón latiera con fuerza.

Toda su vida había estado trabajando en un sistema burocrático, organizado y dirigido por su propia casta, ahogado por las cuentas y por la incompetencia de los directivos. Ahora se sentía como un poní minero suelto en una pradera a la luz del día. Cualquier cosa era posible..., grandes sumas de dinero, el poder para cambiar las cosas por su propia decisión. Una vez que el negocio se hubiera establecido y estuviera funcionando, podría incluso considerar una renuncia al hospital. Podría dejarlo cuando quisiera, podría trabajar las horas que le apeteciera. Podría viajar por todo el mundo, reuniéndose con arquitectos bajo palmeras de cocos. El mismísimo cuerpo de Ravi se sentía diferente, como si unos músculos desconocidos estuvieran fortaleciéndose. En realidad, debería estarle agradecido a aquel viejo cabrón de Norman por darle la idea en primer lugar.

Dorabella y Fiordiligi estaban cantando algo sobre el perdón. «*Fortunato c'uom che prende...*». Ravi se enjugó una lágrima. Fue a la cocina. Pauline, bendita, había dejado el frigorífico bien avituallado. Se imaginó su cuerpo alto, y de anchos hombros, y sintió una punzada de deseo. Ahora que estaba ausente, su mujer había regresado, como la casa, a su antiguo ser: enérgica, divertida, impasible ante las turbulencias de la menopausia y la presencia de su padre. Incluso podía recordar a Norman con más amabilidad ahora: un viejo jovial y malicioso, más que su torturador.

Ravi metió un poco de aquel pescado precocinado con puré de patatas en el microondas. Volvía a ser un soltero, rebosante de energía y optimismo. Después de cenar subiría arriba y adelantaría un poco de trabajo. Todo estaba yendo de acuerdo con lo previsto. Los primeros residentes se habían instalado y solo habían surgido problemas menores. Sonny no le mentiría; estaban en aquel asunto juntos; a medias.

Ravi rasgó una bolsa de hojas de ensalada y las revolvió en un bol. En los viejos tiempos llegaba exhausto cuando volvía a casa del hospital. En la actualidad, a pesar de la doble carga de trabajo, estaba rebosante de energía. ¡Qué estimulante resultaba trabajar para sí mismo, en vez de hacerlo para otra gente! Mezcló una vinagreta —aceite de nueces, zumo de lima—. Incluso sintió cierta ternura hacia la señora Donnelly. «Aquí estoy otra vez —había dicho la mujer—, otra vez aquí, como la falsa moneda». Intentaba resultar agradable, aunque estaba temblando. Ravi ya no la consideró como una racista intolerante, sino más bien como un valiente pajarillo viejo. Después de todo, el mundo había cambiado tan profundamente..., todo debía de resultar desconcertante para alguien de su edad. Le enviaría un folleto, aunque, como había dicho Pauline, no había ninguna maldita esperanza de que quisiera ir. ¿Muriel Donnelly? ¡Ni loca!

Por una parte, no dispondría del dinero suficiente. Y luego estaba aquel otro problemilla suyo...

Mientras aderezaba la ensalada, Ravi sonrió. La vieja estaba en lo cierto, desde

luego. Estaban por todas partes en la actualidad, uno no podía librarse de ellos. Sobre todo, naturalmente, en el sector sanitario. De hecho, resultaba indiferente en el país en el que uno pudiera estar, cuando te llegara la hora. No importaba si estabas en Watford o Wisconsin, daba igual, la última cara que verías, en este mundo, sería la de un negro.

Muriel había sido atracada. Le habían robado. Su gato había desaparecido; *Leonard* debió de huir cuando entraron los ladrones y ella no se atrevía a salir por la noche a buscarlo. Estaba sola y su hijo no cogía el teléfono. Solo se oía el contestador.

—¡Keith! Por favor, ven y sácame de aquí. Estés donde estés, Keith, ven rápidamente. Van a volver. Tienen mis llaves...

Un pitido y se cortó.

Su vecina Winnie estaba fuera. El piso de arriba estaba vacío. Muriel, todavía con el abrigo puesto, se sentó temblando en la cama. Había perdido el sentido del tiempo. Se sentía mareada e incorpórea, debían de ser los analgésicos, se sentía como si su cuerpo estuviera sentado allí, pero ella estuviera flotando junto al techo, mirando hacia abajo, a la señora anciana que tenía el ojo morado y la pierna vendada. Su alma había huido, dejándola tan liviana como una cascarilla. Sabía que sus piernas sentían frío —le habían quitado las medias en el hospital—, pero el frío le pertenecía a alguien que no tenía ninguna relación con ella.

Muriel permaneció sentada allí, esperando a que Keith llamara, esperando el ruidillo de la gatera. Sabía que debería llamar a la policía, pero entonces tendría que esperarlos y podrían tardar mucho rato. Cuando viniera su hijo, se la llevaría de aquel piso que ya no era realmente suyo, que había sido invadido por extraños que querían matarla. El mal estaba en el aire, como una fuga de gas.

Y justo entonces oyó el ruidillo. Era la pestaña de la gatera.

—¡*Lenny*!

Muriel se incorporó. Su *Lenny* había vuelto a casa.

Lo metería en la cesta y se lo llevaría a Chigwell. Keith la mimaría y la arroparía en la habitación de invitados, que tenía su propio baño, con grifería de oro macizo. Incluso la avinagrada de su mujer sentiría piedad de ella ahora.

Muriel se abrió paso por el pasillo.

—¡*Lenny*, estoy aquí...!

Quizá lo que había ocurrido aquel día era un prodigio, una advertencia para que dejara Peckham por su bien. Tal vez su hijo tenía razón. Le dejaría que vendiera el piso y se trasladaría a Chigwell; podría acabar tranquilamente sus días en el campo, con las vacas por compañía, y no con atracadores.

Muriel entró en la cocina. Un gato callejero colorado estaba allí, comiéndose la comida de *Lenny*. Más descarado que descarado, ni siquiera se volvió.

—¡Fuera de aquí! —Muriel le dio una patada con la pierna buena—. ¡Fuera, asqueroso!

El gato la bufó. Tenía los ojos blanquecinos, con cataratas. Luego se fue dubitativo, con la cola levantada, enseñando el culo. Con dificultad, pudo abrirse paso por la pestaña de la gatera.

Muriel quitó el pestillo de la puerta de atrás. El gato se había detenido al final de su patio. La miraba.

—¡Fuera, asqueroso! —le gritó, cojeando por el cemento.

Se detuvo al final, intentando coger aire. Sus pulmones silbaban. El parking tenía un aspecto inquietante, bañado a la luz de las farolas de sodio. En algún sitio cantaba un pájaro; ahora cantaban a todas horas, era un horror. Las luces de la calle les hacían pensar que era ya de día. A lo lejos, por detrás del bloque de pisos de al lado, un hombre gritaba.

Muriel se quedó quieta apoyada contra la pared y esperó a que su pulso recobrara el ritmo normal. Luego se volvió para entrar otra vez.

A su lado había una fila de contenedores de basura gigantes con ruedas. Algo llamó su atención.

Al principio pensó que era un trozo de abrigo de piel..., un manguito o algo así, que alguien había tirado a la basura. Lo habían tirado encima de un montón de bolsas de basura.

Se acercó un poco. No, era un peluche de un crío. Pelo negro, patas blancas.

Se acercó un poco más. Y luego se detuvo.

Durante la película Pauline estuvo durmiendo. Soñó que era de nuevo una niña pequeña, gateando al lado de su madre en un monte de hierba. Su madre ya estaba enferma, aunque nadie lo decía. Su cara estaba gris y fría. Estaban sentadas en un sitio llamado India, aunque Pauline sabía que era el parque de High Wycombe, donde ella creció; reconoció el monumento de la guerra. Con gesto grave, su madre le entregaba a Pauline un plato de comida. Cuando Pauline miraba al plato, comprobaba que estaba lleno de cabezas de mono.

Parecía perfectamente natural, aquellas arrugadas caras nadando en salsa. Sin embargo, parecían felices, y le sonreían como pequeños viejecitos. No se las iba a comer, descuida.

Una sombra cayó sobre ella. Era su padre. Se sentaba en la hierba y cogía una cabeza. Se la metía en la boca y comenzaba a masticarla.

«Sé una buena chica y dame otra».

Pauline se despertó. Norman sujetaba en la mano su miniatura de whisky vacía.

—Sea una buena chica —le dijo a la azafata— Deme otro.

La azafata miró a Pauline y sonrió. Sin duda era lástima; Norman había estado dando la lata durante todo el vuelo. Entonces Pauline se dio cuenta de que tenía el

rostro bañado en sudor. Otro sofoco.

—Aterrizaremos enseguida —dijo la azafata.

Pauline levantó la persiana de la ventanilla. En el exterior el amanecer despuntaba, una franja de fuego sobre el horizonte curvado. Cinco horas se habían quedado en el limbo a medida que cruzaban a toda velocidad los husos horarios hacia el nuevo día. Su corazón latía más rápido, o tal vez eran solo palpitaciones. Eso era lo que hacía por los demás, enviarlos a toda velocidad por el espacio, enviarlos a destinos situados en el lugar más alejado del mundo. Ella también había viajado, desde luego. Pero aquella noche no estaba de vacaciones; para su padre, se trataba de una nueva vida. Se pasó la servilleta de la cena por la cara. La Luna influía en la gravedad de la Tierra; las mareas influían en el útero femenino... excepto para las azafatas, que cruzaban de un lado a otro el mundo mil veces y cuyos períodos aparentemente se habían detenido para siempre, como pronto le ocurriría a ella.

Qué sueño tan raro. A lo mejor había monos en la India. Seguramente serían monos pequeños. Le resultó doloroso poder volver a ver a su madre durante un momento tan breve. De repente Pauline la echó de menos con tanta fuerza que sintió náuseas. ¿Cómo pudo su madre abandonarla por morir? El viejo que estaba en el asiento de al lado le había sorbido la vida; Pauline se dio cuenta en aquel momento. No había justicia en el mundo. Su madre, una buena mujer, había muerto; su padre, el polo opuesto, parecía indestructible. El egoísmo era una poderosa fuerza vital; probablemente su padre les sobreviviría a todos, a pesar del maltrato que había infligido a su cuerpo durante toda una vida bebiendo y fumando... Incluso se había encendido una colilla en el baño y una azafata había tenido que sacarlo a rastras de allí.

—En breves momentos comenzaremos el descenso hacia el aeropuerto internacional Indira Gandhi. Por favor, comprueben que tienen los cinturones de seguridad abrochados, las bandejas plegadas y los asientos en posición vertical...

Al parecer Norman se había salido con la suya. Desenroscó el tapón y vertió el whisky en el vaso.

—Pues nosotros vamos a Bangalore —le dijo a la persona que tenía al otro lado, un indio corpulento que había ido dormido la mayor parte del viaje—. Mi hija va a dejarme tirado ahí, en una residencia de viejos.

—Bangalore es una ciudad encantadora —dijo el hombre—. Un clima muy agradable, unas instalaciones modernísimas.

—¿Ves, papá? —dijo Pauline.

—Se la conoce como el Paraíso de los Pensionistas —dijo el hombre—. Mis compatriotas viven por todas partes del mundo. A veces ni siquiera tienen familia en la India, así que invierten en complejos residenciales para cuando se hagan mayores.

—¿Ves, papá? No eres solo tú.

—En muchos sentidos es igual que en Inglaterra —dijo el hombre—. Ya verá en Navidad. Van todos a la misa del gallo en la iglesia de St Patrick, y luego se comen un pavo con toda su guarnición en el Koshy. —Le dio unas palmaditas a Norman en la rodilla—. Y para un hombre al que le guste beber, Bangalore es el sitio justo. La sede de la cerveza Kingfisher. ¡Un pub en cada esquina!

Norman se golpeó un lado de la nariz.

—Y alguna cosilla más...

El avión se sacudió con las turbulencias. Saltaron en sus asientos. El whisky del vaso de Norman se derramó.

—¿Está usted segura de que no debería estar en un hospital? —dijo el taxista.

—Ya he estado en un hospital —dijo Muriel—. Apriete el acelerador y lléveme a Chigwell.

—Yo mismo vivo por allí —dijo—. Ongar. Ya no se puede vivir en Londres, por lo menos ahora, me refiero, mírese usted misma. ¿Cómo se le puede hacer eso a una pobre mujer indefensa? Ley y orden, de eso ya no queda nada, me refiero, ¿dónde está la policía?, ¿dónde está el guardia haciendo la ronda? Los chicos de hoy, fuera de control totalmente. Vienen a este país, ya sabe usted de lo que estoy hablando, vienen aquí, se aprovechan de los privilegios, a los padres que se jodan, perdón por la palabra, los chicos se ponen a vender crack y cocaína, están colgados la mitad del tiempo, crios que tienen doce años. Pero se conocen el sistema, ¿sabe usted?, se ríen de la policía, lo único que hacen es darles el teléfono de su abogado. ¡Criminales peligrosos con doce años! Que los encierren, es lo que yo digo, que los encierren y tiren la llave al río.

Muriel permanecía allí sentada, con los ojos cerrados, mientras el taxi recorría las calles. Se había bebido medio vaso de un licor que Keith le había traído de España.

—Me refiero, ¿ha leído usted eso de una señora mayor, salía en los periódicos, que la dejaron tirada dos días en urgencias? ¿A eso se le puede llamar una sociedad civilizada? Que vuelvan a poner la horca, eso es lo que yo digo.

Muriel llevaba un pequeño bolso de mano para pasar la noche fuera. No podía recordar haberlo preparado. Aunque normalmente era una mujer parlanchína, parecía haber perdido la facultad del habla. Lo único que podía hacer era desear que el taxi la llevara a casa de Keith antes de que le diera un colapso. Cuando caían las bombas eso era lo que una podía hacer..., contar en silencio, esperar la explosión..., quince..., dieciséis..., diecisiete...

Leonard.

Muriel debía de haberse quedado dormida, porque ya habían llegado a la casa de Keith y se estaba palpando el bolsillo para comprobar que estaba el dinero que había cogido de la caja de zapatos.

—¿Es este el sitio? —El taxista le sacó el bolso de mano.

La casa estaba a oscuras. Keith y Sandra debían de haber salido a pasar la noche fuera, para divertirse.

Incluso el teléfono de su hijo estaba desconectado.

—Mi hijo volverá pronto —dijo Muriel—. Tengo las llaves.

Las había encontrado en un cajón de la cocina. Se había movido por la casa como un autómatas. Era como cuando todos los sistemas se caen y todo funciona con un generador. El marcapasos hacía eso con el corazón.

El taxista la acompañó hasta la entrada. Sujetó con la mano el codo de Muriel.

—Un sitio bonito. Debe de haber costado un buen pico.

—Hay una piscina en la parte de atrás. —Incluso en esos momentos Muriel podía hacer gala de su orgullo materno; lo tenía profundamente arraigado.

De repente, una potente luz los iluminó. La casa quedó claramente a la vista: grande, con entramado de madera, con pegatinas pegadas en la ventana del dormitorio de Jordán. Los chicos estaban fuera, en un internado.

—No son los chicos de mi hijo —dijo—. Son de Sandra.

Las luces inesperadas consiguieron que la casa pareciera débil, como un decorado. Llegaron hasta el porche.

—¡Caray, cómo pesa esta bolsa!

El taxista la dejó en el suelo.

—¡No me deje aquí sola! —dijo Muriel aferrándose a su brazo.

—Por supuesto que no, mujer.

El taxista cogió las llaves y abrió las cerraduras por ella, una tras otra.

Había empujado la puerta para abrirla; se atascó un poco por un montón de cartas. Ambos entraron dentro. El ambiente era frío. Algo empezó a hacer bip-bip-bip.

—Oh, oh —dijo el taxista—. ¿Dónde está la alarma, señora?

Muriel dio la luz. Estaba demasiado aturdida como para pensar. Había un olor raro en toda la casa; la mesa estaba sembrada con pétalos de lirio secos.

—En algún sitio estará... —dijo el taxista, buscando en el pasillo.

Entonces sonó la alarma antirrobo.

Muriel estaba sentada en un salón extraño. El taxista se había ido. Frente a ella había un hombre y una mujer que le resultaban vagamente familiares. *Unyorkie* le olía la pierna.

—Para ya, *Coco* —dijo el hombre—. Lo siento, querida, es por su vendaje.

Muriel se aferraba a su taza de té; habían caído algunas gotitas sobre la alfombra.

—A ver, déjeme que se la sujete... —La mujer cogió la taza de la mano de Muriel.

¿Durante cuánto tiempo había estado Muriel sentada allí? Lentamente sus caras se

articularon en rostros conocidos. Eran los vecinos de al lado de Keith; Muriel los había conocido en una barbacoa. El hombre se llamaba Cari; era constructor.

—Ese pobre ojo... —dijo la mujer, como se llamara—, pobrecita.

Tenía el pelo rubio platino y llevaba una bata. Había un armario acristalado lleno de trofeos de plata junto a la pared. Muriel creyó ver también un tazón de Diana.

—¿Dónde está Keith? —preguntó Muriel.

Cari miró a su mujer.

—Le prepararé una cama, señora Donnelly. Ya hablaremos por la mañana —dijo la mujer.

—¿Dónde se ha ido?

—Está en el extranjero.

—¿Dónde, en España?

Cari negó con la cabeza. Era un hombre grande y fornido, muy bronceado.

—No, en España no, querida. Verá, estarán buscándolo allí también...

—¿Quién está buscándolo? —preguntó Muriel.

—La policía.

—¿La policía? —se sobresaltó Muriel.

—Verá usted... Keith ha tenido algún problemilla... —explicó Cari.

La mujer se volvió hacia él.

—Algo más que un problemilla, vida.

Se hizo un silencio. El perro empezó a gimotear. Estaba olisqueando su bolso de viaje.

—¡Coco! —Cari lo agarró por el collar y lo arrastró a un lado. Las uñas fueron arañando el suelo de parqué.

—¿Qué está pasando? —dijo Muriel—. ¿Qué le ha pasado a mi hijo?

¡Rita! Ese era el nombre. Rita carraspeó.

—Lo que Cari está intentando decirle es que su hijo está metido en un lío. Cosas de negocios. Nosotros no sabemos nada, pero ha estallado algo y él ha tenido que huir del país. Nos dijo que no dijéramos nada, pero siendo usted... No sé qué habrá pasado con Sandra, quiero decir, no sé dónde estarán los chicos. No sé si ella se habrá ido con él. Pero él se ha ido. Lo siento.

El perro logró zafarse de los brazos de Cari y se abalanzó sobre la bolsa de nuevo.

—¡Coco!

—El gato está ahí, por eso lo hace —dijo Muriel. No pudo decir la palabra ‘muerto’, porque empezaría a lloriquear—. No pude dejarlo allí solo. —Hubo entonces un silencio. Ellos miraron la bolsa—. Keith nunca me dejaría sola —dijo.

—Es que tuvo que irse un poco deprisa... —dijo Cari.

—Estoy segura de que se lo habría dicho... —dijo Rita— si hubiera tenido tiempo.

Cari miró la bolsa de viaje.

—¿No quiere sacar el gato?

—No —dijo Muriel—. No volverá a salir.

En algún lugar lejano, un reloj dio las campanadas. La casa era incluso más grande que la de Keith.

—Su hijo se fue el martes —dijo Rita—. Y esa tarde la policía anduvo por aquí. Lo único que descubrieron es que no estaba. —Miró la bolsa—. ¿Es que algo va mal...? ¿El gato...?

—Mi Keith no ha hecho nada malo —dijo Muriel—. ¿Por qué andan perdiendo el tiempo buscando a mi hijo cuando deberían estar cogiendo a criminales? ¡Deberían estar persiguiendo a esos crios! —La cabeza le daba vueltas. ¿Había sido realmente aquella misma mañana cuando la habían atracado?—. No se ha ido al extranjero. Está escondido, como solía hacer cuando era pequeño. Siempre fue muy listo para eso. Está escondido y nadie lo va a encontrar.

Sus palabras salían de ella y se alejaban. Eran como un arroyo, borboteando entre las piedras..., pequeños susurros cuando pronunciaba las eses. Muriel se vio hundiéndose, como una bolsa de agua caliente vacía. Y luego se sumió en las tinieblas...

Segunda parte

Aparta el Velo de tu Corazón y observa al Amado ocupando tu interior. Cierra tus Oídos al Exterior y escucha el Sonido Cósmico adentrándose en tu interior.

MIRA, poeta santo de Rajastán

—C uando menean la cabeza, Evelyn, no quieren decir ‘no’, quieren decir ‘sí’.

—Bueno, no exactamente... —dijo su marido—. Quieren decir: «Sí, si eso es lo que quieres que sea».

—No compliques las cosas, Duggy. La estás confundiendo. —Jean se volvió a Evelyn, asomándose al pasillo—. Desde luego una vez en las tiendas y en otros sitios, en Inglaterra, pero en la India es como una especie de costumbre sintomática de todo el subcontinente, de su filosofía..., de su propia pertenencia a la India. —Se recostó en su asiento para dejar pasar a un pasajero. La cena había acabado y la gente estaba intentando ir al lavabo. Hacían cola, haciendo partícipe a todo el mundo de sus necesidades. Jean Ainslie se inclinó otra vez—. Es una aceptación del karma.

—Más un fuerte sentido de la hospitalidad —dijo Douglas—. Agradar a las personas que visitan su país...

—Uno no puede preguntar una cosa directamente, como cuánto tiempo le va a llevar a uno hacer alguna cosa —dijo Jean—. Te llevará tanto tiempo como tú quieras que te lleve...

—Y si montas un escándalo, solo conseguirás que empeore la cosa... —Douglas gritó por encima de la cabeza de su mujer. Estaba sentado un asiento más allá—. Lo único que puedes hacer es llevarles la corriente...

—Eso ya lo llevamos aprendido, ¿verdad, querido?

—Lo aprendimos en nuestro primer viaje...

—Senderismo en el Himalaya..., una experiencia maravillosa, ¿verdad, Duggy?

—Maravillosa.

—Extraordinaria.

La compañía encargada de la residencia había puesto a Evelyn con los Ainslie; esa era su política, al parecer: arreglar las cosas para que la gente viajara en el mismo vuelo si había la más mínima posibilidad. Evelyn se sintió aliviada de haber hecho amigos tan pronto, y con una pareja tan agradable. Los Ainslie eran obviamente viajeros veteranos; parecían haber estado en todas partes. ¡Qué pareja tan indomable! Incluso con sesenta años habían estado recorriendo Europa en su caravana. En comparación, la vida de Evelyn parecía escasa y ridícula.

—En otra visita, hicimos el Triángulo de Oro —dijo Douglas—. Delhi, Agrá, Jaipur...

—Llegamos incluso a Jaisalmer —dijo su esposa—. Eso fue cuando nadie iba allí...

—Lejísimos, en el desierto del Tar...

—Claro, ahora está lleno de autobuses de turistas, pero entonces era un sitio absolutamente extraordinario, ¿verdad, Doug?

—Fantástico —y miró de soslayo a Evelyn—. Bueno, uno solo tiene una vida, ¿no?

Evelyn estuvo a punto de replicarle que al parecer en la India eso no era exactamente así, pero no pudo recordar los detalles de la conversación con Beverley. En ese momento le pareció tan ridículo que solo conseguiría quedar como una tonta.

—Un par de vagabundos, eso es lo que somos —dijo Jean.

De repente Evelyn echó de menos a Hugh tan poderosamente que casi se quedó sin respiración. El rostro sonriente de Hugh, aquel espantoso jersey viejo que se negaba a tirar, la piel de Hugh curtida por el viento cuando salían del puerto de Chichester. «¿Lista, nena?». Evelyn se agachaba cuando la botavara giraba y pasaba por encima de su cabeza. El llamaba «nena» tanto a Evelyn como a su barca (la *Marie-Louise*), y con el mismo irritante cariño. Ella y Hugh también habían sido vagabundos, a su modo, aferrándose juntos a este mundo descabellado, con sus hijos convirtiéndose en extraños.

—Lo único que se necesita es abrir la mente —dijo Jean.

—Y un estómago de acero —dijo Douglas.

Esta era, desde luego, una de las mayores preocupaciones de Evelyn. ¿Qué pasaría si caía enferma de disentería o hepatitis? ¿O tifus, incluso? En el folleto venían algunas indicaciones relativas a la salud —siempre comer la fruta pelada, solo beber agua hervida—, pero la simple mención de problemas digestivos conseguía que su barriga se estremeciera. Ya se sentía con el estómago revuelto, aunque solo había tomado la cena de la British Airways, con un poco de pollo a la provenzal y una macedonia de manzana.

Cuando expresó de un modo vacilante sus temores, Douglas dijo:

—No se preocupe, Evelyn. Todo el mundo sufre el *Delhi belly*, dolor de estómago y diarrea.

—Es parte de la experiencia hindú... —dijo su mujer.

—Debería ver usted esos retretes... ¡Cuéntale lo del Agujero Negro de Calcuta...!

—¡Para ya, Doug! La estás asustando. —Jean se volvió hacia Evelyn—. No le haga caso. Siempre ha tenido un sentido del humor alocado. —Con los dedos, Jean fue enumerando los objetos que había metido en la maleta—: Pastillas para la

purificación del agua, mosquiteras, los laxantes Sennacot...

Evelyn desconectó. Pensó en la seguridad de la vieja Gran Bretaña, que quedaba atrás mientras ellos se adentraban en la oscuridad de la noche. Por supuesto, nada era seguro, de eso se daba cuenta: tu marido, tu casa, tu dinero..., todo podía quedar hecho trizas. ¡Pero volar al otro extremo del mundo! La valentía con la que había firmado el formulario de aceptación, aquel insensato estallido de rebeldía, hacía mucho tiempo que había desaparecido.

—La verdad es que yo no he viajado mucho —dijo—. Desde que murió mi esposo...

—¡Ah! Considérese afortunada —dijo Jean—. Honestamente, Doug puede ser más incordio de lo que se imagina, siempre molestando a la gente y hablándoles en inglés macarrónico, siempre llevándome a rastras para ver alguna antigua ruina o no sé qué. Algunas veces lo que una quiere de verdad es un poco de tranquilidad, ¿no cree?

—Oh, sí, yo...

—Pero en realidad yo no soy una persona playera, ¿a que no, Doug? Me refiero a que la gente dice por qué no nos retiramos a España o Portugal, o algún sitio así, pero ahí no hay nada que hacer, ¿no? Me refiero..., imagínese a un montón de viejecitas sentadas en corro haciendo punto, nos moriríamos de aburrimiento, ¿a que sí, cariño?

Evelyn permaneció callada. Se daba por entendido, desde luego, que su propio estatus era el de una viejecita. «¡Pues no lo soy!», deseó gritar. Pensó en las manos de Hugh. Por supuesto, echaba de menos su cara, su voz, toda la *hughidad* suya..., el olor de su piel, las carcajadas de su risa, pero eran sus manos lo que echaba de menos precisamente en ese momento..., su índice quitándole una mota de la cara cuando ella se estaba arreglando para la boda; su mano deslizándose por ella por la noche, cuando se daba la vuelta en la cama. Algunas veces iban de la mano como quinceañeros. Ella añoraba que estuviera a su lado, su corpulencia, acomodándose en su sillón. Lo añoraba tanto que le dolían las costillas.

—¿Cómo supo usted de este sitio? —preguntó Jean—. A nosotros nos lo sugirió nuestro hijo: hace documentales para la BBC.

—Qué bien —dijo Evelyn. Iba a decir que se lo sugirió su manicura, pero oyó la voz de Beverley en su cabeza: «¡Ay, qué risa», y se arrepintió.

—Adam nos conoce tan bien...

—Es nuestro hijo...

—Sabía que era exactamente el tipo de sitio que nos gustaría. Nosotros siempre hemos sido unos aventureros, ¿verdad, Doug?

Douglas asintió.

—Aunque hemos puesto el límite en el *puenting*.

—Uno es tan joven como se sienta —dijo Jean.

—La gente joven se siente muy atraída por la India, ¿no? —dijo Evelyn—. Theresa, mi hija..., puede que la hayan visto en la sala de embarque, va a los monasterios hinduistas. —Desde luego, hacía años que Theresa había dejado de ser joven. Tenía cuarenta y nueve años. Los propios hijos de Theresa, si los hubiera tenido, ya serían grandes a estas alturas. Aquello provocó en Evelyn un sentimiento de vacuidad—. ¿Su hijo tiene niños?

Jean negó con la cabeza.

—Naturalmente, ha habido un montón de chicas que han tenido ahí su interés y eso, pero aún no ha encontrado la adecuada.

Se produjo un silencio. Jean cerró los ojos y se hundió en su asiento.

Luego Evelyn intentó dormir, pero su viejo corazón empezó su tamborileo. ¿Cómo podría sobrellevar los terrores que se le presentaran en el futuro si la simple idea de coger la conexión de un vuelo la llenaba de pavor? Al otro lado estaba lo desconocido..., el vacío.

*Guíanos, Padre Celestial, guíanos
por el proceloso piélago de este mundo;
protégenos, guíanos, cuídanos, aliméntanos,
pues no tenemos más ayuda que Tú.*

Durante toda su vida Evelyn había acudido a un banco de la iglesia, rodeada de certezas, farfullando las oraciones primero junto a sus padres y luego junto a su marido. Uno tras otro, todos la habían abandonado, dejándola sola entre desconocidos.

«Y al tercer día resucitó...».

¿Dónde estaban todos ahora? Las luces de la cabina se rebajaron; a esas alturas de la noche, ella y todas las demás almas estaban en manos del comandante, cuya voz incorpórea les advertía de las turbulencias que se les avecinaban. Evelyn permanecía sentada allí, con su cinturón de seguridad firmemente sujeto. Bajo la manta, sus manos se buscaron. Sus dedos se entrelazaron. A fuerza de darle vueltas y vueltas, se sacó el anillo de boda; últimamente se deslizaba sin ningún problema por el dedo.

Al otro lado del pasillo, Jean Ainslie se había quedado dormida. Su boca descolgada estaba abierta, descuidadamente. El sueño la envejecía; solo la manta, elevándose y descendiendo, aseguraba que todavía no era un cadáver. Evelyn pensó: «Estas personas serán mis últimos amigos, esta pareja y quienquiera que esté allí, esperándome en el hotel». Pensó: «Tengo que convertir a los desconocidos en familiares. ¿He tenido el valor de hacer esto en algún momento de mi vida?».

Sabía, desde luego, que no tenía otra posibilidad. Dondequiera que fuera, eso sería lo que tendría que hacer ahora. Incluso aunque regresara a Inglaterra de nuevo, cosa que podría hacer, volvería a enfrentarse a esa misma situación.

El caballero indio que llevaba a su izquierda, con quien no había hablado, estaba

roncando. Su cabeza se balanceaba a una pulgada de su hombro. Evelyn se removió en su asiento, intentando encontrar una posición cómoda. Se le estaban anquilosando las articulaciones.

—Pruebe esto.

Douglas se inclinó por encima de su mujer dormida. Le entregó una cosa a Evelyn.

—Es una almohada para el cuello —dijo—. La he inflado para usted.

—Pero entonces usted...

—Vamos, vamos, cójala. Ya verá qué diferencia. —Le sonrió, con la cara iluminada por la luz de lectura. El haz de luz se derramaba sobre su abundante cabello blanco; aquello recordaba un rayo celestial atravesando las nubes en su libro infantil *El Libro de las Historias Bíblicas para los niños*—. Dulces sueños —dijo Douglas—. Nos vemos en la India.

Rompe las cadenas del cuerpo y del pensamiento limitado. Experimenta la gracia que te recorre completamente y te envuelve. Descúbrete en lo Absoluto.

SWAMI PURNA

Razia estaba todavía enfadada. Sus enfurruñamientos podían durar semanas; este último enfado era uno de esos. Era a principios de octubre, y Minoo, habitualmente un hombre amable, estaba empezando a perder la paciencia.

—Por favor, mi amor querido, mi flor de loto... —Intentaba rodearla con sus brazos, pero ella se zafaba.

—¿Qué habré hecho mal para estar casado con un cabeza hueca como tú? Tú y ese hombre, conchabados, trapicheando y chanchulleando a mis espaldas, y yo..., tonta de mí, y yo pensando que podríamos vender esto y disfrutar de una vejez tranquila...

—Por favor, baja la voz...

—Si están todos sordos...

—Pero ¿no está yendo todo a las mil maravillas? —preguntó Minoo.

—¿A las mil maravillas? —Razia se levantó el sari por encima del hombro—. Siempre se están quejando: el calor, los mosquitos, la comida...

—No hay más quejas que de costumbre...

—Pero los otros clientes... ¡se iban! Ahora vamos a estar atados a estos, día sí y día también, no tienes consideración ninguna, estoy agotada del todo, mírame, ah, tendría que haberle hecho caso a mi familia...

Minoo estuvo a punto de añadir: «Y yo debería haberle hecho caso a la mía». De todos modos, no se molestó en decirlo; solo conseguiría incendiar aún más las cosas. Su estómago se revolvió; las discusiones con su mujer afectaban a sus órganos digestivos.

—Una vejez... ¡feliz! —dijo Razia chasqueando la lengua.

—¿Acaso no vamos a sacar buen provecho de esto...? Mira los números. Sonny dijo que en el plazo de tres meses...

—¡Sonny! ¡Ese nuevo amigóte tuyo! ¡Sonny esto y Sonny lo otro! ¿De verdad crees que se puede confiar en ese hombre?

Sonó el timbre. Minoo se puso en pie y abandonó la pequeña oficina sin ventanas y a su furiosa mujer. Avanzar por el vestíbulo del hotel era como avanzar por un escenario: allí se despojaba de su vida privada y se convertía en un profesional,

haciendo frente a exigencias hoteleras que no estaban emponzoñadas por la culpabilidad y el resentimiento. Cada vez más, a medida que pasaban los años, era consciente de aquello.

La señora Evelyn Greenslade estaba frente al mostrador.

—Siento mucho molestarle —dijo—. No quiero ser una molestia.

—Señora, a su servicio.

La señora Evelyn Greenslade había llegado solo dos días antes, pero Minoo ya le había cogido cariño. Una mujer pequeña, frágil..., el mostrador de recepción le llegaba al pecho, y tenía ese inconfundible aire de refinamiento que tanto admiraba en los británicos. Era una verdadera dama; una complexión de huesos finos, pelo blanco ondulado y pulcramente vestida, con una blusa beis y un collar de perlas.

—¿Se ha instalado usted cómodamente? —le preguntó Minoo.

—Oh, sí, aunque, claro, todo me resulta un poco raro. El calor, claro, y toda la gente... Quiero decir que hay tanta gente por todas partes y son tan pobres, tan terriblemente pobres, que es muy conmovedor. Yo soy de Sussex, ¿sabe?

—He oído que es un sitio muy agradable —dijo Minoo—. Algunos de nuestros clientes antiguos tenían casas en Sussex —y revolvió bajo el mostrador de recepción buscando una caja— Aquí tengo algunas cartas de agradecimiento, una es de un coronel y de la señora Penrose, de Pulborough, Sussex, a lo mejor los conoce usted.

—Hay un mendigo sin piernas —dijo Evelyn—. ¿Lo ha visto usted? Ahí mismo, ahí fuera, en el cruce. Alguien le ha hecho un pequeño carrito y ahí está todo el día, pidiendo a los coches cuando se paran en el cruce. Es muy joven, y no tiene piernas en absoluto. —Dejó escapar una leve risa—. Desde luego, eso me hace considerar la situación de mi cadera.

—Esto es la India, señora. Pronto se acostumbrará.

La señora Evelyn debió de ser una mujer deslumbrante en su juventud. De hecho, aún era guapa, de un modo tímido y humilde. Minoo, muy sensible a la belleza, se sintió caballeresco.

—Yo no estoy en disposición de solucionar la situación de los mendigos, pero si hay algún modo en el que pueda contribuir a hacer la estancia de una dama tan encantadora como usted más agradable, por favor, hágamelo saber sin ningún compromiso.

—Bueno, para ser sincera, lo hay.

Se produjo un silencio. En el salón se oía un murmullo de voces. La sesión de dominó chino matutina, organizada por la señora Rheinhart, estaba en su punto crítico. ¿No había suficientes bebidas frías en el aparador? Aquellos abuelos desde luego se bebían el Ganges... Fanta, Coca-Cola Thums-Up... Hasta hacía poco tiempo, claro, los clientes iban y venían. Ahora, sin embargo, se quedaban en el hotel todo el santo día y él debía acordarse de mantenerlo todo en orden con más

frecuencia. Habitualmente ese era el trabajo de Razia, comprobar que hubiera de todo, pero Razia estaba furibunda. En aquel momento estaba hablando por teléfono con su hermana. Podía oír su voz ofendida al otro lado de la pared.

—Es Norman, ya sabe, el señor Purse. —La señora Greenslade se aclaró la garganta.

—Ah.

—Es solo que... Verá, yo tengo un sueño muy ligero..., bueno, y es muy ruidoso. Dando portazos, y la radio y todo eso... —Su voz fue disminuyendo hasta el silencio—. Y luego, él y yo... tenemos que compartir un baño...

Se le encendieron las mejillas. Fuera, en la veranda, se oía el restregar de la escoba del limpiador.

—Tenemos una habitación vacía... —dijo Minoo—. Pero es un poco más pequeña. Su hijo, cuando nos telefoneó desde Nueva York, insistió en que le diéramos a usted una habitación con vistas al jardín.

—Eso no me importa —dijo.

Minoo descolgó la llave.

—A lo mejor le gustaría ver antes la habitación...

—Estoy segura de que será encantadora.

Minoo se cuadró ante la señora.

—Muy bien, señora Evelyn. Le diré al botones que traslade sus cosas.

La señora le dio las gracias y se fue, cruzando el vestíbulo con sus zapatos de color beis claro. No hacía ningún ruido en absoluto. Qué mujer tan modesta, era como si ya fuera un fantasma.

Un letargo de media mañana se había adueñado del hotel. En el exterior, el *mali* carraspeaba y escupía.^[5] Nirula era un tamil de mediana edad, e iba desnudo, salvo por el *dhoti* sucio que llevaba enrollado alrededor de la cintura. Había trabajado en Dunroamin desde que Minoo era un crío y no dejaría de trabajar hasta que se muriera allí mismo. Minoo lo adoraba. ¿Quién iba a ocuparse de aquel viejo jardinero si se vendía el hotel?

Más allá, a la sombra del flamboyán inflamado de flores rojas como llamas, Norman Purse estaba sentado con el bolígrafo amenazando al periódico. Todos los días se sentaba allí para hacer el crucigrama; eso lo mantenía quieto durante una hora o así. A veces daba alguna cabezada, pero incluso entonces mantenía firmemente agarrado su *Daily Telegraph*, por si a alguien se le ocurría llevárselo. Los periódicos ingleses, incluso de la semana anterior, eran un bien preciado.

Había habido varias quejas sobre el señor Purse, pero Minoo sentía una cierta solidaridad masculina con aquel caballero. Agotado por su propia mujer y en alguna medida envarado por la atmósfera predominantemente femenina, a Minoo le parecía que el *sahib* Norman era un hombre curioso, un gallo en el gallinero, con sus chistes

groseros y su dime-si-te-molesta mientras fumaba en las comidas. Además, siendo el padre de uno de los directores de la empresa, de algún modo estaba en una situación privilegiada de la que se aprovechaba hasta la saciedad. Su hija ya había regresado a Inglaterra, pero enviaba correos electrónicos con frecuencia para saber cómo iban las cosas y seguramente no reaccionaría de muy buenas maneras si supiera que había problemas. En su condición de gerente y propietario, era responsabilidad de Minoo conseguir que el hotel marchara sobre ruedas y, hasta el momento, no se habían producido grandes desastres.

Atribuía la buena marcha del negocio a la edad y la nacionalidad de su nueva clientela. Minoo tenía un profundo respeto por los británicos: no los jóvenes mochileros que solían frecuentar su hotel, sino los de una clase y generación diferentes, una estirpe que ahora estaba agonizando. Él solo tenía un año cuando se declaró la independencia de la India; más de medio siglo había transcurrido desde que los británicos habían dejado de gobernar su país, pero, para él, los ingleses de edad madura siempre conservarían una innata superioridad y un aire elegíaco pendía sobre su inminente extinción. ¡Qué honor, que fueran a pasar sus últimos años bajo su techo, en el país en el que sus ancestros habían entregado tanto..., incluso, a veces, sus vidas! Uno solo tenía que ver las lápidas de la iglesia de St Patrick.

«¡Menuda bobada! —La voz de Razia resonaba en su cabeza—. Estás hecho un viejo bobo que va de listo».

Minoo levantó la mirada. El señor y la señora Ainslie salían cruzando el vestíbulo. El señor Ainslie, ataviado con pantalones cortos, aferrado a una botella de agua. Con su cara bronceada y su buena mata de pelo blanco, parecía estar en plena forma.

—¡Nos vamos al palacio de Tipu! —exclamó.

—Les pediré un taxi, señor —dijo Minoo.

—¡No, no! —replicó el señor Ainslie—. Cogemos el caballo de san Fernando.

—Cariño —dijo su mujer—. Este señor no puede saber de qué estás hablando.

—¡Iremos andando! —gritó el señor Ainslie—. O cogemos un *rickshaw*. ¡No se preocupe por nosotros, nos las arreglaremos para averiguar en un periquete por dónde se va!

Cogidos de la mano, salieron a grandes zancadas del hotel. Minoo los observó mientras bajaban hasta la puerta principal. Se detuvieron para saludar al *mali*, y sus cabezas asintieron repetida y cordialmente cuando él les señaló las flores. Minoo sintió una oleada de pesimismo. ¡Qué felices parecían! Los Ainslie eran la única pareja casada entre todos los clientes, que eran sobre todo viudas o solteronas; después de cenar, la señora Ainslie le había dicho que llevaban casados cuarenta y ocho años. Su felicidad les había proporcionado la energía que tenían. A su lado, las viejas damas parecían medio muertas.

Minoo permaneció detrás del mostrador de recepción, absorto en ensoñaciones sobre lo-que-podría-haber-sido. Por un instante pudo ver el rostro de Bapsi delante de él. Bapsi era tal y como la recordaba un cuarto de siglo antes: sonriente, tranquila, petrificada para siempre en los veinte años. Qué diferente habría sido su vida si se hubiera casado con ella, como habían deseado sus padres..., una parsi recatada que habría sido un consuelo y un apoyo para él, que le habría dado hijos. El amor habría florecido entre ambos, de eso estaba seguro ahora..., un amor fundado en el respeto mutuo. Minoo era plenamente consciente de la ironía: aquel anhelo no era por un amor perdido, sino por una compañera adecuada, nada que ver con una historia de pasión. Pero ¿en qué momento se había dejado atrapar por la pasión?

Toda la culpa la tenían aquellos malditos zapatos. Minoo siempre había sido muy especial respecto a su apariencia personal. «Vanidad, vanidad, todo es vanidad...». Si no se hubiera comprado aquellos zapatos... —de la marca Bata, una preciosa piel marrón y brillante, de acabado antiguo, ajustados y solo, *solo*, media talla más pequeños—, si no se hubiera comprado aquellos zapatos, nunca le habrían salido callos, y nunca habría ido a la clínica de pedicura en Chundrigar Road, donde una atractiva enfermera lo había hechizado, descabalandando toda su vida y acarreando la humillación a su propia familia y a la inocente muchacha con la que se tenía que casar.

A través de la pared, la voz de Razia se elevaba y decrecía. A Minoo se le revolvió el estómago. Su mujer había abroncado al cocinero aquella mañana; a juzgar por la ausencia de olores que emanaban de la cocina, Fernández también estaba enfadado. Minoo tendría que ir a echar un vistazo.

Suspiró. ¡Qué bien educados eran los ingleses, comparados con su turbulenta mujer! Aquella tarde se esperaba la llegada de una nueva diente: una tal señora Muriel Donnelly, de Londres. Ella, sin duda, también tendría unos modales impecables. «Los modales hacen al hombre» era un proverbio que admiraba mucho. Y si no, ahí estaba esa señora Greenslade, una visión en beis, tan bien educada que apenas se podía decir que existiera. «No se preocupe por mí —decían los ingleses—, como si no estuviera».

Minoo abrió el libro de registro y borró el nombre de la señora Evelyn Greenslade. ¡Ya está! Fuera, así de simple. ¡Qué fugaz es nuestra estancia en el Hotel de la Vida! (Y qué cara de desprecio pondría su mujer si lo oyera decir aquello).

Escribió con el lápiz el nombre de la señora Donnelly donde estaba el de la señora Evelyn Greenslade; en la habitación número 15, junto al señor Purse.

—Cualquier cosa que necesite, yo soy su hombre —dijo Norman—. He viajado mucho por los trópicos, ¿sabe?... Africa, Malaisia...

—Hace un calor espantoso —dijo Muriel—. Y los grifos no funcionan.

—El suministro de agua es un pelín irregular..., pero ya se acostumbrará. En la India lo único que hay que hacer es dejarse llevar —y dejó escapar una risilla ahogada—. Por decirlo así.

Muriel Donnelly estaba sacando de la maleta una taza de la Coronación. Acababa de llegar aquella misma tarde y se estaba acomodando en la habitación de al lado, inesperadamente abandonada por Evelyn Greenslade. Los tazones venían envueltos en hojas de un periódico de días atrás, pero era el *South London Echo*, así que ni siquiera Norman se interesó en ellas. Era una mujer robusta. Plantada allí con las piernas separadas, se dedicaba a hurgar en su maleta.

—He de decir que es usted la última persona que me esperaba encontrar aquí —dijo Norman.

—¿Y eso por qué? —dijo mientras desenvolvía una fotografía de un gato y la ponía en la cómoda.

—Mi yerno era el médico. —Norman explicó la relación: el hospital, todo el lío, cuando ella salió en la tele.

Muriel asintió.

—Fue él quien me dio el folleto.

Norman la miró con los ojos como platos.

—¿Por qué demonios hizo eso?

Ella se volvió.

—¿Cree usted en el destino?

—Esta gente de aquí sí cree, los indios, digo.

—Ocurrió una cosa, ¿sabe? —Pero no dio más explicaciones.

—Venga a tomar un whisky a mi habitación —dijo Norman—. ¿Qué, le apetece tomar un traguillo?

Muriel negó con la cabeza. Norman se sintió rechazado. La mayoría de las viejecitas que había por allí estaban comiendo en su mano. Desesperadas por un hombre, naturalmente..., un machote saludable, coloradote como él. La verdad es que allí no había mucha competencia. Solo había un par de tíos más por allí: Doug Ainslie, bastante sano y vigoroso, pero fuera del mercado, porque estaba casado, y Graham Turner, un solterón decrepito que estaba para el arrastre, aunque hubiera estado dispuesto en principio. El personal estaba compuesto por hombres, pero estos parecían incluso más ancianos que los propios clientes, si es que semejante cosa era posible. En general, los indios eran una raza agraciada, pero un tanto amariconada; solo había que verlo por la calle, cogiditos de la mano como mariquitas. No, Norman se lo estaba pasando en grande, con tantas abejas rondando el tarro de miel.

Se preguntó cómo aquella Muriel iba a acostumbrarse. ¿Cómo podría soportar aquel lugar? Era barato, cierto, en comparación con Inglaterra, pero ella era de una clase diferente. Sería una conmoción cultural, y en más de un sentido.

—Hay un montón de gente maja aquí, en general —dijo Norman—. Nadie completamente majara. Se sentirá como en casa en nada. El rancho es bueno también. Ya verá cuando pruebe la tarta de miel de Fernández. Igualita que en los viejos tiempos. Y un montón de tejemanejes: cartas, revistas, excursiones... —Se fijó en el pelo de la mujer. A la vieja gallina le empezaba a clarear la coronilla—. Y una peluquera que viene de vez en cuando, una muchacha encantadora.

—Siempre me las he arreglado sola —dijo.

—Y todos nosotros también, querida. Pero ahí está lo interesante de ponernos en manos de extranjeros, y este sitio no tiene comparación con ninguno de los vertederos en los que he estado. Perdidos por ahí, en medio de ninguna parte, mirando a un puto sembrado. Ya verá mañana. La calle de ahí afuera está absolutamente abarrotada de gente. Ni un momento de aburrimiento.

Era verdad, desde luego. En esos países pobres la gente vive su vida a la vista de todo el mundo. No hay privacidad en absoluto. Algunos de ellos no tenían casas a las que ir y dormían sobre el cemento de los pasadizos del bloque de oficinas que había enfrente.

Más tarde, Norman encendió un cigarro, y bajó hasta la puerta. Eran las diez de la noche, pero los tenderetes dispuestos en hilera junto al cruce todavía estaban llenos de gente. El humo se elevaba desde el brasero en el que un hombre estaba tostando nueces. Unas lamparillas de alcohol iluminaban el puesto de cigarrillos, un tenderete de bebidas frías y un sitio donde se vendían cacharros de plástico, el tipo de cosas que Norman jamás imaginaría que nadie pudiera comprar. Aquel pequeño bazar era tan familiar para él ya que le parecía que llevaba años allí. Detrás de los tenderetes había un ruinoso bloque de oficinas, de cemento, de tres plantas. Se llamaba, un tanto pomposamente, Karishma Plaza. Al nivel de la calle era una sucesión de tiendas del tamaño de celdas. La mayoría de ellas todavía estaban abiertas: Alquiler de Vídeos Khan, Regalos Gulshan; una sastrería —siempre había un viejo allí, en una franja de luz, inclinado sobre una máquina de coser. Parecía que se pasaba allí día y noche—. Cuando los coches ralentizaban su marcha en el cruce, los mendigos los rodeaban, golpeando las ventanillas.

Norman miró a lo lejos el destartado bazarillo. Estaba acostumbrado a ese tipo de lugares porque los había visto durante sus viajes por los trópicos: el indigente arrastrándose por una limosna en medio del tráfico, las chabolas arracimándose en torno a los hoteles de cinco estrellas. Eso conseguía que un tío diera gracias a Dios por su buena suerte. Además, al ser inglés, se le trataba con una deferencia que hacía ya mucho tiempo que había desaparecido en su propio país. Allí, en la India, Norman aún era alguien y eso era fenomenal para el ego de un tío. Las experiencias más alucinógenas de su vida habían tenido lugar en el extranjero, en lugares que olían a estiércol y a colonia barata. Era el olor de la aventura.

Norman le deseó las buenas noches al portero, al *chowkidar*, que, encaramado en su taburete, vigilaba la entrada. Una perra callejera esperaba apáticamente, con las tetas hinchadas por la leche. «Las mujeres de Bangalore son las más voluptuosas de la India». Allí no, desde luego. Donde él se encontraba, eran o mendigas, con un crío en el regazo, o limpiadoras. Bastante monas, desde luego, pero los rollos sexuales definitivamente ni se planteaban. Tal vez los cuerpos envueltos en harapos que yacían tendidos en la acera fueran mujeres, pero lógicamente él no iba a despertarlas y preguntarles si querían tomar un trago de Johnnie Walker. Estaban allí tiradas, tan quietas como si estuvieran muertas.

Fue más arriba, en Brigade Road, donde están los grandes hoteles y las galerías comerciales, donde vio mujeres con algunas carnes por encima de los huesos: miradas deslumbrantes y tentadoras regateando en las joyerías o tomando a sorbitos café con *latte* en las cafeterías. Las veía durante sus paseos hasta el hotel Oberoi, cuando iba a comprar el *Daily Telegraph* del día anterior. Aquellos saris que llevaban revelaban, a la altura de sus ombligos, seductoras ondulaciones cárnicas. A veces humedecidas por el sudor. Norman se imaginaba agarrando el dobladillo y haciendo girar a las mujeres como peonzas hasta que se quedaban completamente desnudas. Imaginaba oscuros pezones, dulces como pasas de Corinto, y nalgas de kamasutra alrededor de su cuello. Imaginaba tentadores y enormes pechos que olían a gardenias. Norman cerraba los ojos y se imaginaba coñitos que sabían a mango con langostinos, el sorprendentemente lujoso aperitivo que le habían puesto la noche anterior para cenar. Su conocimiento carnal de las mujeres indias era limitado —para ser sinceros, inexistente—, pero él sabía que estaban instruidas en ardidess sexuales desde temprana edad y las palabras del médico de la próstata lo habían excitado mucho. ¿Sería posible que allí, en la India, pudiera elevar su decadente libido?

En todo caso, había algunos problemillas. Para las más jóvenes, la generación de culo embutido en vaqueros, él era invisible. En años recientes se había ido acostumbrando a eso, desde luego, era uno de los fallos de irse haciendo viejos. Las mujeres de apariencia más madura, sin embargo, presentaban otra dificultad, porque nunca estaban solas. En la India, como en Africa, no existía nada parecido a la soledad. Esto convertía la tarea del donjuán en todo un reto; como un león, uno tenía que elegir la presa y separarla de la manada. Hasta el momento no había podido conseguir este objetivo.

Norman apagó su cigarrillo en un macetero. A su espalda, el aviario estaba en silencio; los periquitos se habían ido a dormir. Igual que los viejecitos en sus habitaciones. El también se sentía cansado. Le dolía la espalda; las venas varicosas le palpitaban. Sabía que se estaba haciendo demasiado viejo para aquel tipo de peripecias, pero uno tenía que demostrar voluntad. Haría algunas indagaciones discretas. Sonny era el tipo adecuado; sin duda estaba al corriente de los puntos

calientes de su ciudad natal. O podía tener una conversación de hombre a hombre con Minoo Cowasjee, que regentaba el hotel. Con una mujer como la que tenía — ¡menuda bruja!— se tendría que ver obligado a encontrar solaz en otros brazos.

¡Ah, los placeres del follar! Después de todo, ese era el único modo en que un tío podía decir que todavía estaba vivo.

Los residentes estaban desayunando.

—Escuchen esto, chicas. —Madge Reinhart se ajustó las gafas y leyó en voz alta el *Daily Mail*—: «En un intento por controlar la proliferación de drogas en Londres, la policía armada está siendo enviada a patrullar los patios de los colegios».

—Lo leí ayer —dijo alguien.

—Es que es el periódico de ayer.

—En realidad ya tiene tres días —dijo otra mujer, cuyo nombre Evelyn no recordaba.

—¿No se alegran de estar bien lejos de todo eso?

—¡Demonios, mermelada Cooper!

El criado la puso en la mesa: un tarro de Cooper's Coarse Cut Marmalade, acompañado de su platillo y su cucharilla de té. Se hizo un silencio.

—¿Dónde la compró usted, querido?

—En una tienda en Lady Curzon Street; tenían Marmite también. Cuestan un riñón y parte del otro.

—Vaya, nuestra pensión da para mucho aquí.

—¿Qué decía usted de las escuelas?

—¡Oh, preste atención, Stella!

Madge Reinhart puso los ojos en blanco. Era una mujer mandona y de buen talante. Su marido, al parecer, había sido el propietario de la mitad de Kensington. Aquel día llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta que ponía «STARLIGHT EXPRESS». Las gafas le colgaban alrededor del cuello con una cadena *diamanté*. Evelyn lamentó no haber pensado en ese detalle; sus propias gafas colgaban de una especie de cordón de zapatos. Evelyn no era vanidosa —las uñas eran su única debilidad—, pero admiraba la elegancia y el glamur en los demás.

Jean Ainslie se inclinó desde la mesa de al lado.

—Doug y yo hemos estado leyendo los periódicos indios, ¿verdad, querido?

—Aburridísimos, sin gracia ninguna —dijo Douglas—. Llenos de ofertas de cemento.

Evelyn sonrió. Le caía bien Douglas porque había sido amable con ella en el avión.

—Y además, no traen crucigramas —concluyó.

Lo de los crucigramas había sido motivo de algún problemilla. Norman Purse era la única persona que se las arreglaba para comprar el *Daily Telegraph* regularmente. Eso era porque sabía dónde ir —una fuente que mantenía en secreto— y salía rápidamente después de desayunar. Evelyn lo había visto bajar a grandes zancadas por Brigade Road, apartando a los mendigos con su bastón. No solo acaparaba los periódicos durante todo el día —a veces incluso conseguía comprar *The Times* también—, sino que siempre hacía los crucigramas, garabateándolos triunfalmente con bolígrafo para que nadie pudiera borrarlos. Peor aún, a menudo no los completaba; esto lo hacía doblemente enojoso, especialmente cuando las definiciones en las que se había equivocado eran fáciles. Incluso Evelyn podría haber resuelto algunas: «Antigua ciudad inglesa famosa por sus ostras (10)».^[6]

En ese momento estaba fuera, comprando el periódico. Estaba sirviendo el desayuno Jimmy, el criado, un hombre de edad proveya con turbante y una chaqueta blanca llena de lamparones. Era muy lento y solo traía una cosa cada vez. Evelyn lo observó mientras cruzaba la estancia llevando un bote de ketchup en una bandeja; lo llevaba con cuidado, como si pudiera explotar. De todas formas, ellos no tenían prisa. Había cereales, y tortilla o huevos duros. Evelyn había probado en una ocasión las salchichas, pero no era una experiencia que estuviera muy dispuesta a repetir. El comedor era sombrío, porque los edificios indios se construyen para protegerse del sol, y algunos espíritus rebeldes se tomaron el té fuera, en la veranda.

Quince residentes ya estaban instalados, y se esperaba a algunos más en las próximas semanas. Evelyn no podía recordar todos sus nombres y tenía tendencia a pegarse a aquellos con los que había hecho cierta amistad en los primeros días: los Ainslie, Madge Rheinhardt, a quien todo el mundo conocía porque era la que organizaba cosas, y Stella Englefield, que había enterrado a dos maridos y estaba un poco sorda. ¿Quién se iba a sentar con quién en las comidas? Las amistades ya se habían forjado; los territorios se habían delimitado. Aquello le recordó a Evelyn los días del internado, un período de su vida que recordaba con dolorosa nitidez. Los esfuerzos de Madge para colocar en diferentes sitios a la gente a la hora de cenar se habían topado con la firme resistencia de aquellos que habían encontrado compañeros con los que congeniaban y estaban decididos a quedarse con ellos.

Aquella mañana Evelyn había sentido un poco de lástima por Muriel Donnelly, la última en llegar, y se había sentado con ella a una mesa para dos, junto a los lavabos.

—Intentan preparar un desayuno al estilo inglés —dijo Evelyn—. Pero no es lo mismo, claro.

—La leche es rara —dijo Muriel Donnelly.

—Está hervida. Creo que es de búfala. Los Ainslie son muy aventureros... Mire, están comiendo pequeños hojaldrillos rellenos de curry. Allá donde fueres y todo eso.

—Yo voy a España en vacaciones —dijo Muriel—. Mi hijo tiene allí una villa.

—Qué bien —contestó Evelyn.

—No hace tanto calor como aquí.

—Es por la humedad, ¿sabe? —A Evelyn le encantó parecer una experta—. Antes del monzón, al parecer, es una cosa insoportable. Ahora empieza a hacer mejor y hará un tiempo muy agradable todo el invierno.

El ventilador del techo crujió. En la mesa de al lado, Madge sujetó una carta del correo aéreo con la tetera.

—Al parecer, hay planes para abrir otro hotel de jubilados en Ooty —dijo Evelyn—. Está arriba, en las montañas, donde hace más fresco. Los británicos solían trasladarse allí en los meses de verano. Al parecer es igual que East Grinstead.

Dunroamin lo era, también. Atrapados en el recinto, los residentes vivían en un mundo que les podría resultar, en muchos sentidos, más familiar que la Inglaterra que habían dejado atrás. Era una Inglaterra de los libros de bolsillo de Catherine Cookson y de agujas de tejer, de tranchetes Kraft y un cierto ambiente que podía recordarles involuntariamente a su país de origen. Ahora que se había acabado el verano, el *mali* estaba plantando las flores de temporada inglesas —maravillas y margaritas cosmeas—, ampliamente espaciadas en surcos de tierra húmeda. Evelyn sentía la tentación de meterle mano a los parterres de flores; los jardineros de allí no sabían nada sobre colores y texturas.

Extramuros, la India clamaba al cielo. Muchísima gente, necesitada y desesperada. Evelyn solo se había aventurado fuera unas pocas veces; la experiencia le resultaba desconcertante y abrumadora. En el momento en que traspasaba la puerta, los mendigos se desperezaban y se arrastraban a sus pies. Perros esqueléticos olisqueaban en los montones de basura. Incluso las vacas sagradas, vagando entre los coches, estaban cruelmente delgadas. Y luego estaba el joven sin piernas, sentado en su carrito en medio de los humos de los tubos de escape.

—Podemos ir a dar un paseo luego, si le apetece... —dijo Evelyn—. Aquí es todo muy diferente, debo decir. Me refiero a que en Inglaterra la gente tiene mucho de todo, y sin embargo cada vez son más brutos, ¿no le parece? Aquí no tienen nada en absoluto, y sin embargo son muy educados. «¿Cómo está usted?», preguntan. «¿De dónde es usted?». Oh, pueden ser un fastidio, pero muy amablemente.

Muriel parecía no estar escuchando. Probablemente estaba sufriendo los efectos del *jet lag*; después de todo, para ella debía de ser como si estuviera a mitad de la noche. Alguien había mencionado que la habían tenido abandonada en una camilla de hospital durante dos días. Ah, bueno, pensó Evelyn, al menos ella tiene piernas. Estaba descubriendo que la India conseguía que uno diera gracias a Dios por pequeños privilegios.

—Me he encontrado con algunos estudiantes encantadores... —dijo Evelyn—. Calcetines blancos, muy limpios y arregladitos, y me llamaban ‘abuelita’.

Muriel empujó el plato. Su cara tenía el color de la cera.

—¿Se encuentra usted bien, querida? —preguntó Evelyn.

—Me duele el estómago.

—Pobrecilla. —Jean Ainslie se volvió desde su mesa— Probablemente será el mal que llaman *Delhi belly*. Todos lo hemos tenido.

Evelyn retiró su silla hacia atrás y se levantó.

—Vamos, la acompañaré a ver a la enfermera —e intentó coger a Muriel por el brazo.

—Puedo sola.

Muriel era una viejecita cabezota. Una *cockney*, una londinense de pura cepa, desde luego. Eran una gente muy independiente.

—Cuando yo misma fui a ver a la enfermera por mis problemas de estómago —dijo Jean Ainslie—, se empeñó en mirarme los pies.

Evelyn dejó a Muriel con la enfermera —también conocida como señora Cowasjee, la mujer del gerente— y se fue al jardín. Ya hacía calor. El *mali*, sujetando una manguera con goteras, se encorvaba sobre los macizos de flores. Alrededor de la cintura llevaba prendido un *dhoti* a cuadros. Ella había tenido antaño un vestido de verano hecho con la misma tela —D. H. Evans, si no recordaba mal—. En el árbol, una especie de grajo graznó. En la puerta había un hombre.

—*Memsahib!* —gritó con voz ronca y a hurtadillas.

Su bicicleta iba cargada de fardos.

—*Memsahib!* ¿Querer camisetas? ¿Calzatanes? ¡Precio bueno, señora!

Evelyn levantó tímidamente la mano en un gesto que era tanto un saludo como un rechazo. A lo mejor debería comprarse una camiseta para parecerse a Madge; sin embargo, ya se sentía agotada y sin energías, y eran solo las diez de la mañana. El calor la dejaba exhausta. La miseria del exterior, la enormidad de dicha miseria, la abrumaba. En un momento de rebeldía, asombrosa por su audacia, había decidido embarcarse en una nueva vida. ¿Era una señal de desesperación, un reconocimiento de lo poco que se la necesitaba? Ladrillo a ladrillo había ido levantando una familia. Como los muros del jardín, esos ladrillos la habían protegido de los terrores del mundo exterior. Uno a uno, sin embargo, los ladrillos se habían ido cayendo, y ella se había quedado sola en un país extraño.

Por encima de su cabeza, en un árbol sin nombre, los grajos saltaban de rama en rama. Si al menos pudiera creerse lo que le había dicho Beverley, que aquellos pájaros habían sido personas una vez, que esto no era el final... En lo más profundo del corazón, nunca había creído lo que decía el cristianismo, de eso se había dado cuenta en los últimos años. Nadie que se hiciera llamar Dios podía dejar que ocurriera lo que ocurre. Tal vez por eso los indios, a quienes las tragedias acosaban en un grado

inconmensurable, tenían el buen juicio de no hacer responsable a nadie. Para vidas tan desesperadas, tan lamentablemente cortas, debía de haber algún consuelo en saber que sus existencias solo eran un viaje a través del reino animal. No era de extrañar que parecieran tan resignados..., incluso tranquilos. Tal vez el mendigo mutilado, a quien ella le había dado tímidamente una rupia el día anterior, creía que la próxima vez regresaría como un grajo, y a lo mejor confiaba en poder saltar por el césped con unas patas fuertes y ligeras.

Evelyn se detuvo en el camino, meditando aquello. Debería haber hecho caso a su hija, que no dejaba de dar la monserga hablando de su gurú. El problema fue que Theresa era demasiado proclive a la charla y Evelyn se le había quedado dormida. También tenía la desagradable sensación de que Theresa estaba buscando algún alimento emocional que se le había negado en el hogar materno. La propia Evelyn nunca había hablado realmente con un hindú. Hasta muy recientemente, los únicos que había conocido estaban detrás de un mostrador en la oficina de correos o picándole el billete en el tren a Londres. Estaban en una posición de servidumbre. Antaño, los británicos habían gobernado la India. El Imperio británico de la India, *the Raj*, en todo caso, como la mayor parte de sus certezas, hacía mucho tiempo que se había desmoronado. Ahora la minoría étnica era ella. En aquella interminable ciudad había millones de indios y ella no tenía ni la más ligera idea de lo que había en sus cabezas. A lo mejor tenían una vida espiritual que daba sentido al sinsentido; a lo mejor ese era el único modo en que podían sobrevivir. Todo resultaba de lo más confuso.

La risa de Hugh estalló en su cabeza. «¡Animo, nena!». ¡Cómo envidiaba a los Ainslie, caminando de la mano con la intención de ir a explorar lo desconocido! Evelyn tenía que emprender su propio viaje, sin ninguna compañía, excepto aquellos compañeros, prácticamente desconocidos, que se sentaban en la veranda a leer novelas baratas con gafas de miope. Algunos de ellos ya estaban cabeceando. Las enredaderas subían reptando por las columnas de madera del hotel y cubrían las tejas de la techumbre. Era como una escena de *La bella durmiente*. El viejo edificio se estaba desmoronando: pronto la naturaleza lo engulliría y pocos años después solo habría allí un montón de escombros. No, incluso eso desaparecería enseguida; nada permanece igual durante mucho tiempo. Sería como si ella y sus compañeros residentes nunca hubieran existido en absoluto.

Norman también estaba dormido. Había regresado ya de su misión; el periódico reposaba en su regazo. Evelyn cruzó el césped. Fuera, en la calle, los coches daban bocinazos. Desde las dependencias de los criados llegaba el sonido de una radio: gorgoritos de canciones indias, sorprendentemente altos.

Evelyn se acercó a Norman. Una mosca, atraída por una mancha de ketchup en su chaqueta, zumbaba alrededor de su pecho. Su corbata, espolvoreada de ceniza, estaba

torcida.

Evelyn se acercó más. Las manos purpúreas de Norman yacían sobre el *Daily Telegraph*. Estaba abierto por las necrológicas. Parecía como si hubiera subrayado algunas palabras. Evelyn se puso las gafas. «Pacíficamente —leyó—, tras una larga enfermedad».

Evelyn miró a su alrededor; nadie estaba mirando. Con mucho cuidado, consiguió sacar el periódico bajo el peso de las manos de Norman. Él se revolvió, se oyó la vibración de una flema en su garganta. Esperó.

Norman echó la cabeza hacia atrás y comenzó a roncar: unos ronquidos tan fuertes que conseguían que todo su cuerpo se estremeciera. Conocía bien ese sonido tras haber pasado algunas noches en la habitación de al lado. Tenía la boca abierta, revelando las encías de plástico de su dentadura postiza.

El corazón de Evelyn comenzó a latir más rápido; aquello era lo más ilegal que había hecho desde hacía siglos. Apoderándose del periódico, huyó corriendo. Pero hasta que llegó al vestíbulo no se permitió el lujo de estallar en risillas.

No era lo que había esperado, la sala de la enfermería. Muriel había imaginado una especie de clínica oliendo a desinfectante Dettol. Los hospitales, por razones obvias, la aterrorizaban.

Pero no era así, en absoluto. La señora Cowasjee vivía con su marido en la casa aneja, un gran edificio de ladrillo en un lateral del hotel. Hizo pasar a Muriel a una salita donde olía como a iglesia. Una barrita de incienso ardía en un pebetero de metal. La estantería estaba llena de adornos —animalitos de porcelana, flores de plástico— y había un folleto sobre la mesa: *Predicción de horóscopos: solo Dios sabe*. Una fuente tintineaba en una pila con forma de venera, coronada con un angelote. Curiosamente, aquello le recordó a Muriel su propia sala de estar en Inglaterra. Había incluso un altarcillo, como el que su marido le hizo a la Virgen María. Este, iluminado por bombillas de colorines, estaba dedicado a un hombrecillo gordo con cabeza de elefante. Una vela parpadeaba delante de él.

—¿Qué es eso? —preguntó Muriel.

—Es Ganesh, el dios de la prosperidad y el éxito —dijo la señora Cowasjee.

—¿Y por qué tiene cabeza de elefante?

La mujer se encogió de hombros.

—Es el hijo de Shiva y Parvati.

Eso parecía explicarlo todo.

—¿Le reza usted?

La señora Cowasjee asintió. Muriel intentó ahogar una risilla. Imagínate, ¡adorar a un elefante...!

La señora Cowasjee era una mujer bien parecida, de mediana edad, ataviada con

un sari malva. No tenía uniforme de enfermera, ni nada de eso. Muriel había pensado que todos los indios eran del mismo color, pero la piel de la señora Cowasjee era más pálida que la de su marido, como de café con leche. Llevaba una mancha de color carmesí en el comienzo del pelo. Aquello le recordó a Muriel sus propias heridas y la cadena de acontecimientos que la había obligado a cruzar medio mundo hasta aquel exótico saloncito.

—Me duele el estómago —dijo—. Y diarrea.

—Siéntese, querida, y quítese los zapatos.

Muriel, levemente sorprendida, se sentó en un sillón. Se quitó los zapatos y los calcetines.

La señora Cowasjee se sentó enfrente. Se quedó mirando los pies de Muriel. Hubo un silencio.

—*Hai Raba!* —dijo—. Sus pies se encuentran en un estado lamentable.

Muriel asintió.

—Son los juanetes.

La señora Cowasjee arrastró su silla un poco más cerca. Levantó el pie derecho de Muriel y lo dejó descansar en su regazo.

—¿Ve estos huesos de aquí, y de aquí? Están totalmente deformados. Y los callos de aquí, donde le rozan los zapatos. De verdad, señora Donnally, debería cuidarse usted un poco más. ¿No ha visitado nunca a un podólogo?

Muriel negó con la cabeza.

—Si cuida usted de sus pies —dijo la señora Cowasjee—, ellos cuidarán de usted.

—Era limpiadora —dijo Muriel—. Todo el día de pie. Ahí fue cuando me salieron las varices. Mi marido tenía unos pies preciosos. Y su hermano Lenny también. Es porque eran muy pobres, ¿sabe?, no tenían zapatos cuando eran pequeños.

—Los indios tienen unos pies bonitos por la misma razón —dijo la señora Cowasjee.

Los suyos asomaban por debajo del dobladillo: finos y morenos, en chanclas con lentejuelas. A su lado, los pies de Muriel parecían hinchados y llenos de manchas..., incluso deformes. Muriel nunca se había comparado con un indio.

—Soy de una familia pobre —dijo la señora Cowasjee—. Cuando conocí a mi marido, fue un flechazo —suspiró. En la esquina, la fuentecilla tintineaba—. Mi familia es hinduista, y de una casta no muy alta. La ley prohíbe el sistema de castas, pero, en fin, sigue siendo igual que siempre.

—Lo mismo que en el lugar de donde procedo —dijo Muriel, con un gesto de lamento—. Lo mismo en este hotel. Estoy como un pulpo en un garaje.

—Su familia, la de mi marido, es muy rica. Son parsis. Son como sus judíos, siempre prosperan. —La señora Cowasjee suspiró otra vez. En la esquina había una

lámpara de lava; su burbuja naranja se elevó hacia arriba—. Yo tenía previsto disfrutar de una vejez tranquila, pero nada de eso.

—Lo mismo me ha pasado a mí —dijo Muriel. Había tenido que organizárselo todo ella sola, con la ayuda de su vecina Winnie. Billetes, maletas, el alquiler de su piso a la sobrina de Winnie, que había prometido marcharse si Muriel decidía volver a Peckham. Ni rastro de su hijo, el faro de su vida, su Keith. Pero lo había hecho. Después de todo, ella tenía su propia necesidad urgente para venir al hotel.

El pie de Muriel, como un pedazo de carne poco hecha, todavía descansaba en el regazo de la señora Cowasjee. Parecía como si perteneciera a otra persona. Ambas lo observaron.

—Ah, ya lo creo, fue una boda por amor... —dijo la señora Cowasjee—. Entonces.

En la lámpara, la burbuja descendió lentamente. El solo hecho de mirarla conseguía que a Muriel se le revolviera el estómago.

—Verá, es que mi marido es un calzonazos —dijo la señora Cowasjee.

—Como el mío. La gente se aprovechaba de él. Luego perdió su trabajo y se pasaba todo el día sentado viendo la tele. —Muriel se detuvo. No debería decirle todo aquello a una desconocida—. Respecto a mi barriga...

—En este país, el principal problema son los templos ardientes...

¿Templos ardientes?

—¿Qué? ¿Se refiere a las hogueras? —Muriel sabía que las viudas se arrojaban a las piras funerarias de sus maridos. Lo había visto en la tele. Siempre le pareció una idea estúpida.

—No, no, querida, estoy hablando de los pies... —explicó la señora Cowasjee—. En los templos hay que quitarse el calzado, en señal de respeto, y el suelo puede estar muy caliente. Y se quema la piel.

Muriel observó la estantería de los cacharrillos. Entre ellos descubrió un tazón de Carlos y Diana. Era el mismo que tenía ella, con la fotografía de la boda estampada. «En mi país cualquier cosa puede ser sagrada». El príncipe Carlos..., un elefante... Muriel pensó en su gato, enterrado en el jardín de su hijo, en Chigwell. A lo mejor podría poner una velita delante de la fotografía de *Lenny*, como había hecho la señora Cowasjee con el elefante. Por un momento, Muriel se sintió en casa. En aquel momento justo, era aquella mujer del desayuno, Evelyn, con su vocecilla de pija, la que le parecía una extranjera.

—¿Raspamos los callos ahora? —preguntó la señora Cowasjee.

—¿Y mi estómago?

La señora Cowasjee depositó el pie de Muriel en el suelo.

—Beba un montón de té solo —le dijo abruptamente—. Con cardamomo y jengibre. Se lo diré al cocinero.

—¿Y ya está?

—Si continúa mal, llamaré al doctor Rama.

La señora Cowasjee había perdido el interés. Al parecer era una mujer de temperamento voluble; durante el desayuno, Muriel la había oído gritar a su marido.

Muriel se puso de prisa los calcetines, deslizándolos con cuidado sobre la herida de su piel apenas curada. La señora Cowasjee pareció no haberse dado cuenta. Una enfermera muy rara, pensó Muriel. ¿Y cómo iba a poder hacer bien su trabajo cuando estaba envuelta en gasa?

Muriel se puso los zapatos. Eran unos zapatos de tacón beis, de imitación de piel, y le hacían sudar los pies. También eran muy estrechos; sus juanetes palpitaban.

Desde su nicho, el dios elefante observaba sus movimientos. Tenía una barriga gorda y una expresión asombrada, como si alguien le hubiera pellizcado el culo. Tal vez debería pedirle a él que me arreglara la barriga, pensó Muriel. Notó que le estaba viniendo la risa, como le viene a uno un eructo.

La señora Cowasjee siguió su mirada.

—Rezamos a Ganesh antes de llevar a cabo una empresa importante. Necesitamos sus bendiciones, ¿sabe?, para que aparte todos los obstáculos de nuestro camino.

—¿De verdad se creen todo eso?

—Bueno, si pasa, pues pasa —dijo encogiéndose de hombros—. Es nuestro karma.

«Bueno, si así te quedas más tranquila, mejor para ti», pensó Muriel. Se puso de pie, apoyándose en el brazo del asiento. Y echando una última mirada al elefante, pensó: «Yo sé por qué rezaría. Rezaría para encontrar a mi hijo».

Evelyn estaba en el vestíbulo del hotel, aferrada al *Daily Telegraph*. Estaba esperando que sus latidos recobraran el ritmo normal. No había nadie por allí; ningún ruido, excepto la escoba del limpiador y el tictac del carillón. Iba una hora atrasado, pero nadie parecía haberse dado cuenta. Realmente no tenía ninguna importancia, supuso Evelyn. En el aeropuerto de Delhi los Ainslie le habían señalado a un hombre que vivía agachado detrás de un reloj, y que se encargaba de mover las manecillas. La gente se buscaba la vida como podía. A la hora de cenar, Madge, la más *visque*, dijo que a los eunucos se les pagaba por levantarse los saris y mostrar sus partes pudendas. Incluso aquello, tan asquerosísimo como indudablemente era, parecía conmovedor por la desesperación que implicaba. Al menos ellos no eran unos vagos viviendo del cuento, como estarían haciendo sus correspondientes británicos, según decía el *Daily Mail* que Evelyn solía pedirle prestado a su limpiadora.

Las diez y media. Inglaterra aún estaría durmiendo. Solo los carteros se estarían desperezando, y la gente que se hubiera levantado para coger un avión. La gente se

movía por el mundo como si fuera a la tienda de la esquina. Los propios nietos de Evelyn, que vivían en Nueva York, conocían mejor Bali que los caminos de Sussex. ¡Qué diferente era todo cuando ella era joven, con aquellos viajes una vez al año a Marshall y Snelgrove! El presente en technicolor había descolorido aquellos pequeños lujos, dejándolos en blanco y negro. Evelyn pensó en el aeropuerto de Gatwick. En algún lugar bajo sus pistas de alquitrán yacía su propia infancia.

—Señora, ¿le apetece un poco de café?

Evelyn se sobresaltó. Jimmy estaba allí, tan serio, con su turbante.

—No, gracias, Jimmy... —Nadie podía pronunciar su nombre verdadero—. Estoy buscando una fotocopidora. ¿Tiene una el señor Cowasjee en su oficina?

Jimmy sacudió su cabeza. «Si usted quiere que la tenga, la tendrá». Estaba intentando ser de alguna ayuda. A Evelyn le encantaba el viejo criado. Parecía que siempre estaba de guardia, que existía únicamente para los clientes, y de un modo que sería inconcebible en Inglaterra. Se anticipaba a todas sus necesidades, trayendo madejas de lana o un cojín casi antes de que ellos pensarán en ello. Su avanzada edad conseguía que Evelyn se sintiera como un pollito recién salido del cascarón. En Inglaterra, sin duda, habría estado desde hacía mucho fuera de juego. En la India, sin embargo, la gente parecía seguir trabajando hasta que se moría.

Jimmy cruzó el vestíbulo hacia el salón. Con algún esfuerzo, calzó la puerta abierta. En esos climas, la carpintería se comía. Es por la humedad. En la cómoda de su habitación, la propia ropa interior de Evelyn se había puesto medio mohosa.

Pasó por detrás del mostrador, llamó con los nudillos a la puerta de la oficina y entró. El señor Cowasjee estaba al teléfono, farfullando en su propia lengua. ¿Hindi? ¿Otro idioma tal vez? Aunque solo fue un instante, el propietario del hotel, con su traje de color caqui oscuro, le pareció impenetrablemente extranjero. Era un hombre rollizo, de mediana edad; pulcro en el vestir. Llevaba el pelo para atrás, repeinado con brillantina; Evelyn podía olerla desde donde se encontraba.

El hombre volvió a colgar el auricular y se puso de pie de un brinco.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —preguntó.

—Siento mucho molestarle. Me preguntaba si podría fotocopiar el crucigrama. — Y quiso añadir: «Es el único modo que tengo de sentirme útil. Este país me hace sentir tan inútil...». El señor Cowasjee no lo entendería. A pesar de su afabilidad, seguía siendo indio.

El hombre dio una palmada.

—¡Una idea espléndida!

Evelyn se relajó.

—Norman..., el señor Purse..., de verdad monopoliza el periódico.

—¿Cuántas copias necesitaría?

Evelyn hizo un cálculo rápido.

—Quince, digamos. Se lo pagaré, claro.

—Ni hablar de eso, señora.

El señor Cowasjee levantó la pestaña de la máquina y colocó el *Daily Telegraph*, que Evelyn había doblado por la página adecuada. Mientras el hombre lo hacía, ella se acordó de Muriel.

—La señora Donnelly se encontraba fatal. Espero que ya esté bien. La llevé a que la viera su mujer.

—Es usted una mujer muy amable y considerada, señora Greenslade. Se ganará usted su lugar en el cielo.

—Pero ustedes no creen en eso, ¿no? —Evelyn se detuvo. Aquello sonó un poco insolente—. Yo creía que..., bueno..., que ustedes creen que nunca mueren, sino que se transforman en otra cosa... —No añadió «un pájaro carpintero o algo así».

—Esas son las creencias hinduistas, señora. Las almas migran a una sucesión de cuerpos.

—¿Incluso animales?

El señor Cowasjee asintió.

—El ciclo de muertes y renacimientos solo se rompe mediante buenas acciones, y así se alcanza el nirvana.

—Santo Dios.

—De todos modos, yo soy parsi. Nosotros seguimos las enseñanzas de Zaratustra. Como ustedes, nosotros creemos en el día del Juicio. Y del mismo modo, como ustedes, encontraremos el gozo en el cielo o sufriremos los tormentos del infierno.

—Para ser completamente sincera —dijo Evelyn—, yo ya no estoy segura de lo que creo.

El señor Cowasjee no contestó. La máquina hizo un ruido y expulsó una hoja de papel.

—Demasiado claro. —El hombre la cogió y se la entregó.

—Mi vista es bastante mala. —Evelyn se buscó las gafas, que llevaba prendidas en la blusa—. Incluso de lejos ya veo borroso.

El señor Cowasjee ajustó un regulador de la máquina y apretó nuevamente el botón.

—El problema es que nos estamos debilitando...

—No diga eso —dijo Evelyn—. Yo sí, pero usted está todavía en la flor de la vida.

—Me refería a los parsis, señora Evelyn. Hay demasiados matrimonios endogámicos.

—Yo creía que la gente aquí hacía lo que les decían sus padres —dijo Evelyn.

—No siempre, señora.

Se produjo un silencio. Evelyn pensó en su hijo, con cuarenta años, anunciando

su compromiso con una mujer americana a la que Evelyn no conocía de nada. A su hijo ni siquiera se le pasó por la cabeza pedir la opinión de su madre.

—Creo que los padres deciden mejor —dijo Evelyn—. Sus pensamientos no están enturbiados por el... —iba a decir ‘sexo’—, por un impulso que podría quedarse en nada enseguida. A mi hijo lo cazó una mujer que no le convenía nada de nada. Cuando al final la conocimos, mi marido y yo, nos llevamos un disgusto de muerte.

El señor Cowasjee no contestó. Evelyn se preguntó si no habría ido demasiado lejos. Una tras otra, la máquina fue escupiendo las hojas, que iban cayendo silenciosamente en una bandeja de plástico.

De repente, el señor Cowasjee se dio la vuelta, se puso en cuclillas y sacó algo de debajo de un armario.

—Señora, voy a enseñarle una cosa que le he enseñado a muy poca gente en toda mi vida. Usted, sin embargo, es una mujer con cabeza... —Apartó algunos papeles y depositó el paquete en el escritorio. Era un objeto envuelto en tela bordada. El señor Cowasjee rompió la cuerda, una débil cuerda india que se deshilachó como el algodón, y abrió la tela. Apareció un par de zapatos—. Estos son los zapatos que yo llevaba cuando conocí a mi mujer.

Evelyn tocó la piel con su dedo índice.

—Son muy bonitos.

—Exactamente. Unos Bata, quinientas cincuenta rupias.

—Muy elegantes. —Evelyn no sabía qué decir—. ¿La conoció usted en una fiesta?

El señor Cowasjee negó con la cabeza. ¡Dios bendito, se estaba poniendo colorado! Evelyn pensaba que los indios no podían ruborizarse.

—Dígame, señora Evelyn, ¿cuáles son los siete pecados capitales según su religión?

—Ay, Dios mío, no creo que me acuerde de todos... Matar, claro, y adorar ídolos...

—Usted no ha cometido ninguno de esos pecados, estoy seguro. Por eso no se acuerda de ellos. —El señor Cowasjee volvió a envolver los zapatos de nuevo en su tela. Había diminutos espejuelos cosidos en la tela; brillaban con la luz—. La vanidad y la codicia, estoy seguro, son dos de esos pecados capitales.

—Oh, sí, la avaricia estaba... Lo de codiciar los bienes ajenos, y lo del buey del vecino y su mujer. Y..., bueno, el adulterio, claro... —Se detuvo.

—Vanidad y codicia —murmuró el señor Cowasjee para sí mismo. Volvió a agacharse y volvió a dejar el paquete en el armario. A pesar del pelo engominado hacia atrás, Evelyn se dio cuenta de que empezaba a clarear en la coronilla.

—Dios bendito, ¿qué están haciendo? ¿Se están examinando de bachillerato?

Norman estaba en la veranda, mirando asombrado a las damas. Ellas, sentadas a las mesas, con bolis en la mano, cada una con una hoja de papel delante.

—Un poco viejas para exámenes, ¿no les parece? —preguntó.

Jean Ainslie fingió apartarlo con la mano.

—No sea tan bruto, chico malo.

Norman se acercó a mirar más de cerca. Estaban haciendo el crucigrama.

Madge Rheinhardt se quitó el boli de la boca.

—¿Alguien tiene «Lugar que ocupan los primados frente al coro catedralicio», de seis letras?

Eithne Pomeroy, un encanto que se había hecho amiga de todos los gatos locales, le sonrió.

—Ha sido muy amable por su parte, Raymond.

—Me llamo Norman.

—Yo creo que es usted un hombre muy agradable, no haga caso de lo que digan.

—Eithne se volvió hacia las demás—. Tengo una.

Madge miró la hoja de Eithne.

—Y está mal, corazoncito. Pruebe con «viaducto».

—¿Qué decía, querida? —preguntó Stella, manipulando su audífono.

—No sea mala... —dijo Jean Ainslie, con un guiño.

—¡Es «ábside», Madge!

Norman estaba confuso. ¿Se estaba volviendo majareta al final? Aún tenía el *Daily Telegraph* firmemente agarrado en la mano.

—¡Ajá! Tengo el seis vertical —dijo Madge—. Denme una rupia, chicas, y se lo digo.

Norman se giró hacia ella. Con su pelo castaño y su tintineante joyería, Madge era la única de las pocas medio guapas que había allí. Señaló su hoja de papel.

—Hum... ¿Quién se la dio?

—Evelyn, desde luego. Dijo que usted quería compartirlo.

—Oh. Sí, claro. —Norman miró a su alrededor. A Evelyn no se la veía por ninguna parte. ¡Típico! Aquellas mujercillas calladas y amables eran siempre las peores. Carácter pasivo-agresivo, naturalmente: una frase que su hija utilizaba para referirse al envarado de su marido. Intentó esbozar una sonrisa—. Siempre encantado de estar a su servicio, señoras.

—¿Qué dice? —El audífono de Stella lanzó un pitido.

—Nada —contestó Madge.

Muriel Donnelly estaba tomando una taza de té.

—¡Puag! —Con los labios arrugados, volvió a dejar la taza en el platillo—. Sabe a pis de gato.

—¿Ya se encuentra usted mejor, querida? —preguntó Stella.

—Me encontraba, hasta que he bebido esta porquería.

Muriel miró a Norman, como si él fuera la persona que hubiera hecho aquel mejunje. Estaba claro que, una excepción entre todas las mujeres, Muriel era inmune a sus encantos. Pero, por otro lado, ella tampoco tenía muchos. Estaba allí sentada, una *cockney* con el hacha de guerra preparada, con las piernas separadas y los calcetines enrollados en torno a sus tobillos.

Norman las miró, las cabezas inclinadas sobre sus crucigramas, como estudiantes de edad proveya. Unas pocas se habían atrevido a teñirse el pelo, pero las raíces grises ya asomaban. Otras, como Muriel, estaban claramente calvas en la coronilla. El calor era agobiante. Un par de ellas se dispusieron a meterse dentro, en el salón sepulcral. Norman también se sintió oprimido por aquella atmósfera femenina. ¿Dónde se habían metido los hombres? ¿Por qué las mujeres se aferraban con semejante tenacidad a la vida?

Dos hermanas ancianas, cuyos nombres había olvidado, se aproximaban a la veranda. Una de ellas esgrimía un vídeo.

—¡Miren! —dijo—. Ese señor tan amable, el señor Khan, nos ha encontrado los vídeos de la serie *Arriba y abajo*.

Hubo un cacareo generalizado.

—La acera se encuentra en un estado lamentable —dijo la otra hermana—. Parece que hubieran acuchillado a alguien.

—¿Qué dice? —preguntó Muriel angustiada.

—Hay sangre por todas partes, unos charcos enormes.

—Es zumo de *paan* —dijo Norman. Focas bobas—. Una porquería que mastican, y luego la escupen. Lo hacen mucho, lo de carraspear y escupir.

Hubo un silencio. Todas lo miraron, Dios sabrá por qué.

—Es una cosa como de purificación —dijo Norman.

—Así que es eso —dijo Madge. Alguien dejó escapar una risilla.

¿Qué coño les pasaba a aquellas viejas brujas? Norman se sintió fuera de lugar. *Mujeres*. Aquello le recordó lo de su mujer y su hija, riéndose detrás de puertas cerradas.

Norman decidió batirse en retirada. Descendió los desvencijados escalones y dio un rodeo hasta la parte de atrás del edificio en busca de compañía masculina. Aquel asunto del crucigrama lo había desconcertado. ¿Cómo se habría apoderado aquella Evelyn de su periódico? Había estado pendiente, estaba seguro de ello. Allí estaba, en el fin del mundo, y había aterrizado en el mismo apestoso nido de manipulaciones femeninas que creía haber dejado atrás, en los distintos asilos en los que lo habían encarcelado. Las mujeres indias no se habrían comportado así. Las mujeres indias saben cómo complacer a un tío.

Y además ni siquiera él había hecho el puto crucigrama todavía. Cruzó por la hierba agostada, pasó junto a la rampa para las sillas de ruedas y dio la vuelta a la esquina hacia la cocina. Esta consistía en un bloque de bovedillas en la parte trasera del hotel. Al otro lado estaban las dependencias de los criados: un par de chabolas, con techos de chapa ondulada, apoyadas contra el muro del jardín. Aquello aún le sorprendía, aquellos pocos pasos con los que se adentraba en la vida de una aldea primitiva.

Un crío desnudo se quedó mirando a Norman cuando este se puso a mear junto a las cajas de botellas vacías. No valía la pena ir al tigre. Además, había estado casi todo el rato ocupado por Muriel desde que llegó. Gracias a la operación, el pis fluía con más facilidad ahora. En el solar que había al otro lado de la tapia —no tardaría en convertirse en un lugar en construcción, sospechaba— los nativos se aliviaban todas las mañanas. Norman los había visto a través de un agujero en el enladrillado: filas de ellos agachados en la rosada luz del amanecer. Aunque los indios eran una raza muy tímida, la verdad es que cagaban abiertamente, volviendo el culo hacia la carretera, en un patético intento de que esa postura los hiciera invisibles. Un buen país para viejos incontinentes, pensó Norman. Si salían de excursión a algún sitio y les daba el apretón, las viejas podrían simplemente bajarse las bragas y hacer un pis en la calle.

Norman se aguantó la risa mientras se subía la cremallera del pantalón. Un perrillo sarnoso estaba tirado en el suelo. Como el resto de la India, parecía estar sumido en un letargo. ¿No se suponía que los cachorrillos saltaban y brincaban sin que nada en este mundo les preocupara?

De la cocina emanaban los aromas de los pucheros. Norman entró y entrecerró los ojos para acostumbrarse a la oscuridad. Fernández, el cocinero, estaba cortando en rodajas un tomate. El pinche se había quitado una chancla y estaba atizándole a una cucaracha. Era un milagro que en ese sitio se pudieran hacer comidas, comidas para quince personas y aproximadamente a su hora. Dos fogones de gas calentaban cacerolas llenas de vaya-usted-a-saber bullendo. Algunos aros de cebolla aparecían amontonados en un bol. Por lo demás, no había indicio alguno de que se fuera a servir la comida solo una hora después.

Fernández inclinó la cabeza a modo de saludo. Norman le ofreció su petaca. El cocinero se la llevó a los labios. Norman se dejaba caer por allí casi todos los días; había algo relajante en aquel pequeño refugio lleno de grasa. A pesar de su inglés rudimentario, Fernández siempre estaba dispuesto a darle un rato al pico. Mino casi siempre estaba ocupado y Sonny solo se dejaba caer por allí de vez en cuando. El viejo cocinero encorvado, sin embargo, siempre estaba en la cocina; de hecho, el tío parecía que no salía nunca de allí.

Aquella mañana, sin embargo, Fernández parecía que no se encontraba bien.

—*Memsahib* —«la jefa», quería decir, y lo dijo poniendo los ojos en blanco.

¡Vaya si Norman conocía bien aquel gesto, el de la mirada buscando el consuelo del cielo! Era el mismo gesto en todo el mundo. El cocinero se empujó otro trago de whisky. Sin duda, la señora Cowasjee había estado gritándole otra vez. A Norman le parecía que la loca del sari estaba ligeramente apetecible, pero era evidente que le amargaba la vida a los criados, mangoneándolos todo el día y encizañándolos a unos contra otros—. Siempre dice que está trabajando —explicó Fernández—. Los pies, la comida..., comida y luego cena, demasiado trabajo.

—¿Los pies? —preguntó Norman.

—Las viejas *memsahibs*, muy malos pies.

A lo mejor podría convencerla para que me cortara las uñas de los pies, pensó Norman. Creo que voy a necesitar ya una cizalla.

Fernández no parecía muy inclinado a conversar. Tambaleándose lentamente, se acercó al fogón y quitó el perol del gas. Daba pena. Fernández era de Goa y a Norman le gustaba oír historias de playas nudistas donde el hijo del cocinero tenía un café y al parecer disfrutaba de los favores de una ristra interminable de holandesas y alemanas ninfómanas. Según Fernández, Goa era una enorme orgía. Pauline había prometido llevar a Norman allí la próxima vez que viniera a la India.

Norman salió de la cocina. Fuera, el *dhobi* lavandera llegaba en su bicicleta. La traía cargada con la colada. Los pañuelos volvían almidonados y planchados tan maravillosamente que daba lástima utilizarlos. Desde su operación, claro, tenía menos necesidad de ellos. «No sabré si me estoy yendo o viniendo». Norman todavía se reía para dentro con aquel chiste. Siempre podía recogerse en su habitación, encender la Star TV y ver a modelos de Bombay escuetamente vestidas danzando en películas musicales. Sin embargo, incluso para él, y a la luz del día, había algo desalentador en todo aquello.

Norman cruzó el jardín y salió a la calle. El calor era cegador: un resplandor que lo dejaba aletargado. Los cruces estaban atestados de gente: oficinistas, vendedores ambulantes, mendigos. El constante movimiento de la humanidad conseguía que se sintiera mareado. Un policía estaba subido en su púlpito, haciendo sonar el pito e intentando en vano dirigir el tráfico.

Norman subió la calle. Iría a uno de esos grandes hoteles —el Taj Balmoral o el Oberoi—, y se empujaría una cerveza antes de comer. Aquel podía ser un día de buenos auspicios —los indios creían en todas esas bobadas—, aquel día podía tener suerte y encontrar una mujer complaciente a la que le gustaran los hombres maduros. Pasó junto al United Ice Cream Parlour y Alquiler de Vídeos Khan, y junto al pub Hideaway —«El lugar más caliente que es también el más fresco»—, un tugurio estridente en el que desgraciadamente se había aventurado una vez, solo para descubrir que sus clientes tenían edad para ir a un jardín de infancia. La calle estaba en obras, pero al lastimoso modo indio: un hombre en cuclillas con un cubo mientras

otro hombre, agarrado a una pala, lánguidamente cogía cucharaditas de escombros. Habían puesto una señal con una flecha que señalaba a la derecha, cuando ya había una señal que decía «GIRE A LA IZQUIERDA». Aquello no parecía tener ninguna importancia porque el tráfico no hacía ningún caso de todos modos a ninguna señal. Como siempre, varios jóvenes se acercaron a él.

—¿Cómo está usted, señor?

—¿De qué país es usted, señor?

—Por favor, entre, entre usted, señor ¿Quiere buenos bombones?

Norman se detuvo.

—¿Buenos bombones? —preguntó.

—Buen material, señor. Venga, entre en mi tienda.

—¿De qué país es usted, señor?

—De Londres, y que te den por culo.

De repente Norman echó de menos Londres: la lluvia, sus habitantes indiferentes, su hija, que, a pesar de todo, quería a su viejo papi. Había sido agradable cuando Pauline estuvo allí, zascandileando por Dunroamin, poniendo sus almanaques Wisden de *cricket* en la estantería e instalándolo en el hotel. La India había afectado mucho a Pauline. Todos los días había repartido caramelos entre los niños que la habían rodeado en tropel, agarrándose a sus piernas. Eso probablemente se debía a que no tenía hijos propios. Ahora estaba muy lejos, y no regresaría hasta dentro de muchos meses.

Al otro lado de la calle había un parque. Era solo un sitio pequeño: una fuente seca, unos cuantos árboles, cargados de estorninos. Las familias se sentaban en la hierba a beber la Coca-Cola india, la soda-pop. En cada grupo había un abuelillo. Norman se detuvo. Apoyándose en su bastón, miró por encima del tráfico. Qué bueno era... que llevaran consigo a los abuelos; ¡qué felices parecían, los patriarcas, rodeados de sus seres queridos! Cabrones suertudos.

Un taxi se detuvo a su lado y se bajó una mujer. Era una criatura preciosa, quizá de unos treinta años, vistiendo una túnica de seda y pantalones. La mujer se detuvo y lo miró.

Norman se animó. El que no arriesga, no gana. Con un esfuerzo, apretó el acelerador, mutando de un abandonado paterfamilias en un canoso casanova. ¡Qué sonrisa tan seductora tenía la mujer! ¡Qué labios tan brillantes y rojos! La invitación era inequívoca.

Le pediría que lo acompañara al Taj Balmoral para tomar algún trago refrescante. Norman abrió la boca para hablar, pero ella lo estropeó todo.

—¿Necesita ayuda? —La mujer se acercó, con la cara compungida—. ¿Se ha perdido usted, abuelito?

Le costó un poco asimilar aquello.

—¡Por supuesto que no! —dijo Norman, y se alejó calle arriba.

Ocuparse de las necesidades diarias de un dios hindú es algo parecido a cuidar de un inválido postrado en cama. A mediodía el dios precisa un baño de agua caliente y una unción con polvo de azafrán. Se aplica una pasta de sándalo en el pecho de la estatua y en los pies. Se le viste con ropajes limpios y se le adorna con joyas y guirnaldas de flores. Cuando el dios ya está preparado, se vuelve a abrir la cortina para que los devotos puedan verlo. Luego viene la comida, especialmente preparada por los cocineros brahmines en las cocinas del templo. Delante del dios se colocan cestas de comida. Finalmente se le ofrece a la estatua pasta de betel mascada y luego se le limpia la boca con agua.

PETER HOLT, *Tras las huellas de Clive*

El hotel estaba sumido en la somnolencia. Era media tarde y la mayoría de los residentes estaban echando la siesta. Algunos de ellos dormían durante horas, como si se estuvieran preparando para el sueño del cual jamás despertarían. Incluso los criados caían en el sopor. La habitación de Evelyn daba a la parte de atrás. A través de la reja de hierro de su ventana podía ver al *mali* dormitando en su hamaca. Los perros andaban tirados por ahí, como si estuvieran muertos. A la sombra de la pared, el barrendero, al parecer un intocable, estaba tumbado en el suelo donde no se le distinguía de un montón de harapos. Evelyn se sintió una intrusa, espionando a aquellas vidas a la intemperie, pero de hecho le gustaba aquella habitación más que la primera, la que daba al jardín. Tenía más privacidad, un lujo que se le negaba a los empleados.

Evelyn se sentó en la cama y desperezó los dedos de los pies. La señora Cowasjee le había hecho la pedicura. Le había pintado las uñas de un color rosa perla. Evelyn sabía que resultaba frívolo encontrar placer en una cosa tan nimia, pero no se podía negar que era una inyección de moral. Desde luego, echaba de menos las telenovelas de Beverley —le había escrito a su manicura una carta, pero no había recibido contestación—, y la señora Cowasjee había parecido incluso más gruñona que de costumbre. Las discretas preguntas de Evelyn acerca de los zapatos de su marido y su primera cita con él se habían topado con una nariz arrugada y despreciativa.

Evelyn fue hasta el salón. Jimmy, que estaba dando cabezadas en una silla, se levantó con gran esfuerzo. A pesar de las protestas de Evelyn, que aseguró que podía arreglárselas sola, el camarero fue a la nevera y le cogió una Coca-Cola Thums-Up («No contiene ingredientes naturales en absoluto»), una bebida a la que se había convertido en medio adicta.

Evelyn salió a la veranda, saltando por encima de una fila de hormigas que se estaban abriendo paso hacia el interior del hotel, presumiblemente para seguir

comiéndoselo. El día anterior, sin ir más lejos, Evelyn había abierto una biografía del doctor Crippen, uno de los libros que había dejado allí algún antiguo cliente, y descubrió que sus páginas se desmigajaban en polvo.

Se sentó en la veranda con la bebida. Jimmy se asomó a la puerta del hotel.

—Todo está bien, Jimmy.

—¿Quiere algo más la señora?

—No, gracias.

Aún se quedó allí un poco, como una sombría estatua de cera. Siempre, en todas partes, había ojos pendientes de ella: gente deseando servirla, deseando venderle algo, gente que simplemente deseaba acompañarla por la calle con el deseo de serle de alguna ayuda. Los indios eran muy hospitalarios y muy educados, y siempre estaban deseosos de agradar a los turistas que llegaban a su país. Desde luego era muy diferente a Inglaterra, pero podía llegar a ser un poco pesado. Aunque Jimmy era un criado, era todavía más o menos un hombre y no quería que la viera con los pies descalzos, tan lastimosamente blancos y magullados por los golpes más ligeros. Desde luego, había visiones mucho peores en la India que sus venas varicosas, pero ella aún tenía su orgullo. De hecho, cuando era joven, sus piernas habían sido la parte más destacada de su figura. Podía recordar el momento exacto en que, confusa ante la frase «unos tobillos bellamente torneados», descubrió que era un cumplido y que se lo decían a ella. Incluso después de tanto tiempo podía recordar el rubor de placer. Fue durante una merienda en Horsham, cuando tenía dieciséis años.

—Ojo con las serpientes.

Evelyn pegó un salto. Madge Rheinhardt salió a la veranda.

—Eithne jura que vio una cobra —dijo Madge—, pero ya sabe que es una boba un poco nerviosilla.

Madge parecía maravillosamente acicalada, como siempre: un casco bruñido de pelo, una blusa de seda y pantalones. Aunque durmiera, nunca se despeinaba. Incluso con gafas, Evelyn no era capaz de detectar ni una sola arruga en su rostro. Era difícil creer que fuera tan mayor como Evelyn; parecía de una especie completamente diferente. Evelyn sospechaba algunos arreglillos aquí y allá. Se preguntaba si detener el tiempo de ese modo conseguiría que alguien se sintiera más joven. No era una cuestión que pudiera plantear abiertamente, ni siquiera a Madge.

—Ojalá pudiera quitarme las medias... —dijo Evelyn—. Con este clima..., en fin...

—Las cosas pueden ponerse un poco pegajosas —dijo Madge entre risas—. Pórtese mal y hágase nativa. Tiene usted unos pies preciosos. Los míos son horribles. A la señora C estuvo a punto de darle un ataque.

—¿Ha estado usted con ella también?

Madge asintió.

—Vamos todas. Hace una pedicura muy buena. Lo que usted necesita es unas sandalias glamurosas.

—No tengo —dijo Evelyn.

—Vamos. Iremos al Oberoi, tiene las mejores tiendas.

—Pero...

—Vamos, andando, cariño. Lo bueno de la India es que una nunca tiene que pensar en el dinero porque todo es baratísimo.

Para aquellos que tenían una pensión fija esto no era enteramente cierto, pero Evelyn no se resistió. Una cosa que echaba de menos, desde la muerte de Hugh, era otra persona que tomara las decisiones.

El hotel Oberoi estaba a solo un kilómetro calle arriba, pero Madge pidió un taxi. Hacía demasiado calor para ir caminando y, además, todo el mundo las molestaría. A Evelyn le gustaban los taxis; se llamaban Ambassadors, pero realmente eran viejos Morris Oxford y le recordaban los viajes a la playa cuando era pequeña.

—Qué tiempo tan feliz.

—¿Qué dice? —preguntó Madge.

—Nada, querida. —A Evelyn le caía bien Madge; Norman la llamaba la Viuda Alegre. Madge ya se sabía el recorrido por la ciudad: tiendas de Prada, Gucci... Decía que las mejores *boutiques* estaban en los grandes hoteles.

Estaban justo metiéndose en el taxi cuando Muriel Donnelly salió corriendo.

—¿Hay sitio para una más?

Más tarde todo cobró sentido. En ese momento, sin embargo, Evelyn se sintió ligeramente sorprendida. Imaginó que después de tres días confinada en Dunroamin, sintiéndose fatal, Muriel necesitaba una excursión. Su comportamiento, de todos modos, era extraño. No abrió el pico en todo el camino. El conductor esquivaba vacas y motos; Muriel se aferró al agujero donde antaño había estado el tirador de la puerta y miró fijamente por la ventana. Cuando se cruzaron con un grupo de europeos, se volvió y los miró hasta que se perdieron de vista.

—¿Cómo puede alguien ir de visita turística con este calor? —preguntó Madge.

—Los Ainslie lo hacen —contestó Evelyn—. Han ido al templo del Toro.

—¿No la vuelve a usted majareta esa mujer? —dijo Madge—. Es tan puñeteramente engreída... Llevando a rastras a su maridito de un lado a otro como un premio en una vitrina, y pavoneándose porque ella tiene un marido y nosotras no.

—¡Madge...!

—Siempre alardeando de su puñetero hijo. A veces deseo que le pase algo, solo para que se le borre esa expresión de suficiencia de su cara.

Muriel no participó. Miraba alelada por la ventanilla. Cruzaron en el coche las puertas exteriores del Oberoi, cruzaron amplias extensiones de césped esmeralda, con sus centelleantes arcoiris al sol, y pasaron junto a las palmeras. Muriel murmuró algo

para su colete.

Pagó Madge. Incluso sus billetes de rupias estaban crujientes y como nuevos, muy distintos a los harapos grasientos que la mayoría de la gente llevaba arrugados en los bolsillos. Un portero muy guapo, con un uniforme lleno de galones, las saludó al entrar.

—Qué diferente de nuestro querido Jimmy —susurró Madge.

Muriel, sin embargo, parecía distraída. Deambuló por el vestíbulo del hotel, buscando algo, como si hubiera quedado en encontrarse con alguien. El vestíbulo era un sitio enorme de mármol y agradablemente fresco. Evelyn podía sentir cómo el maquillaje se le secaba en la cara. Tras ellas, llegó un grupo de turistas: hombres grandes en pantalones cortos, quizá alemanes. Una azafata les dio la bienvenida: era una bonita chica vestida con un sari azul cielo. Les hizo una reverencia y juntó las manos delante de su pecho. Otra joven belleza les puso guirnaldas alrededor del cuello y les pintó un lunar carmesí en la frente. Muriel se quedó allí quieta, escrutando sus rostros.

—Por aquí está la tienda de zapatos —dijo Madge, llevando a Evelyn hacia la arcada. Un directorio mostraba los nombres de las tiendas: «Bienvenidos a Glaxo International, Salón Krishna, 4.^a planta... Salón de Bodas Jayanti, Salón Panorámico...». Evelyn se maravilló ante la sofisticación del lugar: vaya, podrían estar en Houston o en cualquier sitio parecido. Parecía un mundo alejado de su destartado hotel y su andrajoso bazarillo. Sintió un arrebató de lealtad hacia Dunroamin.

Y precisamente en aquel momento apareció un hombre que le resultaba conocido. Venía apretando el paso por el vestíbulo, hablando por un móvil.

—¡Hola, Sonny! —exclamó Madge.

El hombre cortó su conversación, se acercó y estrechó vigorosamente las manos de Madge.

—¡Señora Rheinhart, señora Greenslade! ¡Ah, y señora Donnelly!

Ahora se acordaba Evelyn: Sonny era el director de la empresa de residencias para jubilados. Era incansable; sus ojos deambulaban a su alrededor mientras hablaba, como el *maitre* de un restaurante, comprobando que los clientes están bien atendidos.

—¿Todo va bien, señoras?

—Bueno, todavía no se ha muerto nadie —explicó pormenorizadamente Madge—. Pero ojalá nos consiguiera usted algunos hombres más. Me refiero a que es posible que nosotras seamos unos sacos viejos pero..., francamente, ¡Norman y Graham...! No estamos tan desesperadas.

—¿Y qué puedo hacer yo, señora? —dijo Sonny, alzando las manos al cielo en un gesto de impotencia—. Ustedes son el sexo fuerte, siempre viven más que nosotros.

Nosotros solo somos los pobres machos de la especie.

—No diga tonterías —dijo Madge—. Esto es la condenada India.

—Sí, pero detrás de cada hombre indio hay una madre... —La voz de Sonny se quebró de emoción—. Los hombres son meras marionetas, ellas son las que manejan las cuerdas.

—Bobadas —dijo Madge—. En fin, tendré que buscarme yo misma un marajá guapo y rico. —Se volvió para mirar el rostro atónito de Evelyn—. Oh, cariño, yo quería a mi marido un montón, pero ya está muerto. Y no quiero morirme sola.

—Nos tiene a nosotras —dijo Evelyn.

Hubo un silencio. Madge mostró su pequeña sonrisa.

—¿No está contenta en la residencia? —preguntó Sonny.

—Prefiero pensar que es un hotel —dijo Madge—. La palabra ‘hotel’ todavía tiene posibilidades.

Evelyn se percató entonces de que estaba sonando música. Procedía de una señorita que tocaba el arpa, situada junto a una palmera en una maceta. La megafonía le pidió al señor Willoughby que se acercara a recepción.

Sonny se despidió. Después de marcharse, Evelyn dijo:

—Parece que lo conoce bastante bien.

—El y Arnold tenían negocios juntos en Londres —contestó Madge—. Por eso sabía yo de este sitio. Sonny tiene un montón de propiedades aquí: ese lugar espantoso enfrente de nuestro hotel, locutorios, rollos de tecnología. Conoce a todo el mundo.

—¿De veras? —preguntó Muriel, con voz aguda.

—La mayoría de ellos son parientes. Pero así es la India.

Muriel se dio la vuelta y corrió tras Sonny. Evelyn observó cómo lo abordaba y le preguntaba algo. El negó con la cabeza, o a lo mejor era uno de aquellos movimientos característicos de la India. Aún no le había pillado el tranquillo a aquello.

—Vamos —dijo Madge—. Vamos a arrasar estas tiendas.

Sonny salió a toda prisa, donde un conductor esperaba junto a un Mercedes blanco. Muriel se acercó al mostrador de recepción. Allí permaneció, como una figura fornida embutida en su vestido floral, hablando con la recepcionista. Su comportamiento era realmente bastante raro.

—¿Qué está haciendo Muriel? —preguntó Evelyn.

Madge miró hacia donde estaba.

—A lo mejor quiere venir a un hotel mejor —contestó riéndose.

Para cuando regresaron, las sombras de la tarde ya se habían alargado. Tras el caos de las calles, Dunroamin se parecía bastante a un hogar; por primera vez, Evelyn pensó que podría ser factible fraguar una vida en aquel sitio, con sus nuevos amigos.

A lo mejor esas ideas tenían algo que ver con la luz. En la India, esa hora del día era maravillosa; por alguna razón, los indios la llamaban «la hora de la vaca». A Evelyn le recordaba las largas y doradas tardes de su infancia, unas tardes que parecían no acabar nunca, cuando se oían los cantos de los pájaros y su madre la llamaba para que se metiera en la cama, una llamada que ella fingía no escuchar. Quizá todo aquello tenía que ver con la libertad que sentía, con las piernas desnudas, llevando sus nuevas sandalias.

En el hotel alguien estaba tocando el piano. Quienquiera que fuera, tocaba dubitativamente, equivocándose a veces en los acordes.

—«¿Quién es Sylvia? ¿Qué es...?».

La propia Evelyn solía cantar esa canción.

—«... que todos nuestros mozos hablan de ella...».

En la veranda se encontraba Eithne Pomeroy, con su vestido amarillo. Le estaba poniendo un platillo de leche al gato del que se había hecho amiga. Graham Turner, el anciano soltero, se había acercado al aviario y allí estaba plantado. Evelyn miró su espalda: el pelo que raleaba, los hombros caídos... A menudo el hombre se quedaba allí durante largos períodos, abismado en sus pensamientos.

—«¿No es adorable, igual que hermosa..., / pues la belleza es compañera de la galanura...?».

Evelyn murmuró la melodía. En realidad, ella nunca había creído en aquella afirmación. Cecilia Shaw, en la escuela, tenía el aspecto de un ángel, pero le había hecho la vida imposible a Evelyn con sus acosos. De repente, Evelyn sintió un arrebató de ira. Ningún sentimiento desde entonces —ni respecto a su marido o a sus hijos— era tan feroz como aquella ira de cincuenta años atrás, causada por una persona que podría estar ya muerta.

—Vamos —dijo Madge—, unas copillas.

Arrastró a Evelyn a la veranda y pidió unos gin-tonics, como un marido. Aquel era el mejor momento del día. Evelyn nunca había sido una bebedora, pero la vida en el hotel la había liberado. Aquello no era su casa, ni era la sucia prisión de Leaside. «La palabra ‘hotel’ aún tiene sus posibilidades».

—«Entonces, a Sylvia, déjanos cantar...».

El piano estaba desafinado, desde luego. Quienquiera que estuviera tocando, debía de haber aprendido siendo un crío. Evelyn también había aprendido a tocarlo. Recordaba cómo se giraba en el taburete del piano, deseando escapar a la verde luminosidad del jardín.

Por debajo de la mesa, Evelyn se quitó con los pies las sandalias; ya le estaban rozando. Antaño podría haber estado fuera de casa todo el día, corriendo libremente, corriendo y saltando por los matorrales. Ahora estaba agotada tras una carrera en taxi. Antaño podía correr por la hierba, y su sombra la seguía a duras penas mientras el sol

se ponía. Ahora estaba en un país donde la sombra que producía el limpiador era tan contaminante que un hindú de una clase más alta tenía que desinfectarla. Eso le había dicho el señor Cowasjee. ¿Cómo una gente tan amable podía ser tan terriblemente cruel? Aquello era tan malo como lo que hacía Cecilia, que se tapaba la nariz cuando se cruzaba con Evelyn. Sin embargo, el limpiador, el inferior entre los inferiores, parecía no molestarse mucho. Para él, tal vez, aquella vida era tan insustancial como su propia sombra.

Evelyn observó al jardinero, al *mali*. Caminaba lentamente por el césped, deteniéndose para recoger las colillas de los cigarrillos de Norman. Cecilia, la acosadora de la escuela, era la única niña que fumaba. Aquello resultaba espantosamente escandaloso. Además, se desarrolló también antes que todas las demás. Evelyn y sus amigas, mirándose sus pechos planos, solían cantar: «¡Tengo, tengo, tengo! ¡Tengo que agrandar mis tetas!». ¿Llegarían a convertirse alguna vez en mujeres? ¿Querría alguien abrazarlas alguna vez en la vida?

Con algún esfuerzo, el *mali* se enderezó. Su espalda era tan rígida como él mismo. ¿Qué habría sido de Cecilia? Probablemente había tenido montones de novios. Las chicas católicas eran famosas por ser bastante ligeras. Evelyn solo había tenido un novio: su marido.

Llegaron las bebidas. Madge firmó el vale y se sentó. Evelyn se sentía orgullosa de que Madge la hubiera elegido a ella. Era exactamente como en la escuela, todo igual otra vez, pero sin el sufrimiento.

—¿Por qué vino usted aquí? —le preguntó Evelyn.

—Porque estaba aburrida de mí misma —replicó Madge—. ¿Ha estado alguna vez en Stanmore?

Evelyn negó con la cabeza.

—Bueno, en fin. —Madge encendió un cigarrillo—. Quería tener un último *vamos-al-asunto*.

—Al parecer los indios tienen un montón de asuntos de esos —dijo Evelyn.

—No creo que uno me bastara. Alguien le dijo a Clark Gable que era malo en la cama. Y él dijo: «Por eso es por lo que tengo que seguir practicando».

Con los ojos como platos, Evelyn comenzó a reírse. Se podía oler la cena.

—Me gusta lo que dijo usted de los hoteles —apuntó—. Ya no puedo ni imaginarme la palabra ‘residencia’.

Madge pescó una rodaja de lima con la uña. Chupándola, miró a los residentes sentados a las mesas.

—En realidad, cariño, esto es más como una sala de espera de un aeropuerto. Usted simplemente no mire la pantalla con las horas de salida.

Hubo un silencio. En las profundidades del hotel, se detuvo la música del piano. Evelyn pensó que ojalá Madge no hubiera dicho aquello.

Pensó: «Ahora solo nos tenemos los unos a los otros. No debemos decir cosas desagradables, ¿es que Madge no se da cuenta de eso?». Intentó pensar en otra cosa. Señaló al *mali*, que se encontraba en el extremo más alejado del césped. Estaba metiendo las colillas de cigarrillo en un pliegue de su *dhoti*, y enrollándoselo alrededor de la cintura.

—Hacen los trabajos más serviles, ¿verdad? Quiero decir que... Mire el jardinero. Sin embargo, no son como los ingleses; a estos parece que no les importa. Debe de ser por su religión.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Madge.

—Está recogiendo las colillas de Norman.

Madge se echó a reír.

—Es que se las fuma, tonta. Lo he visto ahí detrás.

Evelyn se quedó callada.

—Ah.

Y pensó: «¿Cómo voy a saberlo yo todo, y yo sola?». Recordó cómo Hugh solía explicarle las cosas del periódico. Y cómo le dejaba las gafas. Cómo le quitaba de la mano el tique del aparcamiento.

Y justo entonces el *mali* se volvió. Siguieron su mirada. Un *rickshaw* estaba entrando por las puertas exteriores. Llegó hasta la entrada principal, emitiendo nubes de humo del tubo de escape. Douglas y Jean Ainslie se bajaron del asiento de atrás.

Algo no iba bien. Corrieron directos hacia el señor Cowasjee, que estaba repartiendo los menús de la cena.

—Ha habido un pequeño accidente —dijo Douglas, mientras ayudaba a su mujer a subir las escaleras—. A Jean la ha mordido un mono.

Hubo una conmoción general.

—Estábamos en el templo del Toro —dijo Jean.

—Le estaba dando un plátano —dijo Douglas.

—Es aquí. —Jean parecía un poco pálida. Le mostró al gerente la mano—. Creo que debería ver a la enfermera.

—La inyección del tétanos —dijo Douglas.

—Venga conmigo, señora. Llamaré al médico. —El señor Cowasjee chasqueó los dedos—. Jimmy, llama al *sahib* doctor. *Jaldi, jaldi!*

—Pero... seguro que su mujer... —balbuceó Douglas.

—Mi mujer no sabe poner una inyección.

—Pero...

—El doctor Rama es un médico de primera, señor —dijo el señor Cowasjee—. Estará aquí en un periquete.

Entraron dentro.

Muriel se levantó y corrió fuera.

—¿Ve? —gritó—. ¿Ve lo que pasa?

—¿Qué? —preguntó Evelyn.

La mirada de Muriel centelleó.

—¿Ve? —y señaló a Madge—. Ella quería que le ocurriera algo, a la señora Ainslie, y ha pasado.

¡Qué extraño era el comportamiento de Muriel! Evelyn se preguntó si estaría bien de la cabeza. Pero luego pensó que también a ella a veces se le iba el santo al cielo.

Y a la hora de cenar ya lo había olvidado todo. Estaban tomando la sopa (una crema de tomate) cuando de repente la conversación, en ningún momento excesivamente animada, se apagó por completo...

Un hombre estaba cruzando el comedor. Era alto, con una abundante cabellera de pelo negro que brillaba bajo los fluorescentes. Vestía una camisa azul y llevaba una cartera de piel. Evelyn lo reconoció de la fotografía. El doctor Rama era incluso más deslumbrante en la vida real; más deslumbrante, incluso, que Ornar Sharif en la flor de su juventud. Acompañado por el gerente, avanzó a grandes zancadas por entre las mesas, sonriendo a los comensales, y desapareció por el pasillo en dirección a la habitación de los Ainslie.

Hubo un susurro, y luego un revuelo, como las gallinas cuando van a poner un huevo.

—Cielo santo —dijo Madge—. A ver si puede hacerme una exploración interna un día de estos.

Alguien hizo un ruido al juntar las manos. Evelyn pensó que era un aplauso. Pero solo era Norman, aplastando un mosquito.

—¡Te pillé, hijo de puta! —dijo, limpiándose la mano en los pantalones.

Había sido un día repleto de acontecimientos: una pedicura, unas sandalias rojas nuevas, un mordisco de mono, un doctor guapo. Sin embargo, había muchas otras imágenes que ocupaban la cabeza de Evelyn: un hombre lavando a un buey junto a un surtidor de gasolina; un crío haciendo equilibrios con una bandeja de vasos de té, zigzagueando entre los coches... Muchas más cosas, muchas más. La calle, en el exterior, bullía de vida; aunque, en realidad, ella no tenía que salir fuera a nada en absoluto. Qué distinto era todo de su pueblo en Inglaterra, con los *cottages* cerrados de los domingueros. En la actualidad las calles de Inglaterra estaban vacías; la gente se quedaba en casa, clavada frente a las pantallas de sus ordenadores o, eso creía, dinamitando el Parlamento en videojuegos.

Era tarde, pero Evelyn no podía dormir. La visión del doctor Rama había agitado sentimientos que creía desaparecidos hacía mucho tiempo. Solo había conocido el cuerpo de un hombre. Recordaba el olor de Hugh, el aroma picante de su sudor;

recordaba su carnalidad, su cuerpo desnudo en la cama..., bueno, para ser precisos, habitualmente se dejaba puesta la parte superior del pijama. En realidad, ella nunca había fantaseado sobre otros hombres; no había habido tiempo, entre los niños y salir a navegar todos los fines de semana, y menos con aquel enorme jardín. Recordó las palabras de Douglas en el avión: «Uno solo tiene una vida».

Evelyn se incorporó. Apartó la mosquitera y encendió la luz. A diferencia de ella misma, aquella habitación había conocido muchas vidas. ¿Cuánta gente habría pasado por allí? Había pocos indicios de su breve estancia: una quemadura de cigarro en la cómoda, eso era todo. «Una sala de espera». Para los indios debía de ser diferente; por lo que ella sabía, la vida para ellos debía de ser una sucesión de salas de espera. ¿Y luego qué?

Deslizó los pies hasta meterlos en las zapatillas. Fuera, un perro ladraba. Le respondieron más perros, en el solar que había al otro lado del muro, donde la gente vivía en condiciones de aterradora miseria. Una lámpara de queroseno brillaba en las dependencias de los criados, donde la plantilla se desprendía de sus uniformes y, aunque solo durante unas horas, vivían sus incomprensibles vidas.

Evelyn fue arrastrando los pies por el pasillo hasta el salón. Estaba tenuemente iluminado por la luz del vestíbulo. Se sentó al piano y levantó la tapa. No había tocado desde hacía años; sus articulaciones estarían oxidadas. Fingió que movía los dedos por encima de las teclas, intentando recordar la sonata del *Claro de luna*. No iba a tocarla, claro, porque despertaría a la gente. Pero allí, oculto en los huesos de sus dedos, ¿no quedaría algún recuerdo?

Había desaparecido. Evelyn cerró la tapa. Se levantó, abrió la puerta de la veranda y salió fuera, a la oscuridad de la noche. El calor de la noche la saludó, y era tan cálida como su sangre. ¡Qué fría era Inglaterra para los huesos viejos! Un perfume se esparcía procedente de flores diminutas y desconocidas que formaban un seto vivo en torno al césped. En algún sitio un gato maullaba. Varias de las señoras del hotel —Eithne, Stella, Hermione Nosequé..., ¿o era Harriet?— Ahora Evelyn no podía preguntarle a nadie... En fin, algunas de las señoras del hotel le daban comida a los gatos callejeros; era comida que escatimaban durante la cena. Había una rivalidad soterrada en todo aquello. Cada una de ellas le había puesto un nombre diferente a un viejo gato tiñoso que cada cual consideraba solo suyo. Como no era tonto, el gato respondía a todos los nombres.

Fue entonces cuando Evelyn se percató de aquella luz. Estaba parpadeando en su antigua habitación, ahora ocupada por Muriel. Avanzó por el camino y curioseó a través de la ventana de Muriel.

La habitación estaba cambiada. Por un momento Evelyn ni siquiera pudo reconocerla. Había velas colocadas a lo largo de la cómoda y el humo se elevaba de las barras de incienso. Más o menos, Evelyn pudo distinguir una especie de altarcillo.

Muriel, en camisón, estaba sentada en la cama. La ventana estaba abierta.

Se dio la vuelta.

—¿Quién anda ahí?

—Me atracaron, ya ve —dijo Muriel—. Y me robaron.

—Ya me he enterado —dijo Evelyn—. Debió de ser terrible.

—Por los nervios. Sigo pensando que van a volver. Me robaron la casa y la tranquilidad, se la llevaron. Toda mi vida había vivido en aquel sitio, y me lo desvalijaron por una tele. Sigo teniendo pesadillas. Me despierto, y mi corazón va como un caballo desbocado. Sigo viendo sus caras, como si estuvieran aquí.

—Bueno, está bien, querida —replicó Evelyn—. No están aquí.

—Sigo viéndolos por todas partes. ¿Sabe?, averiguaron dónde vivía.

—De verdad, está usted a salvo aquí. Está usted en la otra punta del globo.

—Dos muchachos negros —dijo Muriel—. Mataron a mi *Leonard*.

—¿A quién?

Muriel señaló una fotografía enmarcada que había sobre la cómoda. Estaba adornada con guirnaldas de claveles de la India. Evelyn se levantó y se acercó a mirar. Era la fotografía de un gato.

—Los cabezacuadradas mataron a mi Leonard y esos negros mataron a mi gato. Era la misma persona, ¿sabe?, él estaba en su cuerpo. Yo siempre lo supe, pero la señora Cowasjee me dijo que era verdad. Yo podría haberlo salvado si hubiera visto los indicios... —La voz de Muriel se elevaba; estaba cada vez más nerviosa—. A mí me evacuaron, ¿sabe?

—¿Quién, la policía?

Muriel se aferró al brazo de Evelyn.

—Me obligaron a irme y a vivir en el campo, y por eso lo mataron.

—Yo creía que usted vivía en Londres.

—Todo fue por mi culpa. Por eso me tuve que casar con Paddy.

—¿Paddy? —Evelyn no pillaba nada de aquella conversación, pero probablemente era por su culpa—. ¿Y por eso es por lo que vino aquí? —preguntó—. ¿Porque la evacuaron?

—¿Qué dice?

—Después del robo.

Muriel se quedó mirándola atónita.

—¿De qué está usted hablando?

Evelyn tomó aire. Habló despacio y claramente.

—¿Fue por eso por lo que usted vino a la India?

Muriel la miró como si Evelyn fuera retrasada. Evelyn se dio cuenta de que había varios altarcillos. Había un dios hindú, ese que tiene un montón de brazos, una

fotografía de la princesa Diana, e incluso una escayola de la Virgen María. Realmente Muriel estaba diversificando sus inversiones para minimizar los daños.

—No se lo cuente usted a nadie, ¡prométamelo! —susurró Muriel.

—Lo prometo —dijo Evelyn.

Muriel bajó la voz.

—Todo está en el destino. El karma. El atraco, el folleto que me envió el doctor, y luego lo que supe de mi hijo. Lo que me dijeron los vecinos, de dónde vivía.

—¿Su hijo?

Muriel se aferró al brazo de Evelyn con más fuerza. «Mañana, más cardenales», pensó Evelyn.

—¡No se lo diga a la policía! —susurró Muriel.

—¿Qué tiene que ver la policía con esto?

—Está aquí, ¿sabe?

—¿Quién? —preguntó Evelyn.

—Mi Keith —dijo Muriel—. Por eso es por lo que he venido aquí. Está aquí, en la India.

—¿Su hijo está aquí?

—Eso fue lo que me contaron los vecinos, que se había venido a la India. Cosa de negocios. He estado mirando a todo el mundo a ver si lo veo, mirando las caras. Pregunté en el hotel, es el tipo de sitios donde se quedaría. Pero él me encontrará. Es muy propio de Keith. Él sabe que su anciana mamá está aquí y al final me encontrará.

Ya era tarde. En sus habitaciones, las residentes dormían profundamente, soñando con el doctor Rama, que levantaba sus camiones con sus hábiles manos morenas. Jean Ainslie tecleaba un e-mail general para todas sus amigas, mientras su marido intentaba dormir. Madge, a la que su nieto le había enseñado cuatro cosas de ordenadores, estaba sentada también delante de su pantalla; la luz azul iluminaba su rostro mientras accedía a sus inversiones en bolsa, que caían en picado. Stella estaba engullendo sus pastillas —pastillas para el corazón, pastillas para las articulaciones, Prozac—, con un vaso de soda. En su habitación, en la parte de atrás del hotel, Graham Turner tocaba tan bajito como podía una canción de Dinah Washington, «Loca por un chico». En alguna parte del jardín chillaba un pájaro. Los criados dormían, dondequiera que estuvieran durmiendo.

Fuera, en el cruce, los camiones rasgaban la noche a toda pastilla. Junto a Dunroamin transitaba la Brigade Road, hasta más allá de los grandes hoteles, hasta la gran ciudad de bloques de oficinas donde nadie había ido porque ese era otro mundo. Una segunda carretera conducía al casco viejo y su laberinto de calles en las que solo los más aventureros se atrevían a penetrar. La tercera calle conducía al centro de la ciudad, con sus edificios Victorianos que recordaban a Inglaterra. La cuarta carretera

conducía al aeropuerto. En Inglaterra un aeropuerto era solo un lugar del que uno hace uso de vez en cuando. Pero en Dunroamin su presencia era muy palpable. Era el lugar al que habían llegado, desde el que se habían adentrado en aquella tierra extraña. Habían bajado del avión con un billete de vuelta que muy probablemente nunca utilizarían. Y era un lugar que podía traerles, procedentes de un país que ahora les parecía lejano e irreal, a sus seres queridos.

Namasté —escribió Jean—. Siento no haberos escrito antes, chicas, pero Doug y yo hemos estado supermegaocupados instalándonos en nuestro nuevo hogar y explorando esta bulliciosa metrópoli india. Aunque carece de los deliciosos encantos de algunos lugares que hemos visitado en viajes anteriores (véanse cartas números 9

y 24), a Bangalore no le falta interés y, como bromea Douggy, ¡hay un montón de viejos monumentos aquí en nuestro hotel! Ahora en serio, Dunroamin es un sitio muy agradable, en un delicioso estilo «viejo Imperio británico», ¡y hace gala del habitual y errático servicio de agua! Nuestros compañeros de la residencia hace tiempo que cumplieron la edad de la jubilación, pero, como sabéis, nosotros creemos que la edad está en el espíritu y si uno está abierto a nuevas experiencias, siempre conservará un corazón joven (basta de sermones: ¡la educación!). La mayoría de ellos son mujeres, así que Doug está tan feliz y yo tengo que atarlo en corto (solo es broma). Uno o dos de ellos vivieron en la India siendo jóvenes, así que para ellos es como volver a casa. Nosotros también nos sentimos «como en casa» aquí, pero ya sabéis que nosotros ¡somos unos vagabundos! A nosotros siempre nos gusta adoptar las costumbres del país y les hemos enseñado a nuestros compañeros habituales de comidas los placeres de las dhasas y los idlis, ya que su única idea de la cocina local empieza y acaba con el pollo a la tikka, un plato que, por cierto, ¡desconocen la mayoría de los indios!

También estamos aprendiendo el lenguaje de Karnataka (el kannada) y ya podemos mantener una conversación sencilla con los empleados del hotel. Hemos comprobado que aprecian que nos tomemos la molestia de aprender unas cuantas palabras. Como sabéis, siempre hemos creído en el respeto hacia otras culturas y aunque McDonalds ha asomado por aquí su cabezón (perdón, «sus arcos dorados»), la India todavía conserva las características de una civilización antiquísima, estratificada y muy compleja. Desde luego, hay un gran abismo entre ricos y pobres (¡deberíais ver qué gangas!), pero nosotros hemos adoptado la costumbre de dar limosna a los mendigos: unas cuantas rupias pueden significar una fortuna para una familia pobre.

En términos generales, no nos arrepentimos. Devon parece un recuerdo lejano y nuestra única pena es que echamos de menos a nuestros muchos amigos (¡vamos, salid de ahí!) y, por supuesto, a nuestros chicos. Amanda ha ascendido a subdirectora y encuentra tiempo en su apretada agenda para su adorada salsa (paso cuatro, ¡bien hecho, Amanda!) y el festival anual «Barroco 24h», que al parecer organiza... ¡ella sola! La carrera de Adam va viento en popa en la BBC (¡pillad su último documental, los detalles abajo, nosotros pensamos que es el mejor hasta ahora: perturbador y divertidísimo!). Los correos electrónicos desde luego son una bendición y Douggy por fin ha superado sus tendencias tradicionalistas anti tecnológicas, y apenas puede separarse de su nueva cámara digital. Las fotos que os adjunto muestran a estos tontos que os escriben... ¡con la encantadora serpiente local!

Y basta ya por ahora. Como se dice habitualmente aquí, phir milenge (ya nos veremos), o, para los que tengan inclinaciones musulmanas, khoder hafiz, insh 'allah.

Besos, Jean y Doug.

P.S.: Un idli es un pastel de arroz cocido al vapor. Las dhasas son un tipo de torta de arroz. ¡Se acabó la clase!

Recuerda, o lo eres todo o no eres nada. Si lo eres todo, entonces tu corazón es tan grande que puede albergar a toda la humanidad en su interior, y no tienes ni celos ni mezquindad. Estás en el corazón de todas las criaturas y todas las criaturas están en tu corazón. Solo hay gozo.

SWAMI PURNA

Fue su mujer la que lo organizó. Por supuesto, Christopher había planeado visitar a su madre en algún momento, pero fue Marcia la que sugirió una fecha y lo preparó todo.

—¡Navidad en la India! —dijo Marcia—. Evelyn estará encantada. Y será estupendo para los chicos, una experiencia impresionante.

Así que Marcia se hizo cargo de todo. Se descargó paquetes de vacaciones que incluían Bangalore en sus itinerarios y se decidió por una empresa de primera especializada en rutas culturales. El paquete Maravillas del Sur de la India incluía Mysore, los templos de Halebib y Belur, «con sus intrincadas estatuas de figuras danzantes, animales y frisos», y una estancia de dos noches en el hotel Taj Balmoral, de cinco estrellas, en Bangalore, «una espaciosa ciudad con abundantes parques y jardines», leyó Marcia, «... ahora con un próspero centro de negocios, conocido como el Silicon Valley de la India». En el plazo de unos cuantos días todo estuvo listo, incluyendo un extra opcional: una semana en el complejo Colva Beach de Goa, donde podrían relajarse antes de regresar a Estados Unidos.

Christopher sintió su habitual mezcla de impotencia y gratitud. Aquella mujer era tan malditamente eficiente... No solo podía soportar un trabajo exigente en una empresa de inversiones de primera línea, se mantenía en forma con una tabla mortal de ejercicios en el gimnasio y organizaba los apretados horarios de los chicos, también había planeado incluso otra reforma del apartamento y estaba negociando la compra de algún inmueble en Wellfleet, Cape Cod, que se convertiría en el lugar de retiro de su padre y su madrastra. Marcia era una hija ejemplar en este aspecto. Christopher lo atribuía a su sangre judía e italiana. Procedía de una familia próspera y grande donde se daba por hecho que los hijos se ocupaban de sus padres.

Aquello conseguía que Christopher se sintiera culpable, claro. Y lo mismo el hecho de que fuera ella la que iba a pagar aquellas vacaciones; Marcia era una mujer generosa en este aspecto. Por supuesto, ella ganaba mucho más que él; cuando se conocieron, de hecho, ella era su superior, aunque cuando se trasladaron a Nueva York, Marcia cambió de trabajo y se fue a otra empresa. La hermana de Christopher,

Theresa, a la que nunca le había gustado Marcia, suponía que ella lo estaba exprimiendo con las exigencias de un altísimo nivel de vida. Christopher solo la había desengañado a medias; después de todo, un hombre tiene su orgullo.

Era un sábado de noviembre y se disponía a acompañar a Clementine a Central Park. Su hija tenía once años que parecían dieciséis. Quería ir al centro de belleza para hacerse las cejas, pero había insistido en probar antes sus patines en línea. Marcia se había quedado en casa para ayudar a Joseph con las mates.

—Es que Kirsty ya tiene hechas las cejas —comentó Clementine.

—Eso no significa que tú te las tengas que hacer —dijo Christopher—. Puedes seguir siendo una niña un poco más.

—¿Ah, sí? —Su cara decía: «No seas zumbado, papá». Era una expresión nueva..., una mueca de desagrado, y una sonrisa de lástima.

Bajaron por Madison, junto a las tiendas de moda. Christopher deseaba que le buscara la mano, pero Clementine había dejado de hacerlo recientemente.

—¿Te apetece ir a la India? —preguntó.

—Puag. La India es asquerosa. —Estaban pasando por enfrente de una tienda de Ralph Lauren.

Clementine se vio en el reflejo del cristal y metió para dentro la barriga.

—Hay unos sitios alucinantes allí —dijo su padre.

—La India está llena de pobres. Y huelen como Constanica.

—Eso no es muy agradable por tu parte. De todos modos, Constanica es de Haití. —Constancia era su criada—. Y además, verás a la abuela Greenslade.

—Pero tú siempre dices que está majareta —dijo Clementine.

—¡No! ¡En mi vida he utilizado esa palabra!

—Te he oído decírselo a mamá.

—Solo dije que estaba un poco distraída... Tiene setenta y tres años.

—Qué horror.

—No hables así, cariño. —Christopher pensó en la fortuna que se estaban gastando en su educación.

—Ni siquiera sabe mandar e-mails.

—No como tú, que te pasas la mitad de la vida pegada a una pantalla. —Estaba seguro de que Clementine pasaba el tiempo en algún chat inapropiado, probablemente dirigido por un pedófilo. Recordó la cara de su madre cuando miró el portátil que le había dado. «Christopher, querido, es demasiado tarde para aprender».

Clementine se detuvo a las puertas de un Starbucks.

—Quiero un frapuccino.

—Ahora no. Luego.

La niña rezongó. Siguieron su caminata. ¿No se suponía que tenía que ser divertido? Los patines en línea superguais de Clementine pesaban un quintal.

Ultimamente Christopher se sentía como un burro de carga, acarreado los caprichos capitalistas de sus hijos de una actividad a otra. A lo mejor su hija podía llevar sus patines ella sola..., lo de «disfrutar con el esfuerzo» y todo ese rollo de los ingleses. El problema era que ni siquiera se atrevía a sugerírselo. La cría no entendería ni de lo que estaba hablando y lo miraría con aquella cara de desprecio estilo Elvis que se estaba convirtiendo en una cosa tan habitual.

Su hija lo ponía de los nervios. Ultimamente parecía que lo miraba con desprecio. En realidad, él también sentía aquello por el resto de los habitantes de su casa. Era una lucha por conservar alguna mínima dignidad en un lugar donde incluso la criada parecía tratarlo con condescendencia. En Haití, sin duda, los hombres todavía eran hombres. Con el correr de los años había ido alimentando la sospecha de que empezaba a sobrar. Tras haber inseminado a su mujer —había sido un matrimonio tardío para ambos y el tiempo se agotaba—, sentía que tenía poco que ofrecer a una mujer que era absolutamente capaz de hacerlo todo ella sola sin ayuda de nadie.

Antaño aquello le había resultado muy atractivo. Cuando se conocieron, él tenía treinta y nueve, trabajaba en la City londinense y vivía una sórdida soltería en Clapham. Tenía su rutina: *squash* los martes, al pub los viernes... De hecho, con su Golf GTI descapotable, se consideraba absolutamente un urbanita sofisticado y socialmente activo. Uno tras otro, sin embargo, todos sus amigos lo habían abandonado; la tropa del pub había ido menguando, abatidos por el fuego de francotiradores del sexo opuesto.

Que él no hubiera encontrado la chica adecuada se debía a la apatía. Se dio cuenta de aquello cuando Marcia apareció fulgurantemente en su vida con su poderosa actitud y sus habilidades organizativas. La habían trasladado temporalmente a la oficina de Londres para seis meses y, por alguna razón, había ido directa hacia él. A lo mejor se le estaba agotando el reloj biológico, porque —para hablar sin rodeos— ella ya no era una jovencita. Había estado demasiado ocupada abriéndose paso en el escalafón corporativo para pensar en fundar una familia. Y él tenía que admitir que a primera vista Marcia no le había parecido tan atractiva: piel cetrina, rasgos duros y aquellas cejas espesas que iba a heredar su hija. Él, en cualquier caso, no tuvo nada que hacer, arrastrado por el campo magnético de la personalidad de Marcia. ¡Qué llamativo contraste presentaba su mujer frente a su convencional educación británica!

En el plazo de una semana, Christopher se rindió a sus deslumbrantes ojos y a su vigorosa forma de hacer el amor. En el plazo de un mes se había instalado en su casa y le había organizado la vida. «¿De verdad le llevas la colada a tu madre?». Christopher recordaba muy bien aquel gesto de asombro y aquella mirada compasiva. Con el paso de los años aquellos gestos se le habían hecho familiares, sobre todo cuando las distintas inversiones que había hecho, en nombre de su familia y su madre, se habían ido al traste. Desde luego, el mercado se había hundido tras el 11 de

Septiembre, pero Christopher tenía que admitir que había tomado algunas decisiones equivocadas. Pero, bueno, ellos estaban bien, ¿no? Un cómodo tren de vida en el Upper East Side y su madre instalada en una residencia que no expoliaba sus recursos económicos y que tenía muchísimas ventajas, comparada con sus equivalentes en Inglaterra. Y, por sus cartas, parecía bastante contenta, con todas aquellas idas y venidas. Había estado cacareando nosequé sobre unas sandalias nuevas o algo así. Para los viejos, el mundo se acababa en sus alrededores inmediatos; apenas importaba dónde estuvieran. Era como si fueran bebés otra vez; al parecer, en su hotel incluso les ponían mermelada y natillas.

Christopher y su hija pasaron junto al Metropolitan Museum. Una mujer de cierta edad estaba sentada en las escaleras. Estaba rodeada de bolsas y sostenía un vaso de plástico vacío. Una mujer bien vestida, tenía un leve parecido con su madre.

Christopher sintió una punzada de culpabilidad. ¡Qué fácil fue convencerse de que todo iba bien! Siempre había sido muy bueno mintiéndose y justificándose. De hecho, para ser real y verdaderamente sincero, había reducido a su madre a la miseria. Ella merecía una cómoda vejez en el seno de su familia, ¿y qué había hecho él? Joderlo todo. Se había largado a Nueva York y pasaban semanas enteras sin que, aborto en su propia y ajetreada vida, pensara en ella en absoluto.

La mirada de la mujer de las escaleras se topó con la suya. «¿Qué has hecho?». Christopher se palpó en busca de su monedero. «Te di la vida, y tú me abandonas como una bolsa de basura». Un coche de policía cruzó a toda velocidad, con la sirena aullando.

Fue entonces cuando se dio cuenta de su error. El vaso de plástico de la mujer contenía los restos de su café. La mujer de las bolsas era simplemente una mujer de tiendas descansando en las escaleras del Metropolitan Museum.

Christopher se detuvo a tiempo, gracias a Dios. Nadie se había dado cuenta.

En Central Park, Christopher metió las flacas piernecillas de su hija en las botas de los patines y cerró las correas. Ella trotó por el asfalto. De algún modo conseguía que ir a patinar pareciera como una concesión para complacer a su viejo papá, como si aquel rato con él fuera solo un intervalo antes de regresar a su verdadera vida.

—¡Esa es mi chica, Clem! ¡Fantástico! —Christopher oyó su propia voz, demasiado escandalosa. La niña se tambaleó. Él le tendió la mano, pero ella estaba decidida a hacerlo sola.

Tres tíos negros pasaron a toda velocidad. Uno llevaba un enorme radiocasete; la música vibraba con los bajos. La gente andaba paseando en bici, corriendo, practicando extrañas posturas orientales. Marcia era neoyorquina. A él le encantaba aquella vitalidad de la ciudad, aquella increíble falta de timidez. El problema era que él no podía abandonarse de ese modo. Se sentía como si fuera un espectador de su

propia vida, observando sus actos desde la distancia. En aquel momento era un padre disfrutando de un rato fantástico con su hija: sobreactuando, con un entusiasmo exagerado, dando voces con falsa afabilidad. Podía ver que era un precioso día de otoño —las hojas amarillas y rojas, las dos agujas del edificio San Remo arañando el cielo—, pero en lo único que estaba pensando era en cómo describirlo más tarde para mostrarle a Marcia que se había dado cuenta.

Uno de los tíos negros dio un viraje brusco y giró con una consumada habilidad. Era simplemente él mismo; no tenía que escindirse de aquel espantoso modo inglés. Christopher pensó: si al menos pudiera fundir mis dos partes... Su hermana Theresa, que estaba metida en todo aquel rollo indio, no paraba de hablar de la totalidad, y de despojarse de nosequé para alcanzar un elevado estado de conciencia. Le había enviado incluso un libro, impreso en un papel que parecía como papel higiénico, escrito por un tal Bhagwan Nosecuántos y con los pasajes referidos al *estrés* subrayados. Theresa hacía meditación y yoga. ¿Cómo era posible, entonces, que fuera la persona más infeliz que conocía?

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Clementine.

—¿Cómo? ¿Ya?

—Hemos estado aquí mil años.

Se incorporó en el banco y se agachó para quitarle las botas. En aquel momento uno de los tíos negros se acercó, con un silbido de velocidad, y vino a detenerse justamente al lado de la niña.

—¡Hey!, ¿ya lo dejas?, ¿tan pronto?

Le tendió la mano a la cría. Clementine se puso colorada. Dudó, mirando a su padre. Entonces, le tendió la mano a la enorme manaza del negro y los dos se fueron juntos.

Christopher los vio patinar de lado a lado: Clementine, diminuta; el hombre, enorme. Ella se iba riendo: se reía de verdad, con chillidos infantiles de emoción. El hombre iba más despacio por ella. Su camiseta roja combinaba con la chaquetilla de Clementine.

Sentado en un banco, Christopher los observó. O, para ser más preciso, se miró a sí mismo: un hombre de mediana edad, con barriga ya, vistiendo un traje gris con una mancha de vinagreta en la rodilla. Se miró a sí mismo mirando a su hija, que se alejaba con un dios negro y riendo de alegría.

Lo que somos hoy procede de nuestras ideas de ayer, y nuestras ideas de hoy construyen nuestra vida del mañana: nuestra vida es la creación de nuestra mente.

DHAMMAPADA

El doctor Rama ejerció un poderoso efecto en las residentes de Dunroamin. A lo largo del mes de noviembre varias de ellas se pusieron malas. Sus dolencias no amenazaban con acabar con sus vidas, pero al parecer estaban fuera de las competencias de la señora Cowasjee, cuya área de especialización, efectivamente, era un tanto limitada. El doctor Rama fue requerido para atender a las pacientes en la privacidad de sus habitaciones. Más adelante, cuando compararon sus prescripciones, descubrieron que a todas les había recetado antibióticos, pero eso no rebajó en nada el aprecio que le tenían. Después de todo, los antibióticos podían curarlo prácticamente todo, ¿no?

—El doctor Rama, ¡qué encanto! —canturreó Stella, engullendo las pastillas con un vaso de agua hervida. Estaba completamente sola en el mundo—. Para ser sincera, él es el mejor re vitalizante.

—¿Hay algo más guapo que un indio guapo? —dijo Madge, que había estado frecuentando los bares de los hoteles en busca de su rico marajá. Hasta el momento solo había encontrado uno: tenía ochenta y seis años, por desgracia, y se parecía a Yasser Arafat. «Una tiene sus límites...», había dicho con un suspiro.

—A Norman se le han bajado los humos —dijo Evelyn.

—Se lo tiene bien merecido —replicó Madge—. Viejo bobo.

Porque Norman ya no era el gallo del gallinero. Algunas de las mujeres se habían mostrado inmunes a sus encantos, pero un sorprendente número de ellas habían respondido a sus galanterías ruborizándose y riéndose, a veces, incomprensiblemente, ante sus chistes verdes. Madge tenía razón; en cierto sentido, cuando uno alcanzaba cierta edad, cualquier hombre lo haría. Todas habían sido testigos de eso antes, en Inglaterra, donde cualquier hombre recién enviudado, aunque no fuera nada atractivo y estuviera acabado, se encontraba de repente rodeado de mujeres deseosas de cuidar de él. En el caso de las mujeres, desde luego, era todo lo contrario. Así era la dura realidad de la vida.

Muriel no pertenecía al club de fans del doctor Rama. Decía que había algo en él que le daba risa.

—Es que no es como un médico de verdad —decía—. Cuando tuve palpitaciones,

me puso el estetoscopio en el lado contrario.

Evelyn achacaba aquello al racismo. Sabía, por lo que Muriel había dicho, que no confiaba en los extranjeros. En los primeros días había oído a Muriel farfullar sobre los negros y se había preguntado por qué demonios había ido a la India cuando tenía aquel modo de pensar. Ahora, claro, ya sabía la razón: el hijo de Muriel se encontraba en el país. Todo cobraba sentido..., bueno, un poco al menos. ¿Qué clase de fe ciega podía conducir a Muriel a creer que solo por que ella estuviera en el mismo subcontinente que su hijo, podría encontrarlo? Muriel no le había contado mucho: solo que Keith estaba siendo buscado por la policía, por algún fraude que había cometido —según Muriel, no—, y había huido a la India para localizar a su socio en el negocio que lo había traicionado. Todo aquello parecía altamente improbable. Muriel le había hecho jurar que lo mantendría en secreto y no había vuelto a hablar de ello desde entonces. De hecho, parecía evitarla. Evelyn procuró no tomárselo como una cuestión personal; sabía, por experiencia, que aquellos que son depositarios de ciertas confidencias pueden ser posteriormente rechazados.

La ironía era que, a pesar de sus prejuicios, Muriel había absorbido más costumbres indias que cualquiera de los demás. Los Ainslie se jactaban de cierta superioridad en este sentido, pero Muriel parecía haberse inyectado las creencias del país directamente en vena; parecía que aquello respondía a una necesidad de su carácter: leía regularmente el horóscopo con la señora Cowasjee, de quien se había hecho muy amiga; había hecho que el hombre con el loro que había en el bazar de enfrente le leyera la buenaaventura. Había un perfume de barras de incienso que emanaba constantemente de su habitación y Stella juraba que la había oído cantar algún ensalmo, aunque no se podía confiar mucho en el oído de Stella.

Un día, a finales de noviembre, se planeó una excursión al pueblo de Nrityagram Dance, que estaba a veinte millas de distancia. Se reservó un minibús, pero Muriel no quiso ir.

—Es un día aciago —comentó—. Me lo ha dicho la señora Gee-Gee.

Se refería a la señora Cowasjee, claro.

—¿Por qué la llama usted señora Gee-Gee? —preguntó Evelyn.

—Bueno, no la voy a llamar señora Cow, ¿no?^[7]

Stella bajó la voz.

—Puede ser un poco vaca morucha a veces.

—Aquí no es lo mismo, Stella —dijo Jean Ainslie—. Las vacas en la India son sagradas. Probablemente se lo tomaría como un cumplido. —Se volvió hacia Muriel—. ¿Por qué es un día aciago?

—Y a mí qué me cuenta. Es lo que dijo ella. —Muriel ahogó una risa—. Tenga cuidado o le morderá otro mono.

Al final resultó que el minibús se averió en el viaje de regreso a la residencia.

Había llevado algún tiempo la reparación, al parecer con un cordel de bramante cedido por un vendedor de cocos que había al lado de la carretera, y llegaron tarde a la cena. Además, Madge había perdido las gafas de sol.

—¿Ven lo que les decía...? —dijo Muriel con aire triunfal—. ¿Qué les dije yo?

Solo Evelyn sabía la razón por la que Muriel creía en las fuerzas sobrenaturales. Oraciones, hechizos, ¿qué más daba? Estaba preparada para recurrir a cualquier ayuda en su objetivo de reunirse con su hijo. Una apuesta un tanto arriesgada, pero al fin y al cabo aquello era la India, la tierra de los milagros.

La cena consistió en una sopa cremosa de nosequé, porque nadie pudo descubrirlo, seguida de pescado frito o cordero *pillau*, a elegir. La gente hablaba sobre el día de la excursión: los encantadores bailarines, las carreteras llenas de baches, la falta de aire acondicionado en el autobús, pues aquello se parecía mucho a una jornada de supervivencia. Evelyn se había quedado en Dunroamin; su cadera le estaba dando guerra y, así, pudo disfrutar de un día con todo el hotel prácticamente solo para ella. Había escrito cartas y se había aventurado a ir al bazar, donde le había dado una rupia al mendigo sin piernas y había comprado algunas naranjas. Incluso se sabía ya la palabra que significaba ‘naranjas’: *santara*.

Estaba sentada con los Ainslie y con Olive Cooke, una mujer habladora cuyo marido había trabajado para BP y que había vivido en todas partes del mundo. Estaban hablando de Hong Kong.

—Nuestro hijo Adam hizo un documental allí... —dijo Jean—. Sobre los edificios de Norman Foster. Fue nominado para los BAFTA.

Como siempre, los Ainslie conseguían que Evelyn se sintiera una inútil: su matrimonio feliz, su competente hijo en la BBC, sus experiencias alrededor del mundo... Evelyn pensaba en su pueblo, con su momento álgido en la gran muestra anual de punto de cruz en el salón comunitario.

—Su antigua jefa va a venir aquí la semana que viene —dijo Jean—. Una mujer llamada Dorothy Miller, toda una leyenda al parecer. Nos morimos por conocerla, ¿verdad, Dougy?

—Parece una mujer realmente tremenda —dijo Douglas—. ¿De *qué* es esta sopa? ¿Alguien tiene idea?

Evelyn estaba pensando en su propio hijo. Estaba esperando su visita con sentimientos encontrados. Desde luego, quería verlo, y a los nietos, a los que no había visto desde hacía mucho tiempo, pero, sencillamente, no podía imaginarse a Christopher en la India. ¿Cómo reaccionaría ante aquel lugar? ¿Y qué diría aquella amenazadora mujer americana que tenía? ¿Qué pensaría de los manteles llenos de lamparones y de los fluorescentes llenos de moscas? Los americanos son tan higiénicos... Ver el hotel a través de los ojos de Marcia le permitía a Evelyn darse

cuenta de lo andrajoso que era.

Jimmy, con manos temblorosas, cogió su plato de sopa y se lo llevó.

—Para ser sinceros —murmuró Douglas—, deberíamos ser *nosotros* los que lo atendiéramos a él.

¿Qué pensaría Christopher de los criados inválidos, de los grifos que tosían agua marrón? A lo mejor cogía a Evelyn y se la llevaba a Nueva York. Si él fuera indio y venerara a los ancianos, puede que lo hiciera, pero, claro, si fuera indio nunca habría permitido que su madre fuera a ese sitio, para empezar.

En realidad, pensó Evelyn, no querría irme. Sentada allí a cenar, se percató de que le había cogido cariño a sus compañeros residentes. Estaban todos en el mismo barco, todos abandonados de uno u otro modo por aquellos a los que habían amado, y ahora tenían que estar unidos. Después de dos meses, habían llegado a ser como una especie de familia; incluso aquellos a los que no apreciaba especialmente habían llegado a serle tan familiares que los conceptos como «caer bien» o «disgustar» se habían tornado prácticamente irrelevantes. Inglaterra era un lugar lejano ahora, y era otra vida. Ahora era esa gente la que le importaba. Algunos podían ponerse enfermos e ir al hospital. Otros podían sucumbir a la nostalgia y regresar a Inglaterra. Aquellos que eran un poco raros sin duda acentuarían sus rarezas, ella incluida. Otros podían... morir. Todos morirían.

—¿Sigue usted al *Inspector Morse* sel —preguntó Douglas.

Evelyn asintió. El sobrino nieto de Graham le había enviado un vídeo del *Inspector Morse* desde Inglaterra. Graham no parecía el tipo de hombre que tuviera familiares, pero obviamente los tenía. A lo mejor es que nadie se lo había preguntado. Los que no estaban agotados por el viaje tenían previsto ver a aquel encantador John Thaw después de cenar.

Evelyn engulló un bocado de pastel. Tenía un asombroso montón de colores por encima, cientos y miles de colorines. Le recordó los de sus fiestas de cumpleaños y sintió algún consuelo en aquel momento. Ocurriera lo que ocurriera, siempre podía encontrarse algún consuelo en las pequeñas cosas de la vida.

Pauline le enseñó el fax a Ravi.

—Papá dice que esa nueva mujer está completamente majara.

—¿Qué?

—Esa Dorothy Miller. Dice que anda deambulando por ahí cantando nanas.

—Tu padre piensa que todo el mundo está majara menos él —dijo Ravi—. Es exageradamente competitivo.

—¿Y no puede estar senil esa mujer? Pensé que todos tenían que tener un informe médico antes de ir para allá.

Aquello sonaba como una acusación. Pauline no había querido formularla como

tal, pero cualquier cosa que dijera en ese momento tenía toda la pinta de una queja. Era culpa de Ravi. Era muy quisquilloso.

—¿No quieres leerlo? —preguntó—. Es bastante divertido.

Ravi miró el fax, pero Pauline pudo comprobar que solo le echaba un vistazo por encima. Intentó cambiar de tono.

—Una de mis dientas..., su madre tiene Alzheimer —dijo—. La pobrecita apareció en el aeropuerto cargando con tres bolsas. Costó una eternidad pasarlas por los controles de seguridad.

Ravi se quedó callado, abismado en sus pensamientos, y continuó cargando el lavavajillas. Les daba un agua a los platos con tanta dedicación que resultaba un poco absurdo ponerlos después en el lavavajillas.

—Y todavía llevaba una correa de amarre de un hospital... —dijo Pauline.

Seguía sin haber respuesta.

Pauline señaló el fax.

—¿Has leído ese párrafo sobre el pastel de cumpleaños? ¿Lo del cocinero que escribió «cumpleaños» con V?

Ravi cerró la puerta del lavavajillas y giró el mando. De repente Pauline empezó a sudar... Menopausia, furia, una de las dos cosas.

—Parece que no te importa lo que pasa allí, siempre que saques provecho de ello.

—Eso no es verdad...

—Antes eras todo un idealista.

—Pero ¿qué tiene de malo ese sitio? —preguntó Ravi—. A ver, dime. Tú dijiste que era encantador, dijiste que era como si el tiempo se hubiera quedado detenido. Dijiste que tú misma vivirías allí si fueras lo suficientemente mayor.

—Todo aquello era una situación extraordinaria. Ojalá hubieras estado allí.

En realidad, pensó Pauline, mejor no.

—Te estás comportando de un modo completamente distinto desde que regresaste —dijo Ravi.

—El país me conmocionó...

—Todo el mundo dice eso de la India.

—Yo no soy todo el mundo...

—Los ingleses vais allí... ¡Ah, qué pobreza, ah, las puestas de sol...!

—No generalices...

—Veis el sitio con ojos románticos, siempre lo hacéis, pero todos sois iguales, cogéis lo que queréis, lo que siempre han hecho los ingleses, luego os vais al diablo y aquello sigue exactamente igual que siempre...

—Al diablo te viniste tú.

—Porque no podía soportarlo.

—¿Por qué?

Ravi dobló un paño de cocina.

—Tú no tienes ni la más remota idea de lo que realmente es aquello. Todos vosotros volvéis con vuestras gangas de bazar, farfullando todas esas bobadas místicas...

—¿Por qué no podías soportarlo? —preguntó Pauline.

—Porque me estaba asfixiando.

Ravi salió de la cocina. Pauline pudo oír que daban las diez en el reloj de las noticias de la tele, en el comedor. Sabía por experiencia que no tenía ningún sentido continuar con aquella conversación.

Pauline subió las escaleras. Ultimamente ella y Ravi ya no concluían las peleas; su vida era una larga discusión que se alargaba constantemente, solo interrumpida por el trabajo o por el sueño. Era una discusión crónica que parecía que tuviera vida propia; era un parásito intestinal succionando sus componentes nutritivos, succionándolos hasta dejarlos secos.

Pauline había pensado que fue todo aquello del negocio de Ravison lo que había cambiado a su marido, pero la India le hizo darse cuenta de algo: Ravi no había cambiado en absoluto, solo se había convertido más en él mismo: gélido, concentrado en cualquier cosa, pero no un marido de verdad, en absoluto. Era un hombre solitario que daba la casualidad de que tenía una esposa. A lo mejor así era como se comportaban la mayoría de los casados de la India y ella no se había dado cuenta hasta que había ido a un país lleno de hombres que eran igual que Ravi. El matrimonio era algo que uno tenía apalabrado antes de emprender su propia vida. Él simplemente no conectaba con ella, en absoluto. Ah, claro, Pauline sabía que Ravi tenía que ponerse un escudo protector sencillamente para poder llevar a cabo su trabajo en el hospital. Sin duda, preocuparse por los desconocidos era más fácil que cuidar de aquellos que uno amaba. El problema era que cuanto más abandonada se sentía ella, menos encantadora se tornaba. Se vio a sí misma convirtiéndose en una quejicosa y una resentida; se estaba convirtiendo en una mujer que resultaba odiosa incluso para sí misma.

Pauline se sentó en la cama. Los muelles crujieron. ¡Cómo lo había deseado antaño! Era precisamente el aspecto extranjero de Ravi lo que le había llamado la atención; la emoción de lo desconocido. Recordó su primera cita, una comida en un restaurante francés —ya había cerrado hacía mucho tiempo—, su mano morena apoyada sobre el mantel blanco, la visión de su cuello en su camisa de cuello abierto, aquella tupida cabellera negra. Ella se había imaginado su polla negra, por el momento bien a resguardo en sus pantalones. Puede que esta noche nos besemos. ¿Tendrá su saliva un sabor diferente? ¿Olerá diferente? Esta noche, a lo mejor, rodearé con mis piernas el cuerpo desnudo de un hombre indio. Debilitada por el deseo, apenas pudo comer.

«El amor es perverso», pensó Pauline. El mismo elemento que provoca el fuego puede acarrear, en sí mismo, su propia destrucción. Lo que le había parecido misterioso ahora le parecía simplemente opaco. Impenetrable. Aburrido.

La India había explicado a su marido. Como un caleidoscopio, la India había sacudido a Ravi y había colocado sus pedacitos de cristal en una disposición completamente diferente. Ella lo veía más claramente ahora; podía incluso entender por qué se había ido de allí. «Me estaba asfixiando». Estar en la India era como estar en el metro en la hora punta: toda aquella gente, el agobio, los gritos, uno tenía que cerrarse. Si no, el volumen generalizado de aquella multitudinaria e inerte desesperación podría destruirte. Y luego estaba su familia, a algunos de los cuales había conocido Pauline a lo largo de los años, cuando visitaban Londres. «Veis la India con ojos románticos». Al principio lo había envidiado por sus padres, y por sus hermanos, y por sus primos. Procediendo de una pequeña familia, Pauline efectivamente los había visto con ojos románticos. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que había algo opresivo en todas las exigencias familiares. No era de extrañar que simplemente se hubiera largado.

Lo terrible era que ahora que por fin comprendía a su marido, ya no le interesaba nada.

Fuera, en la calle, la tormenta estaba arreciando. Había sido un otoño malísimo. Pauline abrió el armario y sacó una bolsa de plástico. Estaba llena de fotos. Las sacó y las esparció por encima de la cama.

Algunas de las fotos eran de Dunroamin: el desconchado caserón ahogado por las enredaderas. Allí lo llamaban «bungalow», pero en realidad era una casona de dos pisos. En una foto vio un rostro en la ventana de arriba. ¿Quién se estaba asomando allí? No se había dado cuenta en el momento de sacar la fotografía. Otra foto mostraba a su padre sentado en la veranda exterior de su habitación; Pauline podría decir, por la inclinación de su cabeza, que estaba escuchando el *cricket* por la radio. Durante su estancia allí, Pauline le había cogido más cariño a su padre; sin Ravi presente, era más fácil soportar los boletines diarios de su padre respecto a sus operaciones intestinales. Al parecer a su padre lo aguantaban mejor en Dunroamin que en las otras residencias donde había estado, tal vez porque no había mujeres guapas entre el personal. O a lo mejor porque los indios aceptaban de mejor grado los comportamientos extravagantes, especialmente de los ingleses. Habían tenido que aguantarlos durante muchísimo tiempo.

Pauline rebuscó entre las fotos. Una mostraba a una señora cuyo nombre había olvidado, pintando en un caballete. Otra mostraba a cuatro residentes, todas mujeres, sentadas en el jardín. La foto estaba quemada y un tanto borrosa. No podía averiguar qué estaban haciendo, si es que efectivamente estaban haciendo algo. Ni podía reconocerlas; las mujeres eran tan incorpóreas como fantasmas, ataviadas con sus

pálidos vestidos de verano. En ese momento solo había unas pocas, las primeras que llegaron, pero ya se habían desvanecido en su memoria, desfiguradas y disipadas por la vida que Pauline había descubierto al otro lado de los muros del jardín.

Porque por las tardes, cuando su padre se estaba echando la siesta, Pauline había salido a recorrer el vecindario. La mayoría de las fotos eran de niños que se había encontrado en las calles. Habían ido gritando a su alrededor, empujándose para entrar en la foto. En las fotos sus sonrisas estaban congeladas, y sus manos se tendían en busca de caramelos de fruta. Ablandaban su corazón. Era un sentimiento que conseguía que sus piernas flaquearan, un sentimiento más profundo que el deseo que había sentido por Ravi —hacía tantos años— en el restaurante Antoinette. La mayoría de los muchachos eran chicos; en una foto estaban bailando en el agua que salía de una cañería rota. Eran desesperadamente pobres, pero qué distintos eran de los cabezas rapadas de la finca de atrás de Plender Street, crios con cara de hombre que destrozaban los retrovisores mientras bajaban pavoneándose por la calle. La de los muchachos indios era una clase distinta de pobreza. «Cogéis lo que queréis de nosotros. Es lo que siempre habéis hecho los ingleses». Si pudiera al menos darles aquellas fotos; aquellas probablemente serían las únicas fotos que les harían en la vida: la prueba de su existencia. Pero ¿cómo podría enviárselas? No sabía cómo se llamaban aquellos crios ni dónde vivían. ¿Cómo iba a escribir: «Dos muchachos, calle del Vertedero, detrás del cine Paradise, Bangalore»?

Pauline sabía que iba a volver. Y no era solo la presencia de su padre lo que la empujaba a regresar allí. Pauline volvió a meter las fotos en la bolsa, y bajó las escaleras.

Ravi estaba viendo alguna serie de polis. Aquello la sorprendió un poco; él nunca veía ese tipo de películas. Podía decir, por el aspecto de su coronilla, que él sabía que ella había entrado en el salón. Pensó: «Es tan desgraciado como yo».

—Vayamos por Navidad. Por favor, Ravi —dijo Pauline.

Por favor, di que sí, o puede que me vaya yo... y no vuelva jamás.

—¿Ha tenido usted noticias de su encantadora hija?

—Está bien —dijo Norman—. Perfectamente bien. —Estaba tomando un trago con Sonny en el Gymkhana Club—. Me llamó ayer. Va a venir por Navidad.

—¡Perdóneme un momento...! —Sonny pegó un brinco y corrió detrás de un hombre que estaba cruzando el bar. Norman lo vio gesticular. El tío no podía quedarse quieto. El móvil de Sonny había interrumpido dos veces ya su conversación.

Sonny regresó a la mesa.

—Por favor..., continúe.

—Deberías tranquilizarte, colega —dijo Norman—. Se supone que somos nosotros, los viejos, los que tenemos que tener ataques al corazón.

—¿Y qué le voy a hacer? No hay nadie en quien pueda delegar, todo lo tengo que hacer yo solo. Esa gente con la que hago negocios me estafa, hacen trafullas a mis espaldas...

Sonny siguió parlotando. Norman se preguntó cuándo podría sacar a colación el tema que había ido a discutir con él. Era un ternilla un poco delicado. Había una cabeza de un tigre disecado en la pared de al lado; miraba con los ojos vidriosos por encima, evitando la mirada de Norman.

—¿Algún problema en el hotel? Tiene que decírmelo, Norman, buen amigo —dijo Sonny con un guiño—. Es usted mi espía.

—Están todas obsesionadas con ese maldito médico. Las tiene a todas nerviositas. Cualquiera diría que caga perlas.

—¡Mujeres! —dijo Sonny encogiéndose de hombros.

Norman suspiró.

—De eso es de lo que quería hablar contigo...

—Un momento, por favor...

Sonny se puso en pie de un brinco y abordó a un grupo de hombres que se disponían a abandonar el bar. Norman se hundió en su sitio. El Gymkhana Club era un enorme y viejo edificio lleno de palmeras en maceteros y animales disecados. Se abrió para los ingleses, naturalmente, pero ahora estaba lleno de rostros morenos. Norman había estado allí un par de meses antes; lo había invitado Sonny: ese era el único modo en que un tío como él podía entrar allí en la actualidad. Aún se conservaban reliquias del Imperio de la India: fotos de presidentes antiguos colgando en el vestíbulo y una lista de miembros del equipo deportivo, grabados en dorado, clavados en las paredes de la tenebrosa sala de billares. Camareros con escarapelas, trayendo y llevando bandejas de bebidas, iban de mesa en mesa. Desde sus viajes por los trópicos, Norman estaba acostumbrado a los clubes como aquel. En el pasado siempre le habían resultado reconfortantes. Ahora era viejo, y un lugar como aquel le hacía sentir como si ya estuviera muerto.

Sonny regresó a su asiento. Norman encendió un cigarrillo.

—Tú eres un hombre de mundo, un tío maduro —dijo. Casi de la familia, en realidad. Y darse cuenta de aquello le produjo cierto sobresalto—. Seguro que te has corrido tus juergas por ahí. —Norman sabía que Sonny tenía mujer, pero nunca parecía tener intención de mencionarla—. La cosa es que un tío puede sentirse un poco solo sin una pizca de compañía femenina. Me he enterado de que las mujeres de Bangalore pueden ser muy..., en fin, muy cariñosas. No sé si me entiendes.

Sonny no paraba quieto. Sus ojos iban fugaces de un lado a otro del salón. Norman avanzó sin inmutarse.

—Me estaba preguntando si podrías indicarme un poco la dirección correcta. Ya sabes, una especie de presentación o así. Algo de ese tipo. En el sentido más discreto.

—¿Qué? —preguntó Sonny.

—Estoy buscando una mujer cariñosa, experimentada...

—Pero si está usted rodeado de mujeres —dijo Sonny entre risas—. Puede usted irse a chingar a la cama todas las noches con una señora diferente.

Norman dejó su bebida.

—Debes de estar bromeando. Un poco mayorcitas, ¿no te parece?

—Usted también, amigo mío.

Norman se removió en su asiento. A ver, tampoco era necesario que el tío lo dijera de esa manera. ¿Es que no tenía tacto el hombre este?

Sonny, que parecía ansioso por largarse, avisó para que le llevaran la cuenta. Norman cogió un *rickshaw* para regresar al hotel. Iba dando botes por encima de los baches; los colgantillos del conductor —campanillas y amuletos— se bamboleaban pendiendo de sus cordelillos. Norman iba agachado bajo la capota de plástico. La conversación, obviamente, lo había dejado chafado. ¿Es que Sonny no entendía que, cuando se llegaba a cierta edad, un tío podía comenzar a experimentar problemas de una naturaleza muy íntima y personal? La operación de próstata no había sido de mucha ayuda, pero, para ser sinceros, había estado experimentando dificultades en el apartado de hidráulica desde hacía algún tiempo. Solo una profesional podría ayudarle: de hecho, ya lo habían ayudado en el pasado. Todas habían sido extranjeras, claro —nigerianas, tailandesas, malayas—. Solo un color diferente de piel podía conseguir que su varita mágica funcionara. Ese tipo de mujeres sabía cómo satisfacer a un hombre, estaba en su cultura.

El *rickshaw* fue dando botes por toda la carretera, pasó Cubbon Park. Norman se aferró al borde del carricoche cuando dio un giro brusco en una rotonda. En el medio había una estatua de la reina Victoria, moteada de cagadas de pájaro.

Con mujeres de ese tipo, exóticas profesionales, un tío no tenía que enredarse en conversaciones incómodas; no había problemas de esa naturaleza.

Y no se reían de él.

Sonny estaba que echaba chispas. Marcó otra vez el número en su móvil. Ni una puta contestación, claro.

Se inclinó hacia delante en su asiento.

—Imagínate a quién me encontré en el club —le dijo al conductor—. A ese cabrón de Freddie. Ese sabe dónde se ha metido el hijo de puta de PK. El tío parecía que me estaba evitando.

Iban a toda pastilla por la MG Road, zigzagueando entre el tráfico. Jatan Singh era un conductor muy hábil; y como a la mayoría de los miembros de la etnia *sij*, le volvían loco los coches. Había trabajado para Sonny durante cuarenta años y conocía más secretos suyos que nadie en Bangalore.

—Se cree que me puede dar esquinazo, el *haraami* —dijo Sonny—. Voy a localizarlo, Jatanji, voy a localizarlo y lo voy a joder vivo.

PK, su antiguo socio, había estado evitándolo durante las últimas tres semanas. Se le había visto en un par de ocasiones. El cuñado de Sonny lo había visto en un cóctel del ministerio; y otra gente lo había visto en uno de sus edificios, un complejo de oficinas más allá de Defence Colony, pero hasta donde sabía Sonny, podría haberse largado a Estados Unidos o a Londres, donde tenía otros negocios. PK era un ladrón, claro. Mediante hábiles sobornos, su empresa había pescado contratos para varias urbanizaciones importantes, incluyendo un edificio residencial en unas parcelas que Sonny había comprado junto a la carretera del aeropuerto. Todo aquello podía pasar. El problema era que el tío había subcontratado la obra a la empresa de construcción de su hermano, el cual, mediante facturas falsas, había utilizado unos materiales defectuosos.

—Le voy a poner los huevos por corbata —farbulló Sonny mientras el coche iba a toda mecha por la carretera MG. Tres semanas antes, cuando solo se había levantado la mitad, el puto edificio se había venido abajo. Las investigaciones habían revelado que se había puesto demasiada arena en el cemento, y ahora el muy *chootiya* había desaparecido.

—¡Apriétale ahí, Jatanji!

Sonó su móvil. Era una voz familiar.

—¿Dónde andas, *mera chota beta*? ¿Es que tienes una vida tan atareada que te has olvidado de tu pobre y anciana madre, que lleva aquí sentada esperándote desde hace una hora?

Hai Raba! Había olvidado que se suponía que tenía que llevarla al oculista.

—Pues ya te digo que tengo otras cosas mejores que hacer —suspiró su madre—. Le diré a Anand que llame un taxi.

—No, mamuchi...

—Puedo ir sola, mis piernas tendrán que llevarme...

—¡Espera!

—Hoy no me están dando mucha lata, y le diré al señor Desai que tú tienes cosas más importantes en las que pensar...

—¡Pero si ya voy! ¡Dame diez minutos! —Sonny apagó el teléfono—. ¡Da la vuelta ya! *Jaldi!*

Sonny se recostó y se hundió en el asiento. Y además, se había olvidado de coger una caja de *gulab jamuns* de la tienda favorita de su madre, la Darpan's Electric Bakery. Se lo había prometido cuando salió de casa por la mañana.

Las sienes de Sonny palpitaban. Se imaginó a su madre, inmensa, echando humo de impaciencia, esperando a la puerta. Si al menos su mujer pudiera tranquilizarla..., pero toda la semana pasada habían estado sin hablarse. Sonny ya ni siquiera se

acordaba de la razón de aquella trifulca concreta y, para ser sinceros, tampoco le importaba. Algo que tenía que ver con las cosas de la cocina, seguro.

Después de una larga y activa soltería, Sonny se había casado, ya mayor, con una mujer de la que había pensado que no le daría problemas: sencilla, modesta, agradecida de haber encontrado un marido cuando ya no esperaba poder casarse. Su aparente docilidad, sin embargo, escondía una férrea determinación para hacerlo todo a su manera. Aquella testarudez habitualmente iba aderezada con enfermedades fingidas, una técnica con la cual, en su madre, había encontrado la horma de su zapato. *Mujeres*. ¿Quién demonios las entiende? Norman Purse, de eso estaba seguro, era un compañero de fatigas en ese aspecto. Y sin embargo, pensó Sonny, mira que venir a darme el coñazo diciendo que si voy a hacer de chulo de putas... ¿Qué pasaría si les llegara una palabra de aquello a la hija de Norman o a Ravi? Sonny quedaría en una situación bastante comprometida. Además, el tío era demasiado viejo para ese tipo de rollos. Debería estar disfrutando de una pacífica jubilación en su gallinero.

El Mercedes bajó despacio por Brigade Road. La calle estaba atestada de tráfico. En el cruce, dos autobuses bloqueaban la vía pública, y los dos se negaban a recular. Los tíos que iban colgando de los laterales bajaron a la calzada para unirse a la discusión. Sonny se asomó por la ventanilla y les gritó que se apartaran de la puta carretera.

Hundido en el asiento, Sonny le echó un vistazo al Karishma Plaza. Aquella había sido su primera especulación inmobiliaria; en un momento de piedad filial, la había llamado como su madre. Habían pasado ya veinte años, sin embargo. La ventanas se estaban oxidando.

Al otro lado de la calle se levantaba el muro de Dunroamin. Las buganvillas rebosaban por encima; más allá se alzaban los árboles flamboyanes de flores rojas. Sonny pensó en el jardín umbrío y en sus ocupantes, pasando sus años del ocaso en la seguridad de aquel edificio. En Inglaterra la gente abandonaba a sus padres en lugares como aquel, era perfectamente aceptable. Luego ellos continuaban con sus propias vidas. Sonny se lo imaginó. Aquello le proporcionó un sentimiento de ligereza, como si alguien hubiera cortado las cuerdas que lo sujetaban y estuviera flotando hacia el cielo. A base de bocinazos, el coche se abrió paso. Se imaginó la extrañeza de su madre si él se atreviera a sugerirle algo semejante. No solo extrañeza, sino una absoluta incompreensión. Sin embargo, aunque solo por un momento, le pareció una excelente idea. Podría visitarla una vez a la semana y llevarle una caja de *jalebis* en vez de tener pavor a regresar a su propia casa.

Porque tenía pavor. A medida que el coche se acercaba a casa, lo atenazó su habitual sentimiento de culpa y asfixia. Aumentaba cada minuto que pasaba. Se sentía como un muchacho pequeño..., él, un hombre de cincuenta y dos años.

De repente, Sonny se dio cuenta de que siempre había tenido esa sensación. No

importaba lo ocupado que estuviera, o si se pasaba la vida viajando a lo largo y ancho de este mundo: bajo aquel techo él seguía siendo un hijo. Oh, puede que pareciera un hombre, pero las apariencias engañaban. Después de todo, aquello era la India.

La persona que busca su propia felicidad debería arrancarse el dardo que tiene clavado en su interior: la cabeza de la flecha del dolor, del deseo, de la desesperación.

SUTTA-NIPATA

—**H**ola, mamá. Ya estoy aquí.

—¿Dónde?

—Aquí, en la India.

—¿Qué?

—¡Que estoy aquí, en la India!

—¿Dónde?

—En Uttar Pradesh.

—¿En Ultra qué?

—¡Que estoy en Uttar Pradesh!

—¿Estás... *aquí*?

—En un *ashram*.

—¿Qué?

—¡Que estoy en un *ashram*, en un monasterio hindú! Iré a pasar la Navidad contigo.

—¿Qué?

—¡Que iré a verte en Navidad...!

—Pero es que estoy envolviendo tu regalo.

—¿Qué?

—Es que pensaba enviártelo.

—Puedes dármelo personalmente. De verdad..., ¿eso es lo único que tienes que decirme?

—¿Qué?

—Digo que...

—¡No te oigo!

—Pensaba que sería una sorpresa.

—¿Qué?

—Oh, nada, no importa. Te llamaré cuando vaya a llegar.

La línea se cortó. Evelyn colgó el teléfono y se recostó en la cama. Desde luego, estaba emocionada de que su hija tuviera pensado ir a verla, pero también se sintió agotada. Había olvidado aquel agotamiento particular que solo Theresa era capaz de

producirle. ¿Por qué no se lo había dicho antes? Evelyn sabía que su hija iba a ir a visitarla en algún momento, pero ¿por qué no la había avisado con antelación? Desde luego, Evelyn sabía cuál era la respuesta. Theresa no funcionaba así. El corazón de Evelyn se sobresaltó. ¿Dónde se iba a quedar su hija? Por lo que ella sabía, el hotel estaba lleno. Theresa no iría (ay, Dios mío, por favor) a dormir en su habitación, ¿no? Había dos camas. A lo mejor Evelyn podía conseguir que se llevaran una. Podría hacer como que nunca había estado allí.

Y Theresa, ¿iba a ir a verla como una cosa de madre e hija, o solo para encontrar paz espiritual? Evelyn sospechó la respuesta. A lo largo de los pasados años, había quedado claro que la India le había dado a Theresa algo que ella no podía proporcionarle.

Ay, Señor, y Christopher también vendría... ¿Lo sabía Theresa? Christopher y su familia iban a llegar justo antes de Navidad, aunque gracias a Dios se iban a quedar en el hotel Taj Balmoral. Ay, Señor. Christopher. Theresa. *Marcia*.

Tenía que llamar por teléfono a Christopher y avisarlo. No..., claro, *avisarlo* no. Darle la *buena noticia* de que su hermana también iba a venir...

Oh, cielos. Si al menos pudiera rezar, pero Evelyn sabía, definitivamente, que las oraciones ya no funcionaban. Si al menos fuera Muriel, podría ofrecerle algo a un dios. A Krishna, el que tiene la cara azul, que era en aquellos momentos el favorito de Muriel; había instalado una figurita de escayola en su habitación. Incluso, una tarde, la habían visto cogiendo del aparador una galleta de mantequilla para dársela al dios. Pero los indios también creían que Dios estaba en todas partes. Le rezaban a los pósteres de las películas, o a cualquier cosa. Simplemente le ponían flores a cualquier cosa y la adoraban.

Evelyn observó las cosas que había llevado consigo desde Inglaterra: fotos enmarcadas, su cepillo de plata, las acuarelas de West Wittering. Difícilmente se decidiría a adorar aquellos objetos poniéndoles galletas... No estaba completamente gagá. De todos modos, no habría funcionado, ¿no? El hijo de Muriel todavía no había aparecido. Precisamente el día anterior le había preguntado a Muriel si tenía alguna noticia de los vecinos de Chigwell, el único contacto de Muriel. «Ni flores», había contestado Muriel. Si su hijo no sabía que su madre estaba en la India, ¿cómo demonios iba a encontrarla, con intervención divina o sin ella?

«Pobre Muriel —pensó Evelyn—, al menos yo tengo a mis hijos».

Aquel pensamiento fue menos reconfortante de lo que esperaba. Observó el buda de jabón que le había comprado a Theresa para Navidad. El martes había habido una excursión al Emporium de Artesanía de Primerísima Calidad, en Mahatma Gandhi Road. Era un establecimiento propiedad de un caballero encantador que dijo que les haría un precio especial porque eran amigos de su buen amigo el *sahib* Sonny. Como estaban ya cerca las Navidades, todos se habían vuelto un poco locos, comprando un

montón de objetos más o menos inútiles de sándalo y latón. Se habían empleado lustros enteros, como siempre en este tipo de envíos, en que un empleado trabajosamente fuera relleno de formularios por triplicado y entregándoselos sellados por el hombre que estaba detrás del mostrador. ¡Y ahora resultaba que Evelyn podría darle el buda a su hija en persona!

Evelyn levantó el teléfono. Era muy temprano por la mañana en Nueva York; seguro que podía pillar a Christopher antes de que se fuera a trabajar.

No había línea.

Evelyn se levantó y bajó las escaleras. Era ya casi de noche. En el rellano, el joven limpiador estaba acucillado junto a su cubo de plástico. Mojaba el trapo en el agua, lo escurría y lo restregaba por el suelo, avanzando sobre sus rodillas, moviéndose como un cangrejo por el descansillo. Llevaba el torso desnudo. Sus omoplatos eran muy delicados, su cuello muy esbelto. De repente, Evelyn se vio acongojada por la ternura: un arrebató puro y maternal, perdido desde mucho tiempo atrás para con sus propios hijos. El muchacho sonrió al verla, una sonrisa tan deslumbrante que el corazón de Evelyn se derritió. Resultaba gracioso que fuera un *intocable* cuando a ella le apetecía tanto tocarlo..., acoger aquel cuerpo delgado entre sus brazos y acariciar su maravillosa piel. Era muy oscuro. Los indios, de eso se había dado cuenta, tenían tantos colores de piel como los británicos. Pardos, cetrinos, caoba..., tan variados como la nariz púrpura de Norman, el moreno curtido de Madge o su popia palidez apergaminada.

El limpiador se apartó a una esquina para dejarla pasar. Le sonrió, con los dientes deslumbrantemente blancos. ¡Qué sencillo, mostrar ese deseo de buena voluntad! ¡Qué sencillo sería quererlo... sin culpas, sin recriminaciones!

Evelyn bajó las escaleras. El vestíbulo estaba vacío.

—¿La señora *sahib* querría un sherry?

Evelyn se sobresaltó. Era Ayub Khan, el otro camarero mayor. Era un hombre de aspecto desafortunado cuyo rostro estaba sembrado de cicatrices, fueran de granos o de viruela. Evelyn también se sintió abrumada por la emoción que este le infundía. En este caso, por lástima. Quiso tocarlo y consolarlo. Quería tocarlos a todos.

—No, gracias, Ayub.

«Dios bendito —pensó Evelyn—, este país está ejerciendo un efecto muy curioso en mí. Tranquilízate». Desde luego era más fácil sentir aprecio hacia los extranjeros cuyas vidas eran desgraciadas. Ciertamente, resultaba más fácil que sentirlo hacia los complejísimos seres humanos a los que ella había dado a luz y cuya inminente llegada la llenaba con aquellas turbulentas inquietudes.

No había nadie tras el mostrador.

—¿Está el señor Cowasjee? —preguntó—. Parece que el teléfono está estropeado.

Ayub Khan meneó la cabeza. El calendario que colgaba de la pared mostraba una fotografía de unos gatitos. Ponía: «Noviembre». Evelyn tenía la sensación de que diciembre ya había empezado; en aquel lugar uno perdía la noción del tiempo. Su hijo llegaría en el plazo de unas pocas semanas. Debía comunicarle la noticia; Christopher siempre había necesitado prepararse, con bastante anticipación, para lo inesperado.

Evelyn observó la mesa de cristal, junto al sofá. Sobre ella había un *Reader's Digest*, un *Newsweek* y una revista de las que se reparten en Air France. Allí llevaban sin que nadie las hubiera tocado desde la llegada de Evelyn. A su lado, en el cenicero, había una colilla de los cigarrillos de Madge, manchada con carmín escarlata. Llevaba allí días. En ese momento preciso Evelyn sospechó que nadie, jamás, tendría energía para quitarla de allí.

Su ensoñación se rompió con el sonido de unas pisadas. Eran los Ainslie, que regresaban de alguna excursión o algo. Avanzaron a buen paso por el vestíbulo.

—Casi no se puede creer una que ya estemos casi en Navidad —dijo Evelyn con alegría—. Con este tiempo tan maravilloso.

—Tenemos una cinta de villancicos del King's College —dijo Jean—. Doug y yo la ponemos siempre en Navidad, estemos donde estemos, en cualquier parte del mundo.

Evelyn se metió por el mostrador, levantó el calendario y le dio la vuelta a la hoja. A medida que pasaba el tiempo, todos ellos se habían ido comportando como verdaderos propietarios del hotel, tratándolo como si fuera su casa. De hecho, aquello había sido cada vez más necesario a medida que el mismo propietario parecía cada vez menos dispuesto a dejarse ver. La fotografía de diciembre era de unos cachorritos de *cocker spaniel*.

—Mis dos chicos van a venir en Navidad —dijo Evelyn. Sintió un tímido arrebato de triunfo por aquello; entre los residentes había una rivalidad soterrada en ese tema.

—¡Qué bien, felicidades! —dijo Jean—. Claro, a Adam le encantaría venir, pero le hemos dicho que no venga, nosotros estaremos tan contentos. De todos modos, está terriblemente ocupado, está haciendo unos documentales fabulosos para la BBC.

Evelyn se sintió deprimida. Lo que se daba a entender, claro, era que sus chicos habían fracasado de tal modo en sus vidas que no tenían nada mejor que hacer. Ay, Señor, ¿sería eso verdad?

Douglas miró su reloj.

—Ya no da el sol en las velas marineras —dijo—. ¿No es hora de ir a roncar, chicas?

Evelyn se disculpó, diciendo que tenía que hacer una llamada de teléfono, pero que parecía que no había línea. El día anterior había habido un corte de luz. Parecía un milagro que el país funcionara plenamente, y que estuviera sostenido por una

industria de alta tecnología cuyos deslumbrantes bloques de oficinas se elevaban hacia el cielo solo una milla más abajo, en la misma calle.

—¿Dónde está Minoo? —preguntó Douglas.

Evelyn bajó la voz.

—Creo que están teniendo otra *doméstica*. —Se oyeron gritos y voces enseguida, en el anexo—. Qué mala suerte. Tengo que telefonear a mi hijo.

Y entonces recordó lo que le había dicho alguien. Había un locutorio al otro lado de la calle.

Los Ainslies estaban en su habitación, bebiendo whisky con Olive Cooke. Era más barato que apoquinar la cuenta del bar del hotel, y Jean, que creía en el ahorro, había encontrado una tienda de licores en Richmond Circus, y se había agenciado una botella de escocés. A resguardo en su habitación, se sintieron libres para cotillear.

—Adivine a quién vimos en el centro —dijo Jean—. A Dorothy.

—¿Había salido a dar uno de sus frecuentes paseos? —preguntó Olive.

—Acabábamos de salir del banco..., ya sabe, el banco Grindlays, en Lalbagh Street, y allí estaba ella, dando vueltas por ahí y con ese aspecto tan raro.

—Pobrecita —dijo Olive.

Se daba por supuesto que Dorothy Miller, la señora de la BBC, se comportaba de un modo extraño. Por una parte, andaba por ahí ella sola, durante mucho tiempo, a veces incluso se perdía comidas, y nunca le decía a nadie dónde había estado. «Solo he ido a dar una vuelta», decía. Y con su artritis y eso.

—La seguimos por la calle —dijo Jean—. Se quedó un buen rato frente a Mevali Tiffin Rooms, apoyada en su bastón.

—A lo mejor solo estaba pensando en tomarse una taza de té —dijo Douglas.

—No, hay algo raro en esa mujer —dijo Jean rellenando el vaso de Olive—. Ayer la vimos en el casco viejo de la ciudad. Nosotros estábamos comiendo, un sencillo *thali*, delicioso por cierto. A menudo comemos en los puestos callejeros, ¿verdad, Doug? Es totalmente seguro. —Bajó la voz—. Estoy segura de que tiene Alzheimer, primeros estadios.

Los residentes de Dunroamin, sufriendo como sufrían los achaques habituales de la edad —pérdida de memoria, distracciones generalizadas—, estaban alerta para descubrir síntomas de senilidad más avanzada en otros. Se producía un vergonzoso sentimiento de triunfo cuando se presenciaba algo de ese estilo. El informe de Stella respecto a las canciones infantiles, en el caso de Dorothy, se había convertido seguramente en la prueba de dicha senilidad. Al parecer era la de «Beee beee, ovejita negra...».

—Les da por el vagabundeo —dijo Jean—. Nuestra amiga Amy tenía demencia, ¿verdad, Doug? Bajaba andando a la carretera principal en mitad de la noche, en

camisón. Tuvieron que encerrarla. Se pasaba el día viendo el vídeo de E.T. «Mi casa, mi casa...». Eso era lo único que le gustaba.

—Ahí es donde quieren ir —dijo Olive.

—¿Adonde? ¿A casa?

Olive asintió.

—A la casa que ya no tienen. Posiblemente a su infancia, ¿quién sabe?

—Es gracioso que a un sitio como este lo llamen «residencia» —dijo Jean.

—No es una residencia —dijo Douglas cortante—. Es un hotel. —Apuró el vaso—. Y no creo que debamos hablar de esa mujer como estamos hablando.

Douglas apreciaba a Dorothy Miller. Sin embargo, en términos generales, la mujer no era muy popular. Esto se debía en parte a que Dorothy fue la última en llegar; esto es, una intrusa cuando ya se han formado las amistades y se han establecido las costumbres. Aquello no habría sido un problema si ella se hubiera unido al sistema, pero en términos generales se comportaba de un modo distante y reservado. Comía sola, con un libro abierto delante de ella, y se negaba a jugar al *bridge*. Por supuesto, había otros solitarios —Graham Turner, por ejemplo—, pero este era un soltero triston de quien todo el mundo sentía lástima. Nadie podía sentir lástima por Dorothy.

Al contrario, Douglas sentía una cierta admiración por ella. Esto se debía en parte a que la señora había sido un apoyo importante para su hijo, Adam, en su carrera. Pero era algo más que eso. Rodeado siempre de mujeres parlanchinas, era un alivio encontrar a alguien que no hablara ni pizca, alguien tan enteramente distante. Le gustaba el rostro sencillez de Dorothy y sus manos cuadradas. Ocupaba la habitación de al lado y cuando él se despertaba por la noche, oía, débilmente, el sonido de su radio. Desde luego, probablemente nadie que estuviera completamente gagá escucharía la radio internacional de la BBC.

Douglas miró a su mujer. Se le estaba pelando la nariz. Dos semanas atrás se había llegado a un acuerdo con el hotel Meridian, un edificio de cemento que se levantaba más allá del solar que había en la parte de atrás. Por un precio simbólico su piscina quedaba a disposición de los residentes de Dunroamin. Varios de ellos habían estado yendo allí para nadar y para tomar el sol, una decisión imprudente en el caso de Jane. No solo se había quemado, también le había salido un sarpullido ligeramente feo. Douglas no pudo disuadirla, en cualquier caso; le gustaba tomar cócteles y fingirse alemana delante de las tripulaciones de los aviones.

Douglas se volvió. De repente se sintió tan abrumado por aquel poderoso sentimiento que apenas si podía respirar. «No lo pienses —se dijo—. Ni siquiera pienses en pensarlo».

La noche había caído. Evelyn se detuvo junto al puesto del vendedor de *paan*. Un

montón de hojas brillaban a la luz de la lámpara de alcohol. El vendedor tenía una tabla de cortar y pequeños montoncillos de pasta, como los botecillos de acuarelas de la escuela. Madge, siempre atrevida, había intentado mascar algunos *paan*, pero dijo que los pedacitos de nuez se le metían en el puente.

Más allá de los puestos estaba aquel andrajoso edificio de oficinas de cemento. Había un cartel que ponía «Karishma Plaza», encima de la entrada. Las luces resplandecían en las ventanas. El locutorio, al parecer, estaba abierto durante toda la noche; Evelyn había visto las luces durante sus paseos nocturnos por el jardín.

—Señora, ¿le apetece una *santara*?

El vendedor de fruta le ofrecía dos naranjas, una en cada mano, como un malabarista.

Evelyn negó con la cabeza y rodeó un cuerpo envuelto en harapos para apresurarse a entrar en el edificio. En el vestíbulo había un hombre detrás de un mostrador. Ella preguntó por el locutorio y él le señaló las escaleras.

Evelyn subió un tramo de escaleras, empujó una puerta batiente y se encontró en una gran planta de oficinas diáfana. Estaba dividida en cubículos por mamparas. En cada cubículo había un empleado, con unos cascos. Debía de haber como unos cincuenta. Todos parecían estar hablando a la vez.

Evelyn se aferró a su trozo de papel. Allí tenía anotado el número de teléfono de Christopher en Nueva York. Últimamente se lo tenía que apuntar todo. El único número de teléfono que podía recordar, muy curiosamente, era el del servicio técnico de reparación de electrodomésticos Hotpoint, en Chichester.

Transcurrió un rato. Nadie parecía darse cuenta de su presencia, todos estaban demasiado ocupados. Evelyn estaba ligeramente sorprendida. Había imaginado, así por encima, que habría un mostrador de recepción y clientes esperando para utilizar los teléfonos, o algo de ese tipo.

Entonces se dio cuenta de otra cosa curiosa. En cada cubículo se habían colocado unos papeles con los nombres de sus ocupantes. Solo podía leer los que tenía más cercanos: Sally Spears, Michael Parker, Mary Johnson. Pero la gente que estaba sentada en los cubículos eran indios..., mujeres y hombres jóvenes, vestidos con vaqueros, pero desde luego e inequívocamente indios.

Evelyn escuchó a la chica que se encontraba en un cubículo cercano.

—Buenos días —dijo—, soy Sally Spears, ¿puede atenderme unos minutos?

¿Buenos días? Pero si eran las siete de la tarde. La cabeza de Evelyn empezó a dar vueltas. Realmente debía de estar trastornándose. Siempre entendía mal las cosas. Todo había empezado a ocurrir tras la muerte de Hugh. La cabeza le había funcionado perfectamente bien hasta entonces; de allí en adelante, sin embargo, se había sentido como Alicia pasando a través del espejo, a un mundo donde ya nada tenía sentido.

—Hola, ¿está buscando a alguien, señora? —dijo la joven, quitándose los cascos.

—Quiero hacer una llamada a Nueva York —dijo Evelyn.

La joven frunció el ceño. En la pared colgaba un cartel: «No tienes que estar loco para trabajar aquí, pero eso ayuda».

—Creo que he venido al sitio equivocado —dijo Evelyn.

—Esto es un servicio de atención telefónica —dijo la chica—. No se pueden hacer llamadas desde aquí.

—Pero no es..., me refiero...

—Yo sí puedo hacer llamadas, abuela, pero usted no.

Sally se lo explicó. Ella y sus compañeros de trabajo estaban haciendo llamadas a Inglaterra para venderles cosas por teléfono: seguros de vida, tarjetas de crédito, lo que nos digan.

—Es venta telefónica —dijo la muchacha—. Por eso es por lo que solo trabajamos de noche, por la diferencia horaria.

—Dios bendito.

—¡Ojo! —Sally metió a Evelyn en su cubículo—. El supervisor está mirando, ese ogro. —Hizo sentar a Evelyn en la silla giratoria y se agachó a su lado—. Me han contado muchas cosas de Inglaterra, pero yo nunca he estado allí. Tengo muchas ganas de ir.

—Estoy segura de que un día irás.

—¿Puede usted ayudarme, por favor? —Se aferró a las muñecas de Evelyn—. Hábleme de Inglaterra.

—Bueno..., no es como esto... Hace un poco más de frío...

—Verá, es que algunas personas a las que llamamos se huelen que hay gato encerrado.

—¿Por qué?

—¡Porque se supone que estamos llamando desde Inglaterra! No debemos dejar traslucir que estamos en Bangalore. Por eso es por lo que nos ponemos nombres ingleses. Yo realmente me llamo Surinda.

—Es un nombre muy bonito...

—Tenemos que fingir que somos ingleses, hemos estado aprendiendo cómo se pronuncia el inglés, do, re, mi, todo ese rollo, un maestro viene y nos da lecciones. —Bajó la voz—. Cuénteme cosas de Enfield, abuela.

—Enfield.

—Se supone que somos de allí, todos nosotros.

Evelyn intentó concentrarse.

—Enfield... Enfield... Deja que piense...

Intentó recordar si había estado alguna vez allí. Surinda, con la boca abierta, la estaba mirando. Era un poco rellenita, pero muy guapa. En su camiseta ponía

«FCUK».

—Recuerdo... —dijo Evelyn—. Fui a Enfield, a un baile vespertino, una vez... —De repente, allí estaba, claro como el cristal... Un día de junio, siempre era junio. Ella llevaba su vestido con cuello blanco y las diminutas rosas rojas—. Fue en el hotel Windsor, y fui con mi amiga Annabel porque ella vivía cerca de allí, en una casa grande con un montón de perros, y yo tenía envidia porque ella iba a ponerse de largo y yo no...

—¿Ponerse de largo?

—Y yo bailé con Teddy Ramsbottom, que había sido tremendamente valiente en la guerra, y todavía tenía un trozo de metralla en la pierna, pero bailaba tan bien... —La voz de Evelyn se fue apagando. Allí estaba, perdida en sus recuerdos—. Fuimos a bailar fuera, al jardín, y solo vi que cojeaba un poco luego, cuando fue a coger el coche, era el coche de su padre, un Austin 7, y esa fue la última vez que lo vi.

Se hizo un silencio. Al otro lado de la mampara pudo oír una voz...

—Es un precio muy ajustado, señor Bishop, y podemos ofrecerle un descuento si lo abona usted en el plazo de catorce días.

—¿Y Enfield está cerca de Liverpool? —preguntó Surinda.^[8]

—No, querida. Está cerca de Londres.

—Ah. Pensaba que los Beatles eran de allí.

—No. Solo Annabel. —Evelyn se detuvo—. Y se fue a vivir a Australia en 1953.

Evelyn apuró el paso. La cena ya debía de haber empezado. En el exterior, el tráfico aturdía con sus bocinazos, se desarrollaba la cacofonía de la calle, pero una vez que se cruzaban las puertas se hacía el silencio, como si el hotel creara su propio enmudecimiento.

En el vestíbulo se encontró con Madge y Sonny. Ambos iban de etiqueta, Sonny con una túnica de seda de color crema, un poco tirante.

—Hasta luego, cocodrilo —dijo Madge. Llevaba un top de lentejuelas que dejaba ver su escote arrugado y moreno—. Nos vamos a una boda. Sonny va a presentarme a un marajá que tiene avión privado.

—¡De modo que sus hijos van a venir en Navidad! —dijo Sonny—. Me lo ha dicho un pajarito. Ya sabía yo que tenía razón —dijo entre risillas—. ¡Venir a Bangalore es más rápido que la compañía de ferrocarriles Connex que antaño iba a Kent, y casi igual de barato!

—Acabo de tener una aventura extraordinaria al otro lado de la calle —dijo Evelyn. Y les contó lo del centro de llamadas.

—Ah, el jefe es un buen colega mío —dijo Sonny—. Es un sitio de trabajo muy conocido; todos son universitarios, ¿sabe?, tienen mucho entusiasmo. ¿Sabe, señora

Greenslade?, es el único sitio donde pueden estar juntos los chicos y las chicas, en el lugar de trabajo, digo, sin que sus familias estén husmeando por detrás a ver qué hacen.

—Querían saber cosas de Inglaterra —dijo Evelyn.

Se hizo un silencio. Sonny la miró detenidamente. Desde el comedor llegaba el débil ruidillo del entrechocar de platos.

—Vámonos ya, Sonny —dijo Madge—. He estado esperando dos horas. ¿Es que nadie hace *nada* con puntualidad en este país?

Sonny estaba observando a Evelyn.

—Señora Greenslade, es usted un genio. —Se inclinó casi hasta el suelo—. Por favor, permítame que bese sus pies.

Después de cenar Evelyn salió a pasear por el jardín. El *mali* lo había regado completamente, por una vez; aspiró el olor del césped empapado, de la tierra descansando aliviada. Ahora que era invierno, el tiempo era perfecto; noches frescas, suficientemente frescas para una rebeca, y días tan buenos como aquella tarde de junio cuando ella se había sentado bajo las clemátides con Teddy. Oyó, débilmente, las canciones de Peggy Lee. La música se derramaba por la ventana abierta de Graham Turner. Este tenía una de las habitaciones más pequeñas, y más baratas, en la parte trasera del edificio. «Solo era una de esas cosas...», cantaban.

Evelyn se preguntó qué habría sido de Teddy, y qué habría sido de la otra vida que había soñado para sí misma aquel día en Enfield. Aquello la hizo sentirse un poco mareada, por las posibilidades. Observó la oscuridad. A través de las enmarañadas ramas vio las luces del Karishma Plaza. Todos aquellos chicos y chicas... estaban tejiendo allí todas aquellas mentiras, soñando con sus propias escenas en Enfield, pero eran jóvenes y todo era posible. Su juventud solo propició que Evelyn quisiera llorar.

—¡Chst!

Evelyn se giró. Muriel estaba asomada a la ventana. Evelyn se apresuró a acercarse.

—He visto a un santón hoy —susurró Muriel—. Me llevó la mujer del gerente, la señora Gee-Gee.

—¿Un santón?

—¡Estaba en su pequeño cuchitril en el templo! No se lo diga a nadie, se reirían de mí.

—¿Y cómo era?

—Tenía barro en el pelo, lo tenía todo largo y apelmazado como si fueran rastas, ¿sabe? De esos hay un montón en Peckham. —Muriel se señaló la frente—. Me puso este punto aquí, con el pulgar. ¿Lo ve? No me lo he lavado. Le di un poco de dinero y

él me bendijo y me dijo que mi Keith no tardaría en venir. Tenía unos ojos deslumbrantes, y me miraba fijamente, como si estuviera viendo dentro de mí. Dijo que mi Keith iba a venir a buscar a su mamá.

Llegaron un par de días después, veinte chicas y chicos del centro de llamadas, y entraron en fila en el salón. Los residentes ya estaban acomodados; los jóvenes visitantes se sentaron en el suelo, a los pies de sus anfitriones mayores. Sonny, que lo había organizado todo, pidió pepsis para todos.

Surinda se sentó al lado de Evelyn, con la cabeza apoyada en un lado del sillón.

—Creo que podría dormir durante una semana entera, abuelita Evelyn —dijo.

—Pobrecita mía, trabajando toda la noche... —A Evelyn le encantaba acariciar el brillante pelo negro de Surinda. Le recordaba el del viejo labrador de su hermano, *Toby*.

—Es verdaderamente estresante —dijo Surinda—. Cuando pille mis bonus me voy a ir a hacer un curso de gestión hotelera.

—¿Y cuándo vas a conseguir tus bonus, querida?

—Cuando haya hecho mil ventas —dijo Surinda.

—¿Y cuántas llevas hasta ahora?

—Veintisiete.

Ambas se echaron a reír. Evelyn sintió un arrebato maternal. Le encantaba ocuparse de aquella encantadora y rechoncha jovencita. De hecho, sentía un cariño protector por todos aquellos jóvenes; después de todo, era ella la primera que los había encontrado. «Todos estamos desesperados por encontrar a alguien a quien querer aquí —pensó—; por eso es por lo que le ponemos leche a los gatos».

—Hay algunos chicos monos aquí —le susurró Evelyn a la joven—. ¿Te gusta alguno? ¿Qué me dices de aquel? —y señaló a un muchacho que estaba ganduleando en el suelo, apoyado en un codo.

—Ah, ese es Rahul. Se cree muy listo solo porque acaba de regresar de Estados Unidos.

—¿Cuál es su nombre inglés?

—Romy Dunne.

Evelyn se lo pensó.

—Eso no es muy inglés, querida.

—Se lo inventó mirando por la ventana —dijo Surinda—. Vio el cartel de este hotel.

—¿Qué quieres decir?

—Dunroamin. Es un anagrama.

Evelyn estalló en risas. No se había reído tanto desde hacía lustros. Se inclinó hacia Madge, que estaba sentada en el sillón de al lado.

—Cogen los nombres de productos y cosas..., de la crema Johnson's Baby, de los bolis Parker... —Estaba orgullosa, por saber algo que ninguno de los otros sabía—. Esta amiga mía cogió el suyo del de Britney Spears.

—Britney no es un producto, cariño —dijo Madge—. Es una cantante.

—Ese de ahí es Beckham —señaló Evelyn—. Y uno de los chicos cogió su nombre del nombre de nuestro hotel.

Sonny dio unas palmadas.

—¡Silencio, por favor! Ahora, mis buenos amigos, el objetivo de esta convocatoria es que podáis preguntar a nuestros distinguidos ingleses aquí reunidos cosas sobre su país natal, y sobre Enfield en particular. Ellos van a dedicaros amablemente su tiempo para ayudaros a mejorar en vuestro trabajo. ¡Adelante!

Las conversaciones se entablaron por toda la sala. La voz de Norman se elevó sobre las demás.

—Recuerdo Enfield... Solía parar por La Telaraña, saliendo por la carretera de servicio...

—Yo iba a la escuela cerca de allí —dijo Olive—. Wood Green. Bueno, *bastante* cerca de allí.

—Pero ¿dónde está Enfield? —preguntó Hermione.

Norman terció:

—Solía tomarme unas ginebras con angostura con una pilingui que se llamaba Fay...

—Yo solía ir al cine allí... —dijo Olive—. A los cines Gaumont.

—¿Está cerca de Acton? —preguntó alguien.

—Eso es Ealing, querida.

Todo el mundo parecía estar hablando a la vez. Era una sensación novedosa, que hubiera gente interesada en lo que tenían que decir los residentes. Allí estaban los jóvenes teleoperadores, pendientes de cada palabra.

—Recuerdo cuando en el noticiario del cine salieron diciendo que le habían pegado un tiro a Gandhi —dijo Olive.

—Yo me estaba tomando la leche. —Los ojos de Stella brillaron—. Lo oí en la radio.

—Yo estaba actuando en Enfield —dijo Dorothy—. Estaba haciendo de criada en la obra de teatro *Querido Bruto*, de J. M. Barrie.

—¿Ha sido usted actriz? —preguntó Madge.

Dorothy asintió.

—Unos cuantos años. Había un Lyon's Corner House, uno de aquellos famosos restaurantes, en la calle principal. Un día vi a Nye Bevan pasar en coche. Era como haber visto a Dios.

—¿Quién era, por favor? —preguntó un joven.

—Fue el que inventó nuestro Sistema Nacional de Salud —dijo Dorothy—. Así que la gente ya no se moría en la calle, como pasa aquí. Al día siguiente decidí dejar de actuar y empecé a hacer programas para el Partido Laborista.

—¡Ahí la quiero ver! —dijo Norman, que se estaba tomando un whisky.

—Yo conozco Enfield bastante bien —comentó Graham Turner.

Los residentes giraron la cabeza.

—Crecí allí —dijo.

—Yo no estuve nunca —dijo Madge.

—En Maybury Road —dijo Graham—. Teníamos un refugio Anderson, en fin, una estación de metro, al final de la calle. Cuando sonaban las alarmas del bombardeo aéreo, yo intentaba colar allí a mi gallina.

—¿Una gallina?

Graham asintió.

—Sí, le tenía mucho cariño. —Allí estaba el hombre, con las mejillas encendidas, con su camisa y su corbata. Nunca se le había visto sin su corbata.

Evelyn miró a su alrededor. Algunos de los jóvenes teleoperadores se habían quedado dormidos. No era de extrañar, pobrecitos, trabajando como negros toda la noche. Dormían maravillosamente. Dormir es una cosa muy sencilla, cuando uno es joven.

—Mi *fiancée*, Amy, trabajaba en los economatos del ejército y de la marina —dijo Graham.

—*Fiancée*? —preguntó Norman apurando el vaso—. Bueno, me importa una mierda.

La cabeza calva de Graham relumbraba a la luz del fluorescente.

—Los jueves tenía media jornada. Yo solía bajar a Londres, en el autobús, y la iba a recoger para ir a tomar el té en Gunter's.

Se detuvo.

—¿Y qué fue de ella, querido? —preguntó Madge.

Graham no contestó. Todos lo miraron. Por primera vez Evelyn se fijó en sus manos. Eran delgadas y tenían las manchas de la vejez, las tenía entrelazadas en su regazo.

—Falleció.

Hubo otro silencio. Stella se sonó la nariz.

—¿Por qué no sabíamos eso? —le susurró Evelyn a Madge.

—No lo preguntamos.

Había pasado media hora. Se habían corrido las cortinas en la sala de televisión. Apiñados allí, estaban todos viendo un vídeo de *EastEnders*. Los envíos de la serie llegaban, a intervalos regulares, enviados por los nietos de Olive Cooke. Nunca

estaban etiquetados adecuadamente, así que veían los episodios en un orden aleatorio, lo cual, incluso para los que tenían la cabeza más despejada, resultaba un tanto embarullado.

Surinda le susurró a Evelyn:

—¿Por qué se han ido todos ustedes de Inglaterra?

—Por distintas razones, querida. A algunos de nosotros nos pareció que ya no podríamos arreglárnoslas para vivir allí.

—¿Qué quiere decir?

—Distintas..., bueno, las distintas previsiones que habíamos hecho... Las cosas no salieron exactamente como nos habían dicho que iban a salir. Las pensiones y todo eso.

—¿Y por qué los hijos no cuidan de ustedes?

Evelyn se lo pensó.

—En Inglaterra las cosas son distintas.

En la tele, una mujer le atizaba a un hombre en la cabeza y luego estallaba en lágrimas.

—¿Lo echa de menos, abuela?

—A veces —dijo Evelyn—. Echo de menos la lluvia.

—¡Espere al monzón!

«Echo de menos las colinas de Sussex —pensó Evelyn—. Echo de menos el viento soplando sobre los campos de cebada, levantando briznas de plata». Ahora en su casa vivía una familia llamada Harbottle. «Echo de menos mi jardín. Ya sé que es una tontería, pero añoro tener las manos llenas de tierra. Me encantaría cavar un poco en el jardín de aquí, y poner unas cuantas plantas en un surco».

—Quiero ir a Inglaterra —suspiró Surinda.

Evelyn sonrió.

—Probablemente querrás ir por la misma razón que nosotros queríamos salir de allí.

—¡Ssssh! —Madge subió el volumen de la tele. En *EastEnders* dos jóvenes con las cabezas rapadas se insultaban mutuamente.

Evelyn susurró:

—Aquello ya no nos pertenece. No lo entendemos. Inglaterra pertenece ahora a otra gente.

Solo esperaba que aquello no sonara racista. No quería que lo pareciera.

Y precisamente entonces hubo una pequeña conmoción. Una chica se levantó y se abrió paso por medio de todos. Se sentó junto a Surinda, hablándole en un aparte.

—¡El abuelo Norman me ha metido mano! —dijo.

Surinda ahogó una risilla.

—Pon a Kamila a su lado. —Se volvió hacia Evelyn—. Desde que se hace llamar

Karen se ha convertido en una verdadera zorrilla. Ahora se va con cualquiera.

—¿Qué? ¿Incluso con gente como Norman? —preguntó Evelyn.

Salieron todos y se dispersaron por el jardín. El sol se estaba poniendo; era hora de que los jóvenes se marcharan a trabajar. Sonny caminaba de un lado a otro por el césped, hablando por su teléfono móvil.

Norman abordó a Surinda y la cogió por un brazo.

—Eres una chica muy guapa... —le dijo—. Permíteme que te lleve mañana al pub Hideaway, y echemos un trago de un ron muy bueno que tienen...

Surinda le apartó la mano.

—No, gracias —contestó.

Norman señaló a un joven que se acercaba por el sendero.

—Esos no sirven para una mierda. Unos arrancacalzones, unos maricones, la mayoría de ellos.

—¿Perdón? —murmuró Surinda.

—Los he visto en la calle, van de la mano. —Se inclinó hacia ella, respirando agitadamente—. Mi querida niñita, esos juegan en otra liga...

—¡Que te jodan! —dijo Surinda.

—Vamos, no seas estrecha...

—*Jao, karaab aadmi!* —exclamó Surinda.

Sonny se acercó rápidamente.

—Ya vale, amigo...

—¡Deja de joderme, puto gilipollas!

—¡No haga el ridículo...!

—¡Déjame en paz! —rugió Norman—. Puto paki gilipollas.

Sonny agarró a Norman por el brazo y se lo llevó de allí. Norman avanzaba a tropezones. Sonny lo enderezó y lo empujó hacia las escaleras de la veranda.

Se hizo un silencio. Eithne Pomeroy, la amante de los gatos, de repente se echó a reír. Fue un sonido etéreo y agudo, como el de un pájaro que nadie había visto, el pájaro que cantaba desde el flamboyán por la noche.

Cuando Evelyn se giró, los jóvenes teleoperadores se habían desvanecido en el crepúsculo.

No era solo que Norman hubiera bebido mucho aquella noche. Algunos de los otros también estaban descaradamente achispados. Eithne empezó a cantar *Capullito de rosa* con su voz aguda y cascada:

Capullito de rosa, el viento de junio es cálido y suave,

—No, vida mía; no es así —dijo Madge—. Es «y no juegues con el destino».

La cena estaba tardando, de ahí la canción. De hecho eran ya las ocho y media y no había ni el más mínimo indicio de la cena todavía. Se vio brevemente a Minoo corriendo por el salón; y se oyeron gritos, pero ningún agradable olor de curry procedente de la cocina (aquella noche había pollo *bhuna*). Los residentes se encontraban en la veranda, bebiendo. Hacía ya mucho rato que habían limpiado los cuencos de pequeños frutos secos, siempre dispensados en pequeñas cantidades, como de costumbre.

A Norman no se le veía por parte alguna. El incidente con la chica india había conseguido formar un grupo férreo contra él; incluso Dorothy, la señora de la BBC, se había unido al sentir general.

—De verdad, es un peligro —dijo.

—Pobre muchacha —dijo Evelyn—. ¿Qué va a pensar de nosotros?

—No sirve mucho como embajador, ¿no?

Los Ainslie se habían perdido la aventura, porque habían ido a una conferencia sobre Tagore. Pero ya se habían enterado de todos los detalles.

—Qué embarazoso.

—Absolutamente antibritánico, asaltar así a una mujer...

—Muy típico, diría yo. —Dorothy dejó su vaso de whisky—. Los hombres ingleses son unos inútiles para los preliminares.

Un estremecimiento recorrió la mesa. Eithne empezó a reírse tontamente.

—Depende —dijo Douglas.

—Es por nuestras espantosas escuelas públicas —dijo Madge, casi deletreando las palabras—. ¿Por qué creen que me casé con un judío?

—Yo tuve un amigo húngaro una vez... —dijo Dorothy. Tenía la voz turbia—. Le echaba la culpa a la manía de tener casas en propiedad. En Europa la gente alquila las casas, pero en Inglaterra los hombres quieren acabar rápido y se mueren de ganas por volver al bricolaje.

—¿Qué dice? —preguntó Stella mientras manipulaba su audífono.

—No, la culpa es de las escuelas públicas —repitió Madge—. Se ponen todos a darse por culo unos a otros a los quince años...

—¡Madge! —gritó Eithne.

—... y se lo pasan tan bien que se pasan el resto de la vida aterrorizados pensando que son homosexuales.

—Eso no es verdad en las escuelas públicas... —dijo Jean—. Mire nuestro hijo Adam.

—Precisamente —dijo Dorothy.

—¿Qué? —preguntó Jean.

Dorothy apuró su vaso.

—Al menos él es sincero en eso.

Se hizo un silencio. Un murmullo de risas empezó a oírse en una de las otras mesas.

Jean susurró:

—¿Qué es lo que ha dicho?

—¿Qué es lo que ha dicho? —Se escuchó un pitido procedente de la oreja de Stella.

Douglas echó hacia atrás su silla y se levantó.

—Querida... —Tocó a su mujer en el hombro—. Subamos a nuestra habitación. He olvidado las gafas...

Jean no se movió. Estaba allí sentada, con el rostro petrificado. Douglas le cogió la mano.

—Vamos, nena —dijo—. Seguro que tú sabes dónde están...

Amablemente, ayudó a su mujer a ponerse en pie. La acompañó por la veranda hasta la puerta. Jean avanzaba lentamente, como si fuera sonámbula.

Cuando se acabaron de marchar, Madge se volvió hacia Dorothy.

—¿De qué iba todo eso?

Dorothy no contestó. Se quedó allí, con la boca abierta. Madge pensó: «Pobrecita. A lo mejor es verdad lo que dicen de ella... Esos vagabundeos, esos murmullos... La verdad es que parece bastante chiflada».

Durante la cena hubo un ambiente un poco extraño. No se sirvió hasta las nueve, y para entonces la gente ya estaba mareada por el hambre y por los efectos del alcohol. Y no había pollo *bhuna*, que era uno de los platos favoritos de casi todos. Parecía que se habían montado unos platos apresuradamente de pollo frito con tomates de lata puestos de cualquier forma encima.

Tanto Norman como los Ainslie estaban ausentes. Y tampoco estaba Graham, cuya presencia era siempre tan nebulosa que esta vez les llevó un rato darse cuenta de que efectivamente no se encontraba allí. A lo mejor se había sentido abrumado por sus propias revelaciones.

—Figúrate, con una *fiancée* que se murió —dijo Olive Cooke, apartando la salsa de su muslo de pollo.

—No me extraña que parezca así..., en fin..., raro —dijo Madge.

Casi todos habían dado buena cuenta del pollo antes de que apareciera el arroz. Jimmy dejó el cuenco en la mesa. Evelyn le susurró al viejo camarero:

—¿Ocurre algo ahí dentro?

—Problemas en la cocina, señora *sahib* —dijo, y se alejó imperceptiblemente.

Madge miró a su alrededor.

—Dorothy tampoco está. Está pasando exactamente como en *Los diez negritos*.

—Indiecitos, querida —dijo Evelyn.

—¿Quién será la próxima...?

Dorothy y Douglas estaban en el jardín, apartados de la vista del hotel por un seto de arbustos. Podían escuchar el lejano entrecuchar de platos en la cena. Junto a ellos, el aviario estaba en silencio, porque los periquitos hacía ya mucho rato que se habían ido a dormir.

—Lo siento muchísimo... —dijo Dorothy—. Pensaba que su mujer lo sabía...

—Estuvo a punto de ocurrir una vez —dijo Douglas—. Acababa de romper con un español que se llamaba Marco. Eso fue hace años. Marco telefoneó, pero nosotros no estábamos en casa. Cuando regresamos, yo oí aquel mensaje en el contestador. —Douglas se detuvo. Algo se movió entre las hojas secas. A lo mejor era la serpiente que nadie había visto realmente pero que todo el mundo había oído claramente—. Nos decía que nuestro hijo era homosexual. No solo eso, entraba en algunos detalles de todas las cosas que había hecho. Se lo puede usted imaginar, supongo. Y se tiró así durante diez minutos.

—Dios bendito —dijo Dorothy.

—Jean pasaba fuera aquella noche. Yo sabía que no debía oírlo, sabía que aquello la destruiría, pero no sabía cómo borrar los mensajes. Nuestra hija nos había regalado el aparato y no le había pillado el truco todavía. Así que apreté el rebobinado y llamé a todos los que conocíamos, diciéndoles lo mucho que le encantaría a Jean saber de ellos. Había estado un poco deprimida, les dije, y les pedí a ver si podían darle un toque.

Douglas se detuvo ahí. Varios gatos estaban maullando en la oscuridad. En aquel momento Eithne y las otras estaban demasiado borrachas como para ir a darles de comer.

—Al día siguiente Jean regresó, y se encontró con ocho llamadas en el contestador. «¿Cómo estás, Jean? Hace siglos que no te vemos...». Cosas así. «Hemos estado pensando en ti, a ver si nos vemos...». Ella estaba contentísima. Y todas las llamadas en conjunto duraban más de diez minutos, así que el mensaje original se borró. Todo aquel cariño borró todo aquel odio. Y ella nunca lo supo, hasta hoy.

—Lo siento mucho —dijo Dorothy otra vez. Al otro lado del muro, en algún sitio del solar, aulló un perro.

—Lo habría averiguado tarde o temprano —dijo Douglas poniéndose en pie—. Será mejor que vaya a ver cómo está.

Douglas dio unos golpecitos en el hombro de Dorothy y se fue; las pisadas crujían en la gravilla. Dorothy permaneció allí sentada, en la oscuridad. Menuda noche. Le recordó cuando era joven en el teatro: las confesiones y borracheras, el viejo libertino

haciendo el ridículo, el escándalo de la homosexualidad... Un pequeño grupo abandonado en medio de ninguna parte.

Salvo que aquello no era ninguna parte. Dorothy conocía cada pulgada de aquel jardín. Estaba un poco cambiado, claro, como los lugares cambian en los sueños, pero era la misma tierra bajo sus pies. Era aterrador. Todos aquellos años —la escuela, los estudios de la BBC, los pisos de Lancaster Gate y Marylebone Road, toda la gente que había conocido y los lugares en los que había estado, todas las comidas que había engullido, todos y cada uno de los setenta y cuatro años de su vida— se le habían escapado como agua de las manos, como si casi ni los hubiera vivido, y allí estaba, de nuevo en el lugar donde había empezado todo.

Dorothy pensó: «¿Qué sentirá cuando alguien te quiere lo suficiente como para rebobinar una cinta como esa?».

Douglas se detuvo frente a la puerta de la habitación. Se imaginó el rostro de su mujer, hinchado de llorar. Permaneció allí, en el pasillo, mirando el papel pintado de la pared, con dibujos de bambú. Para ser sinceros, se alegraba de que Jean supiera al final cómo era su hijo. Así se libraba de la carga que suponía el secreto que había guardado durante tantísimos años. A él personalmente no le importaba en absoluto. En su momento, le había incluso sorprendido su ecuanimidad ante la homosexualidad de su hijo. Otra gente probablemente se habría sentido conmovida. Disgustada. El había pensado: «Ah, bueno, eso explica muchas cosas entonces. Solo espero que Adam sea feliz».

Fue en ese momento, de pie, solo, en el pasillo, cuando Douglas se dio cuenta de que realmente no le importaba que Jean estuviera disgustada. No le importaba cómo se sentía la mujer con la que había compartido su vida durante cuarenta y ocho años. «No me importa. Me da igual. De hecho, ni siquiera me cae bien».

Curiosamente, aquello ni siquiera le inquietó. Era como si las palabras hubieran estado esperando, pacientemente, hasta que él se diera cuenta de que estaban allí. La niebla se había disipado, revelándolas como antiquísimos megalitos. Y ni siquiera le sorprendió su presencia.

Qué extraño y, sin embargo, nada extraño en absoluto. Quizá nada podía afectarle. Algo en aquel nuevo país le proporcionaba un cierto cansancio en su alma. Era la exasperante asfixia del lugar, la masa de aquella humanidad que no podía hacer nada en ningún sentido.

Douglas miró el cuadro que colgaba de la pared. Era una fotografía de una cascada. El cristal estaba rajado. En algún lugar de Cachemira o donde fuera, aquellas aguas aún seguirían cayendo. Su mujer también estaría abatida. Aquello también pasaría. Ya estaba demasiado viejo como para dejarla, no tenía fuerzas para largarse, ni la energía para soportar las angustias de su mujer. La vida continuaría, el agua

seguiría derramándose sobre las rocas y él seguiría viviendo tan resignado como los mendigos que estaban fuera del hotel, allí tirados con los brazos extendidos.

Douglas avanzó hacia la puerta. A lo mejor nada de todo aquello era importante, aquella cosa llamada vida; a lo mejor se había percatado de una gran verdad. O tal vez simplemente era incapaz de sentir nada en absoluto y hacía mucho tiempo que se había rendido.

Todo aquello debería haberle resultado aterrador, pero qué más daba. Douglas giró el picaporte y entró en el dormitorio.

Eran las once, mucho más tarde de la hora a la que acostumbraba a irse a la cama, pero Evelyn seguía levantada. Andaba transportando bolsas de plástico llenas de periódicos al otro lado de la calle.

—¡Señora *sahib*!

Oyó el traqueteo de las ruedas de un carrillo. Era el mendigo mutilado sin piernas, propulsándose hacia ella, pero Evelyn negó con la cabeza. Tenía las manos ocupadas. Fue abriéndose camino y zigzagueando entre los puestos. El pequeño bazar aún tenía ajetreo. ¿Es que nadie dormía en ese país nunca?

No se podía sacar de la cabeza el *Capullito de rosa*.

*La vida es demasiado corta,
y el amor lo es todo,
ahora que lo pienso,
el amor solo llega una vez,
y aun así, tal vez,
llega demasiado tarde.*

Cuando era joven había pensado que aquella canción era la cumbre de la efusión lírica, pero ahora se daba cuenta de que la letra era una trivialidad. De hecho, podría haberse enamorado de un montón de personas. Había hombres, quizá ya muertos, que podrían haberla hecho tan feliz como Hugh. A lo mejor incluso más feliz, ¿quién sabe? Si no hubiera sido tan bien educada, podría haberse enamorado incluso durante su matrimonio. El compañero de navegación de Hugh, Tim, le había tirado los tejos, y su amigo viudo Angus le había murmurado una vez: «Ya sabes quién lo está deseando» durante un recital de flauta en el castillo de Arundel. Si hubiera querido, Evelyn podría haber encontrado a aquellos dos hombres apetecibles. Excitantes, incluso. Y, como aquella parecía una noche para las confesiones, pudo incluso admitir una ligera y perturbadora fantasía con el hombre de la estafeta de correos.

Evelyn entró en el Karishma Plaza y subió las escaleras. Una de las bolsas de plástico se estaba rajando... El plástico indio era tan fino que no servía para nada. Se puso la bolsa debajo del brazo. Arriba, en la oficina, miró las hileras de cabezas de

pelo moreno con los cascos atrapándolas como cepos. Michael Parker. Mary Johnson. Todos andaban vendiendo cosas que nadie necesitaba. Sintió una punzada de lástima. Cómo debe de estar la cosa para fingir ser otra persona porque tú eres indio y por lo tanto no eres de fiar... Y, sin embargo, no se habían quejado; de hecho, parecían pensar que era totalmente natural fingir ser británicos. Desde luego algunos tenían mejor acento que algunos de los jóvenes que ella conocía, incluso amigos de la familia.

Evelyn se detuvo en el exterior del cubículo de Rahul. Estaba empapelado con pósteres de Bollywood.

—... si se compromete usted ya —decía—, podemos ofrecerle un descuento sustancial... —Aquel día tenía el pelo de punta con gomina—. No, señor, le estoy llamando desde Inglaterra... Sí, Enfield, ¿lo conoce usted? Una ciudad muy agradable. Vivo aquí con mi pilingui.

Ay, Dios mío. Evelyn se apartó y escuchó a escondidas en el siguiente cubículo. Podría jurar que oyó las palabras «economato del ejército y la marina».

Al supervisor no se le veía por ninguna parte. Evelyn se adentró en el cubículo de Surinda.

—... no importa, señora, gracias por dedicarme un poco de su tiempo. —Surinda, dejando escapar un suspiro, se quitó los cascos—. Vieja estúpida —dijo.

—Vengo a disculparme —dijo Evelyn.

—¿Y eso por qué, abuelita?

«Por todo, en realidad —pensó Evelyn—. Por ti, porque tienes que fingir. Porque ni siquiera se te ocurre pensar que todo esto es horrible». Y dijo:

—Por el comportamiento del señor Purse.

—Ah, no pasa nada. Solo es un viejo salido.

—Y te he traído algunos periódicos ingleses. Creo que os dimos una visión equivocada de Inglaterra. —Evelyn dejó las bolsas en el suelo—. Te ayudarán a mantenerte actualizada. Salvo que, claro, algunos de ellos son bastante viejos. En fin, no importa. Son siempre las mismas noticias, en cierto sentido, ¿no? Verás que los crucigramas ya están hechos.

Surinda abrió un paquete de chicles y le ofreció. Evelyn declinó.

—Con mi dentadura, querida...

Surinda mascó durante unos instantes.

—Su hotel está bastante destartado, ¿no? —dijo alegremente.

—¿Ah, sí? A mí me gusta bastante.

—¿Por qué?

—Supongo que está un poco como Inglaterra.

—Yo quiero trabajar en el Oberoi —dijo Surinda—. Tienen una discoteca fenomenal.

—Creo que a mí ya se me pasó la época de las discotecas.

—Uno es tan viejo como se sienta.

—En ese caso, me siento vieja —dijo Evelyn.

Surinda se levantó y le mostró su silla.

—Siéntese, abuelita.

¡Qué amables eran todos! Evelyn pensó en los gamberros borrachuzos de Inglaterra, corriendo como búfalos en el tren, y en cómo se aferraba su bolso contra el pecho.

—Tengo una amiga como tú en Inglaterra —dijo Evelyn—, una joven que me pintaba las uñas. Le tenía mucho cariño. Para la mayoría de la gente una ya es invisible.

Una voz se elevó por encima de la mampara.

—... se dará cuenta usted de que somos una empresa más competente que la British Gas, señor Potter, y podemos reducir sus facturas trimestrales hasta un treinta por ciento...

—La cosa es —empezó Evelyn— que yo estuve casada durante mucho tiempo. Es bastante chocante salir al mundo real. Hasta entonces una no se da cuenta de lo vieja que es. Has estado con otra persona durante tanto tiempo que en cierta manera eres la misma persona que cuando la conociste. Ni siquiera te das cuenta de sus canas. —Se detuvo—. Y tener a alguien con una es tan..., bueno, tan distraído... En un sentido de comodidad. Cuando están a tu lado, todo funciona. Impide que pienses en la muerte.

—No importa, señor Potter —dijo la voz del cubículo inmediato—. Que tenga un buen día y chaochao colegui.

—Una tiene muchas oportunidades cuando es joven —dijo Evelyn—. O al menos una piensa que las tiene. —Miró desde arriba a Surinda, que se había sentado en el suelo—. ¿Vas a tener tu oportunidad, querida? ¿Te vas a casar con la persona que quieres o te van a arreglar el matrimonio?

—Usted cree que eso es realmente malo, ¿no? —dijo Surinda—. Como raro.

Evelyn negó con la cabeza.

—Probablemente es una fórmula tan buena como cualquier otra. —Si Christopher la hubiera escuchado, se habría casado con aquella encantadora Penny Armstrong-James, que lo había adorado, pero al final, desalentada por la pasividad de su hijo, la chica se había largado y se había casado con otro.

¡Oh, cielos! ¡Todavía no había llamado a su hijo! Esa era la razón por la que había acudido a aquella oficina la primera vez. Parecía que habían ocurrido mil cosas desde entonces.

—Buenas noches —le dijo al portero, el *chowkidar*, que estaba envuelto en su

manta, junto a la puerta. Él inclinó la cabeza. Alguien le había dicho a Evelyn cómo decir buenas noches en el dialecto local, pero se le había olvidado por completo.

Ya era casi cerca de medianoche. Las noches eran maravillosamente luminosas en Bangalore; las estrellas eran tan brillantes que una podía tocarlas.

*Elevad vuestras miradas al cielo,
cuando los espíritus se sobrecogen,
cuando, amenazados por las tormentas,
el corazón y el valor fallan.*

Evelyn pensó: «Un día moriré. Debo aprender las palabras indias, y así podré desearle las buenas noches a mis nuevos amigos».

Escuchó el canto de los grillos. Frente a ella se levantaba la mole negra del hotel, con la mayoría de sus luces apagadas. Pensó en los dramas que habían tenido lugar en su interior durante los días anteriores, los dramas que debía de haber visto el hotel desde que fue construido a mediados del siglo pasado..., no, el siglo anterior a este último. ¡Santo Dios! No eran solo los días los que volaban. Eran los años. ¡Los siglos!

Una figura se estaba aproximando por el camino, desde la puerta principal del edificio. Vio el resplandor de una camisa blanca.

—¡Señora Evelyn! ¿Qué hace usted fuera tan tarde?

Era Minoo. La gravilla crujía mientras caminaba hacia ella. Se quedaron de pie mirándose uno al otro en la oscuridad.

—¿Ha venido a buscarme? —preguntó Evelyn.

El hombre estaba enormemente nervioso.

—Señora Evelyn, por favor, acompáñeme. —La cogió del brazo y le dio la vuelta, avanzando de nuevo hacia las puertas exteriores—. Entre todas las personas del mundo..., usted..., usted lo entenderá.

—¿Qué ha ocurrido?

Minoo sujetó algo delante de ella. Era un par de zapatos.

—¿Se acuerda usted de estos zapatos?

Evelyn se acercó para examinarlos mejor. Eran los zapatos que Minoo guardaba en su oficina.

—Estos zapatos, señora, no me han traído más que desgracias.

—Llámeme Evelyn, por favor.

—En este país, expresamos nuestra devoción postrándonos a los pies de las personas. —Minoo se quedó petrificado en el camino—. El *Rig Veda* cuenta que un hindú se postró para decir: «Soy como el polvo a tus pies». —Se detuvo, respirando agitadamente—. Y, sin embargo, ¡los pies son la parte más impura del cuerpo! La cabeza del hombre primordial dio lugar a la casta más elevada, y sus pies, a la casta más baja. ¿Qué embrollo es este?

Desde donde se encontraban, en el jardín, las luces del bazar apenas eran unos destellos. Por encima de los tenderetes, en las oficinas, las ventanas deslumbraban.

—Guardaba estos zapatos por razones sentimentales —dijo Minoo—. Mi pequeño altar al amor. Pero ahora estoy en un punto de inflexión. Mi mujer no me ha traído más que desgracias. Esta noche ha despedido al cocinero.

—¿Qué pasó?

—El *sahib* Norman estaba de muy mal humor. Llevó una botella de whisky a la cocina y se emborracharon juntos. Fernández se emborrachó, claro, porque es un borracho, ya me entiende. Es cristiano. Luego se quedó dormido y no había cena preparada, y mi mujer lo despidió. Siempre consigue que los criados estén a disgusto, les grita y los encizaña a unos contra los otros. Eso es lo único que hace, eso y estar sentada encima de su gran culo leyendo revistas y sin mover un dedo. Ya ve, señora, yo adoro este hotel, es mi hogar familiar, pero Razia no tiene ningún respeto ni por el establecimiento ni por mí, ¿y cómo puede ser un matrimonio feliz si no hay respeto?

Por Dios, ¡estaba llorando! Ya habían llegado a las puertas. Evelyn vio su rostro con regueros de lágrimas a la luz de los coches que pasaban.

—Venga, venga... —le dijo—. No será la cosa tan mala...

—¡Si hubiera escuchado a mi madre...! —estalló Minoo—. Tendría que haberme casado con la mujer que querían mis padres.

Evelyn se sintió de repente tan abrumada por el cansancio que deseó tirarse en el suelo. Unas pocas yardas más allá, una pequeña familia dormía junta, con los niños tumbados como muñecos al lado de sus padres.

—¿Qué va a hacer usted con los zapatos? —preguntó Evelyn.

—Me voy a deshacer de ellos.

Minoo cruzó a grandes zancadas la calle. Un hombre en una bicicleta estuvo a punto de atropellarlo, se tambaleó y dio un giro brusco. Evelyn se apresuró a perseguir al alterado gerente.

—¿A quién se los va a dar? —le preguntó cuando lo alcanzó—. Son sus maravillosos y carísimos zapatos.

—Se los daré a la primera persona que vea que los merece. —Minoo se detuvo en el cruce. Agitado con sus sollozos, miraba a su alrededor con aire enloquecido.

Entonces avistó al hombre del carrito. Se fue hacia él, con los brazos extendidos, dispuesto a entregarle los zapatos.

Evelyn se apresuró a acercarse a Minoo, y lo sujetó por el hombro.

—Yo no se los daría a él, querido. No tiene piernas ni nada.

Tercera parte

Aquel que en todo tiempo y lugar está libre de cualquier atadura, que ni se regocija ni se apena cuando la fortuna es buena o mala, ese posee una serena sabiduría.

BHAGAVAD GITA

Theresa estaba en su habitación del hotel, intentando leer. «El, que está en el sol, y en el fuego, y en el corazón del hombre, es el Uno. Y el que lo sabe es uno con el Uno». La habitación costaba 150 rupias la noche, barato incluso para el nivel de la India, y había solo una bombilla sucia colgando del techo. «En el centro del castillo de Brahmán, nuestro propio cuerpo, hay un pequeño altar con forma de flor de loto, en cuyo interior podemos encontrar un pequeño receptáculo. Ese pequeño receptáculo en el interior del corazón es tan grande como el vasto universo». Theresa miraba de soslayo a través de los cristales de sus gafas. Eran una reciente adquisición, compradas en Boots, en Durham, antes de ir a la India. Era plenamente consciente del significado de aquella compra: otro punto de inflexión de la edad mediana, junto con la gordura de sus brazos y, por supuesto, de su barriga. Siempre llevaba ropas amplias en la India; en este caso, camisolas *shalwar kameeze* que cubrían modestamente su cuerpo. Incluso en Inglaterra había utilizado con frecuencia ropa de estilo hindú, y ahora podía comprobar su utilidad.

Pronto iba a cumplir los cincuenta. Era un horror. Durante aquel viaje se había dado cuenta de un cambio en las reacciones de la gente. Los hombres ya no intentaban charlar con ella. Allí, dondequiera que fuera, por supuesto, había preguntas («¿De dónde es usted?», «¿Cómo se llama usted, por favor?»), pero aquello no era más que la amistosa curiosidad que cualquiera puede encontrar en la India. Ya no existía ningún interés sexual. Cuando viajaba de un sitio a otro, embutida en los autobuses, o asfixiada en los trenes, la gente le cedía sus asientos como si tuviera la edad de su madre. Incluso el Babu aquel del monasterio hindú de Benarés, que era famoso por el brillo de sus ojos —famoso, en realidad, porque le brillaban demasiado los ojos pensando en la unión fraternal con sus discípulos—, incluso él, durante un encuentro privado —un *satsang*—, la había tratado con una impecable gravedad. Aquello era, desde luego, liberador. La verdadera libertad solo se encontraba cuando se lograba trascender la carne...

A Theresa le dolía la tripa; había tenido diarrea toda la semana anterior. Fuera, en la calle, había un cartel: «EN EL HORMIGÓN RADICA LA PERFECCIÓN». Una necesitaba un estómago a prueba de bombas para enfrentarse al baño del pasillo. Sabía que debería

comer algo, pero la sola idea de pensar en comida le daba náuseas. Lo único que veía posible ingerir, en todo caso, en un futuro lejano, era un huevo hervido y unas tostadas con mantequilla.

Agotada, Theresa se deshizo de sus chanclas y se inspeccionó los pies. Se había clavado algo afilado en el templo de Hanuman, el dios-mono que liberaba a la gente de sus problemas. La piel tenía una herida. ¿Qué pasaría si cogía una infección y se moría, sola, en una habitación de hotel, en un país donde no le importaba a nadie..., en un sitio donde nadie, excepto su madre, conocía su nombre? Y ni siquiera su madre contaba, porque la idea de Evelyn viviendo en la India era tan estrafalaria que Theresa simplemente no podía ni imaginársela, o, al menos, no hasta que lo hubiera visto con sus propios ojos.

Theresa cerró los ojos. Se acomodó en una posición con las piernas cruzadas sobre la cama.

—Oooooom... —murmuró—. Oooooom...

Intentó recuperar la energía, impulsándola desde los dedos de los pies, a través del diafragma, a través de los *chalabas*. «En la base de la espina dorsal está el Kundalini, el poder de la serpiente enroscada...». Intentó concentrarse.

Sin embargo, una visión siguió flotando en sus ojos: sábanas siseantes y blancas en la cama de su casa, en Oíd Vicarage. El tintineo de una bandeja aproximándose y su madre entrando en la habitación, con los huevos cocidos, las tostadas con mantequilla y el último ejemplar de la revista *Bunty*.

—Oooooom..., oooooom...

En la habitación hacía un calor mortal. No podía abrir la ventana porque el hotel estaba enfrente de la estación de autobuses y el ruido era ensordecedor. Los humos de los tubos de escape la ponían enferma.

—Oooooom..., oooooom...

Sábanas siseantes y blancas...; un váter limpio en un gran cuarto de baño enmoquetado; un rollo nuevo de Scottex en su dispensador; más y más rollos de Scottex en un armario lleno de toallas de baño grandes y suaves... ¡Un BAÑO...!

El deseo era una ilusión. El deseo era tener miedo. Theresa se dio por vencida y volvió a su libro. «Hay dos pájaros en un árbol. Uno gorjea en la fruta madura mientras el otro permanece quieto y tranquilo. Las estaciones se suceden y los frutos desaparecen...».

Trompazos y risitas en la habitación de al lado.

«El primer pájaro vuela de un lado a otro frenético, buscando la fruta. El segundo permanece pacientemente esperando a que su amigo se dé cuenta del engaño que supone el deseo, el dolor, la pena y la dependencia».

Era una pareja de holandeses; Theresa los había visto llegar con sus mochilas. Tenían una energía inagotable. Habían conseguido que Theresa estuviera despierta la

mayor parte de la noche anterior. Necesitaba dormir un poco porque al día siguiente por la mañana iba a coger el primer autobús a Kerala. Como le habían robado el reloj, en Bombay, había perdido la noción del tiempo. Por supuesto, no tener reloj era liberador y todo eso, claro..., pero tenía ciertas desventajas.

«El yo inmutable es lo único que existe».

La chica gritaba. La noche anterior Theresa había contado sus orgasmos: gritillos ahogados, chillidos, pequeños ruidillos, durante horas. Había sido como contar ovejas, pero sin el resultado deseado. ¿Cómo podía una mujer tener tantos orgasmos?

Una cucaracha cruzó corriendo el suelo de la habitación. Theresa abandonó su meditación y abrió su cuaderno de viaje. Y escribió:

Día 16 de diciembre

El monasterio hinduista de Pattipurnam fue un poco decepcionante, porque, tras un viaje de dos días, llegué y me encontré con que el Swamiji no estaba en el centro, y que se había ido a Alemania. De todos modos, su presencia se sentía en aquella atmósfera sagrada y, desde luego, un viaje espiritual no tiene que tener objetivos. Compartí una celda con una mujer muy agradable de Des Moines, que se llamaba Prem. Lleva en la India muchos meses y me contó la visita que había hecho al Swami del Banco en Tamil Nadu. Este gurú ha estado sentado en un banco durante veinticinco años, en silencio, con los ojos cerrados. Mi amiga estuvo sentada con él durante muchas horas. Al final, él abrió los ojos y ella se vio invadida por un poderoso sentimiento de gozo. Al parecer, era cartero antes de recibir la iluminación.

Hay algo infantil en los babajis que he conocido. Emanan una sensación de asombro y encanto. También tienen un delicioso sentido del humor. Cómo nos reímos cuando, durante los ejercicios espirituales, uno de nosotros levantó tres dedos y le preguntó: «Gurú, ¿cuántos hay?». Swamiji, entrecerrando los ojos, dijo: «Cuatro». De todos modos la mayor parte de mi tiempo la he dedicado a la meditación, o simplemente he permanecido sentada en silencio escuchando las enseñanzas. He viajado muchos kilómetros, de un monasterio a otro, pero, como dice Sri Baba, un viaje no tiene comienzo ni final...

Se le secó el boli. Lo había comprado *aquella misma tarde*, en el bazar, pero los bolígrafos indios, como casi todo lo demás en ese país, tenían una corta esperanza de vida. Theresa apartó el cuaderno. No había necesidad de escribir. De todos modos, ¿para quién estaba escribiendo aquel diario? Una tras otra, por azar o por las circunstancias, todas sus posesiones habían desaparecido. Debería sentirse iluminada, desde luego.

Tenía que admitirlo: aquel viaje estaba saliendo un poco frustrante. La última vez que había visitado la India había regresado con un subidón, pero esta vez parecía que la droga no funcionaba. Había habido algunos momentos de una belleza de morir. Recordaba un amanecer a las afueras de Allahabad: montañas de basura, fuegos humeantes y pordioseros saliendo entre las cenizas... Una inefable visión en medio de la miseria. Ese tipo de epifanías se podían encontrar por doquier, siempre que uno tuviera ojos que quisieran verlo. Pero de algún modo el chispazo que buscaba con tanto anhelo no se había producido. Esta vez, en cierto modo, no había conseguido elevarse sobre los fracasos y las frustraciones, la desesperanza general en todo. En varias ocasiones se había enfurecido, una experiencia humillante en un país cuya población, independientemente de lo cruelmente que las trataran, parecía no abrigar

ningún rencor. En la India uno no se podía tomar las cosas muy a pecho; simplemente, no tenía sentido.

A lo mejor se estaba haciendo demasiado mayor para la iluminación, la unidad, el nirvana y ese tipo de cosas. Pero la edad no debería ser relevante; después de todo, la mayoría de los gurús ya no estaban en sus cuerpos, pero sus espíritus se sentían poderosamente, como si estuvieran presentes, sonriendo a sus discípulos; la muerte era una irrelevancia. ¿Por qué, entonces, se sentía tan mortal, con aquella cintura que no hacía más que engordar y con la tripa revuelta? Shivabalayogi estuvo en una gruta durante ocho años, meditando veintitrés horas al día y regresando solo a la vida normal para bañarse y tomar un vaso de leche. Su cuerpo estaba carcomido por los roedores, y sin embargo él emanaba un fulgor espiritual tan intenso que miles de personas iban a postrarse ante su presencia.

«Cuanto más estés en la India, menos sabrás».

Ahora Theresa sabía la razón. Era un fallo de su educación. Había ido a la India para completarse, pero esto era imposible porque era una vasija rota. Ningún pegamento espiritual, ni siquiera en grandes cantidades, podría repararla hasta que hubiera aprendido a quererse a sí misma, y a sentir amor. Aquello lo veía todos los días en sus clientes; y por eso era por lo que se había hecho consejera, para empezar. Muchísimos de ellos, como ella misma, no habían recibido ningún cariño que favoreciera su sentimiento de autoestima, de amor propio. En todos los casos Theresa les había sugerido la necesidad de seguir el rastro hasta sus padres. Con un enorme esfuerzo, aquella solución había favorecido generalmente el cambio.

La noche había caído. Theresa se levantó y se acercó cojeando a la ventana; el pie había comenzado a palparle. En el exterior, en la estación de autobuses, había una masa informe de gente..., gente acarreando bultos y maletas, gente acarreando crios, gente saliendo de los autobuses o haciendo cola para montarse. El tráfico era un puro atasco. Las bocinas berreaban con la típica furibundia india..., nada personal, solo un acto reflejo. Al día siguiente la propia Theresa tendría que irse. Había un lugar más al que tenía que ir, antes de viajar a Bangalore. Todas sus esperanzas estaban ahora depositadas en una aldea remota de Keralana. Allí, seguramente, encontraría el amor que durante tanto tiempo le había sido esquivo.

Pues en aquella aldea, Vallickava, vivía la Madre de los Abrazos Sagrados.

La fe verdadera no vive solo en las palabras. Vive en los actos, los actos de la vida diaria. De ese modo, con fe, todo se hace con cariño y elevación de espíritu.

SVAMI R. ANAND GIRI PURNA, *Discursos*

Madge y Evelyn se quedaron mirando el *lingam*.

—Nadie que conozcamos, querida —comentó Madge.

Evelyn se echó a reír. Stella seguía peleándose con su audífono.

—¿Qué ha dicho, querida?

El *lingam* ciertamente era impresionante: cuatro pies de alto, por lo menos, y tallado en piedra, pulida y suavizada por las manos de los devotos. Evelyn experimentó una curiosa sensación de debilidad.

—¿Esto es lo que estoy pensando que es...? —preguntó Stella.

—Yo veía muchos de estos cuando era pequeña —dijo Eithne—. Mis padres me apremiaban para que no me parara delante. Por supuesto, yo no tenía ni idea de por qué.

Eithne Pomeroy, la amante de los gatos, había pasado los primeros años de su vida en Calcuta, pero se había ido cuando su padre fue destinado de nuevo a Inglaterra. De vez en cuando se había mostrado dispuesta a contar lo que recordaba de aquella época, pero en general eran recuerdos un tanto difusos. «Déjanos de mariconadas», decía Norman con un resoplido.

Las cuatro mujeres estaban visitando un templo situado en algún lugar de las afueras de Bangalore, cuyo nombre Evelyn no había pillado. Madge había organizado la excursión. «Tienes que venir, Evelyn, o tu hija pensará que eres una carroza». La noticia de la inminente llegada de Theresa y su interés en las cosas indias había recorrido todo el hotel.

Sin embargo, Evelyn se había quedado igual que estaba. El templo era una salita diminuta donde unas cuantas familias indias estaban parloteando como si aquello no fuera un lugar sagrado en absoluto. Para ellos, claro, dios estaba en todas partes, así que a lo mejor aquel sitio no era más sagrado que cualquier otro. El dios elefante, adornado con bisutería y tapizado de flores, estaba colocado en un nicho. Parecía el tipo de cosas que uno gana en una feria y luego desearía no haberlo ganado para no tener que llevarlo a casa. Era todo bastante pintoresco, pero su guía, como hacen a menudo los guías, les había soltado una lista de datos y cifras que simplemente les habían entrado por un oído y les habían salido por el otro. ¿Por qué los guías siempre

nos cuentan cosas que no nos interesa saber?

Las cuatro mujeres salieron. El templo estaba en lo alto de una colina; casi las había matado subir las escaleras. La luz era cegadora; en la distancia podían ver los modernos rascacielos de la ciudad, resplandecientes en la calima, el espejismo de los negocios. Evelyn se sentó, entre crujir de huesos, y se puso las sandalias.

—Al menos podrás decirle a tu hija que has estado aquí —dijo Madge—. Y eso es lo importante.

Una mona, dándole de mamar a su cría, las miraba. El monito apartó su boca de un pezón que hacía lustros que estaba seco, y miró a Evelyn con malicia. Ella pensó en cómo antaño había dado de mamar a los dos grandullones que lenta pero inexorablemente estaban acercándose a Bangalore desde lejanos lugares del mundo. Aquello le produjo una sensación tan extraña como la de ver el *lingam*.

Eithne se inclinó hacia Evelyn. Señaló a Madge, que había abierto la polvera y se estaba repasando con la barra de labios.

—¿Sabes...? —susurró—. No recuerdo cómo se llama...

—Se llama Madge —susurró Evelyn.

—¡Ay, qué tonta...!

—No te preocupes —dijo Evelyn—. A mí se me olvidan los nombres constantemente.

—Seguro que el próximo nombre que se me olvida es el de mi hija —dijo Eithne con una pequeña risilla. La hija de Eithne, Lucy, estaba casada con un piloto de pruebas y vivía en Australia. Lucy había prometido que iría pronto a verla. Todos decían eso, claro; luego era cuestión de encontrar tiempo...

Bajaron las escaleras, entre hileras de tenderetes.

—¿De qué hija estáis hablando? —preguntó Stella.

—¡No te preocupes, Stella! —dijo Madge—. La de Eithne. Se llama Lucy y vive en Sydney.

—¿Sidney qué...? —preguntó Stella.

—Mi hija, que va a venir a verme —dijo Eithne—. Dice que será una sorpresa.

—No permitas que te dé sorpresas, nena —dijo Madge—. Te dará un ataque al corazón.

Se montaron en su coche alquilado. El guía, un hombre con gafas, muy delgado, le dio a cada una su tarjeta. Decía: «DR. GULVINDER GAYA. Licenciado en Arte (Prácticamente)». Evelyn la metió en su bolso junto a su abundante colección de tarjetas profesionales. Dondequiera que iban, la gente se las ponía en la mano. Le pagaron al taxista (treinta rupias, tal y como habían acordado de antemano), y partieron.

Evelyn iba embutida en la parte de atrás, rascándose discretamente las picaduras de los mosquitos. Iban hablando de la cena. Los jueves habitualmente podían elegir o

biryani (en fin, arroz con verduras) o chuletas de ternera.

—Mataría por un trozo decente de queso cheddar —dijo Madge.

Fernández, el cocinero, había vuelto a trabajar al día siguiente de haber sido despedido. Al parecer, era una cosa habitual. De todos modos, Evelyn no le había dicho a nadie lo de la confesión de Minoo. Dos semanas habían transcurrido desde lo de los zapatos y el pobre hombre cada vez parecía más desgraciado. A su mujer se la veía de vez en cuando dando voces a los criados, pero apenas hablaba con los residentes y no reservaba servicios de pedicura. Jean Ainslie también parecía un tanto enmudecida. La razón por la que estaba así no era de dominio público, pero su silencio contribuía en gran medida a enturbiar el ambiente. Era como si todos estuvieran esperando que ocurriera algo. Se parecía un poco a cuando empieza a hacer mucho calor en verano, antes de que rompa el monzón.

—¡Mirad! —Stella señaló algo por la ventanilla.

Estaban cruzando un río. En sus orillas había un bosque de ropa tendida, con cuerdas entre palos. Hileras de sábanas colgaban y deslumbraban al sol. Diminutas figuras lavaban ropa en el río.

—Eso es un *dhobi-ghat*, querida —dijo Eithne—. La lavandería del hotel seguramente será esa.

—A lo mejor puedo ver mis pantalones color rosa —dijo Madge.

—No... —replicó Stella—. No me refiero a eso... Mirad. ¡Es Dorothy!

Le dijeron al conductor que parara. Un camión hizo sonar su bocina. Pasó junto a ellas, vomitando humos contaminantes. Poniéndose las gafas, todas miraron por la ventanilla.

Junto a la zona de lavar había un grupo de chabolas, con el techo de plástico. Había un taxi negro y amarillo aparcado allí. Incluso a aquella distancia pudieron distinguir que la mujer que iba detrás era Dorothy: pantalones azules, blusa blanca. Estaba hablando con uno de los lavanderas.

Se quedaron quietas allí, mirándola.

¿Qué demonios está haciendo ahí? —preguntó Evelyn. A lo mejor ha perdido las bragas— dijo Madge.

Dorothy se presentó a la hora de cenar. Ninguna de las cuatro le preguntó qué había estado haciendo en el *dhobi-ghat*; con Dorothy eso no se hacía, simplemente. Se sentó a la mesa con Graham y las hermanas escocesas, un par de viudas de Fife, muy agradables pero aburridísimas. Debido a los esfuerzos de Madge, la disposición de los sitios se había convertido en algo más sociable: las mesas se habían juntado para hacer mesas de cuatro, un número que según Madge era más propicio a la conversación. Dos era muy agobiante; y si eran más de cuatro, los más sordos no se enteraban de nada. Madge era veterana en un montón de cruceros y sabía de esas

cosas. Aquello tenía un cierto aire del juego de las sillas musicales, sin embargo: los últimos en llegar veían sus opciones reducidas a sentarse con Norman Purse o con Hermione Fox-Harding, otra de las amantes de los gatos, que sufría flatulencia. El truco, claro está, consistía en llegar en grupo y sentarse juntos sin separarse ni un milímetro.

Evelyn se puso junto a sus compañeras de la tarde. Miró a Dorothy con curiosidad. Aquel gesto se tornó en asombro cuando Dorothy pidió una botella de vino. Nadie bebía vino, era desorbitadamente caro, y un capricho tan extravagante como cuando eran jóvenes. La gente bebía la cerveza local, refrescos indios o, si se sentían un poco alocados, un licor importado. Jimmy le llevó la botella, sosteniéndola como si fuera un petardo de fuegos artificiales, y tuvieron que ayudarle con el sacacorchos.

—No será tu cumpleaños, abuelilla —vociferó Norman desde la mesa de al lado. Y miró la botella con envidia.

Dorothy negó con la cabeza. Después de un largo rato Jimmy reapareció con cuatro polvorientos vasos de vino, tiritando en una bandeja.

Evelyn, unos metros más allá, escrutaba la cara de Dorothy. Había un ambiente de reprimida emoción a su alrededor, como si hubiera oído alguna noticia en la radio de la cual los demás no tuvieran ni idea. Dorothy pinchó una rodaja de huevo con mayonesa, se la llevó a la boca y luego, abismada en sus pensamientos, la volvió a dejar en el plato.

Hasta muy pocos días antes, Evelyn había defendido a Dorothy contra los rumores de chifladura que habían estado circulando. La excentricidad, como el buen cheddar, era una de las cosas de las que los británicos podían estar orgullosos, aunque la lista de orgullos patrios iba menguando cada vez más. Hasta que llegaron al hotel, muchos de los residentes habían estado viviendo solos durante muchos años, una situación que había favorecido los comportamientos extraños. La propia Evelyn hablaba en voz alta con Hugh frecuentemente.

En fin, el día anterior precisamente Evelyn se había encontrado con Dorothy en el jardín, hablando con el *mali*. Cuando se acercó y pudo distinguir lo que decía, había descubierto que Dorothy no estaba hablando en inglés, para nada; era una especie de galimatías. No era de extrañar que el *mali* le hubiera parecido a Evelyn un tanto aturdido y moviera la cabeza como si negara algo. O a lo mejor estaba haciendo aquel gesto que quería decir: «Claro, claro, lo que usted diga, vieja chiflada inglesa». «Todos tenemos nuestras pequeñas manías», pensó Evelyn. Solo que las de algunos eran más extrañas que las de otros.

Mira Muriel Donnelly. Ultimamente Muriel estaba cada vez más nerviosa. La visita al santón no había producido el resultado deseado: aún no había indicios de su hijo. Había telefoneado a su casa en Essex muchas veces: sin respuesta. Sus vecinos

no habían sabido nada de nada. Los esfuerzos de Muriel por localizar a la mujer de su hijo y a sus dos niños, Jordán y Shannon, también habían fracasado. A lo mejor la mujer también había huido. Muriel no tenía ni idea. No se sabía nada de ninguno de los dos.

Sin embargo, Muriel persistió. A lo mejor ocurría un milagro. Después de todo, sin esperanza probablemente perdería el deseo de vivir.

Después de cenar Evelyn se sentó en el salón, leyendo un ejemplar antiguo de *Good Housekeeping*.

Desde la sala de la tele llegaba el sonido de la serie de televisión *Porridge*; alguien había encontrado una copia pirateada en el videoclub de Khan. En el sillón de enfrente dormitaba Hermione, con su diario en el regazo. Estaba escribiendo sus memorias para su nieto.

Muriel se acercó a Evelyn y le susurró:

—Adivina qué. Voy a hacer que me lean las hojas mañana.

—¿Las hojas?

—Me van a leer el futuro.

—¿Tú crees que es una buena idea? —preguntó Evelyn.

—Las respuestas están ahí escritas —dijo Muriel.

—¿Cómo? Pensaba que las hojas solo formaban como una especie de silueta.

—¿El qué?

—Pues las hojas de té.

—No, no son hojas de té, cariño —dijo Muriel—. Eso puedo hacerlo yo. Son hojas de palmera. Te dicen incluso cuándo te vas a morir.

Enfrente, Hermione se había quedado dormida. Las memorias resbalaron de sus dedos y se cayeron al suelo.

Ammachi, dicen, es la encarnación de Devi, la Madre Divina del Universo. En su monasterio o ashram, en esta pequeña aldea de pescadores junto al océano Índico, construida en el lugar donde nació y donde pasó su infancia, miles de personas de todo el mundo vienen a experimentar su especialísima darshan o doctrina, mediante la cual acoge a cada discípulo entre sus brazos, como una madre abraza a un niño.

Theresa estaba sentada en las rocas leyendo *De aquí al nirvana*. Las olas se vertían en la playa y se retiraban susurrando. Su ritmo la acunaba. Cada ola era su conciencia, lavándola y luego retirándose y dejándola limpia. Ahora que había llegado, estaba llena de paz.

Terrenal, vital y arquetípicamente maternal, la Madre de los Abrazos Sagrados recibe personalmente a cada persona que llega a ella, riendo, riñendo, consolando y finalmente acogiendo al discípulo en un amplio abrazo (habitualmente acompañado por una golosina de chocolate o alguna otra chuchería, como prasad). Se dice que ha abrazado a más de 15.000 devotos en una noche, recibiendo a cada uno con una radiante y sincera sonrisa. Sus discípulos estiman que hasta la fecha habrá abrazado a unos veinte millones de personas.

¡Qué raros eran los abrazos de la propia madre de Theresa! Evelyn no había sido una persona física en absoluto: demasiado fría, demasiado británica. La sola idea de su madre haciendo el amor con su padre era demasiado grotesca como para que Theresa pudiera siquiera imaginarla. Una vez, cuando ella era pequeña, Theresa se había colado en su habitación y había intentado escalar a la cama para estar con ellos. Su madre la había cogido sin decir una palabra y la había llevado de nuevo a su cuarto. Aquella fue la primera experiencia de rechazo de Theresa, la primera de muchas.

Theresa se percató de repente de un olor. En una hendidura, entre las rocas, había un montón de mierda. Se levantó y, cruzando las rocas, bajó cojeando a la playa. Su herida se había convertido en un dolor sordo. El esparadrapo indio no servía para nada; se caía en cuanto andabas un poco.

En realidad, los abrazos de su madre ni eran abrazos ni eran nada; solo un breve apretón contra un cuerpo rígido, un beso en la mejilla. Aquellos apretones eran traicioneros, porque significaban un adiós. Un breve abrazo y luego sus padres se iban, alejándose en su Rover, de regreso a su feliz hogar matrimonial, y dejando a Theresa frente a los horrores de un internado. ¿Cómo pudieron desprenderse así de su hija? ¿Qué clase de amor era aquel? Siempre habían querido más a Christopher, desde luego, su niño adorado. Oh, Christopher no podía hacer nada mal.

Theresa regresó renqueando a la aldea. Si al menos pudiera encontrar un gurú de pies, para que curara sus heridas... Si al menos pudiera encontrar un gurú de la barriga, para que le curara la diarrea... A juzgar por las pruebas dispersas por toda la arena, ella no era la única que sufría cagalera.

Avanzó junto a una hilera de autobuses. La aldea estaba atestada de peregrinos, muchos de ellos occidentales.

—Eh, colega, ¿qué haces? —Dos jóvenes ingleses se abrazaban—. Nos conocimos en Benarés, ¿no te acuerdas? En la tienda de Pandit's Chai.

Theresa había encontrado una habitación, aunque con alguna dificultad; era una celda de cemento en una casa al lado de la carretera principal, junto al cibercafé. Theresa se sentó en la cama. En el exterior el tráfico avanzaba lentamente. Podía oír las voces de la gente cuando pasaba andando junto a su ventana.

—Ahora estoy viviendo en Wembley —decía una chica—. Pero estoy buscando un sitio en Kensal Rise.

Por norma, Theresa evitaba a los ingleses, pero de repente echó de menos mantener una conversación, incluso aunque fuera tan limitada como lo sería con una londinense borracha con la mitad de su edad. Sacó su paquete de toallitas húmedas. Solo le quedaba una. Intentó limpiarse la herida, pero la toallita se había secado.

«Da igual —pensó—. Mañana me abrazarán».

El que no siente ni ansia ni repulsión, el que no se queja ni codicia las cosas, el que está más allá del bien y del mal, y que tiene amor: ese es el que me es querido.

BHAGAVAD GITA

—¡Mira, Jo-Jo, elefantes! —Christopher señaló fuera del jeep.
—Solo veo un elefante.

—Es que ese era solo uno. Mira, allí hay una manada entera, una mamá elefanta y un papi elefante, y un bebé elefantito...

—Papá... —dijo Clementine.

—Mamá, estoy cansado. —Joseph, con el pulgar en la boca, se acurrucó contra su madre en el asiento de atrás.

—No puedes estar cansado... —dijo Christopher.

—Se han levantado a las seis —dijo su mujer.

—¡Eh, mirad ahí, chicos! ¡Una familia entera de elefantes!

—Estás gritando, cariño —dijo Marcia.

—Pero es que no han visto nunca elefantes... ¡en libertad!

—Sí, sí que los han visto.

—¿Cuándo?

—En Kenia. ¿No te acuerdas? En el Masai Mara.

Allí estaba Marcia, arropada con sus dos hijos. Clementine, que parecía haber tenido una regresión en aquel viaje, también se estaba chupando el pulgar. El conductor, un tipo oficioso llamado Hari, había detenido el jeep.

—Elefantes, *sahib* —dijo Hari.

Christopher hizo una foto. Alguien tenía que mostrar ilusión, aunque solo fuera con el conductor. Los elefantes eran sencillamente unos bultos grises que se recortaban contra la maleza. Christopher los animó a hacer algo interesante.

—Haré fotos de todos modos —dijo alegremente—. Podremos verlas cuando lleguemos a casa.

Nadie le contestó. Hari arrancó el jeep y avanzó. Christopher quería decirle: «A mí no me eche la culpa. Sé que están echando a perder a los muchachos, pero, sinceramente, sus amigos están igual de mal. No sabe usted hasta qué punto».

En el asiento de atrás, los niños se acunaban contra su madre. Marcia los abrazaba de un modo posesivo y excluyente. Realmente los estaba malcriando de un modo espantoso. Por un complejo, desde luego. Una profesional que mimaba en exceso a

los niños era porque apenas los veía. Qué diferente era todo aquello respecto a su propia educación, pensó Christopher.

Fueron dando botes por el camino. Christopher deseaba que ella no fuera tan..., en fin, tan física. Todos aquellos abrazos, sobre todo a su hijo. Christopher sospechaba que aquello no era del todo saludable. ¿No estaría fomentando algún problema de cara al futuro?

La visita a la reserva de caza Mudumalai correspondía al cuarto día de sus vacaciones, ¡solo el cuarto día!, y los chicos ya estaban aburridos. Habían visto templos y playas, habían viajado en barca por las aguas tranquilas de Kerala y se habían servido en los enormes bufés de hoteles asombrosamente lujosos; habían nadado en piscinas del tamaño de Piccadilly Circus cuyas palmeras estaban atestadas de loros; unos lacayos les habían servido, trayéndoles elaborados cócteles sin alcohol y recogiendo las toallas sucias que iban dejando tiradas por las habitaciones. Hasta el punto de que el único signo de animación de Clementine fue cuando conoció a alguien que había conocido a Johnny Depp. Y respecto a Joseph, la mayor parte del tiempo había estado colgado de su consola, y solo volvía a la vida cuando se le acababa la batería.

—Vuestro abuelo y yo estuvimos de camping una vez en Dartmoor —dijo Christopher—. Estuvimos recorriendo millas y millas, solo con una manzana y un pedazo de queso en nuestros bolsillos. Por las noches nos divertíamos a nuestro modo: jugábamos a los barcos, y cosas así...

Clementine lo miró, con una mueca de desprecio.

—Papá, eso es *muy* triste.

—No lo era. Era fabuloso. —¿*Fabuloso*? No había utilizado esa palabra en su vida.

Ultimamente a Christopher le parecía que se estaba volviendo irreconocible. Estaba jugando a las familias. Miró a la cara de ángel de su hijo, siete años, y ya insoportable; y la testaruda de su hija. Oh, él se preocupaba por la vida que les esperaba, pero la verdad era que sentía que ya apenas le pertenecían en absoluto. Ahora que se encontraba muy lejos de casa, en su compañía veinticuatro horas al día, los veía a todos a la luz de una espantosa claridad. ¿Por qué no podían ser simplemente felices, como se supone que son las familias?

El jeep fue dando botes por todo el camino, entre muchos kilómetros de maleza. Era una mañana nublada, con una luz turbia. Unos cuantos pájaros volaban por allí, pero Hari se había cansado de su labor de guía y ya había dejado de señalar las cosas. Christopher se volvió en su asiento, para sonreír animadamente a su pequeña familia. Sin maquillaje, la piel de Marcia parecía amarillenta con la tempranera luz matutina. No representaba la edad que tenía, eso tenía que admitirlo, pero la verdad era que su mujer era absolutamente vulgar.

De repente recordó las aldeas por las que habían pasado, en Kerala... Eran imágenes de una vida muy sencilla, tan dolorosamente hermosas que no podía quitárselas de la cabeza: un chiquillo riéndose y saludando en un bote, una mujer envuelta en un sari, lanzando grano graciosamente a sus gallinas. «Conserva este emocionante encanto», decía la canción. Cada casita junto a la que pasaban, acurrucada bajo algunas palmeras de plátanos, bañadas por el sol, era una visión del Paraíso. Era una visión de una felicidad tan inalcanzable que le daban ganas de llorar.

—¿Cuándo vamos a volver al hotel, mamá? —lloriqueó Clementine.

—Enseguida.

—¡Luego iremos a Ooty! —dijo Christopher—. Y luego bajaremos de las colinas en un tren de carbón, y luego iremos a unos templos alucinantes en un sitio que se llama Halebib...

—Mira, mamá, ¡me ha picado una pulga!

—... y a una preciosa ciudad llamada Mysore...

—¡Mira! ¡Está todo hinchado! —aulló Clementine.

—Allí hay un lugar maravilloso que...

—¿Me voy a morir? —preguntó Clementine.

—Querida —dijo Christopher—, no te pongas melodramática.

—¡Está preocupada! —cortó Marcia. Se volvió hacia su hija—. Cariño, te pondremos una eremita ahí cuando regresemos al hotel.

—Y luego iremos a ver a vuestra abuelita —dijo Christopher—. A la abuelita Evelyn. Está deseando veros, chicos.

—¿Lleva pañales? —gruñó Joseph entre risillas.

—Qué tontería —dijo Christopher—. Pues claro que no.

—Los viejos llevan pañales, como los bebés.

—Tú eres el que llevabas pañales, y no hace mucho —dijo Christopher.

—¡Qué asco!

—¿Me va a dar un regalo de Navidad? —preguntó Clementine.

—Estoy seguro de que sí.

En realidad su madre era famosa por su tacañería, pero probablemente les habría comprado *algo*. Para el día de Navidad, en realidad, ya se habrían marchado; solo estarían dos noches en Bangalore, y luego irían a Goa. Christopher sabía que deberían haber pasado ese día con su madre, pero las fechas no habían cuadrado. De todos modos, iban a estar *muy cerca* del día de Navidad. Y Theresa estaría allí para las fiestas y las fechas señaladas. Así que todo iría bien, ¿no?

Christopher sentía la culpabilidad habitual, que le ascendía por la garganta como una náusea. Era un inútil, como padre y como hijo. Cerró los ojos.

Allí estaba ella: una mujer, un destello desde el barco. Llevaba un sari de color azul claro. Acucillada al borde del agua, escurriendo su colada. El sol brillaba en su

pelo. Cuando el barco pasó, ella levantó la cabeza y le sonrió, una sonrisa deslumbrante. Solo por un momento, la niebla se disipó. Su sonrisa, como los rayos de sol, la disiparon.

—Mamá, se está poniendo todo rojo... —lloriqueó Clementine.

—Puaj —dijo Joseph.

Christopher miró de reojo al conductor. El folleto les había prometido la asistencia de un experto cualificado en vida salvaje, pero bueno, qué más daba; en la India, ya se había dado cuenta, todo ese tipo de promesas parecían evaporarse. En este caso, se habían encomendado a un hombre de mediana edad que apenas sabía hablar inglés. Christopher miró los escuálidos tobillos de Hari, y los dedos de sus pies, grisáceos y polvorientos. ¿Cuánto ganaría ese hombre? A la semana, probablemente menos de lo que costaría un gin-tonic.

Ah, un gin-tonic...

Hari cruzó con el coche las puertas de la reserva de caza. Algunos muchachos salieron de unas chabolas y corrieron hacia el jeep.

—¿Cómo te llamas? —preguntaban.

—Topher —dijo Christopher.

Cuando era un escolar, Christopher había intentado autoimponerse aquel sobrenombre. Sin embargo, no había cuajado; ninguno de sus compañeros de clase lo había utilizado y toda la historia quedó en nada, y él se quedó con una sensación un tanto humillante.

—¡Topher, Topher! —gritaban los muchachos—. ¿Eres de qué país, por favor?

—Inglaterra. Pero vivo en Nueva York.

Christopher los miró. De repente tuvo la imperiosa necesidad de bajar a sus propios hijos y cambiarlos por aquellos muchachos sonrientes.

«Para ellos, yo soy Topher», pensó. Podría empezar de nuevo mi vida con una mujer que llevara un sari azul, y que simplemente me sonriera, y que se alegrara de mi existencia.

«¡Hola! Me llamo Madhu Sengupta y tengo veintiséis años. Soy amable, educada y de buena familia. Soy licenciada en informática y gerencia de sistemas informáticos, pero a pesar de mi apariencia moderna soy muy tradicional de espíritu. Entre mis aficiones están el *bridge*, la música y la conversación...».

—Esa es mona, Rahul —susurró Evelyn.

«Estoy buscando un hombre con quien pueda contar y que pueda contar conmigo...».

—Olvídalo, cariño —dijo Surinda a la cara que aparecía en la pantalla de la tele.

—Cállate —dijo Rahul.

Un grupo de residentes se encontraba en la sala de la tele. Estaban viendo un

vídeo de posibles novias para Rahul, el joven que trabajaba en el centro de venta telefónica.

«... y que sea razonablemente bien parecido...».

—Eso te deja fuera *a ti* —dijo entre risas Surinda.

«Por favor, indica tu horóscopo».

Rahul estaba tumbado entre los pies de Evelyn y Madge, y el pelo le brillaba con el fulgor de la pantalla. Dijo que quería alguna opinión de la gente cuyas opiniones valoraba. A todos les había encantado aquella confianza.

Apareció otro rostro en la pantalla. «Me llamo Kiran Shrivastav, y soy cristiana —decía—. Mido uno sesenta y siete. Estoy buscando un compañero con vistas a casarme, debería tener un trabajo estable y buen sentido del humor. Yo soy asistente dental y tengo veintidós años...».

—¿Veintidós años? —se burló Surinda—. No te lo crees ni tú, querida.

«Hablo con fluidez kannada, hindi e inglés, y preferiría a un no fumador. Por favor, envíame un e-mail a la dirección que aparece en la parte superior de la pantalla».

—Son todas muy guapas —dijo Evelyn. Ojalá alguna de *ellas* se hubiera casado con su hijo.

Apareció otra cara. «Soy divorciada, sin cargas familiares, y estoy buscando un hombre respetable, con un buen trabajo, de cualquier edad, la casta no supone impedimento...».

—Pobrecilla, está desesperada —dijo Surinda.

—La siguiente es la única que me gusta —dijo Rahul—. La he visto cuatro veces...

—Oh, por-fa-vor... —dijo Surinda.

—¿Vosotras qué pensáis, abuelitas? —preguntó el muchacho.

Una chica preciosa apareció en la pantalla, mirando al suelo.

«Me gusta bailar, el teatro, y salir a cenar —decía—. Soy una estudiante cariñosa y buena...».

—¡Eh, un momento, yo la conozco! —dijo Surinda—. Fuimos a la facultad juntas. Es una zorrupia, Rahiji.

—¿Qué dice? —preguntó Stella.

—¡Y *además* tiene el culo gordo!

Justo entonces Evelyn se percató de que había un hombre en la puerta. Era Minoo. Estaba mirando la pantalla de la televisión. Aunque estaba semioculto en la oscuridad, Evelyn se dio cuenta de que se encontraba mal.

Eithne señaló la televisión.

—Esa es igualita que mi Lucy. Casi ni es más morena...

—¡Ssssh!

—Dice que me va a enviar una sorpresa para Navidad —dijo Eithne—. ¡La sorpresa es ella, yo sé que es ella! Va a venir a verme, desde Australia...

—¡Haz el favor de callarte! —gritó alguien—. Estamos intentando encontrarle una mujer a este amable muchacho.

Cuando Evelyn se volvió a girar, Minoo se había ido.

El vídeo terminó. La audiencia de más edad se puso en pie, con las rodillas crujendo como disparos de ametralladora.

Evelyn salió fuera. En la oscuridad, Minoo se había desplomado en los peldaños de la veranda. Se agachó con cuidado y se sentó a su lado.

—¿Estaba usted pensando en su novia perdida? —preguntó.

Él asintió.

—¿Cómo se llamaba?

—Bapsi —dijo, y se volvió hacia ella—. Señora Evelyn, no puedo seguir con esto. El hotel se me cae encima.

—¡No me diga! —y miró hacia arriba, alarmada.

—No puedo trabajar, no puedo dormir. ¿Acaso nos puso Dios en este mundo para sufrir semejantes desdichas?

Evelyn habló en voz baja.

—¿Ha pensado usted en el divorcio? En Inglaterra, hoy en día, lo hace todo el mundo, constantemente. Tienen muy poco aguante.

—Yo estuve divorciada —dijo Madge. Ambos se volvieron—. ¿Molesto?

—Siéntese, señora, por favor —dijo Minoo.

—Lo mejor que hice en mi vida. —Madge se sentó junto a ellos—. Porque luego conocí a Arnold. Sinceramente, fue como si hubiera vuelto a nacer. Una segunda oportunidad. —Se volvió hacia Evelyn—. No me habrías reconocido si te hubieras cruzado conmigo cuando estaba con Howard..., que fue el primero. Me sentía como una piltrafa. —Se encendió un cigarrillo—. Con Arnold me convertí en una persona diferente. Me hacía reír, ya sabes. Ah, nos divertimos de verdad, hasta el final. Recuerdo una vez..., cuando estaba agachándose para coger no sé qué del suelo (tenía la espalda fatal), me suelta: «Bueno, ahora que estoy aquí abajo, ¿hay alguna cosilla que necesites?».

Se quedaron allí, mirando a la oscuridad. En un extremo de la veranda, Eithne decía: «*Tommy... Tommy...*». Estaba buscando al gato.

—Yo solo tuve un marido —dijo Evelyn—. En su momento me pareció suficiente.

Otra voz en el jardín gritaba: «¿*Tinker...? ¿Tinker?*». Hermione también estaba buscando al gato.

—Por lo que tengo entendido, ustedes tienen la suerte de poder tener otra vida, pero solo después de que hayan muerto —dijo Madge—. Algunos de nosotros

podemos tener otra vida cuando todavía estamos vivos. —Dio una calada a su cigarrillo—. Eso te hace sentir como si vivieras más, como unas vacaciones combinadas de ciudad y playa...

—Yo pensaba que creía en Dios, señoras —dijo Minoo—. Pero he estado teniendo dudas.

—Para ser totalmente sincera —dijo Evelyn—, yo también.

—¿Le importaría darme uno de esos, señora?

Madge le dio a Minoo un cigarrillo y se lo encendió. A Evelyn le gustaba el olor del tabaco, le recordaba a Hugh. Además, mantenía alejados a los mosquitos. Allí estuvieron sentados los tres, absortos en sus pensamientos. Las voces que llamaban a los gatos se oían débilmente en el jardín. Una tercera voz se había unido a las dos primeras: «¡Félix... Félix...!». Más lejos, al otro lado del muro, el tráfico seguía dando bocinazos.

Y precisamente entonces apareció una figura, que subía caminando por el sendero. Era difícil averiguar quién era... Solo se atisbaba un fulgor de ropas claras, como el de un fantasma.

Se hizo un silencio. Por un momento, los tres pudieron oír los crujidos de las pisadas en la gravilla. La figura se fue acercando cada vez más. Era una mujer.

—¡Lucy! —gritó una voz desde el otro extremo de la veranda. El plato se estrelló con estrépito cuando Eithne dejó caer la comida del gato—. ¡Lucy, cariño! —Eithne corrió hacia donde ellos estaban sentados, en la escalera. Se movieron a un lado para dejarla pasar—. ¡Es mi hija! —dijo sin aliento por la emoción. Aferrándose a la barandilla, descendió los escalones.

Tal vez se tropezó. Nadie lo supo con exactitud. De repente se oyó el sonido de la madera quebrándose. La barandilla se partió y Eithne cayó, como un fardo.

Los tres se pusieron de pie de un salto.

—Eithne, ¿estás bien?

Sin embargo, Evelyn no estaba mirando el cuerpo de aquella mujer que estaba boca abajo y tendida en el suelo. Estaba mirando a la mujer que se acercaba a ellos, abriéndose paso a través de la oscuridad; era una mujer de mediana edad, vestida con ropa india.

—¡Theresa!

—Hola, mamá.

Evelyn se apresuró a correr por la gravilla y a abrazar a su hija..., una cosa bastante incómoda, estando la mochila de por medio.

El accidente de Eithne causó una profunda impresión en los residentes. Había sido trasladada al hospital Victoria con la cadera rota. En el fondo de sus corazones, todos sabían lo que aquello significaba. Una cosa conducía a otra; los que se iban con

la cadera rota rara vez regresaban.

—Es el principio del fin —dijo Hermione, que no era famosa precisamente por su delicadeza.

Los Ainslie visitaron a Eithne al día siguiente. Como una patrulla de reconocimiento, regresaron e informaron de sus impresiones del hospital. Las familias rodeaban todas las camas, dijeron, se servían comidas bastante copiosas, pero, por lo demás, el lugar no era distinto de cualquier hospital británico, incluyendo la cantidad de negros del personal. Habían avisado a la hija de Eithne y, a pesar de las débiles protestas de su madre de que no había necesidad ninguna, ya estaba volando desde Australia y llegaría al día siguiente.

—Una baja, quedan diecinueve —le dijo Madge a Norman—. Somos como las langostas en el acuario, ya sabes, cuando vas a un restaurante. No tarda en llegar alguien que señala una con el dedo y dice: «Esa».

A Norman le gustaba Madge. Era una mujer atractiva; debía de haber sido una buena calentapollas en su juventud. También fumaba, al contrario que la mayoría de las viejecitas mojigatas de las que estaba rodeado. En un momento de locura incluso había considerado hacerle algunas confidencias. La mayoría de sus compañeras residentes tenían el aspecto que se supone que tienen los ancianos; algo de color beis y todas con el mismo peinado. Imposible imaginar que hubieran tenido alguna vez relaciones sexuales. Unas pocas, sin embargo, como Madge, parecían mujeres normales que probablemente habrían tenido bastantes. De estas, Madge era el mejor espécimen. Ella, obviamente, había tenido un montón de experiencia en el Ministerio de la Cama, y tal vez podría darle alguna solución a su pequeño problemilla. «A tu maridito Arnold, así, a medida que iban pasando los años, ¿le parecía como que tenía menos vigor en el nabo?». Norman, en todo caso, no confiaba enteramente en Madge para decírselo. Si su secreto se desvelaba, puede que no pudiera ir con la cabeza alta nunca más.

Había decidido solicitar consejo profesional y había encontrado la dirección de una clínica en las páginas del *Bangalore Times*. «Impotencia —decía el pequeño anuncio—. Eyaculación precoz. Enfermedades de transmisión sexual. Test del VIH. Confidencialidad garantizada».

Norman iba encorvado en el *rickshaw* mientras el vehículo iba dando trompazos por la Elphinstone Street. La calzada estaba atascada de tráfico. Era 18 de diciembre, un día clave. Admitir que tenía un problema era el primer paso; hacer algo activamente al respecto, levantar el teléfono, y fijar una cita, era audaz de cojones. Tenía que solucionarlo antes de que llegara Pauline. Sería difícil escaparse del hotel estando ella allí, siendo como era una hija entregada.

El *rickshaw* dio un viraje brusco para rodear un autobús. El humo del tubo de escape le hizo saltar las lágrimas de los ojos. ¿Por qué Pauline no iba a venir con su

marido? ¿Es que el tío no quería visitar su propio país y controlar su inversión? En fin, no podían quejarse del comportamiento de Norman durante todo ese tiempo. Todavía no lo habían echado a patadas de Dunroamin. Aunque, claro, las tentaciones habían sido abundantes.

Pensó en Eithne, la pobrecita abuelilla, languideciendo en el hospital. Ojalá no le hubiera dicho que sus gafas la hacían parecerse a Rosemary West.

—¿Es una amiga tuya? —había preguntado Eithne.

—No. Una asesina en serie. De Gloucester.

—¿Perdón? —dijo Eithne, nunca especialmente viva.

—Fred West y todo eso —contestó Norman—. ¿Recuerdas?^[9]

Eithne había emitido un ruidillo de asombro que apenas salió de su garganta.

En realidad, Eithne debería demandar al puto hotel, pero su generación no hacía ese tipo de cosas. Ni se le habría pasado por la cabeza. Además, si Sonny tenía algo que ver con aquello, y lo tenía, el lugar probablemente no habría pasado jamás una inspección ni contaría con ningún tipo de certificado oficial, para empezar.

El *rickshaw* se abrió paso entre el tráfico y vino a detenerse enfrente de un montón de escombros. Norman se apeó y se estiró, con un gruñido. Por encima de su cabeza se levantaba un edificio lleno de desconchones: Elphinstone Chambers. Los carteles colgados de distintos pisos anunciaban los negocios que tenían su sede en el interior: «Sastrería Ishmail: trajes y camisas», «Agencia de Viajes Rahman». Miró arriba del todo. «Tercer piso: Clínica Meerhar».

—Estos *post-its* indios no sirven para nada —dijo Evelyn, cogiendo uno del suelo—. No se pegan en absoluto.

—No tienes que *apegarte* a nada, mamá —dijo su hija—. Déjalo ya.

—No seas tonta, querida. No me acordaré de nada si no me lo anoto.

—Era una *broma*, mamá. Nos reímos un montón en los monasterios y eso...

Salieron de la habitación y avanzaron por el pasillo. Theresa todavía cojeaba, pero la señora Cowasjee, en un raro momento de buen humor, le había vendado el pie. Theresa llevaba las zapatillas de andar por casa de su madre: de color azul pálido, forradas con borreguillo.

—Qué suerte que solo fuera tu pie —dijo Evelyn—. Estaba muy preocupada por ti. Una escucha tantas cosas...

—Todo fue bien —dijo Theresa.

—Terroristas musulmanes...

—En la India no...

—Los musulmanes son un problema, con las bombas, y rezando todo el rato...

—¡Mamá! No todos los musulmanes son terroristas.

—Cualquiera que haya tenido cizaña en el jardín puede entender el terrorismo —dijo Evelyn—.

Arrancas un poco, pero en realidad ahí sigue, creciendo y extendiéndose bajo el suelo...

—Mamá...

—Arrancarla solo favorece su crecimiento, ya ves. Y surge donde menos te lo esperas.

—¡Mamá! —exclamó Theresa—. No digas *tantas* tonterías.

—No deberías hablarme así —dijo Evelyn con sequedad—. Parece que tuvieras doce años.

Evelyn no podía evitarlo; tenía muy pocas ganas de fiesta aquel día. La caída de Eithne le había afectado y su propia hija, después de solo dos días, estaba empezando a irritarla. Miró a Theresa. Habían aparecido canas en su pelo; Evelyn no se había dado cuenta de ello hasta entonces. La piel de su hija, sin maquillaje alguno, parecía muy pálida. Hay que ver, seis semanas en la India y no había cogido ni el más mínimo bronceado. ¡Y aquellos pijamas tan tristes para vestir, sin color ninguno! En las mujeres indias lucían hermosos, pero Theresa parecía que hubiera estado en la cama con gripe.

—Tienes que animarte y salir de ese círculo vicioso —dijo Evelyn—. Lo único que haces es dar vueltas y más vueltas. Si te sacudes eso que tienes y creces, entonces serás feliz.

—Demonios, mamá. Hablas como un hindú.

—Es que vivo aquí, ¿sabes?

Theresa gruñó. Entraron en el salón. Evelyn se dio cuenta de que las cosas habían cambiado entre ambas. Ella no era la misma persona que había llegado con tantos temores tres meses antes. Ahora se sentía más libre, con las piernas al aire y sus nuevos amigos jóvenes. Cada vez apreciaba más a Surinda y a Rahul, que era menos pasota de lo que parecía. Y luego estaban sus compañeros de residencia, que ya le resultaban tan familiares que eran casi como de la familia. Y sobre todo, era aquel país desconcertante y cautivador lo que estaba cambiándola. En cambio, su hija, a quien quería pero que siempre estaba tan enfadada, seguía siendo exactamente la misma.

Norman estaba sentado en la sala de espera, mirando de reojo a los otros hombres. Había ocho, todos indios, claro. Algunos de ellos estaban fumando. Parecía como si hubieran estado sentados allí desde hacía un año. Los indios tienen ese aspecto, cuando están esperando algo. ¿En qué estarían pensando? ¿En las malas consecuencias de todos los polvos que habían echado? ¿Se preguntarían si había valido la pena? Cualquiera podría apostar que no sufrían de impotencia. Los indios

estaban al tema todo el día, uno solo tenía que mirar a aquellos enjambres de chiquillos para darse cuenta de que el bangaloriense medio no tenía problemas hidráulicos. Y además, todos estaban bien adiestrados en las artes del amor. El *Kama Sutra*, que Norman había leído ansiosamente en su juventud, enunciaba ocho tipos de arañazos^[10] (*¡ocho!*) para utilizarlos durante el coito. Norman solo había arañado a una mujer en una ocasión, y fue involuntariamente, y porque, cuando la correa del reloj de ella le trizó su vello púbico, le dolió.

¿Qué haría el doctor? ¿Le daría unas viagras para empezar, a ver si eso funcionaba? A lo mejor le podría prescribir algún elixir exótico hecho con polvos de cuerno de rinoceronte o algo así. Después de todo, aquello era la India. Como último recurso, al parecer, había una especie de bomba hidráulica que se podría utilizar, aunque seguramente no sería necesario llegar a eso.

—¿Hace un pito? —le dijo al hombre que estaba a su lado.

El tío negó con la cabeza, y cogió uno.

—¿Habla mi idioma? —preguntó Norman.

El hombre volvió a negar con la cabeza y no dijo nada.

Todos ellos parecían oficinistas de un banco: delgados, poco sueldo. Uno podía notar la desesperación en sus rostros. Probablemente lo único que tenían en casa era un par de tortas de pan. Resultaba gracioso, desde luego, que ellos no tuvieran nada excepto la única cosa por la que Norman daría sus muelas del juicio, si aún le quedara alguna.

La puerta de la consulta se abrió y la enfermera exclamó:

—¡Señor Smith!

Nadie se movió.

—¿Señor Smith?

Estaba mirando a Norman. Se puso en pie de un brinco. Había olvidado que había dado un nombre falso.

Norman cruzó la sala. Le pareció que llamaba horriblemente la atención. Por primera vez en su vida deseó ser negro. *Invisible*, en realidad.

La enfermera abrió la puerta y Norman entró en la consulta. El médico, vestido con una bata blanca, estaba sentado tras una mesa. Se puso en pie.

Norman se detuvo, helado, en el sitio.

—Santo Dios —dijo—. ¡El doctor Rama!

Theresa se sentía agobiada. Al principio se había sentido aliviada de haber encontrado a su madre en buen estado..., incluso lozana. Para ser una mujer inglesa convencional, Evelyn parecía haberse adaptado sorprendentemente bien a la India. De hecho, su madre parecía incluso bastantes años más joven. Había dejado de darse crema para la cara —«Es que se corre, así que lo dejé», decía— y su piel estaba luminosamente bronceada. El clima cálido había mejorado su artritis y parecía

completamente rejuvenecida. «Solo tienes que mirar a la gente de la calle —decía—, eso hace que una dé gracias a Dios por lo que tiene, ¿no te parece?». Esto, claro, era un gran alivio. Theresa ya no se sentía tan absolutamente culpable por haberla dejado ir allí.

También se había sorprendido al reconocer cuánto le había agradado ver a su madre. A lo mejor era una reacción a la soledad y al desencanto de su viaje (sí, ya podía admitirlo). Solo estaba deseando abrazarla.

Habían transcurrido dos días, sin embargo, y las buenas intenciones se habían evaporado. El problema de la gente que viene de visita desde muy lejos es que, una vez que llega, tiene que quedarse bastante tiempo... En su caso, dos semanas. ¡Qué exasperante le resultaba su madre! Era raro sentir cómo las antiguas irritaciones salían a la superficie en aquel entorno extraño, era como escuchar una nana en medio de un concierto de música hindú. Por supuesto, Theresa sabía que no importaba dónde huyera la gente: siempre se cargaba con el equipaje; pero, aun así, era una sensación desagradable. Y el hotel la estaba poniendo de los nervios. A primera vista parecía encantador, pero en realidad era un lugar absurdo, un túnel del tiempo para abuelillos, «¿queda miel para el té?». Era un sitio que reforzaba todos los estereotipos y confirmaba todos los prejuicios. Llamaban «Jimmy» al camarero principal, por el amor de Dios... ¿Es que no se daban cuenta de lo degradante que era? Ninguno de ellos parecía haber aprendido ni una sola palabra de hindi o del idioma local, el kannada, y los esfuerzos de Theresa por iniciarlos en los principios más elementales del hinduismo se habían topado con una incomprensión desesperante. Aquel odioso viejo, Norman Purse, el que tenía la nariz morada, incluso había empezado a reírse ante la palabra *lingam*. Era extraordinario hasta qué punto los ingleses podían vivir en su propia burbuja.

Todo aquello era resultado de la represión. La represión es la característica principal de los británicos: represión de la sexualidad, represión de los sentimientos... La propia Theresa había tenido que trabajar en aquello; le había costado años de terapia darse cuenta de que odiaba a su hermano. La represión, desde luego, produce miedo. Theresa podía verlo en el rostro de aquellos ancianos, tan perjudicados por la cultura occidental en la que habían crecido. No era de extrañar que se hincharan a gin-tonics.

Curiosamente, la única persona que parecía estar en la misma onda que Theresa era una mujer de la clase obrera, Muriel Donnelly. Se sentaban las dos en la habitación de Muriel, deliciosamente *kitsch*, y hablaban de la reencarnación. Muriel no era una intelectual, ni por la más remota casualidad, pero Theresa había descubierto que eso podía ser una ventaja para aquellos que pretendían seguir un camino intelectual.

—Piensan que estoy majareta —decía Muriel—, pero deberías ver a esa Stella

Englefield, está completamente como una regadera. Y esa Dorothy Miller, que va de presumidilla, pero yo la he oído cantar «Ahí vamos por detrás de la zarzamora...» cuando piensa que nadie la está escuchando.

Muriel le había hablado a Theresa de un santón que había visitado en el casco viejo. Theresa había decidido ir allí; la mujer del gerente le había dado las señas. Después de dos días en Dunroamin, sentía la necesidad de un impulso espiritual.

Pero Bangalore estaba lejos de ser un lugar exótico: era una ciudad desmesurada, sin nada de particular, llena de bloques de oficinas. En su primer día, Theresa había alquilado un coche y se había llevado a su madre a dar una vuelta; el conductor había insistido en llevarlas a ver varios edificios de la industria tecnológica, incluido un rascacielos de cristal que pronto ocuparía una cadena de televisión de Newscorp.

—Esto es nuestro Silicon Valley —dijo orgullosamente—. El señor Rupert Murdoch, ¿saben ustedes quién es?, está montando aquí unos nuevos programas digitales para su cadena de televisión global.

—Es exactamente igual que Milton Keynes^[11] —comentó Theresa.

—Ssssh, querida —dijo su madre.

—He hecho un viaje alrededor de medio mundo para *alejarme* precisamente de esto.

Theresa de ningún modo iba a visitar a un santón llevando unas zapatillas de andar por casa. Su herida ya estaba prácticamente curada; se quitó el vendaje y se calzó sus chanclas. El gerente le había encontrado un cuarto trastero, con dos camas metidas a presión, en la parte de arriba del hotel; al parecer no había más habitaciones libres.

Theresa se enrolló una *dupatta* alrededor de los hombros y bajó las escaleras. Los viejecitos estaban en ese momento yendo despacito a comer.

—Quédate a comer —dijo su madre.

—No, luego te veo. Adiós, mamá... —«Mamá» sonaba tan infantil... Después de todo, Theresa ya era una mujer de mediana edad, pero, si no es así, ¿cómo puede llamar una a su madre? ¿Podría cambiarlo por «madre» a estas alturas?

Theresa iba pensando en estas cosas cuando la puerta se abrió de pronto y apareció Norman Purse, que llegaba. Tenía la cara colorada como un tomate.

—¿A que no sabéis a quién he visto? —vociferó a los demás—. ¡A vuestro bonito doctor Rama!

—¿Qué quieres decir, querido? —preguntó Evelyn.

—¡El tío es un puto médico de ladillas! —Norman lanzó un bufido—. ¡Siempre supe que había algo sospechoso en ese tío! Esa manera de darse bombo con el pelo engominado...

Hubo un silencio.

—¡El tío es un charlatán! —dijo Norman—. ¡Tiene una clínica de ladillas en

Elphinstone Street!

—¿Y qué estabas haciendo tú en una clínica de ladillas, cariño? —dijo Madge.

—Pasé por allí cuando iba al banco. —Los ojos pequeños y feroces de Norman la retaron—. Vi salir al tío de allí.

Hubo otro silencio. Uno tras otro se volvieron buscando a Minoo.

—¿Es verdad? —preguntó alguien.

—Se pusieron nerviosillas —se reía Muriel—. No me extraña que les diera antibióticos a todas.

La comida había acabado. Las noticias de los embustes del doctor Rama habían tenido un poderoso efecto en muchos de los residentes, que ya se habían retirado a sus habitaciones para pensar en ello y echar una siestecilla. Muriel se sentó en la veranda con Douglas Ainslie, que, como hombre, había sido menos susceptible a los encantos del doctor y que, por lo tanto, había sufrido menos vivamente esa sensación de traición.

Sin embargo, Douglas parecía muy distante. A lo largo de las últimas semanas aquel hombre había cambiado. El despreocupado y curtido vagabundo, el hombre extrovertido, con su abundante pelo blanco y sus gafas de montura dorada, parecía un tanto alicaído. Se quedaba durante largos períodos de tiempo mirando a la nada, y las excursiones con su mujer se habían terminado. Nadie sabía la razón. A lo mejor se encontraba mal por algo. Lo mejor sería llamar *al médico*, pensó Muriel, ahogando una risilla.

A ella la noticia no le había afectado, desde luego. Muriel nunca había tenido demasiada fe en los médicos extranjeros de todos modos. Lo que resultaba desconcertante, en cualquier caso, era la quiebra absoluta y repentina de su reciente entusiasmo por la faceta más espiritual de la vida en la India. Tenía que admitirlo: aquella receta particular no había funcionado tampoco. Su reciente visita al lector de hojas de palmera no le había revelado nada sobre su hijo, solo la fecha de su propia muerte.

Le había dado seis años, lo cual no era ninguna sorpresa. La cosa de la hoja se llamaba *nadi*. Un anciano, sentado en una habitación llena de humo de incienso, le había preguntado cuándo había nacido y le había cogido una huella dactilar de su pulgar izquierdo. Luego había revuelto brevemente un manojo de hojas de palmera, atado con una cuerda. Al final había sacado una. Estaba cubierta con una escritura diminuta, como si un insecto hubiera estado mordisqueando aquello. Luego empezó a leer lo que ponía.

Algo de aquello le era bastante familiar: idas y venidas, la pérdida de un ser querido. Eso ya lo había oído antes bastantes veces. Luego le dijo lo otro.

Muriel tenía que admitirlo; después de saber la fecha de su muerte, había salido

corriendo de la estancia. «Tranquilamente —había dicho—, tras una corta enfermedad». Y luego le había dicho la fecha y el lugar.

Muriel se ponía de los nervios solo con pensar en ello. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a su confidente, la señora Cowasjee.

Douglas había acabado su café y se fue. Muriel se quedó sola en la veranda. Mirando las sillas vacías, pensó en la gente que las habría ocupado. Para cada uno de ellos había una hoja de palmera. A lo lejos, junto a la puerta exterior, se oyó el tintineo del timbre; había allí un hombre con algo para vender, intentando atraer su atención.

Algunas de las sillas estaban apartadas de las mesas, allí donde una persona se había levantado y se había ido. Jimmy no tardaría en salir del comedor y colocarlas todas. Un gecko estaba pegado como un broche en la pared; llevaba allí horas, sin moverse.

«Aún nos queda mucho tiempo, mamá». El brazo de Keith rodeaba sus hombros. «Eh, no llores». La besaba en la mejilla. «Te echaré de menos y lo pasaré fatal, pero piensa que al menos sabes que no vas a ser atropellada por un autobús mañana».

Muriel oyó pisadas. Se secó la nariz con el envés de la mano. Era Dorothy. Salió por la puerta principal y bajó por el camino. A pesar del bastón, llevaba un aire decidido, como si no tuviera tiempo que perder.

Muriel se levantó y cogió su bolso. La mujer volvía a salir a una de sus excursiones. «Esta vez —pensó Muriel—, averiguaré dónde va esta vieja lunática».

Muriel bajó deprisa por el camino. La ciudad ya no le infundía ningún temor; no iba a tener accidentes, le habían dicho que no los tendría. Aunque solo fuera por un momento, se alegró de conocer su futuro.

Fuera, en la calle, Dorothy cruzó la calzada y se acercó a la parada de *rickshaws*.

—¡Señora *sahib*, señora *sahib*! —Los conductores se desperezaron—. ¡Aquí, aquí, señora *sahib*...! —Dorothy se subió a uno de los vehículos y se alejó por Brigade Road.

Muriel se subió a otro *rickshaw*. Señaló el vehículo en el que iba Dorothy, que ya desaparecía entre el tráfico.

—¡Siga a ese *rickshaw*! —y agitó la mano como si estuviera espantando una mosca—. ¡Sígalo! ¡Rápido!

—¡Yo ya estoy desesperado y no sé qué hacer, Sonny *baba*! —decía Minoo hablando por teléfono—. Los residentes están muy enojados, ¿y quién puede culparlos? Ahora piensan que los estamos estafando, ay, Dios mío, por qué me embarcaría yo en esta loca aventura...

—¡Tranquilo, hombre! —dijo Sonny.

—Esta situación me está sacando de quicio, no tienes idea de...

—Escucha... —empezó Sonny.

—... se lo contarán todo a las autoridades y perderé mi licencia, ¿y qué voy a hacer entonces?

Sonny apagó su móvil. ¡Mierda! Lo que le faltaba, con todos los problemas que tenía. Ese hijo de puta de PK, el traidor *maderchod*, después de haberle timado cien mil rupias, no había aparecido por ninguna parte. Debía de haberle pagado bien a la policía, porque incluso el confidente más seguro de Sonny en el cuerpo, un miembro del Rotary Club también, había dejado de responder a sus llamadas. Sin duda los matones de PK eran también los responsables de haberle dado una paliza al capataz del almacén, que ahora estaba en el hospital y se negaba a identificar a sus agresores. Los problemas de Sonny habían empezado a descontrolarse. Había tenido que pedir mucho dinero prestado para saldar sus deudas y ahora el banco amenazaba con embargarle. Otro de sus proyectos estaba en el aire, porque el permiso de ejecución había sido misteriosamente rechazado. Y en su casa, las cosas se encontraban en un punto crítico, porque su mujer había despedido al viejo criado que había estado con la familia desde hacía veinte años. Y encima, su primo Ravi no hacía más que joderlo con correos electrónicos exigiéndole explicaciones sobre los planes de expansión mundial de las Residencias de Jubilados Ravison. ¿Es que este tío no entendía que Sonny estaba en una situación crítica?

Sonny estaba frente a su escritorio, dando vueltas y vueltas al bolígrafo entre sus dedos. Fuera, el tráfico estaba atascado en Brigade Road. Su oficina estaba a dos manzanas de Dunroamin, un lugar que solo unos meses antes le había parecido la respuesta a todos sus sueños. El mundo de los negocios estaba apoyado en pilares muy inestables..., demasiado inestables en el caso de su proyecto de la Defence Colony. La bolsa estaba en caída libre, la economía se desplomaba, una tras otra las grandes corporaciones —Enron, World.com— se iban al garete. De lo único de lo que podía estar seguro un tío, en su vida, era de que se haría viejo y que necesitaría a alguien para que cuidara de él. A su manera y humildemente, Sonny estaba posibilitando que eso ocurriera. ¡Con qué nitidez recordaba su momento visionario en el hotel Royal Thistle, en Bayswater! Ahora todo el proyecto se veía amenazado por aquel entrometido, el viejo cabrón de Norman Purse.

¿Cómo había podido chivarse, él, cuya mismísima hija estaba metida de lleno en el negocio? ¿Cómo se atrevía a crear problemas en la única operación que le estaba yendo bien?

Sonny permaneció allí, furioso. Tendría que ocuparse de aquel viejo *chootiya*. Solo tenía que pensar el modo de hacerlo.

«Imagínate que tienes una cita con un extraño». Algún tiempo después, Theresa recordó aquella página de su libro de meditaciones. «Cuando os encontráis, la

radiante presencia de su persona te asombra». Estaba esperando en un callejón lleno de trozos oxidados de coches. En otra parte, los puestos estaban atestados de tubos de escape. Los hombres estaban allí tomando té. La miraban. Estaba en algún lugar ignoto del casco viejo de la ciudad, aferrada a un trozo de papel con las señas que había escrito en él la señora Cowasjee. «Cómo podrías describir a esa persona? ¿Qué la hace tan especial? Tú preguntas el nombre del desconocido y te dice que estás viendo una parte de ti mismo. Le das las gracias al desconocido y le dices adiós. Aprende a reconocer tu propia belleza interior».

Theresa pasó por encima de una alcantarilla abierta. Algo tenía que ocurrir. No había pasado nada con la Madre de los Abrazos Sagrados, una experiencia en la cual había depositado muchas esperanzas. Cientos de devotos estaban esperando, pero a Theresa, siendo una europea para la cual el tiempo era un bienpreciado, la habían colado al principio de la fila. Ammachi era una mujer sonriente de mediana edad que la había abrazado y le había dado un caramelo. A lo mejor Theresa había estado distraída por su pie, que le palpitaba. Porque luego todo se acabó y ella no se sintió diferente en absoluto. Nada.

No había nadie a quien pudiera confesárselo, y menos que a nadie a su propia madre. «¿Por qué ibas a querer que te abrazara esa persona, querida? Esa mujer ni siquiera te conoce».

«Gire a la derecha por el mercado de ropa», decía el papel. Theresa miró la calleja. Era estrecha, apenas una rendija entre dos edificios, y atestada de gente. Allí no penetraba ni un diminuto rayo de sol. El olor a aguas fecales hirió su nariz. Aquella era la India de verdad, se dijo, «aquí es donde me siento en casa».

Theresa se había perdido. Ahora iba zigzagueando a través de un bazar de especias que no aparecía mencionado en las indicaciones, para nada. Montones de polvos de colores —bermellón, ocre, escarlata— se apilaban en sacos. La gente le daba empujones al pasar. «¡Una limosna, señora *sahib!*!». Alguien agitó su muñón delante de su cara.

«Gire a la izquierda hacia el mercado Gandhi». ¿Era aquello el mercado Gandhi? Un tambor atronador se acercaba; alguien estaba tocando una trompeta. Un grupo de *hijras* se abrieron paso entre la multitud, comiéndose a la gente con los ojos mientras pasaban. Los eunucos de la India desconcertaban a Theresa, maquillados y pintados como puertas y con cara de hombres. Uno de ellos le sacó la lengua. Iban agitando sus saris, anunciando una boda u otra fiesta, repartiendo bendiciones o maldiciones, o levantándose las faldas.

Theresa no tenía miedo. «Si lo encuentro, lo encuentro». Se había perdido en ese tipo de cochambrosos laberintos muchas veces antes. No tenía ningún sentido quejarse ni rebelarse contra aquello.

De repente, se sintió atenazada por la soledad. Echó de menos las galletitas

Marmite. Si alguien volviera a arroparla en la cama, todo sería perfecto. Sabía, claro, que nunca más podría volver a meterse entre aquellas sábanas. La habitación de su niñez hacía mucho tiempo que se había desmantelado, como su infancia. Aquel disfrute estaba tan lejano como el nirvana..., un estado que, ahora sí que lo sabía, nunca conseguiría alcanzar.

Theresa tropezó, junto a los tenderetes colgaban cacharros de cocina. Al final, las callejuelas partían en diferentes direcciones.

—¿La calle Janpath, *kahaan hail* —preguntó a tres ancianos que estaban mascando *paan*. Menearon la cabeza y señalaron en tres direcciones diferentes. ¿Cómo se llamaba el *sadhuí*

Fue entonces cuando lo vio: era un europeo abriéndose paso entre la multitud. Pelo oscuro, empapado en sudor.

—Hola, cariño, ¿inglesa? —preguntó.

Theresa asintió. Estaba muy cerca de ella ya, respirando agitadamente como si hubiera estado corriendo. Había algo un poco chungo en aquel tío... a medio afeitarse, con gafas de sol. Algo gatuno. Notó una sensación de peligro en las tripas.

—Joder, me alegro de verte. —La cogió por el brazo—. ¿Sabes cómo se sale de aquí?

Había una figura en cuclillas en la franja central de hierba, vaporizándola con una manguera. El *rickshaw* de Muriel iba dando tumbos, adelantado por coches que lo hacían temblar cuando lo adelantaban. Edificios de oficinas —Motorola, Meyer Systems— se levantaban en medio de aquellos jardines de diseño. Había más edificios en construcción; los obreros trepaban por inseguros andamios de madera, pasándose cubos unos a otros. Aquello, Silicon Valley, era otro mundo.

Delante de ella, el *rickshaw* de Dorothy refulgía en la calima. Muriel lo imaginó desapareciendo, como un espejismo. ¿Qué demonios estaba haciendo aquella mujer?

Muriel se agarró al pasamanos. Delante de ella tenía la cabeza del conductor, envuelta en un trapo sucio. Era un anciano, más viejo que ella. Estaba encorvado en el asiento como si fuera conduciendo un coche de choque. Así era como conducían allí. Pensó en la feria de Clapham Common, en la pequeña mano de Keith entre las suyas. La gitana Rose Lee —no la verdadera, que estaba muerta— le había dicho que viajaría. Ahora Muriel sabía a qué se refería. A lo mejor aquel viaje no acabaría nunca. Aquel andrajoso fantasma blanco que hacía de chófer seguiría conduciendo más y más, indefinidamente, hasta adentrarse en la tierra incógnita que se extendería más allá de la ciudad... ¿Un desierto? ¿Montañas? La llevaría durante años hasta que llegara el día de su muerte y ella se disolvería como un espejismo. «Tranquilamente». Y luego Leonard estaría esperándola, todavía joven, el joven guapo que había amado antaño. Él se había detenido en su juventud, mientras ella había seguido cumpliendo

años, porque él existía fuera del tiempo. Todos la estarían esperando: sus padres, sus hermanos, sus hermanas, su marido, Paddy, y ahora sabía que se encontraría con todos. A lo mejor eran como aquella bandada de periquitos, de color verde esmeralda, que salían volando desde una palmera y se dispersaban, como si alguien hubiera disparado una pistola. Muriel miró los pájaros. ¿Quién sabía? Sus creencias estaban tan agitadas como sus intestinos, sacudidas por el viajecito. Solo una cosa era cierta, y no quería pensar en ello.

Y justo entonces se dio cuenta de que habían pasado al *rickshaw* de Dorothy. Estaba aparcado a un lado de la carretera.

—¡Pare! —Muriel agarró el hombro del conductor—. ¡PARE! —El hombre estaba en los huesos.

El conductor dio un viraje brusco en dirección al arcén y se detuvo.

—Espere aquí —dijo—. No se mueva, ¿entiende?

El hombre meneó la cabeza. Muriel se alejó.

El otro *rickshaw* se encontraba aparcado en el exterior de unas puertas, como a unos cincuenta metros de la carretera. Junto a las puertas había una garita de vigilancia. Dorothy estaba hablando con el portero que estaba en el interior.

Muriel se sintió incómoda. La mujer de la BBC no la había visto todavía, pero era seguro que no tardaría en darse la vuelta. Muriel tendría que decirle que estaba preocupada por ella, que estaban todos muy preocupados, por el modo en que se había ido sin decirle ni una palabra a nadie. Podría haberse perdido. De hecho, era probable que en efecto estuviera perdida, y estuviera preguntando el camino para regresar al hotel.

Muriel caminó junto al arcén. Los coches pasaban a toda pastilla, levantando polvo y echándoselo a la cara. Ella y Dorothy estaban solas allí, al lado de la autopista; las calles abarrotadas de gente habían quedado muy atrás.

El cartel que había en las puertas decía TEXAS INSTRUMENTS - SERVICIOS CENTRALES. Más allá de las puertas Muriel vio un camino, que discurría junto a unos parterres de flores hasta un bonito edificio. Como su hotel, era un edificio antiguo; aquel lugar, sin embargo, estaba bellamente pintado: de blanco, con contraventanas verdes. Coches de aspecto carísimo, y 4 x 4 como el de Keith, estaban aparcados en el exterior. Junto a la casa había un espacio de tierra baldía donde unos gurriatos olisqueaban unas bolsas de basura.

Dorothy todavía no la había visto. Estaba apoyada en su bastón, y gesticulaba con su mano libre. El *chowkidar* era un anciano que vestía un uniforme gris.

Muriel se acercó. Dorothy parecía desesperada. Farfullaba en un idioma raro. El tráfico ahogaba sus palabras. El viejo vigilante le puso mala cara. «Díselo en inglés, hija», la animó Muriel, hablando para sí.

—*Mai is ghar mey rehti thi!* —dijo Dorothy a voces—. ¡Soy yo! —gritó.

Muriel, de pie tras ella, captó la mirada del hombre. Se dio unos golpecitos en la sien con gesto cómplice. Le falta un tornillo.

—¡Soy yo! —gritó Dorothy.

Que sí, que sí, cariño. Que eres tú...

Dorothy gritaba:

—¡Que soy yo! ¡Dorothy! ¿No te acuerdas?

Muriel se acercó a ella por detrás y la tocó en el brazo.

—Hala, vamos, cariño. Ya es hora de volver a casa.

Dorothy se dio la vuelta. Sus ojos centelleaban.

—¡No me reconoce! ¡Esta es mi casa! ¡Yo vivía aquí! ¡Su padre era nuestro conductor, y él y yo solíamos jugar juntos cuando éramos pequeños! —Parecía que no se había percatado de la presencia de Muriel en absoluto. Estaba demasiado trastornada—. ¡No me reconoce! —Se volvió hacia el portero—. *Mai Mr. Miller ki beti hoo!*

Fue entonces cuando el *chowkidar* se dio cuenta. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Dotty? —preguntó con voz emocionada.

Salió tropezando de su garita. Por un momento pareció que Dorothy iba a abrazarlo. Sin embargo, ella se recompuso y extendió su mano. El anciano la estrechó. Entonces, los dos estallaron en lágrimas.

Theresa se desplomó hacia atrás y se quedó tendida al lado de Keith. Sus cuerpos estaban resbaladizos por el sudor; la sábana estaba hecha un lío a sus pies. Estaban allí tumbados jadeando como perros. Sobre sus cabezas el ventilador daba vueltas entre crujidos.

Después de un rato, sus respiraciones volvieron a la normalidad. Ambos estallaron en risas.

—Continúa —dijo él—. ¿Qué estabas diciendo?

—¿Qué estaba diciendo? —Fuera el sol se estaba poniendo; la habitación del hotel de Keith estaba bañada en una luz dorada.

—¿Qué estabas haciendo en el bazar?

—Ah, estaba buscando a un *sadhu* —dijo Theresa.

—¿Un sado?

—¡No! Un *sadhu*. Un santón.

—Tú no necesitas a un santo —dijo Keith—. Mira, puedes adorarme a mí.

Theresa se giró y se apoyó en el codo. Recorrió con un dedo el pecho de Keith..., moreno por encima de la cintura, más pálido por debajo.

—Te gustaría, ¿eh?

Él hizo una mueca. Theresa le acarició el pelo húmedo alrededor de la polla.

Tenía la polla más bonita que había visto en su vida. La mayoría de los hombres la tenían roja e inflamada, a punto de estallarles las venas por la violenta tensión. A veces parecían desconectadas de sus —en ocasiones— inofensivos propietarios. La de Keith era suave y beis, una parte natural de su cuerpo.

Parecía perfectamente natural, también, haberse ido a la cama con él. Ella simplemente lo había hecho, así de sencillo. «Hacer el amor» parecía una expresión inapropiada para dos personas que se habían encontrado solo unas horas antes; «echar un polvo», sin embargo, tampoco parecía la fórmula adecuada para una experiencia tan incandescente como aquella. Tan extática.

—Una señora mayor me dijo que fuera a verlo —dijo Theresa—. Una vieja bruja muy graciosa del hotel donde estoy. La última persona que buscaría un *sadhu*, diría yo. —Buscó con su pie los de Keith. El lo sujetó entre los suyos.

—¿Por qué estabas *tú* allí? —preguntó—. En el bazar.

—Es una historia un poco larga. Digamos que alguien me envió allí para encontrar a alguien, pero vi gato encerrado.

—¿Solo uno? Yo vi varios, y unas seis ratas.

—Era una encerrona —dijo Keith—. Me di cuenta justo antes de verte. No te quiero decir lo que me alegré. Ya ves, he estado al borde del precipicio.

—Cuéntamelo —dijo Theresa—. Soy consejera.

—No necesito una consejera, querida. Necesito un sicario.

Un respingo de emoción la recorrió.

—¿Entonces eres un criminal?

—Un hombre de negocios.

«De eso nada —pensó Theresa—. Eres un animal, en el sentido más puro y más arrebataador».

—¿Has estado haciendo algo chungo, entonces? —dijo. *Chungo*. La palabra le provocó un escalofrío—. Los hinduistas creen que si haces algo malo, lo pagarás en la siguiente vida.

—No, no es así, cariño. Si haces algo chungo, vas a la cárcel. —Se giró y se puso encima de ella—. ¿Alguien te ha dicho que tienes la boca más sexy del mundo? —La besó intensamente. Vorazmente. Succionó el aliento de su cuerpo. Apartó luego la cabeza y recorrió su pecho con la lengua, hasta su ombligo.

—No —dijo—. Estoy tan gorda...

—De eso nada, estás estupenda. —Le chupó el ombligo—. Una mujer estupenda.

—Me veo muy fofa.

—No seas tonta. —Se escurrió entre sus piernas, se tumbó boca arriba y buscó sus cigarrillos por el suelo. Theresa pensó: «Ni siquiera conozco su apellido. Y no quiero saberlo. Lo único que quiero es estar aquí tumbada, con su cuerpo entre mis piernas, hasta que se haga de noche». Le acarició el culo mientras encendía el cigarro.

El humo subió en volutas desde el extremo de la cama.

Hacía mucho tiempo que no lo había hecho. Seis años, en realidad; un violonchelista borracho, después de una fiesta. Qué raro y qué maravilloso resultaba que los cuerpos pudieran ser tan compatibles.

—Siempre he querido tener sexo tántrico —dijo—. Al parecer puedes estar ahí dándole y dándole sin tener un orgasmo.

—A mí me parece una gilipollez —dijo Keith, que se echó hacia atrás y se dejó caer a su lado.

—Lo único que hay que hacer es presionar los *chakras* —dijo Theresa—. Liberas energía vital sin eyaculación. Puedes hacerlo durante horas y horas.

—Suenas un poco coñazo —dijo—. Estar ahí todo el día y no correrse.

Theresa estalló en risas. Era una sensación poco habitual.

—¿Estás tú en todo ese rollo? —preguntó Keith.

Ella asintió.

—No me digas. Eres vegetariana.

—No, yo no —contestó.

—Gracias a Dios.

Theresa le arrebató el cigarrillo de los dedos y dio una calada.

—Soy vegana.

Keith resopló entre risas.

—Mataría por un perrito caliente con patatas fritas.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Demasiado —y se detuvo con aire soñador—. Y una botella de Rioja.

—No pareces..., bueno, el tipo de inglés que una suele encontrar por aquí.

—Ya te lo he dicho. Negocios.

Permanecieron allí tumbados. Ella miraba las volutas de humo, que se elevaban hacia el techo. Apenas se atrevía a mirarlo, le helaba el corazón.

Keith entrelazó sus dedos con los de Theresa.

—Estoy muy contenta —dijo—. Qué fácil, ¿no?

En el exterior, el muecín llamaba con un megáfono a la oración vespertina. El sonido retumbó en la calle. Theresa no tenía ni idea de dónde estaba el hotel. Cerca del aeropuerto a lo mejor, en una destartalada zona comercial.

—¿Cuántos años tienes? —Tuvo la intención de añadir «cariño», pero era imposible que aquello sonara natural.

—Cincuenta y dos.

Tenían casi la misma edad, pero qué diferentes habían sido sus vidas hasta llegar a aquella cama deshecha. Ella nunca antes había tenido relación ninguna con un hombre como Keith, no era su tipo.

Sí, era su tipo. ¿Tendría mujer? Su vida profesional se la había pasado

escuchando, pero ahora precisamente no quería saber nada.

—He estado peregrinando por monasterios hinduistas —dijo.

—Vaya, ¿y por qué querías hacer una cosa semejante?

—Buena pregunta —contestó Theresa.

Keith se puso la mano de Theresa en el pecho y fue acariciando cada uno de sus dedos, uno por uno.

—La familia y ese rollo, supongo —dijo—. Las familias son muy complicadas, ¿no?

Keith se puso encima de ella y alargó el brazo para apagar su cigarrillo en el platillo que había en la mesilla. «No te muevas».

—Mira lo que dan en el hotel. —Le pasó un pequeño sobre cuadrado: KIT PARA HOMBRES DE NEGOCIOS.

—Abrelo.

En el interior había un clip, una goma y un boli pequeño.

—Te vendrá bien —dijo—. Para tus negocios.

—Muy práctico.

Se rieron. A lo mejor era así de sencillo. Hacer negocios con la ayuda de un clip. Tumbada en una cama con un extraño que tiene la nariz rota de un boxeador y un tatuaje en el hombro.

—Yo también he viajado ligera de equipaje —dijo Theresa—. Bueno, la mayoría de mis cosas me las han robado. —Una luz anaranjada brillaba sobre las posesiones de Keith, amontonadas en un rincón: una maleta abierta, un portátil, algunos papeles. Le dijo—: Soñé que me desprendía de todo y, bueno..., aquí estoy. Ya ves.

—Lo que echo de menos es la piscina —dijo Keith.

—¿Tienes piscina?

—En casa, en Chigwell. Climatizada todo el año, cuesta un riñón y parte del otro. Los niños solían echar mierdas dentro, galletas y mierdas, me ponían enfermo.

Niños. Theresa se quedó callada.

—¿Los echas de menos?

—No son míos. A decir verdad, a quien más echo de menos es a mi madre. La he estado llamando, pero no responde. Le dije a Sandra que se ocupara de ella, pero Sandra se ha largado. Dios sabrá dónde. —Se sentó repentinamente, sacó las piernas por un lado de la cama y se puso en pie—. Me zamparía un buey, cariño. ¿Quieres comer algo?

—No puedo quedarme. Mi madre estará preocupada. —Oh, cielos, aquello sonaba antiquísimo—. Estoy con ella en un hotel lleno de gente mayor, una especie de residencia de jubilados.

—Yo quiero que mi madre vaya a una de esas, pero es jodidamente orgullosa.

—Así que supongo que debería volver.

—Tú misma —dijo, mientras se ponía los bóxers. Tenían pequeños dibujos de locomotoras. Solo una mujer podría comprar calzoncillos bóxer como aquellos. Ahora que miraba bien a Keith, se alegraba de ver que estaba engordando en la zona de la cintura.

—Ya he tenido bastante cena contigo —le dijo.

—¿Sabes una cosa, nena? —Se subió la cremallera de los pantalones—. Me salvaste la vida ahí fuera.

—¿Ah, sí?

Se inclinó hacia ella, le cogió la barbilla entre las manos y le besó los ojos, primero uno y luego el otro. Luego se sentó y se puso los zapatos. Su Rolex captó los últimos rayos de sol. Theresa alcanzó su ropa.

—Te voy a llevar de compras —dijo Keith.

—¿Qué?

—Esa ropa pijamera no es para ti. Te llevaré mañana, ¿vale?

Ella sonrió.

—Vale, Keith Comotellames.

Sonny tuvo la idea cuando regresaba a casa. Habían ido en coche por la Sexta, una zona residencial. En una de las casas había una boda. Había bombillas de colores que colgaban de una lila india, que llaman *nim*; había una hilera de coches aparcados en el exterior.

Fue entonces, estando allí, despotricando contra Norman Purse, cuando Sonny tuvo una de sus brillantes ideas. Era una idea tan asombrosamente audaz, tan jodidamente adecuada, que se empezó a reír a carcajadas.

Jatan Singh, al volante, se giró un poco. Sin duda le sorprendía que, estando las cosas como estaban, *sahib* Sonny se estuviera riendo de camino al campo de batalla que antaño había sido su casa.

Sonny no dijo nada. Sacó su móvil y tecleó un número.

Eran las ocho, ya había oscurecido bastante, y Theresa todavía no había regresado. La cena ya se estaba sirviendo, pero Evelyn estaba demasiado preocupada para ponerse a comer. Estaba en las puertas de fuera, mirando arriba y abajo la calle.

—¿*Baksheesh*, señora *sahib*? —Era el mendigo anciano a quien Minoo al final le había dado sus zapatos, aquella noche de lágrimas y confesiones.

Evelyn negó con la cabeza.

—No, esta noche, no, querido... —¿*Querido*? ¿Qué demonios le estaba pasando? Miró al hombre a los pies. Los zapatos ya estaban llenos de mierda. Le quedaban demasiado grandes en realidad; tenía los tobillos delgados como palos. ¡Qué trabajo

le costaría a aquel hombre simplemente seguir con vida!

¿Dónde estaba Theresa? Había estado fuera un montón de horas. Evelyn deseó no haber dejado ir sola a su hija al casco viejo de la ciudad; según todos los indicios, era un lugar peligroso, especialmente por la noche. Podrían atracarla. ¡O violarla!

«Todo irá bien, mamá, ¡no exageres!». Dios bendito, su hija estaba últimamente que no se le podía decir nada. Theresa estaba acercándose a los cincuenta, no debería comportarse como una adolescente.

Justo entonces se acercó un *rickshaw*. El corazón de Evelyn comenzó a latir violentamente.

Sin embargo, Theresa no estaba dentro. A la luz de las farolas de la calle, Evelyn pudo ver a dos mujeres, empotradas en la parte de atrás. Lograron desembarazarse y salir. Muriel y Dorothy.

Evelyn se mostró ligeramente sorprendida. No pensaba que fueran muy amigas, tenían muy poca cosa en común. De hecho, era Muriel quien proclamaba, con más seguridad que todos los demás, que Dorothy estaba majareta.

Muriel enlazó su brazo con el de Dorothy mientras subían hacia las puertas del hotel. Se detuvieron cuando vieron a Evelyn. La cara de Muriel estaba tensa por la emoción.

—¡Es que es de aquí! —dijo, señalando a Dorothy.

—Preferimos no tratarlo como nuestra casa, querida —dijo Evelyn—. En realidad es un hotel.

—No —dijo Muriel—. Es que es de aquí, de Bangalore. Vivió aquí cuando era pequeña.

Dorothy señaló Dunroamin, sus luces brillaban a través de los árboles.

—Este edificio era mi escuela —dijo—. Mi primera escuela. St Mary, así se llamaba.

Norman despachó rápidamente la cena. Duchado y afeitado, ataviado con una camisa ligera, bajó por el camino de la entrada hacia las titilantes luces de la parada de *rickshaws*. Tres mujeres —Dorothy, Muriel y Evelyn— estaban allí, en la oscuridad.

—¡Muy buenas noches, señoras! —dijo alegremente cuando se cruzó con ellas. Ellas no contestaron; estaban demasiado ocupadas hablando. Norman salió por las puertas—. ¡Buenas! —le dijo al *chowkidar*.

Ya fuera, en la calle, se detuvo y comprobó que llevaba la corbata derecha. Tocándolo ligeramente, se ajustó el pañuelo en el bolsillo de la pechera. Iba a cruzar la calzada cuando un *rickshaw* se acercó dando bandazos y se vino a detener delante de él. Alguien se bajó. Era aquella mujer, Theresa, una criatura avinagrada. La hija de Evelyn.

—¡Hola, Norman! —Santo Dios, aquella mujer iba sonriendo—. ¿Adonde vas a estas horas de la noche?

—Ah —dijo—. ¡Es un secreto!

Theresa levantó las cejas de un modo muy coqueto. Norman le lanzó un guiño cómplice.

Luego se montó en el *rickshaw*.

—¡Lléveme al mercado de Gandhi, amigo mío! —dijo—. Al casco viejo. ¡Andando!

La cena ya había concluido. Cuatro mujeres estaban sentadas en la habitación de Dorothy, bebiendo whisky. Era la primera vez que Evelyn veía la habitación de la mujer de la BBC. Las estanterías estaban repletas de libros y en la pared colgaba un cuadro que al parecer era de Howard Hodgkin, quienquiera que fuera ese hombre. Sus brochazos refulgían a la luz de la lámpara.

Por supuesto, había corrido la voz de que Dorothy había nacido en Bangalore y que vivió allí hasta que cumplió los ocho años. Solo había conseguido descubrir el emplazamiento de su hogar familiar aquella misma tarde, porque la ciudad ya se había convertido en un lugar completamente irreconocible para ella, había cambiado muchísimo, y muchos de sus viejos edificios se habían destruido. Su hogar de la infancia estaba un poco alejado del centro y ahora eran las oficinas de una corporación multinacional o algo así. Al final lo había descubierto siguiendo la pista de un lavandera, un viejo *dhobi-wallah*.

—Te vimos allí —dijo Evelyn—. En el lavadero.

Y el hotel en el que estaban había sido su escuela. Setenta años atrás había jugado en el jardín y se había sentado en el suelo del salón cantando «Beee beee, ovejita negra». Aquello explicaba las nanas que cantaba, claro. Fue un alivio que Dorothy ya no pudiera ser clasificada como senil; aquel sentimiento común de haber sufrido otra baja había desaparecido. Aun así, era enojoso que las hubiera excluido a todas de su secreto.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Evelyn.

—No os conocía lo suficientemente bien —contestó Dorothy.

—Somos todo lo que tienes, querida.

A su lado, Theresa se removi6. «No seas tan sincera, chica». Pero no dijo nada.

—Lo que quiero decir es que... —dijo Evelyn—, es que te habríamos comprendido.

—Primero quería estar segura de todo —dijo Dorothy—. Cuando tuve el folleto en mis manos pensé que la memoria me estaba jugando una mala pasada.

—¿No veis que está cansada? —dijo Muriel, que había estado comportándose con Dorothy de un modo un poco acaparador. Tal vez se sentía culpable por las observaciones que había difundido sobre ella a lo largo de las semanas anteriores—.

Ha sido un gran día, ¿verdad, corazón?

Dorothy asintió. Había algo en el modo en que estaba sentada allí, en la cama, que conseguía que Evelyn se sintiera como una intrusa. Pensó: «Aquí hay muy poca privacidad; los únicos lugares privados son los pequeños santuarios de nuestros dormitorios. En esta vida comunitaria, luchamos por mantenernos intactos». Volviéndose, miró la pintura. Nunca había entendido el arte abstracto y ya nunca lo entendería. En cierta manera, los colores parecían muy seguros de sí mismos..., brochazos audaces de rojo granate y azul índigo. A lo mejor es que no había nada que entender, y solo había que mirarlo.

Dorothy estaba llorando. Theresa se levantó y le puso un brazo alrededor. A Evelyn le molestó aquello. Pero, bueno, aquel era el trabajo de su hija, supuso. Los consejeros saben cuando se precisa un abrazo.

—Lo siento mucho —dijo Dorothy—. Mañana estaré mejor.

—¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó Theresa.

Dorothy negó con la cabeza.

—No, ahora no.

Allí estaba, una mujer grande y sencilla, estremeciéndose con sollozos. Evelyn le dio un pañuelo de papel.

Era evidente que quería estar sola. Las demás se fueron. Fuera de la habitación, Theresa se giró hacia su madre.

—¡Vaya día!

—Vaya día.

—Estoy agotada —dijo Theresa—. Me voy a la cama.

—No te pregunté... —dijo Evelyn—. ¿Encontraste al santón?

—No exactamente. —De repente, Theresa rodeó con sus brazos a Evelyn y la abrazó—. Buenas noches, mamá. —A medio camino, cuando subía las escaleras, se volvió y dijo—: En realidad... vine a la India porque te echaba de menos.

El tío del *rickshaw* no parecía muy decidido a llevar a Norman más allá. Probablemente la calleja era demasiado estrecha. Norman le pagó; el *rickshaw* dio la vuelta y se fue carraspeando en medio de la nube de humo que escupía su tubo de escape.

El corazón de Norman latía violentamente. ¡Menuda aventura! ¡Cómo cacarearían, allí en el hotel, si supieran...! Allí estaba él, en medio de la ciudad vieja, en una calle que olía a aguas fecales y a sándalo, con la intención de visitar a una dama de la noche. «Esa mujer es una hechicera, viejo amigo —le había dicho Sonny—. ¡Menudas tetas, menudo coño! Ya te lo digo, Norman *sahib*, ¡un bomboncito como ella levanta a un muerto!». Norman se detuvo, tambaleándose. Se había bebido unos cuantos brandis antes de embarcarse en aquella empresa. Algunos edificios

destartalados se levantaban a cada lado de la calle. Las luces brillaban en una tetería donde varios hombres con cara de criminales estaban fumando. En algún lugar sonaba una radio. «Te estará esperando, amigo mío. Es mi regalo de Navidad a tu estimada persona...».

Los vigilantes de las tiendas estaban bajando las persianas; el mercado de Gandhi estaba chapando para la noche. Norman avanzó por el callejón. Era tan estrecho que aquellos que no consiguieran caminar derechos podrían ir rebotando de una pared a otra. Llegó a un templo hindú, tal y como decían sus instrucciones. En el quicio había un perro, chupándose sus partes. «Pasas el templo hasta que llegues a una puerta azul. Llamas fuerte y preguntas por Sikra. Dices que vas de mi parte y te conducirán por la escalera hacia el cielo».

—¿De qué país es usted, señor? —gritaron unos chiquillos a su alrededor.

—¡Largaos de aquí! —dijo Norman esgrimiendo su bastón.

Se volvieron a reunir como moscas.

—Por favor, señor, ¿de qué país es usted? —y le tiraban de los pantalones.

—¡No me jodáis, y largaos a casa! ¡Tendríais que estar en la cama!

Norman intentó concentrarse. Tetas. Grandes y voluptuosas tetas del tamaño de melones. Sintió un débil movimiento en la ingle. ¡Anda! Aún respiraba el viejo soldadito. Estúpido de él, haberse preocupado. Aquellos meses —años— de dudas, y lo único que necesitaba era aquello: oscuridad, un país extraño, carne exótica..., la única combinación que garantizaba, más o menos, que el viejo instrumental se levantara y funcionara.

Sin embargo, el corazón martilleaba contra su caja torácica. Llegó a la puerta azul. Se tocó la corbata —todo en orden—, y golpeó elegantemente con su bastón.

Los muchachos parecían haberse desvanecido, gracias a Dios. Norman oyó movimientos tras la puerta. Alguien carraspeó y escupió. La puerta se abrió, solo un poco. Norman adivinó una cara pintada.

—Buenas noches —dijo—. Vengo de parte del señor Sonny Rahim. ¿Habla mi idioma?

—Vale —dijo moviendo la cabeza.

—Estoy buscando a Sikra.

—Vale.

No pasaba nada. De repente tuvo una visión: su hija. «Papá, ¿qué demonios estás haciendo?».

La puerta se abrió y él se adentró en un pasillo. Estaba iluminado por un fluorescente moteado de cagadas de moscas. Olía a colonia y a incienso. La figura envuelta en un sari señaló unas escaleras y desapareció en una habitación. Norman oyó ruido de voces, luego la puerta se cerró.

Se detuvo. De repente se acordó de Dunroamin, del que había salido tan

alegremente. Se acordó de su habitación —con la estantería llena de los almanaques Wisden de *cricket*’, su radio, sintonizada en el servicio internacional de la BBC, apoyada en la mesita de noche—. Su corazón latía violentamente. Tenía que admitir que había esperado algo un poco más higiénico. Un tío no espera un comité de bienvenida, pero habitualmente en estos sitios había una especie de *madame* o algo así, y una lamparita roja.

Norman cogió aire. Sería mejor tirar para adelante con aquello. Si Sonny descubría que se había rajado, no podría volver a levantar cabeza. Un tío tiene su orgullo.

Decidió subir aquellas escaleras de madera que crujían. Sorprendentemente ágil —porque parecía que se estaban moviendo— llegó al rellano. Había una puerta entreabierta.

Norman entró en la habitación. Respirando agitadamente, intentó recuperar el equilibrio. Aquello ya era otra cosa. La habitación refulgía con una luz rojiza. En la pared colgaban fotografías de Doris Day y de Bruce Willis. Había unas flores de plástico en un jarrón, y una colección de cochecitos Dinky en una estantería. Y había una cama, cubierta con un edredón satinado de color melocotón y un montón de peluches.

Allí no había nadie. Era una cosa rara, tenía que admitirlo: la unión carnal con una completa desconocida. En cierto modo aquello nunca cumplía con las expectativas. Uno siempre se sentía un poco alicaído después, la *tristesse* poscoital y todo eso. Pero, si no fuera así, ¿cómo podía un tío demostrar que aún tenía sangre en las venas? ¿Cómo podía demostrarse, en todos los sentidos y decididamente, que no estaba ya muerto?

Se abrió una puerta y apareció una figura. Era asombrosamente alta, y fumaba un cigarrillo. Tenía la cara muy maquillada y llevaba un sari rosa con ribetes dorados.

Norman tendió su mano.

—Sikra, supongo...

Ella hizo una mueca y dio unos golpecitos sobre la cama. No había duda de que era una mujer agradable; un poco dominante, pero eso estaba bien, en una situación como aquella, él agradecía una hembra que supiera lo que había que hacer.

—Soy Norman Purse —dijo—. Encantado de conocerte. Vengo de parte del señor Sonny Rahim.

—Ajá. —La mujer apagó su cigarrillo en un cenicero con forma de perro. Sus pulseras y brazaletes centelleaban—. ¿Quieres un refresco? —Sonrió tentadoramente—. ¿Una Coca-Cola Thums-Up? ¿Una fanta Limco?

—No, estoy bien, nena. Ya he bebido bastante esta noche —dijo Norman aclarándose la garganta—. He oído hablar mucho de ti.

Ella volvió a dar unos golpecitos en la cama. Norman se sentó a su lado; el satén

susurró. Sikra se inclinó hacia él y le desanudó la corbata. ¡Qué manos tan grandes y hábiles tenía! Le quitó la chaqueta.

Norman se miró sus propias manos, amoratadas, descansando sobre sus rodillas. ¿Debería empezar a desnudarla? ¿Cómo funcionarían esas cosas allí? No estaba seguro de cómo sería el modo de proceder hinduista en estos casos, y no quería ofender. Las chicas de Bangkok no tenían ninguna prevención cultural.

—Yo vivo en Brigade Road —dijo Norman—. ¿Sabes dónde está?

Sikra apartó un poco la cabeza y le quitó la corbata.

—Nunca había estado en la India antes... —dijo Norman—. Nací en la época equivocada, supongo. Me hubiera gustado disfrutarlo en los viejos tiempos. Me siento como si estuviera en la colilla de la historia. Por lo que a mí respecta, claro —añadió dubitativamente—, no lo digo por ti.

Ella se acercó más.

—No lo he hecho desde hace mucho —dijo—. Años, en realidad. Puede que esté un poco oxidado.

Nunca había visto a una mujer tan maquillada. Llevaba la cara echada un emplaste con aquella cosa..., crema blanca, carmín rosa. No le apetecía nada besarla, pero eso probablemente no sería necesario. Su débil excitación se vino abajo. Intentó imponer sus fantasías: unos pezones como botones de chocolate, el sari desenrollándose, mientras ella giraba como una peonza.

—¿Quieres follar ya? —preguntó Sikra. Tenía una atractiva voz grave.

—A lo mejor necesito animarme un poco... —Norman intentó reírse. A diferencia de su pene, su corazón parecía tener vida propia. Estaba dando unas sacudidas tan fuertes que Norman se estaba balanceando en la cama. Sikra le bajó la cremallera del pantalón y deslizó la mano en su interior. Los dedos buscaron sus pelotas y comenzó a sobarlas. Norman empezó a buscar algo en el sari. ¿Por dónde demonios se desataban esos putos saris? No parecía que hubiera ninguna abertura visible.

La cara de Sikra se acercó más. Sacó la lengua y la movió, asustándolo. Su mano seguía metida en sus pantalones, acariciando su flácido miembro. Sus pulseras tintinearón más rápido. No pasaba nada.

Ella le quitó los pantalones, y se los bajó hasta los tobillos, le bajó los calzoncillos y lo echó hacia atrás en la cama. Se quitó el sari como una experta, como si estuviera arremangándose para trabajar, le cogió la mano a Norman, y se la puso entre las piernas.

De repente, Norman se dio cuenta. Aquella mandíbula poderosa, aquella sombra azulada bajo el maquillaje. Se quedó helado con el sobresalto. Un fuerte dolor en el pecho.

Dorothy no podía dormir. Estaba en el jardín, escuchando el concierto de grillos. Donde ahora estaba el aviario, antaño había estado la casita de madera. Pasaban allí horas enteras —ella, Nancy Mayhew y Monica Cable—, jugando con sus muñecas. Sus amigas de la escuela sin duda habían crecido y habían tenido sus propios bebés, que ahora serían adultos de mediana edad. Se habían atrevido a amar, y se les había devuelto el amor.

Dorothy sabía que no había sido muy cortés en las semanas anteriores, pero es que todo aquello le resultaba muy abrumador. Años habían pasado desde que se había atrevido a llorar en público por última vez. Sabía, claro, por qué no se lo había dicho antes a nadie. La compasión, la comprensión, el revoloteo a su alrededor, habrían sido agobiantes. Ahora ya se había levantado la persiana. Podía moverse en el escaparate y notar el aliento de la gente en la cara. En su casa, en la casa de su vida anterior, las estatuas de cera se quedaban quietas en sus peanas. Cuando era joven creía que por la noche se despertaban y se movían. Que bajaban de sus peanas y se mezclaban, conversando y confundiendo los siglos.

En una vida anterior, también había estado en un escenario. Su carrera como actriz había sido un fracaso. Incluso en aquella época había sabido cuál era la razón. Para entregarse, para abandonarse a la caída libre que aquello suponía, una debía confiar en que otros te recogieran. Aquella noche no había estado ni por asomo cerca de conocerlo, pero al menos había sentido la amabilidad de unos desconocidos.

Dorothy bajó andando hasta las puertas. Envuelto en una manta militar, el *chowkidar* dormía. Mientras estaba allí, algo se reveló en su interior. Al final de la calle, el pequeño bazar estaba oscuro. Bajo las farolas de la calle podía ver cuerpos durmiendo; estaban allí tirados como estatuas de cera que nadie pagaría por ver. Allí cerca, el anciano mendigo estaba tumbado en su lugar habitual. Estaba envuelto en andrajos. Solo asomaban sus pies, que lucían unos zapatos sorprendentemente elegantes.

Eran las tres de la mañana. En el Karishma Plaza, sin embargo, las luces estaban encendidas. Cuando ella era pequeña, aquel bloque de oficinas no existía. Al otro lado de la calle estaba el convento de St Mary, a la sombra de los tamarindos. Su maestra, la hermana Ruth, tenía un pequeño monito. Una vez Dorothy había visto a dos monjas sentadas en los columpios, riéndose como dos crías. *Eran* unas crías.

Recordaba el edificio de oficinas al otro lado de Marylebone Road, en Londres, con el guardia de seguridad dando vueltas en su silla giratoria. También era indio. A lo mejor soñaba con su patria lejana y perdida, igual que ella, con el tráfico pasando entre los dos.

Dorothy regresó andando al hotel. En los arbustos, un gato maullaba buscando a Eithne, que lo había abandonado. Hacía frío; Dorothy se arropó con la bata que llevaba. Los lirios exhalaban su perfume desde las macetas.

*La luna luce brillante; en una noche como esta,
cuando la suave brisa besa dulcemente los árboles,
y ellos no emiten ni un susurro, en una noche como esta
Troilo me parece que ascendió por las murallas troyanas
y suspiró viendo a lo lejos las tiendas de los griegos,
donde Cresida dormía aquella noche.*

Dorothy se detuvo en el camino, mirando al cielo.

*Mira cómo la cúpula del cielo
está tachonada con motas de oro brillante.*

En un lado del hotel brillaba una luz, iluminando la veranda. Era la habitación de Muriel.

—Norman no ha vuelto —susurró Muriel por su ventana abierta—. Iba un poco atufado esta noche.

Dorothy entró en la habitación de Muriel, y se sentó. Muriel se subió a la cama. Llevaba un camisón de franela con un estampado de flores.

—Esto es como la escuela, ¿verdad? —dijo Dorothy. Es que *era* la escuela.

—Ha muerto, sé que ha muerto —dijo Muriel.

—¿Quién? ¿Norman?

—No. Mi Keith. Alguien ha muerto esta noche.

—No seas tonta —dijo Dorothy—. Esta noche habrá muerto un montón de gente, pero tu hijo no es uno de ellos.

—Puedo sentirlo.

—Estoy segura de que está bien.

Se sentía cercana a Muriel aquella noche. Muriel había visto su hogar de la infancia. Después ambas habían viajado por toda la ciudad y Dorothy había señalado los pocos lugares que más o menos recordaba, los pocos que permanecían en pie: la casa de Nancy Mayhew, que ahora era la Inspección de Autopistas; el edificio de Cunningham Street, donde Dorothy había ido a clases de danza, que ahora era un restaurante que servía carne y pescado de Sizzler. La niebla se disipaba, y revelaba los paisajes de su pasado. Pensó: «¿Cómo pudieron mis padres enviarme lejos, a la otra punta del mundo?».

—Los hijos son los que te mantienen viva, ¿entiendes? —dijo Muriel.

—¿Ah, sí? —preguntó Dorothy—. No sabría decirte.

—Ellos siguen tu camino cuando tú has muerto —dijo Muriel—. He dejado por imposible esa mierda hindú. No funciona.

—Creo que lo único que permanece es el arte —dijo Dorothy.

—Quería decirle a Keith lo que había ocurrido, ¿sabes? —dijo Muriel—. Nunca lo hice, siempre lo estuve escondiendo, y ahora ya es demasiado tarde. —Estaba retorciendo y arrugando la colcha de la cama. Sin los dientes, su rostro se había

desplomado—. Me enviaron fuera por lo que había ocurrido con Leonard.

—¿Leonard?

—Tuvieron que evacuarme a Melton Mowbray —dijo Muriel—. Era como el fin del mundo, como un poco más allá del fin del mundo. Me arrebataron a mi niño, yo tenía solo dieciséis años, ya ves, se llevaron a mi niño y a mí me enviaron fuera. —Empezó a llorar—. Y cuando volví, Lenny había muerto. Era el amor de mi vida, Dotty, y tenía un pelo tan precioso... Y entonces me casé con su hermano y nació Keith, y Paddy fue su padre, pero en algún otro lugar está ese otro niño pequeño, pero Keith no lo sabe, y ese otro niño pequeño, Charlie se llamaba, fue el fruto del amor. —Muriel levantó la cara. Era terrible mirarla. Dorothy miró a su alrededor buscando un kleenex, pero no había ninguno.

—Lo siento mucho —dijo Dorothy—. Lo siento muchísimo. —Y por un instante pensó: «De aquí saldría un buen documental».

Muriel se secó las mejillas con la colcha.

—A mí también me enviaron lejos —dijo Dorothy—. Cuando tenía ocho años, no dieciséis. Mis padres me enviaron lejos de aquí, a un internado en Inglaterra. Aquello fue el final de mi mundo. —Bueno, ya lo había dicho—. Estoy segura de que fue por mi bien, pero me sentí indeciblemente despreciada. Me arrebataron la India. Y la India me arrebató a mis padres. Nadie pudo amarme después de aquello porque... ¿cómo iba a amarme nadie, si mis padres no lo hicieron? Oh, no sé... Toda mi vida ha sido un embrollo.

Se detuvo para coger aire. Pensó en sus amigos, en los hombres brillantes con los que había trabajado, muchos de ellos muertos por el sida; pensó en su amante húngaro y en otros antes que él, y se dio cuenta de que nunca le había dicho eso a nadie. «Aquí estoy, contándoselo a una vieja desdentada de Peckham a la que probablemente no le importa nada en absoluto».

Muy lejos, en recepción, sonó un teléfono. No había nadie por allí para cogerlo y contestar.

Sonó y sonó, mientras las dos mujeres estaban allí, en la habitación de Muriel, abismadas en sus pensamientos, y luego dejó de sonar.

Si tu alma encuentra la paz en mí, podrás sobrellevar todos los peligros por mi gracia; pero si tus pensamientos solo se centran en ti, y no quieres escuchar, entonces perecerás.

BHAGAVAD GITA

La muerte de Norman sobrecogió a los residentes. Un ataque al corazón, al parecer. Estaban en el salón, bajo una solitaria guirnalda de espumillón; la instalación de la decoración navideña se había suspendido de momento.

—No puedo creerlo —dijo Hermione—. Menudo personaje. Menuda fuerza vital... —Era una cristiana practicante y muy agradable con todo el mundo.

—Aún no entiendo cómo ocurrió... —dijo alguien.

—Se perdió en el bazar —contestó otro.

—Pero ¿qué estaba haciendo allí?

—Comprando algo, supongo. Un regalo de Navidad.

—Pero... ¿no estarían ya cerradas las tiendas?

—A lo mejor permanecen abiertas hasta tarde, ahora en Navidad, como las tiendas de ropa de lujo de Dickins & Jones.

—¿En el bazar?

—Pero si aquí no celebran la Navidad.

—Pues claro que sí, querida. Se lo enseñamos nosotros.

—¡Por el amor de Dios! —interrumpió Madge—. Ese hombre estaba de juerga, menudo viejo salido.

—¡Madge!

—Le dio un ataque al corazón en plena faena.

Se hizo un silencio. Hermione se hundió en su sillón.

—¿Qué faena? —preguntó Stella.

—A Peter Sellers le pasó lo mismo.

—¿Ah, sí?

—¿De quién estáis hablando?

—... con su mujer. Aquella estrella de cine.

—Tenía una hija, pobre.

—¿De quién hablas, querida?

—¿Quién se lo va a decir cuando llegue?^[12]

—Si uno tiene que morir, hay que coger el mejor camino. Rapidito.

Fuera, el día se había nublado. Por la puerta entraba una brisilla fría que

congelaba las mejillas. Después de todo, era diciembre. El espumillón tembló.

—¡Ya me acuerdo! Britt Ekland.

Minoo les había dado la noticia a la hora del desayuno. El cuerpo de Norman había sido trasladado al hospital a la espera de nuevas órdenes. Su hija había sido informada y llegaría a la mañana siguiente, un día antes de lo previsto. «¿A qué tanta prisa?», pensó Douglas. Al parecer, el yerno de Norman había cambiado sus planes y vendría con ella, acompañándola. Parecía que te tenías que morir para que la gente cruzara medio mundo para venir a visitarte. Los hijos de Douglas tampoco iban a ir por Navidad; debía de ser porque él y Jean todavía estaban vivos.

Douglas había tenido sentimientos encontrados respecto a Norman, pero su muerte le había afectado profundamente. Ya había empezado a sentirse débil. Aquella noche, unas semanas atrás, lo había expresado con palabras y ya nada podía borrarle de su mente. La palabra «horrible», que nunca utilizaba habitualmente, se había hecho un hueco en su cabeza. «Estoy casado con una mujer horrible. Es presuntuosa. Aburrida. Insoportablemente engreída. La simple idea de pasar el resto de mi vida con ella es demasiado horrible para pensar siquiera en ella». Qué raro que no se hubiera dado cuenta antes. Habían estado siempre muy atareados yendo de un lado a otro, a Portugal, o en las giras de la Asociación Nacional de Bellas Artes y Artes Decorativas. A lo mejor ese sentimiento siempre había estado ahí, latente, pero no se había atrevido a admitirlo porque, como la bomba nuclear, en esos momentos no se podía siquiera imaginar.

La muerte de Norman había demostrado, si es que se necesitaba semejante prueba, que la vida es corta. Si al menos la buena educación funcionara, cuando se tratara de la muerte... «Usted primero». «No, por Dios, usted primero...». Los buenos modales no le habían servido absolutamente para nada en el pasado. De hecho, había sido la buena educación la que había hecho que se casara con Jean. Oh, era vital y atractiva, y había disfrutado yéndose a la cama con ella, pero, para ser sincero, se había casado con ella porque ella había dado por supuesto que lo harían y él no quería que lo consideraran un sinvergüenza. Y ahora resultaba que habían transcurrido cuarenta y ocho años, igual que en un sueño. Y ahora, más pronto que tarde, moriría. «¡TÚ PRIMERO!». Como saltar al mar en un día helado. «Salta tú primero y luego me cuentas qué

Sin duda las mujeres de Dunroamin envidiaban su matrimonio. Qué poco sabían. Douglas había sentido un fuerte impulso de sincerarse con Evelyn. Ella y Dorothy eran las únicas personas que podrían entenderlo. Aquello era imposible, claro. Debía llevarse su secreto a la tumba.

Se había servido la comida: pollo «de la coronación» (en fin, pollo precocinado

con mayonesa), o un pescado frito llamado *pomfret*. La vida tenía que seguir, las comidas tenían que cocinarse, servirse y retirarse. Los criados, sin duda acostumbrados a la presencia de la muerte, continuaban con sus obligaciones. Los residentes, naturalmente, también habían sufrido alguna muerte cercana, pero la India parecía mostrar la futilidad de la vida a una escala superior a la que uno podría estar acostumbrado. Olive Cooke juraba que un cuerpo envuelto en harapos y tirado al lado de la tienda de regalos Gulshan, enfrente de Dunroamin, había estado allí dos días.

El sol había salido. Evelyn se encontraba en la veranda, con un gorrión en el regazo. Se había dado un golpe con el ventilador del techo y se había caído allí, atontado. Aquello había ocurrido en varias ocasiones con anterioridad. Varias mujeres habían cuidado de los pájaros en sus regazos, pero casi ninguno había revivido.

—Salgo un momento, mamá, te veo luego. —Theresa cruzó la veranda.

—¿Dónde vas?

Theresa sonrió.

—De compras.

¡Dios bendito, su hija llevaba carmín en los labios! El efecto era distorsionado!'. La última vez que la había visto con carmín fue con motivo de las bodas de plata de Evelyn y Hugh.

Evelyn observó a Theresa caminando alegremente hacia las puertas del recinto. Sospechaba que su hija iba a comprarle un regalo de Navidad. Esperaba que no fuera un regalo demasiado comprometido: habitualmente le regalaba alguna cosa del catálogo de Greenpeace que Evelyn discretamente le traspasaba a su chica de la limpieza.

—¿Algún signo de vida? —preguntó Douglas desde la mesa de al lado.

Evelyn miró hacia su regazo. El gorrión ni se había movido.

—Todavía no.

—Oh, bueno, la esperanza es lo último que se pierde.

Douglas estaba con su mujer, que estaba escribiendo una carta. El hombre tenía su novela de aventuras de Wilbur Smith abierta delante, pero Evelyn sabía que no la había estado leyendo. Todos estaban un poco distraídos por las últimas noticias. Ya fue bastante perturbador darse cuenta de que estaban viviendo en la antigua escuela de Dorothy. Pero aquel día, además, había una nerviosa inquietud en el ambiente. Uno y medio menos (Eithne era el medio); ¿quién sería el próximo?

Así que Norman estaba, tal y como lo había expuesto Madge un tanto cruelmente, «en plena faena». Se llamaba *la petite morí*, Evelyn sí que sabía eso. Por lo que a ella le concernía, tenía que admitir que tenía una experiencia limitada, y hacer el amor era una cosa más relacionada con la compañía que con una experiencia cercana a la muerte. Se preguntó si Graham Turner sería virgen. Estaba sentado bajo aquel árbol que llamaban ficus sagrado, y se dedicaba a escribir en su cuaderno. Una solo tenía

que mirarlo para sospechar que probablemente ese sería el caso; es decir, que sería virgen. ¿Qué tendría que escribir después de haberse pasado la vida en la administración?

Y luego... estaba su propia hija, Theresa, también, que no tenía mucha suerte en ese aspecto. Las pocas aventuras amorosas que Evelyn le había conocido habían terminado en una refriega de recriminaciones. Theresa lo hacía todo complicado. Quería volcarlo todo en sus «relaciones», una palabra que para Evelyn siempre significaba lo mismo que «problemas». Una vez que la gente empezaba a hablar de «una relación», todo empezaba a irse al traste. ¿Por qué Theresa no podía ser simplemente feliz? El tiempo era corto..., terriblemente corto. «Coge las rosas mientras puedas». Evelyn había aprendido aquello en la escuela, donde, claro, en ese momento, no tenía ningún significado. Ahora, a pesar de los pequeños enredos e incomodidades, tenía la seguridad de que estaba en compañía de gente que, de un modo u otro, tenía aquello muy presente en su mente.

Al día siguiente llegaría Christopher, con toda la familia en recua. Sabía que su hijo había reservado aquellas vacaciones especialmente para ir a verla, pero la perspectiva la atemorizaba de un modo terrible. Toda la historia volvería a empezar como si no hubiera habido ninguna interrupción... La culpa, el resentimiento. «Tú siempre te pones del lado de Christopher, tú y papá, nunca he sido el tipo de hija que habríais querido que fuera». El internado, sin duda, asomaría su espantosa cabeza. Dios bendito, Dorothy había sido arrojada al mundo a los ocho años y ahí estaba, perfectamente. Bueno, a lo mejor no estaba muy bien, pero había sobrevivido.

Y Theresa era tan indiscreta... ¿No tenía sentido del decoro en absoluto? «En nuestra familia nadie cree en los beneficios de la comunicación», decía. Desde luego ella había hecho todo lo posible por compensarlo desde entonces. Durante su primer desayuno en Dunroamin había intentado explicarle a Jimmy el síndrome de Munchausen, mientras el camarero le estaba sirviendo cereales con miel Sugar Puffs. Ella creía que los criados eran personas y que, por tanto, debían participar en las conversaciones.

—Yo solía fingir que estaba enferma —le dijo Theresa al viejo—. Solo para llamar la atención de la gente.

—No creo que te entienda, cariño —le dijo Evelyn.

—Solía cojear cuando iba andando.

—Theresa, aquí no se necesita *fingir* que se cojea.

Tenía que admitir que Theresa parecía estar más animada desde el día anterior. Aquel abrazo en las escaleras había sido en cierto modo un avance. Pero Theresa era una mujer turbulenta y estaba en un momento complicado de la vida. Debía de ser terrible darse cuenta de que la posibilidad de tener hijos finalmente había desaparecido para siempre. Después de todo, sin hijos, ¿quién cuidaría de una

persona cuando se hiciera vieja?

¿Quién? Evelyn prescindió de la respuesta. Miró de reojo el jardín. Graham Turner apartó el cuaderno y se metió en el hotel para echarse su siestecilla.

Evelyn tocó el gorrión. Estaba tieso, o porque estaba aterrorizado o porque estaba muerto. Cualquiera que fuera la razón, aún lo tendría allí un poquito más.

—Sigo pensando que en cualquier momento va a salir de repente del hotel voceando: «¡Sois todos unos gilipollas!» —dijo Douglas.

Evelyn dio por supuesto que estaba hablando con su mujer, pero Jean se había quedado dormida. Estaba hablando con ella.

Cuando un hombre no es dueño de su alma, entonces su alma se convierte en su enemigo.

BHAGAVAD GITA

«Con una población de ocho millones, y sigue aumentando, Bangalore es una de las ciudades de Asia que más rápidamente han crecido», leyó Christopher.

—Escuchad, chicos: «A la vanguardia de la revolución tecnológica, Bangalore es una próspera y moderna metrópoli, con pubs, clubes y grandes zonas de compras».

Estaban viajando en autobús desde Mysore. Al otro lado del pasillo, los chicos estaban despanzurrados en sus asientos.

—Suenan interesantes, ¿eh? —dijo Christopher—. Si estáis hartos de templos...

—Los templos son una mierda —dijo Clementine.

—Los edificios no pueden ser eso, cariño —contestó él.

A su lado, Marcia dejó caer la cabeza hacia atrás y bebió ruidosamente de su botella de agua. Él pensó en sus labios aferrados a su polla. «Esta mujer me arrastra como si fuera el enganche cromado de un coche tirando de una caravana». ¿Dónde había oído aquello? En alguna película. Su mujer estaba cargada de energía. Para ser sinceros, sus *exigencias* durante aquellas vacaciones habían sido un tanto abrumadoras: lamer, montarse encima, apretarle el culo para que experimentara sus espectaculares orgasmos múltiples... Después de cada orgasmo, él pensaba que ya había acabado, pero no, había otro en camino. No importaba lo flojo y encogido que lo tuviera, ella todavía le podía sacar partido a su cuerpo; de hecho, parecía que apenas importaba nada si él estaba dentro de ella o fuera. Ni si estaba presente en absoluto. Para ser totalmente franco, ella podría estarse restregando contra un bolardo de tráfico. La noche anterior lo había llamado para que se metiera en la ducha. Mientras estaba intentando sujetarla contra los azulejos, había resbalado en una pastilla de jabón y estuvo a punto de romperse la espalda. Por supuesto, los gritos que dio su mujer fueron gratificantes, pero él tuvo miedo de que los chicos se hubieran despertado, porque estaban en la habitación de al lado. La India parecía tener un efecto perturbador en Marcia.

El autobús había llegado a una parada. El conductor dio un bocinazo. Por la ventana se veía una estación de servicio donde paraban los camiones, un sitio destartado encharcado de aceite. «Toca la bocina», estaba pintado en los camiones aparcados. «Buena suerte». Un compañero turista de Christopher se inclinó hacia el pasillo para ver qué pasaba.

Al otro lado del cristal, los conductores de camiones ganduleaban en hamacas. ¡Qué satisfechos parecían! Estaban allí tumbados, fumando. Aislado en su autobús con aire acondicionado, Christopher pensó que se estaba entrometiendo en la intimidad de aquellos desconocidos. El lugar le recordó su piso en Clapham: indudablemente miserable, pero, en cierto sentido, con muy pocas preocupaciones y exigencias. Nadie les exigía nada a esos hombres: conducían, dormían, fumaban, sin que ninguna Marcia los mirara como si los hubiera pillado masturbándose. Christopher tuvo el repentino deseo de abrir la puerta del autobús y adentrarse en otra vida. «¡Buena suerte!». Podía subirse a un camión pintado con mil colores y alejarse conduciendo. En América su mujer era la que conducía porque decía que él bebía mucho. En América había jodido su carrera y había arruinado económicamente a su madre. En América sus hijos lo trataban como a un criado.

Christopher cerró los ojos. Podría adentrarse en otro mundo y empezar de nuevo; el autobús continuaría su viaje y nadie se daría cuenta de que él no estaba. Sería como Jack Nicholson en aquella peli, cuando cruzaba por delante de una gasolinera. En su nueva vida, Christopher tendría hijos que se reirían con sus chistes y una mujer hermosa que lo llamaría Topher con su cantarína voz india y con amor. Ella escurriría sus camisas en el río, y se levantaría cuando oyera sus pisadas, y lo buscaría haciéndose sombra en los ojos con la mano. Sería querido.

El autobús reinició su marcha. Christopher miraba los paisajes que se sucedían. Su antigua vida podría evaporarse, exactamente así. Todos los trastos de esa vida..., los esquís y las máquinas de hacer pasta, las *cosas*, las *mierdas*, todo aquello podría desaparecer con un chasquido de dedos. Allí, en ese momento, nada era relevante, todo era insustancial. Pensó en las polillas que aleteaban en su armario, en casa, en Sussex. Una palmada y se convertían en polvillo entre las palmas de sus manos.

El autobús siguió su camino. Marcia cerró los ojos. Volvía al templo de Halebib. Un grupo de jóvenes andaban deambulando por allí, observando los frisos. Hombres jóvenes indios, oficinistas a lo mejor..., camisas de manga corta, pelo engominado. Entraban en el recinto sagrado, y se quedaban allí.

Marcia estaba tumbada en el altar, con la falda subida hasta la cintura. La piedra estaba caliente bajo su piel. Miradme, ¡soy una diosa del sexo! Su blusa estaba desabrochada; con una mano se acariciaba las tetas. Se acariciaba con un movimiento sensual y circular; su índice acariciaba el endurecido pezón.

Sus piernas estaban completamente abiertas. Lujuriosamente, se entregó a su propio placer. Mientras lo hacía, giraba la cabeza para mirar a los jóvenes.

Estaban allí, mirándola. Empezaron a tocarse la entrepierna. Cerrando los ojos, podía oír su respiración colectiva... gruñendo, acelerándose...

—Mamá, ¿cuándo llegamos?

Marcia abrió los ojos. Estaban viajando por las afueras de una ciudad: descampados, edificios de pisos coronados con un laberinto de antenas de televisión.

—Pronto, cariño —contestó.

—Tengo sed.

Le pasó la botella de agua.

—Quiero una Coca-Cola.

Marcia volvió a cerrar los ojos. Cada noche, en la cama con su marido, ella se concentraba en diferentes rostros. Mientras estaba allí tumbada, sujetando las carnes flácidas y viejas de Christopher entre sus piernas, era un rostro moreno el que aparecía delante de ella; era una gran polla marrón la que se le metía dentro, haciéndola gritar. Y mientras lo estaba haciendo, había más hombres mirándola, y ella los metía en la cama también. Aquellos pescadores de Kerala, desnudos, salvo por sus taparrabos, se apoyaban en la pared; miraban sus piernas abiertas, sus caderas subiendo y bajando. Una hilera de barrenderos, arrebatadores jóvenes grises por el polvo, acariciándose bajo sus *lunghis*, esa especie de pareo de seda que usan.

En todas partes de la India los hombres la miraban. Christopher nunca la miraba, no de verdad. Demasiado inglés. Aquellos hombres la deseaban; la despertaban a la vida. Formaban una nueva Marcia: deseable, apasionadamente pálida y, en fin, hermosa.

Christopher se repetiría una y otra vez aquel momento el resto de su vida. Aún le quedaba una buena cantidad de años; la fecha de su muerte estaba escrita en una hoja de palmera, pero él no sabía de su existencia. Durante el resto de su vida, que sería larga, recordaría aquel momento en el que las puertas del Taj Balmoral se abrieron y él se adentró en el vestíbulo. Se oía el hilo musical. Un portero con turbante les hizo una reverencia y una mujer se acercó a él. Él suponía que su familia estaba con él, pero se habían evaporado como si nunca hubieran existido.

La mujer vestía un sari azul medianoche tachonado de plata. Por supuesto, era preciosa, pero la verdad es que la mayoría de las mujeres indias eran exquisitas. Había algo más en ella: una dulzura indescriptible, tierna..., un encanto insondable. La muchacha levantó una guirnalda de flores. Christopher inclinó la cabeza y ella se la colocó alrededor del cuello.

—*Ñamaste* —dijo la muchacha, juntando las manos delante de su pecho. Sus pulseras tintinearón, descendiendo hacia sus muñecas. Hizo una reverencia. «Eres mi dueño y señor».

—*Ñamaste* —respondió Christopher, aunque sonó un poco idiota.

La muchacha estaba bendiciéndolo; estaba transformándolo todo en un mundo mejor. Metió el dedo en un botecillo y luego lo presionó contra su frente. Mientras estaba concentrada, la punta de su lengua le asomaba entre los dientes. Sus ojos se

encontraron con los de Christopher y le sonrió.

—Bienvenido al hotel Taj Balmoral —dijo—. Esperamos que disfrute de su estancia.

Christopher nunca había creído en el amor a primera vista; no hasta ese momento. Simplemente se sintió aceptado, en toda su pálida torpeza. Luego la chica le dijo que estaba a punto de acabar su turno. Cinco minutos más y se iría a comer. Christopher, nuevamente receptivo al amor, volvió a recordar los numerosísimos obstáculos que había encontrado en los ocho días de carreteras por la India. Otro rebaño de cabras, otro camión averiado, otra vaca sagrada justo en la mitad. Otra estúpida parada para descansar y Aisha no habría entrado en su vida con sus guirnaldas de claveles de la India y su perfume de almizcle, deslumbrante promesa de felicidad. Tal era la volubilidad del mundo. En medio del caos, la India le había proporcionado un milagro. Sufriría cuando despertara a la realidad, pero la India también lo sabía todo sobre el sufrimiento.

Ravi había insistido en acompañar a Pauline a Bangalore.

—Por supuesto que no vas a ir sola, y menos ahora.

Pauline sospechaba que, ahora que su padre ya no estaba en la residencia Dunroamin, la idea de viajar a la India resultaba más atractiva. No podía decirlo, claro, y menos cuando Ravi se estaba mostrando tan comprensivo. Él pensaba que ella lo necesitaba en aquellos momentos de dolor.

En realidad, la muerte de su padre había afectado a Pauline menos dolorosamente de lo que ella había imaginado. Era una sensación de lo más extraña, el mundo sin él, pero Norman había llevado una vida de placer dedicada enteramente a satisfacer sus propias necesidades y había muerto a una edad bastante avanzada, atendido hasta en el menor de sus deseos por unos empleados muy amables y rodeado de agradables compañeros. Había maneras peores de morir. Pauline estaba sorprendida ante su propia ecuanimidad. A lo mejor había asumido algo del fatalismo hindú sin darse cuenta. De hecho, era Ravi el que parecía más conmovido. Ella sospechaba que se debía a su sentimiento de culpabilidad.

Sonny también parecía profundamente afectado. Pauline no podía entender eso. ¿Sería posible que aquel atareadísimo chanchullero realmente apreciara a su padre? Sabía que a veces echaban un trago juntos, pero la reacción de Sonny a la muerte de su padre parecía fuera de toda lógica; el hombre parecía verdaderamente conmovido.

Norman fue incinerado un día después de su llegada y se realizó un pequeño servicio religioso en la iglesia de St Patrick. Sonny estuvo sorbiéndose los mocos todo el rato. Luego, salieron fuera. Pauline señaló las lápidas: los jóvenes oficiales militares caídos en la flor de la vida: Lawrence Lennox, Standish Wilson..., sus

viudas y sus hijos también.

—Mira, fiebre tifoidea y solo veintidós años —dijo Pauline—. Solo seis. —Puso el brazo alrededor de los abatidos hombros de Sonny—. Comparado con ellos, mi padre disfrutó de una vida larga y agradable...

«De verdad —pensó—, debería ser Sonny quien me consolara *a mí*».

Sospechaba que las verdaderas razones de su amargura eran las distintas crisis que habían atenazado al hotel en los días previos. El doctor Rama había sido despedido. El matrimonio del gerente del hotel se había roto y la mujer se había ido a vivir con su hermana. El cocinero, amargado por la muerte de Norman, se había ido de borrachera y no se le había visto en los últimos dos días. Los residentes parecían no darse cuenta de aquellos dramas entre bambalinas; el propio Minoo y el pinche de cocina habían preparado mal que bien las comidas y la señora Cowasjee simplemente se había retirado de la vida pública para siempre.

—Ni médico ni enfermera —susurró Ravi—. ¿Qué pasa si alguien se pone enfermo?

—Siempre te tienen a ti —dijo Pauline.

Ravi no contestó. El sol se estaba poniendo al final de Lady Curzon Street. Regresaban de la iglesia en un minibús que Sonny había contratado para trasladar a los residentes y que presentaran sus respetos. Los carritos de burros regresaban a casa después de recorrer, para los viajeros, las modestas atracciones turísticas de Bangalore. Pauline miró las escuálidas acémilas, los edificios de cemento derritiéndose con las luces del atardecer. Los atardeceres eran tan maravillosos que la hacían llorar. Puede que fuera la India, más que su padre, lo que tenía el poder de hacerla llorar.

Por delante quedaba la melancólica tarea de recoger las cosas de su padre. Serían unas Navidades raras, pues las celebraría con personas que eran prácticamente desconocidas. Pero no más extrañas, pensó Pauline, de lo que lo serían Ravi y ella para los demás.

Evelyn estaba cenando en el Taj Balmoral con su hijo, con Marcia, su mujer, y con Theresa. Sus nietos, gracias a Dios, ya se habían ido a la cama. Tenía que admitir que su comportamiento le había desagradado. Aquellas dos pequeñas cositas, Joseph y Clementine, se habían convertido en dos mocosos americanos. Apenas podía creer que fueran parientes suyos en absoluto, y, a juzgar por la mirada de sus ojos, sospechaba que ellos pensaban lo mismo. Ni una palabra de agradecimiento por los regalos que les había dado, ni el más mínimo interés en lo que tenían a su alrededor; lo único que hacían era lloriquear porque la televisión no funcionaba. ¿Cómo unos crios que lo tenían todo podían ser tan desagradecidos? Los niños indios, que tenían muy poco, eran en comparación encantadoramente educados, incluso cuando pedían

dinero.

Aparte de eso, la visita había sido un éxito insospechado. Christopher y su hermana no habían discutido ni una sola vez. Era curioso cómo lo que más teme uno puede simplemente desaparecer. Los dos, de hecho, parecían un tanto distraídos...; abstraídos, incluso. Ni siquiera Theresa mostraba su habitual hostilidad hacia Marcia. Y qué aspecto tan atractivo tenía Theresa —casi vampiresa—, con su vestido a rayas rojas salpicado de lentejuelas. Aquel vestido sorprendería a más de uno en los monasterios a los que iba...

Evelyn les había contado lo de la incineración de aquella tarde, lo de las revelaciones de Dorothy y los problemas matrimoniales del gerente del hotel.

—Mandó a su mujer a freír espárragos el martes. El pobre hombre era muy desgraciado. Nadie lo sabía, solo yo; éramos amigos, ¿sabéis? Incluso me enseñó los zapatos que llevaba cuando se conocieron.

—¿Se ha enamorado de otra? —preguntó Christopher, dejando en la mesa el tenedor.

Evelyn negó con la cabeza.

—Solo estaba amargado por su culpa. Su mujer era una mandona.

—¿Sí? —preguntó Christopher.

—No te dejes engañar por esos saris —dijo Evelyn—. Las mujeres indias pueden ser muy dominantes. El hombre estaba destrozado, ella le hacía sentirse un inútil, ¿entiendes?

Hubo un silencio. Christopher jugueteó con una gamba.

Marcia miraba al hombre que tocaba el sitar, un joven ataviado con indumentaria hindú, y sentado en una tarima, en una esquina.

—¿No es precioso? —murmuró.

Marcia llevaba un top de color turquesa con incrustaciones de espejuelos. Los destellos parecían enviar mensajes por doquier aunque solo su propietaria era consciente de sus significados. «A lo mejor la India está teniendo efectos benéficos en su matrimonio», pensó Evelyn. La última vez que los había visto, la relación parecía un poco tensa. Marcia era una mujer eléctrica, pero ahora parecía que sus cables interiores se habían cortado. Parecía relajada; casi hermosa.

Evelyn jamás descubriría la razón. Al día siguiente, el día de Nochebuena, ya se habrían ido.

—Imagínate, las Navidades en la playa —dijo Evelyn. Su hijo y su familia iban a ir a Goa.

—Siento que no podamos quedarnos —dijo Marcia—. Es el itinerario.

—No os preocupéis, ha sido maravilloso poder veros —dijo Evelyn.

Habían ido al templo del Toro y al jardín botánico, habían hecho un montón de cosas en dos días. La visita se podía describir como un éxito a pesar de aquel extraño

ambiente anodino, como si todos fueran sonámbulos.

—Me siento muy mimada por teneros a todos conmigo —dijo Evelyn—. Algunos compañeros míos van a recibir a sus familiares en enero, después de que hayan pasado estos días con sus familiares más cercanos y queridos... —Se detuvo. ¿No se suponía que *los abuelos* formaban parte de los familiares más cercanos y queridos?—. Muriel Donnelly piensa que su hijo va a aparecer, pobrecita. Es lo único que la mantiene viva. Hermione reza por ella todos los domingos.

—¿Dónde está su hijo? —preguntó Theresa.

—Sólo Dios lo sabe —sonrió Evelyn—. A lo mejor es a Él a quien le está preguntando Hermione. Sin respuesta hasta el momento. Parece que es un personaje un poco raro.

—¿Quién? ¿Dios? —preguntó Theresa.

—No, querida; su hijo. Metido en todo tipo de chanchullos, al parecer.

—¿Qué tipo de...? —preguntó Theresa.

—No tengo ni idea. Ni Muriel tampoco.

Una horrible sospecha comenzaba a hurgar en el pecho de Evelyn. A lo mejor Theresa estaba tomando drogas. Eso explicaría sus largas escapadas, algunas veces durante toda una tarde. Regresaba con los ojos brillantes, con las mejillas encendidas. Al parecer Bangalore estaba inundada de drogas; Evelyn lo había leído en *The Times of Karnataka*. El suministro habitual de periódicos ingleses se había interrumpido con la muerte de Norman.

«El crimen organizado hace estragos en la ciudad, con la corrupción en sus niveles más altos. Decenas de millones de rupias se mueven todos los días en el tráfico de drogas, cada día mayor».

Evelyn observó atentamente a su hija. Theresa limpió el plato con un trozo de pan *naan*, y luego lo mordisqueó. Mientras lo hacía, miraba con ojos soñadores a ninguna parte en particular. A la luz de las velas, Evelyn escudriñó los brazos de Theresa. ¿Aquellos puntos eran marcas de jeringuillas o mordeduras de mosquitos?

Evelyn notó una sensación de agarrotamiento en el estómago. Ay, Dios mío. A lo mejor eso explicaba sus frecuentes idas y venidas a la India. «Soy una yonqui de la India —había dicho en cierta ocasión—. Necesito mi dosis». Evelyn no era del todo ignorante en aquellos asuntos. Ay, Dios mío.

—¿Qué tal tus jóvenes amigos teleoperadores? —preguntó Christopher.

Evelyn se concentró.

—A Surinda la despidieron la semana pasada, me temo. No estaba hecha para eso. Se quedaba preguntándole a la gente cosas de Inglaterra y nunca conseguía vender nada. Es una lástima.

A lo mejor debería pedirle consejo a su médico..., a su verdadero médico de Inglaterra, el doctor Ravi Kapoor, no al de enfermedades venéreas con aquel pelo

estupendo. «¡Ese tío es un charlatán!». De repente, ridiculamente, echó de menos a Norman. Surinda también había desaparecido de su vida. Había sido agradable tener caras jóvenes alrededor, caras en las que no se reflejaba su propia mortalidad. Vivir con gente mayor envejecía mucho. Esa era la razón —bueno, una de las razones— por la que las familias los apartaban de sí. Diferentes generaciones reunidas. Ahora había perdido a su nieta postiza, Surinda, y su propia hija, la drogadicta, no tardaría en marcharse.

El restaurante Lotus estaba en el piso más alto; a sus pies se extendían las luces de la ciudad. Aquella noche la India era un lugar extraño para Evelyn, y aterrador. Sus esfuerzos por acomodarse al lugar durante las últimas semanas le resultaban ahora fingidos y desacertados. No teniendo otra opción, había intentado sentirse como si estuviera en su propia casa. De hecho, aquel país había transformado a sus hijos en extraños..., desconocidos con secretos que ya no podía averiguar. ¡Míralos, jugando con las servilletas y sonriéndose!

«Sin duda, esto es normal —pensó—. No se puede acusar a la India del hecho de convertir a los chicos de una en adultos de mediana edad con vida propia. Ay, Hugh..., ay, Hugh».

—Feliz Navidad, mamá. —Christopher se inclinó sobre la mesa y le entregó un paquete.

Evelyn lo abrió. Dentro había algo de una tela preciosa, doblado: algo de seda de un rojo intenso con un borde dorado.

—Es un sari —dijo su hijo—. Ya lo sé, ya lo sé, pero a lo mejor alguna vez, en una ocasión especial...

—¿Dónde lo compraste? —preguntó Marcia bruscamente. Evelyn sospechaba que era Marcia la que habitualmente le compraba los regalos.

—En una tienda —dijo—. Es un sari *bañar así*.

—¿Un qué? —preguntó Marcia.

—Un sari de Benarés, para ocasiones especiales.

—¿Y por qué sabes tú eso? —preguntó Marcia, mirándolo atónita.

Christopher se aclaró la garganta.

—Lo he leído en la guía. ¿A quién le apetece un postre?

Evelyn le dio las gracias, aunque no podía ni imaginarse en la vida llevando un sari, ni que hubiera una ocasión tan especial como para que tuviera el valor de ponerse semejante cosa. Las viudas en la India llevaban saris blancos, como si ya fueran fantasmas. Se alegró de que Christopher no hubiera comprado uno de esos.

—Es genial, ¿a que sí? —murmuró Marcia.

Evelyn asintió.

—Muy generoso por su parte.

Pero Marcia no se estaba refiriendo a Christopher. Ella estaba mirando al

muchacho que tocaba el sitar.

—Mira sus manos... —dijo Marcia calladamente— y cómo sujeta el instrumento.

Evelyn dobló el papel de regalo. Su generación, como los indios, nunca tiraba nada. Podía tener alguna utilidad más adelante.

—Y cómo toca todas las cuerdas... —dijo Marcia, y volvió a sumirse en el silencio.

Pauline cogió a su marido de la mano y lo llevó al jardín.

—Quiero enseñarte una cosa —dijo.

Era tarde. Lo condujo hacia las estancias de los criados. Una luz refulgía a través de la ventana; alguien carraspeó y escupió. Allí, en sus propias casas, los viejos y familiares camareros eran desconocidos.

—¿Dónde me estás llevando? —susurró Ravi.

—Al muro de la propiedad.

Había luna llena. Era una noche clara, las estrellas reflejaban las luces de la ciudad que tenían debajo.

Estaban abriéndose paso hasta el rincón más alejado del jardín, donde ninguno de los residentes se aventuraba. En un montón de basura, algo se movió.

Delante tenían una puerta, medio oscurecida por las enredaderas.

—Los criados utilizan esta salida —susurró Pauline—. Cuando salen. Recados y eso. Para volver a su pueblo, a lo mejor, en sus días de libranza. No sé.

Giró el picaporte. La puerta se abrió entre crujidos. Cruzaron y salieron al descampado que había detrás del hotel. Olía a mierda. Ravi levantó el pie y se inspeccionó el zapato. Los zarzales parecían escarchados a la luz de la luna; había bolsas de plástico prendidas en las ramas. Más allá había unas chabolas donde vivían los traperos de los vertederos.

—¿No te parece como lo de *Alicia a través del espejo* —susurró Pauline—. ¿O como entrar en otro mundo?

—¿Qué quieres enseñarme? —Ravi estaba intentando ser amable. Después de todo, ese mismo día el padre de Pauline había sido despachado al lugar dondequiera que fuera la gente que palma.

—Los padres de Dorothy conocían a la gente que vivía aquí —murmuró—. Me lo dijo ayer. Hace años aquí había un jardín, y una casa. Eran del coronel Hislop y su señora, y ella bebía limonada mientras los mayores jugaban al *bridge*.

Pauline quería que su marido sintiera la magia de aquel lugar. Tenía que haber una conexión escondida de aquel lugar con su marido.

—Cariño, le prometí a Mino que miraría las cuentas... —dijo—. El pobre hombre estará deseando irse a la cama.

—Quiero cuidar a la gente —dijo Pauline—. Tú lo has hecho toda la vida, pero

yo quiero hacerlo ahora. Esos crios que conocí... Tengo sus fotografías, pero nunca volveré a verlos. Imagina que pudiera construirles una casa aquí, a los que están solos en el mundo. Así podría ser de alguna utilidad, Ravi... —Pauline observó su hermoso y grave perfil—. Así los jóvenes y los viejos podrían estar juntos. ¿No lo entiendes? Tiene sentido —y señaló el hotel que tenían a sus espaldas—. Echan de menos algunos rostros juveniles a su alrededor, suspiran por ello. Podrían enseñarles cosas, a unos y a otros les gusta la misma clase de comida, y piensan lo mismo. Los viejos y los jóvenes tienen un montón de cosas en común, lo de la segunda infancia y todo eso. Y tienen todo el tiempo del mundo.

Se detuvo. Le había salido más vehemente de lo que tenía pensado. La presencia de Ravi de algún modo la había debilitado.

Ravi se inclinó hacia ella y le colocó un mechón de cabello por detrás de la oreja.

—Es una idea encantadora, cariño. Pero creo que van a construir un centro comercial aquí.

Ravi se sentía fatal. Sabía que debía ser comprensivo, pero aquel lugar estaba socavando sus cimientos. Siempre le ocurría lo mismo, aquella asfixia lenta. Aquella tarde, cuando regresó a la habitación, la luz del teléfono estaba parpadeando: su madre llamaba desde Delhi. «¿Cuándo vas a venir, mi pequeño Ravijito? El pecho de tu padre anda mal..., tu hermana y ese mal marido suyo..., tu hermano ha estado llamando desde Toronto, que tenemos divorcio a la vista y que quién va a pagar sus deudas y qué va a pasar, ese muchacho está arruinando su carrera...». Sonny también estaba cambiado. Encogía, al pobre hombre se le veía agobiado.

La vida era muy sencilla cuando uno vivía en el extranjero, se te quitaba un peso de encima. Londres era la despreocupación y el anonimato. Los amigos que hacías se ganaban un lugar en tu corazón con amabilidad y por compatibilidad de caracteres. Y si todo fallaba, allí estaba Mozart, para cogerte de la mano y llevarte al cielo.

Ravi había intentado explicarle aquello a Pauline, pero ella era nueva en el país, no podía entender hasta qué punto aquel país era implacable y agobiante, la imposibilidad de que cambiara. La India le arrebataría a Pauline, y luego la abandonaría. Ravi quería sujetar a su mujer por los hombros y gritarle: «¿Es que no lo ves? ¡Nunca conseguirás hacer nada aquí!». Pero no se lo gritó, y ahora estaban regresando a la habitación del hotel. Era la habitación de Norman, un lugar no muy propicio a las juergas maritales. Se habían cambiado las sábanas, claro, y las dos camas se habían colocado juntas, pero Norman todavía estaba allí. La gente no se moría; su presencia era tan poderosa como siempre. Incluso más poderosa, porque cargaba con la culpa de ambos y la imposibilidad de la reconciliación.

Caminaron por la veranda. La madera estaba carcomida, y crujía bajo sus pies. La barandilla que había desaparecido —donde se había caído Eithne— había sido

reemplazada por un trozo de cuerda. Qué frágil parecía el mundo esa noche. A lo mejor los que tenían hijos se sentían más seguros. ¿Cómo iba a saberlo él?

A Ravi le dolía el corazón. Por sí mismo, por Pauline. Todavía reciente, todavía horriblemente punzante después de todos aquellos años, el dolor aguardaba en la oscuridad, dispuesto a abalanzarse sobre él.

La puerta principal estaba cerrada; era más tarde de lo que pensaba. Cuando Ravi estaba pulsando el timbre, Evelyn y su hija subían por el camino. Habían salido a cenar fuera.

—Parece que todo el mundo se ha ido a la cama —afirmó Ravi.

El viejo camarero, Jimmy, se acercó renqueando a la puerta, farfullando como el portero de *Macbeth*. Ravi lo miró a través del cristal, peleándose con las llaves.

—Nos entretuvimos en el bar del Balmoral —dijo Evelyn—. Es un hotel precioso. —Santo Dios, la mujer estaba piripi. Miró con el ceño fruncido a Ravi—. Iba a preguntarle algo, pero se me acaba de ir de la cabeza en este momento.

Se abrió la puerta.

—Entra, mamá —dijo Theresa, cogiéndola del brazo.

Evelyn se giró hacia Pauline.

—Siento mucho lo de su padre —dijo—. Un hombre muy alegre. Le echaré de menos, ahí sentado en la veranda, con su whisky con soda.

—Aún no entiendo cómo murió... —dijo Pauline—. ¿Qué estaba haciendo en el bazar él solo?

Hubo un silencio. Entonces Evelyn dijo:

—¿No lo sabe?

—¿Saber qué?

—Le estaba comprando a usted un regalo de Navidad, naturalmente.

Pauline la miró atónita.

—¿Sí?

Evelyn se adelantó.

—Voy a cogerlo, lo tengo en mi habitación.

—Dios mío... —dijo Pauline—. Nunca me compraba nada. Siempre lo hacía mi madre.

Esperaron en el salón. Habían puesto allí un árbol de Navidad; estaba adornado con unas lamparitas polvorientas de papel. En cierto modo, la decoración conseguía que la sala pareciera incluso más andrajosa. Ravi observó los sillones, cada uno de su padre y de su madre, y las cortinas raídas. Tenía que admitir que el hotel había sido un poco decepcionante. Era difícil creer que aquello fuera a ser el comienzo de un nuevo Imperio británico, una empresa global de la vejez.

«Tú no lo entiendes —le había dicho Pauline—. Para esta gente es encantador.

Todas las cosas que tú odias de la India son las cosas que a nosotros nos gustan. Yo estoy en el negocio de las agencias de viajes, se supone que lo sé. En cualquier caso, todo esto les recuerda su hogar».

Theresa se sentó en el brazo del sofá. Se quitó una sandalia y se estudió la planta del pie.

—¿Le pasa algo? —preguntó Ravi.

—No, está bien. Ya está curado.

Theresa tenía las uñas pintadas de granate. No le combinaban con su vestido rojo, un tanto pilingui, pero el efecto era revitalizador. Aunque de facciones duras, Theresa era una mujer agraciada y con aspecto saludable: pelo lustroso, ojos brillantes. Ravi se preguntó si se estaría sometiendo a la terapia de recuperación hormonal. Pauline acababa de empezar con ella, pero su carácter parecía más variable que nunca. No muy efectiva hasta el momento, desde luego.

—¿Conoce usted a un hombre llamado PK? —preguntó Theresa.

—¿PK? —preguntó Ravi.

—Al parecer es un importante hombre de negocios de aquí. Conoce a todo el mundo.

Ravi negó con la cabeza.

—Yo vivo en Dulwich.

El carillón dio la medianoche. Mientras daba las campanadas, Evelyn regresó. Traía un paquete envuelto en un papel de regalo.

—Lo guardé para usted —dijo, dándoselo a Pauline.

Pauline lo desenvolvió y sacó una larga pieza de tela.

—Es un sari —dijo Evelyn—. Un sari de Benarés, para ocasiones especiales. —Theresa hizo un pequeño movimiento pero Evelyn no se dio cuenta—. Su padre la quería mucho a usted —añadió.

—¿De verdad? —dijo Pauline jugueteando con la tela.

Evelyn asintió.

—Habla de usted constantemente. Estaba muy contento de que lo hubiera acogido en su casa, allí, en Londres. —Se detuvo—. Significó mucho para él.

Pauline acarició el borde dorado.

—Me alegra que pensara en mí —dijo, sonriendo a Evelyn—. Nunca creí que lo hiciera... mucho.

Ravi observó el sari. Parecía un regalo sorprendente para que lo hubiera comprado un anciano. A lo mejor había juzgado mal a su suegro: qué poco conocemos lo que se oculta en el corazón de los demás.

—Así que has tenido cinco mujeres —dijo Theresa.

—No estuve casado con dos de ellas —dijo Keith.

—Ludmilla y Maureen, ¿verdad?

Keith asintió.

—Ludmilla no duró mucho. Era de Vladivostok.

—Y Shannon y Jordán son hijos de Sandra.

Volvió a asentir.

El asunto en su conjunto era complicado, dolorosamente complicado. Theresa siguió insistiendo, sin embargo, como la lengua vuelve a la llaga. Pensó en los miles de veces que Keith había hecho el amor a otras mujeres. «Vive el presente», se dijo. Su Rolex de oro se encontraba, abandonado como si no valiera nada, sobre la mesilla de noche. «Prescinde del pasado». Aquellas tardes en la habitación del hotel quedaban fuera del tiempo. Se preguntó si él pensaría lo mismo.

Keith echó un trago de cerveza, se inclinó hacia delante y puso sus labios en los de Theresa. Ella bebió de su boca.

«El deseo de poseer cosas es la consecuencia del miedo —decía Swamiji—. El deseo es una ilusión».

—¿Qué salía mal? —preguntó.

—¿Mal?

—Parece que has tenido un montón de relaciones que han acabado mal. —Ay, Dios mío, aquello sonó como una regañina.

Keith se encogió de hombros.

—Como viene se va.

—Esa es una táctica evasiva.

—No es una táctica, cariño.

Oh, Dios, a lo mejor quería ver el fútbol o algo. Theresa siguió adelante de todos modos, no podía evitarlo.

—Parece que tienes algún que otro problemilla con el compromiso.

—Ellas también se estaban follando a otros tíos. Sandra se estaba tirando a su entrenador de gimnasia.

«Un alma abierta a Dios está abierta al cambio interior», dijo Swamiji. Keith parecía seguir aquella enseñanza al pie de la letra. Y sin embargo el *dharma* consistía en aceptar la condición propia, vivir con ella en completa aceptación. Theresa sintió vértigo. Francamente, cuanto más estudiaba el hinduismo, menos sabía. Lo cual, al parecer, era precisamente el objetivo.

—Mi problema es que mis padres eran demasiado felices —dijo.

—Por el amor de Dios, mujer —y le puso el botellín de cerveza helada en la barriga. Ella aulló.

—Para ti la vida es sencilla, ¿no? —dijo Theresa.

—¿Sencilla? —Keith apuró su botellín—. No es sencilla, querida. Es jodidamente diabólica.

Para entonces ya había averiguado un poco de su historia. No mucho. «No necesitas saberlo», dijo Keith, misteriosamente. Había una gran cantidad de dinero por medio; asuntos de propiedades, o algo así. Theresa sospechó que las drogas también tenían algo que ver. La corrupción campaba a sus anchas en Bangalore, hasta niveles ministeriales, y Keith había localizado el paradero del hombre que le había estafado una gran cantidad de dinero y que lo había delatado a la policía. Él había cruzado medio mundo para encontrarlo, volando primero hasta Delhi, y luego siguiéndole los pasos hasta Bangalore. El hombre se llamaba PK y tenía relaciones con altas instancias. Sin embargo, estaba resultando un tanto esquivo.

—Para serte completamente sincero, querida, estoy al final del camino.

—¿No puedes regresar a Inglaterra? —preguntó Theresa.

—Debes de estar bromeando: me detendrían.

—¿Y qué me dices de tu madre? ¿No estás preocupado por ella?

—Ya te digo. —Keith encendió un cigarrillo.

—¿Me das una calada?

Keith se lo pasó.

—Le he dejado mensajes —dijo—. Verás, podría ir a España, tengo amigos allí, se ocuparían de nosotros. Quiero llevarla allí y luego podríamos quitarnos de la circulación durante un tiempo.

¡Qué diferente era todo lo que le contaba, frente a su infancia en Sussex! Theresa intentó imaginarse a su propia madre dando esquinazo a la policía y yendo a instalarse en la Costa del Sol con una pandilla de tíos engullendo whisky de malta. Intentó imaginarse a sí misma en esas circunstancias. ¿Ese tipo de gentes encontrarían de alguna utilidad su capacidad profesional como consejera?

Era desconcertante estar con un hombre cuya vida estaba en peligro. Así debió de ser durante la guerra.

Keith podría salir de su habitación del hotel en cualquier momento y no regresar nunca. Los sicarios de PK podrían estar esperándolo a la vuelta de la esquina. Eso impregnaba de un aire elegíaco cualquier conversación trivial. En ese momento, ella era todo lo que Keith tenía.

—La mayoría de la gente con la que trabajo, su mayor problema es un desorden alimenticio —dijo Theresa, y pensó en la gente que deambulaba por las calles adyacentes, cogiendo cosas de la basura.

Keith se le puso encima.

—Eres una fantástica confesora, nena.

—Es mi trabajo.

—Y una folladora tremenda.

Ambos se rodearon con los brazos. Cuando se la metió, Theresa gritó. Hacía el amor muy tiernamente, su cuerpo decía las palabras que ninguno de los dos había

proferido. Ambos sabían que eran dos desconocidos y que aquello no duraría. «Como viene se va». Swamiji podría haber dicho algo por el estilo.

El sol se había ido deslizando por la pared. En el exterior, el muezín llamaba como un mesonero. «Los caballeros primero, por favor». Estaban en la ducha, enjabonándose mutuamente y con un aire solemne.

—¿Qué vas a hacer mañana? —preguntó Theresa.

Keith se encogió de hombros. Tenía el pelo pegado a la cara. «Te adoro», pensó Theresa.

—Ven a la cena de Navidad —le propuso—. No debes estar solo.

Él le enjabonó el brazo.

—No quiero meterte en problemas, cariño.

—No creo que un grupo de pensionistas ingleses tengan teléfono directo con la mafia india —contestó Theresa—. Vamos, ven, por favor. A ellos les encantaría, así podrías charlar un rato con ellos. Ninguno de sus familiares va a venir, así que dime que sí.

Él la lavó con una meticulosidad concentrada, igual que un niño lava su primera bicicleta.

—¿Quién les dirás que soy?

—Mi novio, simplemente. —Theresa se ruborizó—. Si te parece.

Por favor, la última persona en marcharse que tenga la amabilidad de apagar las luces.

Cartel colgado en la sala de televisión,
Dunroamin

Ravi estaba preparando la cena de Navidad. Las circunstancias habían forzado aquella operación de emergencia; se había contratado a un nuevo cocinero, pero no iba a empezar a trabajar hasta la semana siguiente. Con la ayuda del pinche, Ravi había estado ocupado toda la mañana, cortando, pelando y aderezando el pavo que Minoos había comprado en el mercado de Gandhi y que había transportado a casa, como si fuera un cliente, en la parte de atrás de un taxi.

Ravi encontraba una profunda satisfacción en las actividades culinarias. Después de las obligaciones que le exigían sus pacientes, siempre le había resultado reparadora aquella actividad, hacer la cena. Las verduras no hablaban. El cuerpo pelado de un pavo no le exigía nada, salvo ser transformado en comida. Era un hombre creativo, en otra vida habría sido un ama de casa chapada a la antigua, pues sus habilidades domésticas eran superiores a las de Pauline. Conocía el secreto de las patatas tostadas: escaldarlas, rebozarlas en harina sazonada y meterlas en aceite caliente. Mientras bullían en el aceite, experimentaba una sensación que le resultaba poco familiar: alegría.

—*Garam pañi lao* —le dijo a su joven ayudante, Pramod, un joven apático que Ravi sospechaba que sufría anemia. El muchacho era vegetariano y no podía soportar las carnes rojas.

Dado que no había coles de Bruselas disponibles, estaban preparando repollo. El secreto del repollo es escaldarlo en un poco de agua y luego empaparlo en mantequilla, ajo y semillas de alcaravea. El repollo hervido, tal y como había señalado Sonny, huele a residencia de ancianos.

—*Ocha pañi* —le dijo Ravi al muchacho. Pramod hablaba tamil, pero se entendían en hindi. Hablándolo, Ravi se sentía como si volviera a ser un joven activo, la versión más expresiva de sí mismo, y que hacía mucho tiempo que había dejado atrás. Tenía remangadas las mangas de la camisa, las costuras de las axilas empapadas. Al haberse criado en la India, nunca había visto el trabajo físico desde una perspectiva romántica; ni se le había pasado por la imaginación en ningún caso que la vida de tantos millones de trabajadores pudiera ser envidiable. En su familia, de hecho, no se pensaba en ellos en absoluto y para nada. Pero ese día, mientras

cargaba con una cazuela y la colocaba en el quemador, sintió un placer muscular en esas sencillas tareas. Recordó haber pasado junto a una obra en Lewisham y haber oído silbar a los trabajadores, como si estuvieran contentos.

Pauline entró dubitativa en la cocina. Llevaba el sari que su padre le había comprado para Navidad... Que hubiera muerto mientras lo compraba era un acto de sorprendente y atípica generosidad. Ravi sintió una punzada de lástima por Norman; y por Pauline también, que tenía un aspecto tan raro con aquel sari —las mujeres inglesas nunca sabían cómo moverse con él— y cuya piel parecía mustia por la viveza del color rojo.

—¿Cómo van las cosas ahí fuera? —preguntó Ravi.

—Bien. Están bebiendo los cócteles especiales de Sonny. —Pauline abrió la mano y mostró un montón de monedas—. Pensé que podríamos esconderlas en los postres. [13]

—Podrían atragantarse —dijo Ravi—. ¿Y qué hacemos si alguien se muere atragantado con una rupia?

—Menuda manera de entender la vida... —replicó bruscamente Pauline.

Ravi se quedó callado. Norman lo había llamado «tiquismiquis». En cierta ocasión se había reído de él cuando Ravi cogió las instrucciones de seguridad en un tren. Pero Ravi solo lo había hecho por tener algo que leer, para que se callara aquel viejo cabrón. Y ahora Norman se había muerto.

Qué demonios. Si se morían, se morían. Los instintos profesionales de Ravi se habían ido por los conductos de ventilación, con el vapor de la cocina. Al fin y al cabo, aquello era la India.

—Lo siento, cariño —dijo Ravi al final—. Adelante.

Pauline le lanzó una mirada. Era una mujer grande. Con el sari parecía un poco como un paquete en su envoltorio, como un desmesurado regalo de Navidad. Se había recogido el pelo, de un castaño rojizo, en una coleta con una pinza; le hacía la mandíbula más cuadrada. Ravi fue atacado por otra punzada de lástima. En medio del aturdimiento había cierta tranquilidad en ella; una terrible tristeza.

—¿Estás bien? —le preguntó. Menuda bobada.

—Es extraño —dijo Pauline—. Ahora soy huérfana. Ya estoy en el principio de la fila.

Ravi miró a su mujer. Debería acogerla entre sus brazos, pero tenía un cuchillo cebollero en la mano. Siempre parecía que tenía algo entre manos. A pesar de que Pauline lo necesitara, de lo sencilla que era esa necesidad, su mujer le resultaba tan incomprensible como una mujer a la que acabara de conocer. Ahora que estaban en la India, ¿se acabarían separando al final? ¿O aprenderían cómo amarse, desde el principio, de nuevo?

La cena se iba a servir a las cuatro. Era raro, desde luego, pasar el día de Navidad con unas temperaturas superiores a los treinta grados, pero el sentir general era que aquello era preferible a la permanente llovizna que uno tenía que soportar *actualmente* en Inglaterra... Las Navidades blancas, como tantas otras cosas, eran ya una cosa del pasado. Además, muchos de ellos ya habían pasado estas fechas en el extranjero antes, en Florida o en Portugal. Según Jean Ainslie, ella y Douggy habían escuchado sus villancicos del King's College en siete países distintos. De todos modos, seguía siendo un tanto desconcertante oír el famoso villancico del «Buen rey Wenceslao» mientras un pájaro tropical, un *mináh*, graznaba entre las buganvillas.

Algunos de los residentes habían ido a la iglesia. Otros habían recibido llamadas telefónicas de sus familias en Inglaterra; había una corriente subterránea de rivalidad para ver a quién se le requería con más frecuencia en el vestíbulo para contestar al teléfono. La espinosa cuestión de los regalos se había resuelto mediante una afortunada argucia organizada por Madge: cada uno contribuía a la fiesta con un pequeño regalo que se sacaría, al azar, de un recipiente.

Ahora todos se encontraban en la veranda, tomando cócteles de ron y zumo de mango.

—Está bueno, pero ligeramente viscoso —susurró Evelyn.

—¿Vicioso? —preguntó Douglas.

—No. Viscoso. Sospecho que han utilizado zumo de lata.

Desde la cocina llegaba el olor a pavo asado —un pavo preparado por el verdadero médico indio, no el de las ladillas—. En el comedor, las mesas se habían colocado juntas para crear el efecto de un banquete. Había frutos secos de aperitivo. Había adornos en las mesas; los habían hecho Stella y Hermione con hojas exóticas atadas con espumillón. Se habían dispuesto dos sitios adicionales para dos invitados misteriosos, lo cual había constituido una fuente de innumerables especulaciones entre los residentes. El primero era un caballero, el nuevo amigo de Madge. Su relación con Sonny había dado frutos, pues, aunque el desconocido no era un marajá, se rumoreaba que el señor Algoimpronunciable era un hombre de una riqueza considerable, un viudo dedicado al negocio farmacéutico a quien había conocido en un bufé para los de Nestlé.

—Nunca es tarde para volver a intentarlo, ¿eh? —susurró Douglas.

—No estoy muy segura de eso —contestó Evelyn—. Una puede tener muchas otras experiencias.

Sorprendido, Douglas le preguntó:

—¿Crees que es un buen trato?

—No.

Hubo un silencio. Se miraron.

El otro invitado era un amigo de Theresa. Todo el mundo tenía la impresión de que sería uno de aquellos desamparados y descarriados a los que dedicaba su vida profesional.

—Está aquí por cosa de negocios —le dijo Evelyn a Muriel—. Su familia está en Inglaterra y está aquí muy solo, el pobrecito.

—Tu familia tendría que haberse quedado contigo todas las Navidades —dijo Muriel amargamente.

—Siento mucho que tu hijo no... —dijo Evelyn.

—Debería saber de él *hoy*.

—A lo mejor deberías avisar a la policía. A la Interpol o algo parecido.

—Nada de policía. —Muriel se sentó, una figura achaparrada en la silla de mimbre. Había una expresión siniestra en su mirada. Evelyn sospechaba que Muriel sabía que su hijo no iba a acabar muy bien. Le ofreció un ganchito de queso.

A decir verdad, el pensamiento de Evelyn estaba en otras cosas. ¿Por qué le había hablado así a Douglas? Las palabras simplemente habían salido de su boca. Luego estaba lo del amigo misterioso de Theresa. ¿Era ese hombre el responsable de la coquetería y del amplio escote de su hija? A lo mejor las drogas no tenían ninguna culpa en absoluto. Los dos hombres llegarían en cualquier momento. Una ojeada y Evelyn estaría en disposición de juzgarlos.

Las noticias que se tenían de Surinda eran casi igual de emocionantes. En Año Nuevo, Minoo iba a contratarla como gerente adjunta para reemplazar a su mujer, quien, según los rumores, nunca había sido enfermera, sino simplemente ayudante de un callista, un detalle que explicaba su interés en los pies. Todos adoraban a Surinda, en quien depositaban su instinto protector, sospechando que, a pesar de su furibunda manera de hablar de Rahul, era una romántica de corazón y estaba secretamente enamorada de él, que estaba tratándola un poco como si fuera un juguete.

Surinda había sido invitada a la cena. En aquel momento estaba en el jardín, vestida con pantalones y una camiseta de tirantes que no dejaba nada a la imaginación. Allí estaba plantada, mirando enfurruñada su móvil.

—No tengo ni una mierda de cobertura —murmuró, acercándose a la mesa de Evelyn.

—Sonny sí tiene.

—Este sitio es como el túnel del tiempo, abuelita. —Surinda arrugó la nariz—. Ni siquiera funcionan los móviles.

Evelyn se bajó las gafas.

—Por eso nos gusta, querida.

Sin la presencia de Norman, había un vacío en el ambiente, como si una alarma antirrobo hubiera dejado de sonar. Otras ausencias se sentían más palpablemente,

porque la Navidad es la época más cruel. Pero había que recordar que incluso en Inglaterra podía echarse de menos a los ausentes. Eithne, sin embargo, había regresado para ese día. Aunque no era el familiar más cercano ni la más querida de nadie, fue recibida como un soldado que regresara del frente. Sentada en una silla de ruedas, a todas luces se veía que había sufrido un *coup d'âge*. Había sido trasladada a un asilo privado con atención médica, en la colonia Phase Six, pero todavía había esperanzas de que regresara a Dunroamin por Año Nuevo.

Graham Turner estaba con Dorothy. Se había ido acercando a ella, como un espíritu insociable se acerca a otro, y a lo largo de las semanas habían desarrollado una dudosa amistad. Carraspeando, Graham Turner depositó un paquete en manos de Dorothy.

—Un pequeño regalo navideño —dijo.

Dorothy desenvolvió un diario: «Historia de Dunroamin».

—He estado llevando a cabo algunas indagaciones en la biblioteca del British Council —dijo Graham—. Siempre he estado muy interesado en la historia local. Eso me mantiene ocupado.

Asombrada, Dorothy lo miró.

—Vamos, adelante... —dijo él.

Dorothy abrió el libro y observó las páginas manuscritas.

—Santo Dios... —dijo—. La hermana Eileen O'Malley.

—¿La recuerdas? —preguntó Graham—. Era la hermana superior cuando venías a la escuela, ¿estoy en lo cierto?

—Vieja Mally... —dijo Dorothy—. Bueno, la llamábamos así porque parecía una anciana un poco asustadiza. Pero probablemente tenía unos treinta años. —Bajó la mirada hacia el final de la hoja—. Ay, Dios mío, aquí están mis compañeros de clase. Dora Hethrington... Monica Cable, mi mejor amiga. Bobby Miles, me acuerdo de él. Tenía una lenteja metida en la nariz y siempre intentaba sacársela. —Se calló—. No he pensado en él en los últimos sesenta años. Setenta.

Evelyn se unió a ellos.

—Nancy Pringle —dijo Dorothy—. Era una bruta, me hacía llorar.

—Había una niña como esa en mi escuela —dijo Evelyn.

Eithne se acercó con la silla de ruedas.

—¡Mira, aquí está tu nombre! —dijo Eithne—. «Dorothy Miller».

Dorothy levantó la cabeza.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente —le dijo a Graham. Su rostro estaba vibrando con la emoción—. Nunca podré agradecerte... —Se detuvo.

«Thanks for the memory». La cantaba Ella, con la banda de Duke Ellington. Graham tenía el CD. Tenía a Dinah Washington cantándola, en un elepé. Allí estaba, al sol de la tarde, dando sorbitos a su cóctel y mirando los cabellos grises de Dorothy

mientras ella escudriñaba su libro.

*Oh, dijimos adiós con un trago
y yo me puse muy muy contenta
porque éramos gente lista,
nada de lágrimas, nada de escenitas,
un hurra por ti y por mí...*

Graham pensaba en su cuidadora de Swiss Cottage, en sus cenas solitarias en el restaurante Cosmo: un filete empanado, *wiener schnitzel* y patatas cocidas, ese era su menú habitual. El restaurante estaba regentado por *emigres* austríacos y hacía mucho mucho que se había cerrado. Graham pensó en sus Navidades pasadas con la familia de su hermana en Pinner, la soledad y la melancolía, el doloroso placer del jazz. Y entonces se dio cuenta, con cierta sorpresa: «Soy feliz. Por primera vez en mi vida soy parte de algo, estoy entre compañeros y, al fin y al cabo, todos estamos en el mismo barco. Soy uno más».

Observó a sus compañeros residentes, sentados alrededor de las mesas, con chaquetas de punto, con vestidos de flores. Eithne, en su silla de ruedas, llevaba una elegante blusa de color magenta. Jimmy iba de mesa en mesa, rellenando los vasos. Hermione rechazó amablemente el ofrecimiento, cubriendo su vaso con la mano. El sol se colaba entre las hojas de la enredadera que colgaba como un velo sobre la techumbre de la veranda. De repente, el corazón de Graham sintió un arrebató de amor. Por Dorothy. Por todos.

Sonó el gong. Todos se pusieron en pie con dificultad. La cena se había retrasado y habían bebido varios de los excelentes cócteles de Sonny.

—Echo de menos a la señora Gee-Gee —dijo Muriel—. Cuando una los conoce bien, se da cuenta de que no todos los indios son iguales.

Surinda iba con Pauline hacia el salón.

—Hablo inglés bastante bien, pero su padre utilizaba expresiones que yo no entendía...

—¿Qué expresiones? —preguntó Pauline.

—Como que a los hombres indios les gusta tocar el oboe.

Pauline se detuvo en seco.

—¿Decía eso?

—¿Es lo mismo que un arrancacalzones?

Los ojos de Pauline se llenaron de lágrimas.

—Viejo tonto... —dijo, con la voz rota—. Oh, de verdad lo echo de menos.

—¿Hablabas de cosas de sexo?

Pauline asintió.

—Creo que le aterrizzaba. Desde luego, le aterraban las mujeres.

Se apartaron para dejar pasar a Eithne. Stella, vestida con una blusa amarilla con

chorreras, venía empujando la silla de ruedas.

—¡Vehículo con prioridaaad! —exclamó.

Ay, Dios mío, estaba borracha.

El invitado de Madge había llegado. Era un caballero calvo y mínimo, ataviado con una túnica negra de seda. Cuando Madge se inclinaba a susurrarle algo al oído, el sol arrancaba destellos de su joyería. Él se reía. Su marido, al parecer, también había sido bajito, pero ella había citado a Tom Cruise como un ejemplo de enano interesante. Se detuvieron en la puerta del salón comedor, dispuestos a hacer su entrada triunfal; a su lado, el barómetro señalaba «SOLEADO».

—¿Dónde está mi hija? —preguntó Evelyn con inquietud—. ¿Y su amigo?

Se apresuró a bajar por el jardín hasta las puertas exteriores, aunque no tenía ni idea de por qué esa operación iba a conseguir que Theresa llegara antes a Dunroamin. Allí estaba el viejo pordiosero, con los zapatos de Minoo. Para él, supuso Evelyn, aquel día particular no era diferente de cualquier otro. Estaba tan hambriento como el día anterior, y tan hambriento como estaría al día siguiente.

Evelyn rebuscó en su monedero y encontró un billete de cinco rupias. ¿Cuánto era en la moneda antigua..., un chelín y nueve peniques? Un montón, de hecho, cuando ella era una niña. Más de un mes de paga, exactamente.

Puso el billete en su lata.

—Feliz Navidad —le dijo.

Theresa iba empotrada junto a Keith en el *rickshaw*. Iban dando bandazos, rozando las paredes salpicadas de rojo con zumo de *paan*, frente a un edificio del que colgaba un cartel que decía: «EL TRABAJO DEL GOBIERNO ES EL TRABAJO DE DIOS». Cada vez que se paraba, se calaba el motor. El conductor tenía que girar una y otra vez la llave del contacto hasta que, expulsando una nube de humos contaminantes por el tubo de escape, volvía tosiendo a la vida.

—Mi madre estará muerta de curiosidad —dijo Theresa—. Pero muy educadamente.

Keith encendió un cigarrillo, su mano iba dando botes mientras presionaba el encendedor. Durante todos aquellos días juntos Keith apenas le había hecho ninguna pregunta personal. A la larga, sin duda, aquella falta de curiosidad le molestaría. Ella sospechaba, sin embargo, que no habría «larga» ninguna. «Muchas gracias, señor desconocido, y adiós».

—Al menos no tendrás que conocer a mi hermano —dijo Theresa—. Se ha ido a Goa. Está casado con una odiosa tocapelotas que ha destruido su autoestima, pero es demasiado débil para dejarla. Siempre ha sido un cobarde. O a lo mejor solo es un poco perezoso, lo cual viene a ser la misma cosa. ¿Quién dijo que el mal nace de la

inacción?

—Odio este puto país —dijo Keith.

Theresa sabía que estaba deprimido. La Navidad era siempre una mala época para sus clientes; de hecho, ella se sentía culpable cuando los abandonaba en estas fechas. En Navidad uno necesita estar rodeado de aquellos a los que ama. A pesar de la pasión que había entre ellos, Theresa sospechaba que para Keith ella no estaba incluida en esa categoría. Aunque tenía su pierna apretada contra la de Keith, se sintió repentinamente sola.

«¡Quiero estar con mi mamá!», pensó. Los hombres podían ir y venir, pero una madre siempre estaba allí. Un poquito más, al menos.

Ravi, flanqueado por los dos camareros ancianos, estaba de pie en la cabecera de la mesa. Estaba trinchando el pavo. Su aparición había sido saludada por un caluroso aplauso. «Esos cócteles verdaderamente me empezaban a gustar», había dicho Stella. Había más bebidas esperando en la mesa: cerveza, brandy (una contribución de los Ainslie) y varias botellas de burdeos franceses que Sonny había cargado a su cuenta.

La petición que Sonny había planteado en los últimos días —quería estar presente en el banquete de Navidad— había sido motivo de cierta confusión. Desde la muerte de Norman, apenas había salido de allí y estaba extrañamente abatido. Era el día de Navidad: ¿es que no tenía casa? Varias personas apuntaron que había perdido peso.

Evelyn se sentó junto a dos sitios vacíos. A lo mejor su hija estaba en un antro de drogadictos, chutándose o haciendo lo que quiera que hagan los drogadictos, en compañía de su desconocido corruptor.

—Los hijos, aunque sean de mediana edad, siempre son una preocupación —le dijo a Pauline, que estaba sentada al otro lado de la mesa—. Nadie te lo dice, es uno de esos secretos...

—Yo siempre quise tener hijos —dijo Pauline, y tomó un trago de vino—. Tuve un aborto una vez, y ya está.

—Oh, querida, lo siento mucho.

—Después de que pasara eso Ravi y yo pasamos una época agitadilla... —Las mejillas de Pauline estaban encendidas—. ¡Estos malditos saris...! —y lanzó un trozo de tela hacia atrás, por encima del hombro.

Sonny dio unos golpecitos en su vaso y se levantó. Se hizo el silencio.

—Queridas damas, amables caballeros —dijo—, por favor, permítanme darles la bienvenida a sus primeras Navidades en Dunroamin...

—Quiero montar un hogar para niños aquí —susurró Pauline—, pero ¿de dónde saco el dinero? Además, Ravi no está por la labor.

—Estoy seguro, amigos míos —continuó Sonny—, de que todos ustedes se han percatado de la existencia de algunos problemillas iniciales, pero ¿qué gran aventura

no acarrea dificultades? Tengo que agradecerles su amabilidad y paciencia, y quiero informarles a todos ustedes de que tenemos la fortuna de haber contratado los servicios de un nuevo cocinero y una señorita que actuará como gerente adjunta, los cuales tomarán posesión de sus cargos la semana que viene. —Sonny se aclaró el gaznate—. Y ahora, adoptemos por unos momentos la gravedad precisa, me gustaría que levantáramos nuestras copas por el caballero que ya no estará más con nosotros.

Hubo un murmullo general mientras todos llenaban sus vasos con lo primero que encontraban a mano.

—El señor Norman Purse —dijo Sonny—. Un gran hombre, y mi mejor amigo.

Los camareros fueron repartiendo los platos de pavo. Los comensales se quedaron quietos, sin saber si debían empezar o no. ¿Iba a seguir hablando Sonny?

Sí.

—Les admiro enormemente a todos ustedes por su valentía, porque han demostrado que nunca es demasiado tarde para embarcarse en una nueva experiencia. Mediante la generosidad que han demostrado abriendo sus corazones a la hospitalidad de mi país, han demostrado que en el siglo xxi el mundo no tiene fronteras. Como dijo un hombre sabio, ¡la geografía es historia! —Sonny se secó la frente—. Tal y como nuestro codirector está encantado de comprobar, todos ustedes rezuman juventud con nuestro sol, pues, como muchos de ustedes han sido tan amables de decir, nuestro país les ha hecho revivir de nuevo.

—Sí, díselo a Norman —murmuró Madge.

—A lo largo de los siglos, mi país ha disfrutado de unos lazos únicos con el suyo —continuó Sonny—.

Y del mismo modo que su país ha recibido a nuestro pueblo, así nosotros queremos hacer lo mismo con ustedes. Confío en que nuestra modesta aventura sea el principio de un mercado global de exportación..., pero no ya de algodón, ¡sino de gente!

—Vaya, ¿nos van a vender al peso?

—Porque la India ha ignorado la revolución industrial, mis queridos amigos. Ha saltado desde la sociedad de la agricultura directamente a la industria de servicios...

—¿Adonde demonios quiere ir a parar...? —susurró Evelyn.

—A lo mejor está borracho —musitó Pauline—. Ha estado bastante raro desde que murió mi padre.

—Además, este ha sido un año difícil para mí... —continuó Sonny—, en distintos aspectos que no voy a precisar aquí...

—Gracias a Dios —susurró Madge.

—¿Podemos empezar a cenar ya? —dijo entre dientes Olive.

—Y me gustaría comunicarles que tengo la intención de abandonar mis otros compromisos y dedicar todas mis energías a esta empresa, pues aquí, en mi país,

tenemos la tradición de reverenciar a los ancianos, respetamos su sabiduría y su lugar como cabeza de nuestras familias...

—¡Ahí, ahí...! —dijo Douglas.

—Nosotros no los abandonamos en asilos con atención médica ni en las camillas de los hospitales —espetó Sonny—, esos no son los modales de los indios...

—No, pero a las niñas recién nacidas les ponéis una bolsa de plástico en la cabeza para que se ahoguen —murmuró Theresa, sentándose al lado de su madre.

—¡Cariño! —exclamó Evelyn—. Gracias a Dios que has llegado.

—... y quemáis a vuestras novias para conseguir las dotes, algún videocasete piojoso. Y obligáis a los niños a trabajar. —Theresa se inclinó hacia su madre—. Paso de la India. Este es Keith.

Evelyn le estrechó la mano al hombre, acogéndola más bien como quien coge un diamante en bruto. Keith tenía los ojos de un azul claro y una nariz de pugilista.

—No puede ser usted su madre —susurró.

—¿Ah, no? —Evelyn sintió cómo el calor ascendía por su cuello.

—Sentimos llegar tarde —dijo Theresa—. El *rickshaw* se averiaba.

Keith observó a Evelyn, y levantó las cejas.

—Ahora veo a quién ha salido —dijo.

—No sea tonto —dijo con afectación. Eso fue lo que pareció: una sonrisa con afectación—. Bienvenido a Bournemouth-in-Bangalore —dijo.^[14]

Sonny todavía estaba dando la murga. Nadie parecía capaz de hacerlo callar.

De repente, alguien gritó.

Muriel estaba mirando atónita al otro lado de la sala.

—¡Keith! —gritó, con la voz ahogada—. ¡KEITH!

Stella, que estaba sentada a su lado, le tocó el brazo.

—No te alteres, querida, solo es el chico de Theresa...

Keith miró asombrado al otro lado de la mesa.

—¡Joder!

Empujando hacia atrás su silla, se puso en pie de un brinco y fue tropezando junto a los comensales. Las cabezas se giraban mientras él rodeaba la mesa. Jimmy, sujetando una sopera de repollo, estaba bloqueando el camino. Keith lo apartó a un lado como si fuera un perchero.

—¡Mamá! —Abrió los brazos y recibió a Muriel. Sujetándola fuerte, la levantó en el aire y dio varias vueltas con ella. Golpearon una estantería de bambú. El mueble tembló; varios volúmenes de la Enciclopedia Británica cayeron al suelo.

—¡Hijo mío! —gritó Muriel, y estalló en lágrimas.

En el exterior ya había caído la noche. La cena parecía haber durado un montón

de horas. Los residentes, con gorritos de cartón en la cabeza, aún permanecían frente a los restos de la cena: monedas viscosas escupidas, procedentes de los postres de Navidad; envoltorios de pequeñas porciones de queso... Los quesitos eran la contribución de Theresa a la fiesta: porciones individuales de queso que había comprado en el bazar cerca del aeropuerto. Theresa sospechaba que procedían de la comida de los aviones, que los recogía la gente del servicio de limpieza y luego se los vendían a los de los puestos, pero no se lo dijo a nadie. «¡Camembert!», exclamaban los comensales. «¡Cheddar!». Se guardaron los que sobraron en los bolsos, para luego.

Muriel estaba sentada junto a su hijo. La gente se había cambiado de sitio para que los dos pudieran estar juntos. Su conmoción inicial había dado paso a una satisfacción alhelada.

—Es como si hubieran llegado mis Navidades de repente —dijo.

—En la India —dijo Theresa, inclinándose hacia el otro lado de la mesa—, tarde o temprano uno se topa con la persona que quiere conocer.

—¿Es eso verdad?

—No —dijo Theresa—. Pero tampoco es completamente incierto.

Muriel le contó a su hijo lo del atraco, lo del robo, y cómo había enterrado al gato en su jardín antes de volver a Peckham, había metido en una maleta su vida y se había ido a la India para buscarlo.

—Es el destino —dijo—. Aquella primera caída y luego me encuentro con el amable doctor Kapoor... —y le lanzó una mirada brillante a Ravi al otro lado de la mesa—. Incluso tendría que darles las gracias a aquellos dos chicos negros, que se llevaron mi bolso, porque ahora estoy aquí y ya nunca volveré a casa, nunca. Y tú tampoco *puedes* volver a casa, así que ya somos dos.

El milagro de aquel sorprendente encuentro había conmocionado a todos los presentes. Lo del hijo pródigo y eso... Las hijas, desaparecidas por las exigencias de sus vidas adultas... En cualquier momento, pensaban todos, la puerta se abriría y entrarían sus añorados familiares, recién llegados a la India gracias a su magia teletransportadora. Los efectos del alcohol proporcionaban a sus rostros un brillo radiante al estilo Spielberg, como si estuvieran participando en su propia película, esperando las escenas de reconciliación y los créditos del final.

—Las últimas semanas han sido de un ajetreo horroroso —le susurró Madge a su nuevo novio, que se llamaba señor Desikachar—. Dorothy le dijo a los Ainslie que su hijo era homosexual, el gerente echó de la casa a su mujer, el cocinero se largó, el médico se largó, y un viejo borracho que se llamaba Norman se murió en un burdel, pero su hija no lo sabe, y piensa que le estaba comprando un regalo de Navidad. Y eso solo fue el principio.

—Yo pensaba que esto era un Hogar de Jubilados... —dijo el señor Desikachar.

—La vida comienza a los setenta —sonrió Madge, deslumbrándolo con su carísima dentadura postiza—. Los setenta son los nuevos curarenta, ¿sabe usted?

—Mirándola a usted, señora Rheinhart, es fácil creerlo.

Madge le puso la mano en la rodilla.

—Llámeme Madge.

En el extremo de la mesa, Douglas dio unos golpecitos en su vaso.

—Creo que deberíamos brindar por los cocineros.

Todos levantaron sus copas hacia Ravi. Él se puso en pie. Después de dar las gracias a su ayudante, Pramod, se aclaró la garganta.

—Tal y como dijo Sonny, ustedes han demostrado un enorme valor al trasladarse a mi país. Más del que tuve yo al trasladarme al suyo.

Pauline carraspeó tímidamente. Estaba sentada al otro extremo de la mesa, con un sombrero de cartón en la cabeza.

—Se dice que en Inglaterra la vida familiar se ha quebrado —añadió el doctor—. La gente ya no siente como un deber cuidar de sus padres. Esa es parte de la razón por la que levantamos esta empresa. He de decirles, sin embargo, que esa tendencia no solo es aplicable a sus compatriotas.

Se sentó. Madge se inclinó hacia su vecino, Douglas.

—¿De qué va todo esto? —susurró.

—Ni idea —replicó Douglas—. A lo mejor está piripi.

—Se ha limitado a tomar refrescos de lima, querido. Ese hombre no bebe.

Ah, claro. Era indio. Por mucho que los conocieras, resultaban sencillamente incomprensibles. Madge observó la mano del señor Desikachar mientras este encendía un cigarrillo. Llevaba un enorme sello de oro. Guedejas de pelo negro salían en sus falanges. Estaba tan deseosa de sexo que tenía la garganta seca. «Tendré mi última aventura», pensó. Arnold quería que yo fuera feliz.

—Tiene suerte —le dijo a Douglas.

—¿Por qué? —le replicó sorprendido.

—No está solo.

Douglas miró el paquete de cigarrillos.

—¿Le importa si cojo uno? —preguntó.

Sorprendida, Madge le encendió un cigarrillo. Douglas se quedó allí, fumando. Llevaba un jersey amarillo de pico, como Perry Como. Bajo aquel exterior anodino de presunto jugador de golf, sin embargo, Madge notó que algo estaba vibrando. Conocía a los hombres, sabía que algo iba a ocurrir.

Al otro lado de la mesa, Graham Turner encendió un purito Panatella. Sus mejillas estaban coloradas. Inclinandose hacia su vecina, Olive Cooke, le dijo:

—La gente piensa que solo estamos esperando a morirnos. Pues bien, yo estoy empezando a vivir.

Atónita, Olive jugó con la tira de cartón de su tubo sorpresa. No había explotado. Ella había tirado de la banda de cartón del mismo modo que su cirujano de Hornchurch retiraba sus venas varicosas, porque suponía que había que hacerlo así.

Stellaapuró su vaso de vino y se puso inestablemente de pie.

—Ay, Señor... —murmuró Madge.

—«¡El tintineo del piano en el piso de al lado...!» —cantó Stella.

Graham se unió a ella.

—«Aquellas torpes palabras que te decían lo que mi corazón sentíaaaaa!».

Todos lo miraron, sorprendidos.

—«Los columpios de colores del parqueeee...» —cantaron juntos.

—«¡Esas pequeñas tonterías me recuerdan a tiiiiii!».

Las hermanas de Fife se unieron a la canción, ligeramente desafinadas. Y lo mismo el señor Desikachar, que tenía una agradable voz de barítono.

—«El viento de marzo que hace bailar mi corazón..., el teléfono que suena, pero quién va a responder...».

De pronto, todo se quedó a oscuras.

—Oh, oh, un corte de luz —dijo Stella.

Minoo le ladró una orden a Jimmy, supuestamente para que fuera a buscar unas velas. Oyeron al viejo camarero tropezándose con la silla de ruedas de Eithne mientras salía del salón.

Eithne profirió una risa chillona.

—¡Qué divertido! Podemos jugar al asesino en la oscuridad.

—Conozco otro juego —dijo Keith, dirigiéndose hacia Theresa.

—¡Oh! —gritó Stella.

—Lo siento, me he equivocado de persona —dijo Keith.

—No importa, siga, siga... —dijo entre risitas Stella—. Era bastante agradable.

—Juguemos a las estaciones del metro de Londres —dijo Madge. Su cigarrillo resplandeció en la oscuridad—. Adivinad la única que no tiene ninguna de las letras de la palabra ‘caballa’.

—Madge, vaya gilip...

—¿Qué?

—La estación de Dollis Hill.

—No, esa tiene i’.

—Ya sé —dijo Minoo—. Piensen en la palabra más ridícula del parsi. A muchos de nosotros nos llaman con el nombre del negocio que...

—¡Picadilly!

—No, esa tiene ‘a’ y i’.

—Tejedordejerseisdecachemirwallah —dijo Minoo.

—Me rindo, Madge.

—Abrebotellasdeaguadesodawallah.

—Muy bien entonces —dijo Madge—. Si de verdad os rendís... Es St John's Wood.

Estaban en plena oscuridad, esperando a que volviera la luz. Alguien carraspeó. Débilmente, pudieron oír el tictac del carillón.

Tras unos instantes, una voz dijo:

—¿Creéis que esto es lo que parece?

—¿Qué?

—Esto. ¿Qué creéis que es esto?

—Por el amor de Dios, Hermione, ¡no seas truculenta!

Hubo otro silencio.

—Ya sé: Moorgate.

—El juego ya se acabó, Eithne.

—De todos modos, tiene una 'a'.

—Sí.

Pauline notó que alguien le quitaba el sombrerito de cartón.

—¿Estás bien? —preguntó Ravi.

Ella asintió.

—¿Y tú?

Tal vez él también asintió; estaba demasiado oscuro como para que cualquiera pudiera asegurarlo.

—He estado pensando en lo que dijiste.

—¿En qué? —preguntó Pauline.

—En lo de los niños —dijo Ravi—. Realmente no quieres hacerlo, ¿no?

Ella asintió. Ravi le acarició el pelo.

Dorothy hablaba en la oscuridad.

—Había una especie de laguna en la parte trasera de nuestra casa. Garcetas, garzas reales... Una vez estuve a punto de ahogarme allí. Solía tener pesadillas sobre eso.

Se quedó callada. En el exterior, la veranda crujió.

—Hay alguien ahí —dijo Douglas—. Escuchad.

Madge intentó encender su mechero. Iluminada desde abajo, parecía una calavera. En realidad *era* una calavera, desde luego; todos lo eran.

—¿Se puede ver quién es?

Oyeron cómo se abría la puerta de la veranda.

—¿Mamá? —dijo una voz—. ¿Hay alguien ahí?

Jimmy llegó con unas cuantas velas. Durante un instante, la figura de un hombre se recortó en la puerta. Era Christopher. Luego la brisa apagó las velas y volvieron a

quedarse todos en la oscuridad.

—¡Christopher! ¿Eres tú? —preguntó Evelyn.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Por qué estáis ahí todos a oscuras?

—¿Por qué has vuelto? —preguntó Evelyn, aterrorizada—. ¿Habéis tenido un accidente?

Alguien prendió una cerilla. Enseguida pudieron ver la mirada desquiciada de Christopher.

—¿Por qué no estás en Goa? —preguntó Evelyn—. ¿Dónde están los otros?

—¡Ay! —se quejó alguien cuando la cerilla le quemó los dedos. La oscuridad los volvió a engullir a todos.

—No puedo decirte nada ahora, mamá —dijo Christopher, con la voz temblorosa—. Te lo contaré en otro momento.

Todos permanecieron en la oscuridad, esperando.

—He dejado a mi mujer —dijo Christopher.

Hubo como una admiración ahogada, como una ola que se retira de una playa pedregosa.

—¿Que has hecho qué? —preguntó Evelyn.

—Y a mis hijos. —Su voz era pastosa—. Ayer. El autobús se fue, y yo me quedé aquí. En la acera, en la puerta del hotel.

—¡Vaya...! —dijo Douglas.

—Como aquello de aquella película... —dijo Madge.

—Jack Nicholson —dijo Graham—. *Mi vida es mi vida*.

—Me he enamorado de otra persona —dijo Christopher—. Voy a vivir con ella.

—¿Y entonces Marcia? —preguntó su hermana—. ¿Y los niños?

—No me necesitan.

De repente se hizo la luz. Christopher estaba allí, desaliñado.

—No puedes hacer eso sin más —dijo su madre.

—Ya lo sé —dijo—. Pero tenía que hacerlo —y se quedó mirando atónito toda la sala. Los demás comprobaron que había una maleta en el suelo. Jimmy instintivamente fue a cogerla. Entonces se detuvo, y miró con gesto de interrogación al gerente.

—Dios mío —dijo Theresa—. ¡Tú! No me lo puedo creer...

—Siéntate, colega —dijo Douglas—. Necesitas un trago.

Christopher no se movió. Llevaba una camisa de color turquesa de manga corta. Tenía corros de sudor en las axilas.

—¿Quién es la mujer? —preguntó Madge, con curiosidad.

—Es la recepcionista del hotel Taj Balmoral —dijo.

—¡Ah! —exclamó Sonny—. ¿Aisha o Jana?

—Aisha —contestó Christopher.

—Buena elección —asintió Sonny—. Buena chica.

Graham Turner se desató la corbata.

—No me lo puedo creer —dijo.

—¿Y dónde está? —preguntó Theresa.

—En el jardín.

—¿Por qué?

—Es muy tímida —dijo Christopher.

—Pero yo pensaba que se dedicaba a dar la bienvenida a la gente...

Christopher todavía parecía incapaz de moverse. Miró a Pauline.

—¿Ese no es el sari que...? —preguntó, un tanto confuso.

—No, no lo es —dijo su madre.

—¿... el sari que te regalé? —preguntó Christopher.

Pauline frunció el ceño.

—¿Qué está usted diciendo?

—Nada, es que está un poco aturdido. —Evelyn se volvió hacia su hijo—. Dile a tu amiga que entre, querido. Ahí fuera hace fresco.

Christopher se sobresaltó. Dio media vuelta y se dirigió al jardín.

—¡Aisha! —exclamó—. ¡Aisha!

En lo más profundo de la oscuridad, un gato maulló.

Se quedaron todos quietos, esperando. Eithne dejó escapar una risilla.

—Dios me valga. ¡Y qué hombre tan agradable! Me ayudaba a hacer la madeja de lana.

Douglas apuró su vaso de cerveza.

—Vaya día —dijo—. ¿Alguien más tiene algo que decirnos...?

—Douggy, ¡esto es serio! —dijo su mujer—. Este hombre ha abandonado a su familia.

Madge comenzó a reírse con su risa ronca de fumador.

—Al menos nadie podrá acusarnos de quedarnos dormidos.

—Excepto Dorothy —dijo Pauline—. Ella sí se ha quedado dormida.

Todos se volvieron.

Dorothy estaba sentada en su silla, con el sombrero de cartón doblado. Había algo raro en el modo en que estaba desplomada sobre la mesa.

Ravi murmuró algo. Se oyó un chirrido cuando echó hacia atrás su silla y se puso en pie rápidamente.

Cuando el Señor del cuerpo llega, y cuando luego se va y vaga por el espacio, los lleva a todos con él, como el viento arrebató los perfumes del lugar de los sueños.

BHAGAVAD GITA

Las cenizas de Dorothy fueron esparcidas por el jardín de Dunroamin, su Paraíso perdido, donde había jugado cuando era niña. Adam Ainslie, su *protege*, había venido; y también una sobrina lejana, que tuvo que soportar la observación de Douglas de que uno tenía que morir antes de que alguien decidiera visitarte.

*Te apagas, te apagas, pequeña vela,
la vida no es más que una sombra andante, un pobre actor
que titubea y tropieza cuando llega el momento de salir a escena
y luego desaparece para siempre...*

Adam leyó el texto. Douglas estaba profundamente afectado. «¿Esto es lo que parece?», había dicho alguien, durante el corte de luz. El sabía que debía de haber sido una muerte apacible, simplemente se había quedado dormida cuando se encendieron las luces, pero él estaba atenazado por el pánico.

—¿Te encuentras bien, papá? —preguntó Adam.

—¡Perfecto! —dijo Douglas, sonándose la nariz.

—Me siento muy culpable. —Adam se sentó en los escalones de la veranda—. Debería haberla ido a ver. En Londres. Siempre estaba tan ocupado, y ahora ya es demasiado tarde.

Douglas miró a su esposa. Jean estaba en el césped hablando con Evelyn. Le lanzó una mirada a su hijo. Tarde o temprano los tres tendrían que sentarse y hablar sobre la orientación sexual de Adam. La sola idea de esa conversación —en realidad, de cualquier conversación— conseguía abatir profundamente a Douglas.

«No puedo vivir el resto de mi vida con ella».

¿De modo que así era como se hacía? Se cruzaba la gasolinera, como Jack Nicholson y se subía uno a otro vehículo. El hijo de Evelyn lo había hecho.

Soplaba un viento frío. Evelyn se abrigó con su chaqueta, embozándose hasta el cuello. Era un gesto instintivo de chiquilla. ¡Qué frágil parecía, como si un viento fuerte pudiera derribarla!

—Esto nos ha dejado pasmados —dijo Douglas. Se acordó del avión, y de cómo

había inflado el rollizo rectángulo de la almohadilla para el cuello y se la había pasado a Evelyn. Era como si hubiera querido facilitarle el paso a la otra vida. Era duro viajar sola.

Evelyn, arropada en su manta de avión. Recientemente los dos habían ido juntos a la tienda de alquiler de vídeos de Khan. En el cruce algunas mujeres esperaban el autobús —mujeres de pueblo, musulmanas, envueltas de pies a cabeza en sus burkas—. «Ser viejo es como llevar uno de esos burkas», había dicho Evelyn.

¿Le habría dicho el marido de Evelyn alguna vez que era preciosa? Parecía que Hugh era un hombre serio, no muy dado a las tonterías. Evelyn decía que adoraba a su *spaniel*.

—Toma, papá. —Adam le pasó un kleenex. Estaba mirándolo de un modo raro—. La apreciabas, ¿no?

—¿A quién?

—A Dorothy.

—Ah —dijo Douglas—. Sí.

Se estaba poniendo el sol. A esa hora del día el jardín se transformaba en un lugar de una increíble belleza. Douglas miró a Evelyn, todavía milagrosamente viva, con su sombra alargándose sobre la hierba. Su pelo ya no era gris. A la luz del atardecer, brillaba con un color dorado increíblemente pálido. Se preguntó si habría sido rubia en su juventud. Setenta y cuatro años de su vida le resultaban por completo desconocidos, y sin embargo, allí estaba, inconcebiblemente familiar.

«Y entonces Adán cogió la manzana, y la comió». Douglas no había leído la Biblia desde la catequesis dominical. Fueron expulsados del Jardín del Edén, eso sí que lo sabía.

Douglas se levantó, se fue a su habitación y se tumbó en la cama, con la cara apretada contra la almohada.

Más tarde, cuando Adam y su madre se dispusieron a mantener su breve conversación, Adam le dijo:

—Pobre papá, no puede dejar de llorar. No es muy propio de él.

—No sabía que apreciaba *tanto* a Dorothy —dijo Jean.

—Está inconsolable.

Al día siguiente Ravi y Pauline volaron a Delhi para visitar a la familia de Ravi. Ella nunca logró averiguar cuál había sido la razón de que su marido hubiera lanzado aquel discurso durante aquella extraordinaria cena de Navidad. Algo le había afectado profundamente, pero había sido incapaz de expresarlo. Aquel día Pauline había decidido abandonarlo, a lo mejor fue el sentimiento de pérdida que flotaba en el

ambiente...

Ahora ya no estaba tan segura. Llegaron al aeropuerto de Delhi, donde había que adelantar las manecillas del reloj manualmente hacia el futuro; Pauline pudo ver las rodillas del hombre, allí en cuclillas, tras la esfera del reloj. «¿Por qué no podemos ser simplemente mamíferos?», pensó. *Somos mamíferos*. ¿Por qué no podemos ser simplemente cuerpos calientes en la cama, abrazados el uno al otro? El mundo es demasiado aterrador como para hacerle frente solos.

Ravi le tocó el hombro.

—Ahí están —susurró.

En la barrera estaba su familia: sus padres, su hermana, sus dos hijos, su tía Preethi. Ravi les devolvió el saludo con la mano.

—Vamos a ello —murmuró, como un crío de seis años.

—Ojalá no me lo hubieras dicho, mamá —dijo Keith.

—A alguien se lo tenía que decir —dijo Muriel—. Ahora que sabes cuándo voy a morirme, ya sabes cuánto tiempo nos tendremos el uno al otro.

—Me produce una sensación rara —dijo.

Los tres estaban dando una vuelta por el jardín botánico —Muriel, Keith y Theresa—, aunque ninguno de ellos estaba interesado en las plantas.

—No se crea todo ese rollo de las hojas de palmeras y ese lío. Eso solo genera impotencia —dijo Theresa.

—¿Ya no opinas lo mismo de la India? —dijo Keith.

—Quiero irme a casa —dijo Theresa—. Estoy cansada de todo esto de aquí, mis clientes me necesitan, mi madre cuenta ahora con Christopher, aunque Dios sabe qué va a hacer él aquí. Me refiero a que es corredor de bolsa o algo así.

—Hay un montón de dinero en Bangalore, querida —dijo Keith.

Un mono pasó rápidamente a su lado, llevando a su cría bajo el brazo, pero ya estaban acostumbrados a los monos. En un par de días, Keith y su madre volarían hacia España. Él llevaba una gorra de béisbol roja muy calada sobre la frente, y una camisa estampada de piñas. Ya le parecía un extraño a Theresa. Durante dos semanas habían sido inseparables pero él ya estaba regresando al anonimato. El 6 de enero, como Perséfone, sería tragado por el Inframundo, el soleado Inframundo de la Costa del Sol, donde se iría a vivir, de un modo incomprensiblemente sospechoso. «Te recordaré toda mi vida —quería decirle Theresa—. Te quiero. Pero no en el sentido en que Swamiji escribió en sus *Ocho vías hacia la iluminación*. No hay nada cósmico en mi amor; simplemente es demasiado personal. Adoro tus brazos y tu piel y tu olor. Adoro que estés dentro de mí. Adoro las cosquillas de tus pestañas en mi piel cuando parpadeas y cómo me haces reír. Y esas pequeñas tonterías».

Al día siguiente, Sonny se encontraba en el Gymkhana Club tomando un whisky con Keith.

—Yo no soy un pez gordo, amigo mío —decía Sonny—. Ese *maderchod* de PK es demasiado gordo para ti y para mí.

—¿Qué significa *maderchod*, colega?

—Hijo de puta.

Sonny apuró su vaso y chasqueó los dedos solicitando más bebida.

—Voy a cortar por lo sano y a largarme de aquí —dijo Keith.

—Tengo que decirte algo. —Sonny bajó la voz—. Hice una cosa horrible y voy a pagarlo en mi próxima vida. La venganza no es dulce, amigo mío. Es una píldora difícil de tragar.

—¿Y qué hiciste?

—Fui yo quien se cargó al *sahib* Norman.

—Murió en plena faena, ¿no? —dijo Keith, encendiendo un cigarrillo—. Eso es lo que dicen. Menudo cabrón con suerte.

—Murió en brazos de una *hijra*.

—¿Una qué?

—Un eunuco.

Keith se tapó la boca con la mano.

—¡No es gracioso! —protestó Sonny—. ¿Cómo podré perdonármelo? Se lo compensaré a esos ancianos ingleses, he decidido dedicarme en cuerpo y alma a su bienestar, pero ¿cómo puedo ayudar a su pobre hija, tan triste y tan pálida?

Llegaron las bebidas. Keith sacó los cubitos de hielo de su vaso y los dejó en el cenicero.

Sonny pronunciaba su discurso sin esperar respuesta alguna. Simplemente estaba hablando en voz alta en compañía de su nuevo confidente, que podía comprender el lío en el que se encontraba, dado que el propio *sahib* Keith estaba en un lío. Y uno mucho peor, sospechaba Sonny, porque al menos él nunca había estado metido en los negocios de drogas de la organización de PK. Keith Donnelly, suponía, sabía más de todo aquello de lo que estaba dispuesto a comentar. Sonny, de todos modos, no tenía mucho interés en saberlo, porque las cosas ya se habían puesto suficientemente feas. No he visto nada, no sé nada.

—¿Cómo podría ayudar yo a esa pobre mujer —dijo Sonny— que dentro de tres días volará con las cenizas de su padre como único consuelo?

—¿De veras quieres ayudarla? —Keith lo miró fijamente.

Sonny asintió. ¡Qué sencillo era todo en la infancia, yendo siempre de rodillas en rodillas! Los labios de su madre contra sus mejillas, el olor de su perfume. Si al menos pudiera rebobinar su vídeo y volver a ser un niño otra vez, adorado y querido simplemente por ser un niño...

Keith sonrió.

—Tengo una idea —dijo.

Era tarde. Douglas estaba en las puertas de Dunroamin, mirando hacia el cruce. Aquel cruce ofrecía cuatro posibilidades: el aeropuerto, la ciudad, el distrito de oficinas y el casco viejo. Había llegado el momento de tomar una decisión. Tenía el cráneo agarrotado. A su lado, el cigarrillo del portero refulgió. Douglas había dejado de fumar en 1986, pero en esos momentos necesitaba uno.

A la luz de las farolas, el pordiosero sin piernas estaba en su carrito. Evelyn decía que ella solo le daba a dos mendigos, una tenía que tomar una decisión en esos temas. Ella le daba al mendigo sin piernas, porque, aunque era joven, estaba inválido. Y le daba también a un mendigo mayor por un sentimiento de solidaridad. Sus circunstancias no tenían nada que ver, pero ella decía que venían a ser la misma cosa.

Douglas pensó en los cuarenta y ocho años que había estado tendido al lado de su mujer. Dorothy había soñado con los búfalos de agua en el río que había en la parte de atrás de su casa, un paisaje que ahora se había convertido en el césped de una empresa multinacional. Tendido al lado del cuerpo encamisonado de su mujer, Douglas también había soñado. Los años que había pasado con su mujer se habían difuminado como si no hubieran existido nunca. Era jodidamente aterrador. Emocionantísimo también. ¿Qué era real en esta vida? ¿Qué había aprovechado de todos aquellos años de ser abogado y marido, y de criar muchachos y de sus caminatas por Dartmoor?

Tras él, en la oscuridad, los grillos chirriaban enloquecidos. A lo mejor eran tres ranas, nunca lo había averiguado. No sabía nada salvo que se pasarían toda la noche cantando y los mendigos seguirían esperando.

¿Cómo podía atreverse a causar tal sufrimiento cuando tarde o temprano todos morirían? ¿Podía aquel monumental egoísmo justificarse incluso en la juventud o por la despreocupación? Christopher, el hijo de Evelyn, era un completo malvado, huyendo con una señorita india y dejando a sus hijos huérfanos de padre.

Y él estaba en la misma situación, pero con setenta y un años.

«Capullito de rosa, el viento de junio es cálido y suave».

Por un instante Douglas pensó que era un disco. Pero la voz estaba completamente desafinada.

«No esperes mucho y no tardes demasiado...»

A lo mejor era Hermione. Sus nietos habían venido a visitarla. Les había dicho que estaba escribiendo sus memorias, una afirmación que en el seno familiar había sido recibida con una educada indiferencia. Al día siguiente iban a llegar más familiares, y otros se iban a marchar: su propio hijo, con el retrato de Dorothy que había pintado Howard Hodgkin y que se lo había cedido en su testamento; Pauline y

Ravi, con las cenizas de su padre. Theresa también volaba de regreso a Inglaterra, y Keith se iba a llevar a su madre para empezar una nueva vida en España.

«El amor solo llega una vez, y aun así, tal vez, llega demasiado tarde».

Douglas creyó oír una especie de aplauso. Pensó: «Ojalá hubiera aprendido a tocar el piano».

«Nunca es demasiado tarde». Madge se iba a casar en marzo. Se iba a trasladar a Nueva York con su pequeño y alegre millonario. Cualquier cosa era posible.

El corazón de Douglas tamborileaba como el de un adolescente. Se metió en el hotel. El calendario todavía mostraba los cachorritos del año anterior, aunque ya estaban a cinco de enero. En el mostrador había un cenicero, con una colilla manchada con carmín escarlata. Era de Madge. Ya no pasaba las noches en el hotel, porque se había trasladado a casa del señor Desikachar, «Hasta luego, cocodrilo», y volvía a aparecer a la hora de la comida del día siguiente. Parecía que había algo profundamente inmoral en todo aquello.

«Espera un momentito, cocodrilo...». Allí de pie, en el vestíbulo solitario, Douglas tomó una decisión.

Theresa se entregó a su lasaña vegetariana. Siempre tenía hambre en los aviones. Al lado venía una porción de queso cheddar envasado y dos galletas. Miró el queso. ¡Cómo lo había agradecido la gente mayor que había dejado en Bangalore!

Pensó: «He comido carne. He bebido cerveza de la boca de mi amante. Apenas puedo reconocer a la persona que cogió un avión hacia la India hace dos meses. No tuve ninguna bronca con mi madre, la conversación que tenía intención de mantener con ella durante todos estos años en cierto sentido se ha convertido en algo irrelevante. Si había algo que perdonar, se lo he perdonado. No necesito que Swamiji me diga nada, lo he averiguado todo yo sola. Mi madre es de otra generación, no tiene vocabulario para mis frustraciones. Ella y sus amigos de Dunroamin son los últimos de una generación. Sus recuerdos son de un mundo que ya es historia: un mundo donde a los niños se les veía pero no se les escuchaba, donde los hombres cuidaban de las mujeres. Donde las mujeres cuidaban de sus hombres. Los testigos de ese mundo están desapareciendo uno tras otro. Arnold, el marido de Madge, había sobrevivido a Auschwitz. Su mundo era un mundo de tragedias y certezas que han desaparecido para siempre».

La azafata pasó con el carrito a su lado.

—¿Me da una de esas? —preguntó Theresa.

Cogió la pequeña botella, giró el tapón y vertió el vino en su vaso. Mientras lo hacía, pensaba: «Las personas como yo no seremos viejas como ellos. Tendremos que amoldarnos a las circunstancias a medida que avanza el tiempo».

Luego pensó: «A lo mejor, a pesar de las permanentes y los cardados, eso es lo

que han estado haciendo ellas también».

Theresa acabó la lasaña y rasgó el envoltorio del queso. Miró el rectángulo amarillo de cheddar. Para ser sinceros, se estaba atiborrando de queso, queso y más queso. No era de extrañar que estuviera engordando.

«No estás gorda, estás estupenda».

Theresa apuró su vaso de vino. Cenando los ojos, pensó: «¿De qué va todo esto? ¿De qué va todo esto?».

Christopher regresó a casa un mes después. Marcia voló a Bangalore, se presentó en su piso alquilado y se lo llevó. Fue más fácil de lo que ambos habían imaginado, como si fuera una ostra que hubiera regresado a su concha.

Para su sorpresa, Marcia fue muy compasiva, casi tierna.

—Cariño, ahí es donde deberían quedarse las fantasías. En la cabeza —y se sentó en la cama mientras él hacía la maleta—. ¿Qué otra cosa podríamos hacer con los sueños? Créeme, lo sé.

Marcia se había hecho algo en el pelo.

En el aeropuerto, por la pura fuerza de voluntad, Marcia consiguió que se les asignaran dos asientos en clase *business*. Christopher estaba abatido. Las últimas semanas brillaron y desaparecieron.

—Esa historia no es la tuya —dijo Marcia—. *Nosotros* somos tu historia.

Oh, era doloroso. Pero en retrospectiva Christopher sabía que el sufrimiento que había infligido y experimentado podía verlo desde fuera, como siempre. Realmente nada había cambiado. Había sido un hombre observándose a sí mismo mientras se embarcaba en una aventura emocionante e impulsiva, un hombre que se hacía pasar por él.

Estaba en el balcón de su piso. Abajo, en la calle 82, el tráfico se detenía y avanzaba según ordenaban los semáforos, una y otra vez, una y otra vez. A medida que avanzaba el invierno la luz del sol iba descendiendo en el edificio de enfrente. Marcia le trajo un vaso de Chablis.

—Qué crío más tonto has sido —le dijo con cariño—. Un crío tonto, tonto.

Y le acarició el pelo cada vez más escaso.

Los eunucos en Nueva Delhi están ayudando a los clientes de las compañías telefónicas: llevan sus quejas directamente a las oficinas de las compañías telefónicas, donde provocan sentadas e incluso amenazan con exponerse a no ser que se solventen los fallos. Los usuarios han reconocido una notable mejoría en los servicios desde que comenzó la campaña. «La eficiencia de los empleados ha mejorado mucho y los errores a menudo se rectifican sin que sea necesaria ninguna actuación —dice un representante de una compañía telefónica—. Al final el que sale ganando es el cliente».

The Guardian, 13 de febrero de 2003

A finales de enero Ravi y Pauline fueron en coche a High Wycombe, donde se había criado ella. En su regazo llevaba una bolsa de Safeways; dentro, un cofrecillo con los restos de su padre. Tenían pensado esparcir sus cenizas, no en el Ganges, sino en un río más pequeño, en un hayedo donde Norman solía pasear, hacía muchos años.

Aparcaron el coche y avanzaron por el bosque. Pauline recordaba el camino, aunque había cambiado un poco, como si lo hubiera soñado... Los árboles habían crecido y eran más altos, y un nuevo claro se había abierto donde antaño había habido unos zarzales. Una señal rústica le informó entonces de que estaba siguiendo el Sendero Chilterns Heritage. A su padre le gustaba caminar con un bastón, dando machetazos a las ortigas, caminando delante, de modo que ella y su madre tenían que salir corriendo para ponerse a salvo.

El camino descendía hacia el agua. Ravi la cogió de la mano para ayudarla a bajar. Era un día muy ventoso; el viento le pegaba el pelo contra la cara. Ambos se sentían curiosamente emocionados.

—¿Y si sale volando en la dirección equivocada? —preguntó—. ¿Y si sale volando y nos da en la cara?

—En ese caso, yo diría que estoy de tu padre «hasta la coronilla».

Pauline se echó a reír. Había una nueva complicidad entre ellos esos días. A lo mejor era la *consecuencia* de la muerte de su padre. Pauline sospechaba, sin embargo, que era algo más complejo que eso, —tenía más que ver con la familia de Ravi que con la suya—, pero no le apetecía preguntar la razón por si acaso se rompía la racha. Incluso habían hecho el amor en casa de los padres de Ravi en Delhi... antes de cenar; de hecho, con la gente charlando en el pasillo, fuera de la habitación. Después se habían mirado a los ojos durante la comida y el padre de Ravi había dicho: «¿Cuál es el chiste? ¿Podemos enterarnos nosotros?».

Descendieron por el camino, agarrándose a los árboles de los lados. Las raíces

sobresalían de la tierra. Más adelante Pauline recordó aquel descenso, cada paso que dio. Estaba pensando en los espinos del solar que había detrás de Dunroamin, el paisaje transformado del pasado de Dorothy, y cómo finalmente Dorothy había encontrado la paz allí. Estaba pensando en su propio sueño para su transformación, un plan que Ravi ahora apoyaba, pero que, en el gélido frío del invierno inglés, parecía ridículamente improbable.

Abajo, el agua centelleaba. Aquel era el momento de su padre, debía concentrarse en él, pero estaba pensando en cómo podría encontrar un pedazo de terreno en Bangalore y si Sonny podría ayudarla, echando mano de sus contactos. Sonny había estado curiosamente muy atento con ella antes de partir, una cosa un poco rara teniendo en cuenta su carácter. Se había hecho cargo de la organización del funeral e incluso le había sacado la urna gratis a los de la funeraria.

Al final llegaron al río. En algún sitio de por allí —no podía estar segura de ello en ese momento— los tres habían estado de merienda una vez.

—Papá había traído de Zimbabwe un poco de *biltong*, una especie de carne seca..., a lo mejor todavía era Rhodesia por aquel entonces..., y estaba tan dura como el cuero. Bueno, *era* cuero.

Pauline recordaba a su madre sentada en la manta, levantándose la falda por encima de las rodillas para que le diera el sol en las piernas. A veces habían sido felices, ¿no? Los placeres de su madre habían sido siempre muy modestos. Su padre había hecho unas fotos, pero se habían destruido cuando se quemó su Pauline se agachó y sacó la urna. Era sorprendentemente pesada, pero la verdad es que uno no sabía en realidad qué se podía esperar al respecto, ¿no? Con una uña levantó la cinta adhesiva.

—¿Estás bien? —preguntó Ravi.

Ella asintió. Retiró la cinta, la arrugó y se la metió en un bolsillo de su chaqueta. En todo aquello parecía como si faltara algo. ¿Deberían cantar un salmo o algo...?

Se hizo un silencio. Se miraron el uno al otro, y luego desenroscó la tapa.

En el interior, empaquetadas y embutidas, había bolsas de plástico con polvo blanco.

Pauline se quedó mirándolas. Por un momento pensó que aquel debía de ser el modo indio de hacer las cosas. Luego las volvió a mirar.

—Esto no son cenizas... —dijo.

Ravi sacó una de las bolsas.

—Santo Dios... —dijo—. ¿Es lo que estoy pensando que es?

Pocos días después llegó otra urna de la India. Contenía las cenizas de su padre. Venía con un trozo de papel con una dirección en Hackney donde podría venderse el polvo blanco. Estaba firmado como *El Culpable*.

¿Qué culpable? La imagen de Keith se le pasó a Pauline por la cabeza. Prefería sospechar de él más que de Sonny, porque lo había conocido muy poco. Con una persona casi totalmente desconocida todo es posible. Pero ¿por qué alguien les había hecho eso a ellos? ¿Y de qué era culpable? Ni ella ni Ravi podían dar respuesta a aquellas preguntas.

Enterraron las bolsas en su jardín, en Dulwich. Transcurrieron los meses. Por supuesto resultaba extraño saber que las bolsas estaban allí, pero no era más extraño, pensaba Pauline, que su existencia en este mundo, comiendo Pringles y cepillándose el pelo. No más extraño que dos personas esforzándose en pasar su vida juntos.

Puede que Ravi y ella acabaran separándose. Encontrarían nuevas vidas con las ganancias de la venta de drogas. Ella construiría un hogar para niños perdidos en Bangalore, fundado con el dinero de la heroína.

¿Ah, sí?

Las bolsas se quedaron allí. Llamémoslo rectitud moral, o cobardía. Pero allí, en el parterre de flores, quedaron enterradas todas las posibilidades. Tal vez ella y Ravi acabarían olvidándose de ellas. A lo mejor alguna vez, en el futuro, un zorro las sacaría de allí y se levantarían una mañana y pensarían que había nevado.

El monzón había venido y como vino se fue. En Dunroamin la niebla matutina se disipó. Una abubilla, como el cuco de juguete de un reloj, picoteaba la hierba. El rocío plateaba las telarañas que cubrían las buganvillas. Los residentes no tardarían en levantarse. A lo largo de los últimos meses se habían producido algunos cambios. Varios residentes, por una razón u otra, habían regresado a Inglaterra. Jean Ainslie se había ido a vivir a Surrey, con su hija. Habían llegado otros invitados. En el interior del edificio, una radio hizo sonar el despertador.

En el exterior, ignorando la hora tempranera de levantarse, un mendigo seguía allí tirado, durmiendo. Llevaba los zapatos de Bata, con piel de *pukka*, de la mejor calidad, pero ya un poco estropeados. Ya no era el mendigo mayor, sin embargo, el que estaba allí. Se habían llevado su cuerpo algunas semanas antes. El nuevo propietario de los zapatos era bastante más joven.

En la India nada se desperdicia.

Pasó otro año..., el calor, el monzón, los cálidos amaneceres invernales. En su estudio, Vinod, el hombre que había grabado los vídeos promocionales para Sonny, estaba retocando una foto. Le quitó el capuchón al pincel y lo presionó contra su dedo. Lo empapó en un vasito de latón. Fuera, el tráfico hacía un ruido de mil demonios en la carretera del aeropuerto. Cada año lo del tráfico era peor. Pronto iban a demoler aquel edificio con el fin de dejar sitio para un complejo de apartamentos de

lujo. Ya habían colocado la valla publicitaria. «A dos kilómetros del aeropuerto, y a siete kilómetros del centro de Bangalore, Embassy Heights ofrece buen gusto, seguridad y una calidad de diseño sin parangón».

Los restantes negocios de la planta ya estaban desalojando sus oficinas. Vinod pronto se vería en la necesidad de encontrar un nuevo estudio fotográfico. Además, se le estaba moviendo un diente. Sin embargo, era demasiado cobarde como para ir a visitar al dentista chino, el señor Liu, que sin duda insistiría en quitárselo.

Vinod se había comprado un folleto titulado *Pensamiento positivo* en la papelería del otro lado de la calle. Sugería ejercicios para superar con éxito el dolor físico así como el estrés mental de la vida diaria. Hasta entonces, a pesar de los repetidos esfuerzos, no había notado ninguna mejoría.

En algunas ocasiones, sin embargo, había logrado alcanzar la fuerza para levantar el ánimo. La reciente boda del señor Douglas Ainslie y la señora Evelyn Greenslade le había proporcionado una de esas ocasiones. Que la felicidad pudiera encontrarse a una edad tan avanzada le había proporcionado cierto ánimo, simplemente por la promesa de que semejante posibilidad pudiera darse.

El pincel de Vinod era negro, y tan fino que apenas podía verlo sin gafas. Con la cabeza inclinada, examinó la fotografía. Era en mate, y por tanto podía absorber humedad. Era un truco que había aprendido; sin embargo, tenía que pasar el pincel por la banda adhesiva de un sobre antes de empezar. Eso garantizaría que la pintura se adhiriera a la superficie.

Empapó el pincel en carmín rojo. Luego lo mezcló con un poco de pigmento ocre. También un poco de gris. Luego empezó a trabajar en las mejillas..., solo un rubor, apenas una insinuación de rosa. Lo hizo con sumo cuidado, como si estuviera personalmente acariciando la piel de la señora.

Después oscureció el pigmento para los labios. Aclaró luego el pincel y empezó a trabajar con el caballero; primero trazó la línea de sus labios, y a continuación los rellenó. El señor Ainslie estaba riéndose, enseñando los dientes que Vinod ya había blanqueado.

En el exterior una sirena aulló. Sin duda era un personaje importante de camino al aeropuerto: el ministro tal vez, con una imponente escolta policial. Cada día miles de personas pasaban a toda pastilla por aquella carretera, para elevarse luego en el aire y volar hasta el otro lado del mundo. Los propios hijos de Vinod, que una vez se habían colocado delante de la cámara, nerviosos e inquietos con sus uniformes escolares, hacía mucho tiempo que ya se habían ido. En el estudio, sin embargo, nada se movía salvo la mano de Vinod.

Transcurrió media hora. Mientras pintaba, Vinod pensó en su propio matrimonio. Allí, en la fotografía, estaba la prueba de que una cierta forma de reencarnación era posible en esta misma vida, más que en la siguiente. Para conseguirlo, sin embargo,

se precisaba cierta cantidad de crueldad. Y era una cualidad de la que precisamente él carecía. No obstante, a juzgar por las apariencias —uno de los requisitos de su trabajo—, aquellos recién casados sí que la poseían. Parecían los seres más dulces y amables.

Transcurrió otra hora. Al final Vinod aclaró el pincel, lo secó y lo dejó sobre la mesa.

Ya está. *Shabash*. Le había quitado un montón de años. Se necesitaba cierta habilidad artística para restaurar los estragos del tiempo. Con modesto orgullo, Vinod observó la fotografía de la novia y el novio, sentados el uno junto al otro delante del descolorido papel pintado del salón en Dunroamin.

A su manera, humilde y mínima, era un pequeño milagro. Con aquellas mejillas ruborizadas y sus labios rosados, la pareja de ancianos parecían bastante jóvenes otra vez.

Notas

[1] El clavel de la India o maravilla es en inglés '*marigold*' que da nombre al hotel. (N. del T.) <<

[2] Isabel Bowcs-Lyon, madre de la reina Isabel II, conocida como la Reina Madre, falleció el 30 de marzo de 2002. (*N. del T.*) <<

[3] El cartel «*Only two schoolchildren at a time*», hoy apenas utilizado, se empleaba antiguamente en los kioscos para evitar el colapso de las pequeñas tiendas c impedir los posibles robos de golosinas. (N. del T.) <<

[4] ‘*Whiting*’ es ‘pescadilla’. (N. del T.) <<

[5] Los *mali* son una comunidad hindú cuyos miembros habitualmente se dedican a la jardinería. El *dhoti*, que se menciona a continuación, es una especie de parca que se anuda a la cintura. (N. del T.) <<

[6] Colchester, en Essex. (*N. del T.*) <<

[7] Se trata de un juego de palabras intraducible: 'Cawasjee' o 'cow as jee' es tanto vaca como potrilla. Muriel prefiere llamarla 'gee-gee' (potrilla) en vez de vaca (cow). (N. del T.) <<

[8] La joven india confunde Enfield con Anfield, que es un barrio de Liverpool, y el nombre del estadio de fútbol más popular de la ciudad de los Beatles. (*N. del T.*) <<

[9] Rosemary y Fred West fueron unos famosos asesinos en serie de los años setenta, cuyos crímenes (doce jóvenes y niñas) siempre estuvieron relacionados con sus perversiones sexuales. (*N. del T.*) <<

[10] Las marcas y los arañazos que aparecen como rasgos distintivos en los manuales sexuales orientales son indicativos comunes de la pasión, y tienen su metodología y significado. (N. del T.) <<

[¹¹] Milton Kcyncs es una de las «nuevas ciudades» industriales y tecnológicas que se crearon en Inglaterra en los años sesenta. (*N. del T.*) <<

[12] La caótica conversación mezcla a Peter Sellers con Norman Purse. El actor Peter Sellers también murió de un ataque al corazón: estuvo casado en cuatro ocasiones, y tres (y no una) de sus mujeres eran actrices. Britt Ekland, que se cita posteriormente, fue su segunda mujer. Peter Sellers no tenía una hija (como Norman), sino dos. La fama de «casanova» de Sellers fomentó la idea de que sus problemas cardíacos y su muerte habían estado relacionados con la abundancia de prácticas sexuales. (N. del T.) <<

[13] Es una costumbre tradicional británica: se esconden monedas «de la suerte» en el pudin navideño o en los pasteles. (*N. del T.*) <<

[¹⁴] Bournemouth es una localidad británica, costera y turística, destino de muchos jubilados en los meses de invierno. (*N. del T.*) <<